

**SOCIALISMO Y DEMOCRACIA**

**CIEPLAN - HACHETTE**

# **SOCIALISMO Y DEMOCRACIA**

**CHILE Y EUROPA EN  
PERSPECTIVA COMPARADA**

**Ignacio Walker**

**CIEPLAN - HACHETTE**

# **SOCIALISMO Y DEMOCRACIA**

Inscripción N° 76.069

© Corporación de Investigación Económica para Latinoamérica  
Avenida Colón 3494, fono 2283262, Santiago de Chile

© Ediciones Pedagógicas Chilenas S.A.  
Filial Grupo Hachette  
Santa Magdalena 187, Providencia, fono 2323538, Santiago de Chile

Derechos reservados

Diseño de portada: Marian Salamovich

Se terminó de imprimir esta primera edición  
en julio de 1990, en los Talleres Gráficos  
de Editorial Universitaria

I.S.B.N. 956-201-091-K

HCH.022

# **SOCIALISMO Y DEMOCRACIA**

**CHILE Y EUROPA EN  
PERSPECTIVA COMPARADA**

**Ignacio Walker**

**CIEPLAN-HACHETTE**

*A Cecilia, Elisa e Ignacio*

Agradecimientos	Página 9
Introducción	11

PRIMERA PARTE:  
EL SOCIALISMO EUROPEO

<b>Capítulo 1:</b> <i>Orígenes y Desarrollo del Socialismo Revisionista: el Partido Social Demócrata Alemán.</i>	21
Erfurt, la Controversia Revisionista y la Alemania Imperial.	22
La Disolución de Erfurt y el Advenimiento de la República de Weimar.	29
La República de Bonn y el Programa de Bad Godesberg.	32
Conclusión.	42
<b>Capítulo 2:</b> <i>La Influencia de la Tradición Republicana: el Partido Socialista Francés.</i>	45
La Política de “defensa republicana”.	46
La Tercera República.	46
La Cuarta República.	57
La Vía de Mitterrand a la Socialdemocracia (Quinta República).	61
Conclusión.	77
<b>Capítulo 3:</b> <i>Gramsci, el Fascismo y el Compromiso Histórico: el Partido Comunista Italiano.</i>	79
Gramsci y el Partido Comunista Italiano.	80
El Fantasma del Fascismo y el “compromiso histórico”.	95
Conclusión.	112

SEGUNDA PARTE:  
EL SOCIALISMO CHILENO

<b>Capítulo 4:</b> <i>Democracia, Populismo y Leninismo: el Partido Socialista de Chile (1933-1973).</i>	117
<b>Capítulo 5:</b> <i>Un nuevo Socialismo Democrático.</i>	173
El Impacto de la Dictadura.	174
La Conexión Europea.	181
Sentido y Alcance de la Renovación Socialista.	188
El Desarrollo Orgánico.	207
Conclusión.	214
Conclusión General	221
Post-Scriptum	233
Bibliografía	245

## AGRADECIMIENTOS

Este libro no hubiese sido posible sin el apoyo y colaboración de diversas personas e instituciones. La investigación que lo sustenta constituyó el material de la tesis de doctorado presentada a la Universidad de Princeton (Estados Unidos), a la que debo mi formación como cientista político. Muy en especial deseo agradecer a los profesores Nancy Bermeo y Paul Sigmund.

Durante toda la etapa transcurrida entre la gestación y la edición, tuve el privilegio de trabajar en CIEPLAN, recibiendo el estímulo humano e intelectual de sus investigadores. A ellos —muy en especial a Alejandro Foxley— y al personal administrativo de CIEPLAN, les estoy especialmente agradecido.

Cada uno de los capítulos contenidos en este libro fue objeto de un seminario en CIEPLAN y comentado por diversos especialistas: Luis Alvarado, Rodrigo Alvaray, Alan Angell, Jorge Arrate, Carlos Briones, Angel Flisfisch, Manuel A. Garretón, Oscar Godoy, Carlos Huneeus, Renato Julio (Q.E.P.D.), Ricardo Núñez, Eduardo Ortiz, Eduardo Palma, Julio Silva Solar, Eugenio Tironi, Juan Gabriel Valdés y José A. Vieragallo. He procurado incorporar sus comentarios de la mejor manera posible, aunque asumo personalmente la responsabilidad por el resultado final.

La investigación que sirvió de base a este libro forma parte del programa de CIEPLAN sobre “Desarrollo y Democracia” que cuenta con el apoyo de la Fundación Ford. Pedro Barría tradujo al español la mayor parte de los tres primeros capítulos —originalmente escritos en inglés; Cornelio González editó el manuscrito en su versión final, y en distintos momentos Loreto Gallardo, Rita García y Rosa Jaime, colaboraron con el trabajo de dactilografía. A todos ellos mis agradecimientos.

IGNACIO WALKER



## INTRODUCCIÓN

El 11 de septiembre de 1973 un golpe de Estado derrocó al gobierno del Presidente Salvador Allende, poniendo fin a una democracia cuyos antecedentes se remontan a los albores de la República, en la primera mitad del siglo diecinueve. Junto con lo anterior, la intervención militar puso fin a la Vía Chilena al Socialismo, concebida como un segundo modelo hacia el socialismo, distinto de aquél basado en la dictadura del proletariado; un socialismo construido en “democracia, pluralismo y libertad”, de acuerdo con la definición del propio Allende.

Este libro no está referido al quiebre de la democracia en Chile, proceso que por su complejidad requeriría de un análisis de otra envergadura, sino al fracaso de la experiencia allendista. Junto con explorar las causas de dicho fracaso se analiza el surgimiento a partir de 1973, bajo la vigencia de un régimen autoritario, de lo que hemos denominado un “nuevo socialismo democrático”. En este proceso, el socialismo europeo aparece como la principal influencia externa.

Es esta suerte de convergencia, tras una historia de total desencuentro, entre el socialismo europeo y un significativo sector del socialismo chileno, en torno a una concepción socialista democrática de neto corte occidental, lo que nos lleva a intentar un análisis comparativo entre ambos, tanto a partir de sus semejanzas como de sus diferencias.

Este libro es un estudio de experiencias socialistas democráticas que podríamos denominar exitosas y no exitosas, teniendo como núcleo central la cuestión de la relación entre socialismo y democracia. Más específicamente, es un libro referido al proceso de acomodación de partidos de origen marxista a las instituciones de la democracia representativa. Entre las experiencias

---

<sup>1</sup> Sobre el quiebre democrático chileno existe una vasta literatura. Sólo a modo de ejemplo podemos mencionar los libros de Arturo Valenzuela, *The Breakdown of Democratic Regimes: Chile* (Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1978) y Sergio Bitar, *Transición. Socialismo y Democracia: la Experiencia Chilena* (México, Siglo Veintiuno Editores, 1979).

exitosas, tomamos la del socialismo de Europa Occidental, en base al estudio de tres casos: el Partido Social Demócrata Alemán (SPD), el Partido Socialista Francés (PSF), y el Partido Comunista Italiano (PCI). Desde distintas vertientes del socialismo europeo, muchas veces contradictorias entre sí, todos estos casos tienen en común una continua evolución y una marcada convergencia en torno a una concepción socialista democrática; esto es, una evolución en la dirección de un compromiso formal con la democracia política, entendida esta última en los términos que se la conoce en Occidente: pluralismo político, generación democrática de las autoridades mediante elecciones libres y competitivas, posibilidad efectiva de alternancia en el poder, gobierno de mayoría, y respeto por las minorías. Este será el tema de la primera parte, dividida en tres capítulos.

Entre las experiencias no exitosas, tomamos el caso del socialismo chileno, que culmina en el fracaso de la Unidad Popular (1970-1973). El énfasis estará dado por el estudio del Partido Socialista de Chile (PSCH) y, más específicamente, de la Vía Chilena al Socialismo, que hemos preferido denominar Vía Allendista a fin de enfatizar el aporte del propio Salvador Allende. Este será el tema del capítulo cuarto, en la segunda parte del libro.

No obstante, a partir de 1973, y tras el advenimiento de un régimen autoritario, se analiza el surgimiento de lo que hemos denominado un "nuevo socialismo democrático" en Chile. En marcado contraste con la experiencia anterior a 1973, caracterizada por la existencia de una permanente ambigüedad, cuando no de un franco cuestionamiento de las instituciones de la democracia representativa, este nuevo socialismo democrático surgido en los últimos años tiene como núcleo central la revalorización de la democracia política.

También, a diferencia de la experiencia anterior a 1973, marcada por una historia de total desencuentro, se advierte una significativa convergencia entre este sector del socialismo chileno, conocido como izquierda "renovada", y el socialismo de Europa Occidental. De hecho, este último aparece como la principal influencia externa en aquél. Este será el tema del capítulo quinto.

Se trata, pues, de un estudio comparativo en torno a la cuestión de la relación entre socialismo y democracia, tomando como base la evolución de cuatro partidos de izquierda, de origen marxista, en sociedades occidentales, más y menos desarrolladas. Tales son los casos del Partido Social Demócrata Alemán, el Partido Socialista Francés, el Partido Comunista Italiano y el Partido Socialista de Chile.

En lo que se refiere a la cuestión de la relación entre socialismo y democracia digamos que, en general, pueden advertirse tres tipos de enfoques: el primero de ellos es el que considera que todo socialismo es, por definición, democrático. Hablar de "socialismo democrático" sería redundante, pues el socialismo comprendería necesariamente a la democracia. Tal ha sido la interpretación vigente en el seno de los "socialismos reales" (la Unión Soviética y el bloque de países comunistas de Europa del Este, principalmente); salvo que, como veremos en la última parte del libro, esta concepción

comienza a sufrir transformaciones a partir de Gorbachov, la Perestroika y los cambios en Europa del Este.

Un segundo enfoque, igualmente simplista, aunque de signo opuesto, es el que considera que socialismo y democracia son términos contradictorios. La única democracia posible sería aquella basada en la propiedad privada y, en general, en la libertad económica (las que serían negadas por el socialismo). Así, para esta interpretación sólo cabría hablar de "capitalismo democrático", según el término popularizado por Michael Novak.

En este libro intentamos una tercera aproximación en torno al tema, distinta de las anteriores: ni todo socialismo es democrático, ni socialismo y democracia son términos necesariamente contradictorios. Lo que hay, en verdad, son socialismos democráticos y no democráticos, dependiendo de las diversas experiencias históricas. Así como cabe hablar de "socialismo democrático" (como el que encontramos en Europa Occidental), también cabe hablar de "socialismo autoritario" (como el que ha estado presente en el mundo del "socialismo real"). Lo que proponemos, pues, desde una perspectiva comparativa, es un enfoque histórico que considere el tema en toda su complejidad. Ni el socialismo ni el capitalismo llevan aparejados, en forma mecánica y determinista, una cierta forma política que les sea consustancial. Hay que atender a las diversas experiencias históricas.

Los sistemas económicos y regímenes políticos admiten, según las diversas posturas ideológicas y teóricas, diversas combinaciones, como se desprende del cuadro siguiente:

*Sistemas Económicos y Regímenes Políticos\**

Sistema económico	Régimen Político	
	Democracia	Autoritarismo
Capitalismo	1	2
Socialismo	3	4

\* Los diversos postulados ideológicos y teóricos que dan lugar al tipo de combinaciones que aquí se señalan no siempre coinciden con la realidad. Este es especialmente el caso de la combinación entre socialismo y democracia, la que, según veremos, aparece como un desafío teórico y político más que como una realidad.

En la casilla 1 encontramos las diversas experiencias históricas de capitalismo democrático, como las que existen por regla general en las sociedades más desarrolladas de Occidente y el sudeste asiático (USA, Europa Occidental y Japón, entre las principales) —sin perjuicio de que haya quienes, desde una perspectiva teórica, consideren que capitalismo y democracia son términos contradictorios (cuestión que escapa a nuestro análisis).

En oposición a estas experiencias, en la casilla 4 encontramos aquellos casos de socialismo autoritario, principalmente referidos a los "socialismos

reales” (la URSS, Europa del Este, China y Cuba, entre los principales) —sin perjuicio de que para estos últimos, tal como lo hemos anticipado, todo socialismo sería por definición democrático; más aún, el único socialismo posible sería aquél realmente existente (de allí el nombre anterior), como el de los países mencionados.

Un tercer tipo de combinación es el que encontramos en la casilla 2. Las experiencias más conocidas de este capitalismo autoritario (o capitalismo “salvaje”, según la definición de algunos) son las de algunos países del sudeste asiático en el período de posguerra (Corea del Sur y Taiwán, entre los principales), y las de algunos autoritarismos más recientes, especialmente a partir de la década de 1960, en América del Sur (Brasil, Argentina, Uruguay y Chile). Estas experiencias dan cuenta de la existencia de una economía libre, acompañada de una forma política autoritaria.

Podría decirse que este libro está referido al tipo de combinación que encontramos en la casilla 3. Más que una realidad determinada, el socialismo democrático refiere principalmente, en nuestra perspectiva, al desafío teórico y político planteado por la izquierda socialista de Europa Occidental en el sentido de hacer compatibles socialismo y democracia. Un intento que no tuvo éxito en llevar a la práctica esta concepción socialista democrática estuvo constituido por la Vía Allendista al Socialismo. Junto con el análisis de esta última, exploraremos las posibilidades y obstáculos en torno al surgimiento de un nuevo socialismo democrático en Chile, a partir de 1973.

En esta perspectiva, consideramos el caso del socialismo europeo como una experiencia exitosa de socialismo democrático, no sólo en cuanto a la estabilidad de las instituciones democráticas en dichos países sino, muy en especial, al grado de adhesión a las mismas por parte de la izquierda socialista de origen marxista.

En efecto, desde la llamada “controversia revisionista” al interior de la socialdemocracia alemana, a fines del siglo pasado, hasta el surgimiento del fenómeno eurocomunista —que consideramos básicamente referido al PCI— en la década del setenta y hasta nuestros días, el socialismo europeo da cuenta de una paulatina pero sostenida evolución en la dirección de un compromiso formal con la democracia política, en los términos en que la hemos definido. En ese lapso el socialismo europeo evoluciona desde un esquema ortodoxo y revolucionario, caracterizado por un cierto desprecio por las formas políticas y las instituciones de la democracia representativa, hacia un socialismo democrático y reformista, especialmente en el período de posguerra. Este último pone en el centro de su preocupación la cuestión del tipo de régimen político y, más específicamente, de la democracia política.

Para estos efectos concentraremos el estudio en lo que estimamos son tres vertientes del socialismo europeo: la vertiente socialdemócrata, la socialista propiamente tal y la eurocomunista (o poscomunista). En cuanto a la primera vertiente, tomaremos el caso del Partido Social Demócrata Alemán, por ser, tal vez, la expresión más clásica y paradigmática de la socialdemocracia, y por constituir el ámbito en el que primero se dio una discusión sistemática en torno al tema que nos preocupa. Tal fue, en efecto, el caso de la “con-

troversia revisionista”, a fines del siglo pasado, debate que recién culminara, podría decirse, en la adopción del famoso programa de Bad Godesberg, en 1959.

En el segundo caso, incluimos a aquellos partidos socialistas europeos que, por cualesquiera razones, rehúsan reconocerse a sí mismos como socialdemócratas —término que para ellos ha tenido, históricamente, un sentido más bien peyorativo— y que prefieren enfatizar, al menos en el nivel de su discurso, una perspectiva socialista propiamente tal. Hemos escogido el caso del Partido Socialista Francés por su gran riqueza teórica e histórica y porque, desde una perspectiva comparativa con el socialismo chileno, da cuenta de dos elementos que tienen indudable relevancia: una larga tradición republicana, en torno a la cual llegó a definirse el socialismo francés, y la existencia de una izquierda ocupada por dos fuerzas que compiten entre sí: socialistas y comunistas.

Finalmente, en la tercera vertiente considerada, hemos tomado el caso del Partido Comunista Italiano por estimar que es la quintaesencia del fenómeno eurocomunista (o poscomunista). En este caso se trata de un partido de la izquierda europea que, pese a provenir de una tradición distinta de los dos anteriores, tiene en común con ellos un proceso de convergencia, especialmente en el período de posguerra, en torno a una auténtica concepción socialista democrática. Este es, a nuestro entender, el caso del PCI, especialmente bajo Berlinguer y hasta nuestros días, partido que se encamina en una dirección de reafirmación democrática y de claro compromiso con la democracia política.

Adicionalmente, y desde una perspectiva comparativa, tal vez sea este el caso más digno de considerar en el contexto del socialismo europeo, pues fueron, al menos inicialmente, Berlinguer y el eurocomunismo, junto al aporte teórico de Gramsci, una de las influencias más directas sobre la izquierda renovada que surge en el Chile de los últimos años. A la inversa, las lecciones que Berlinguer sacara de la fracasada Vía Chilena al Socialismo fueron determinantes para la proposición, por parte del PCI, de un nuevo “compromiso histórico” entre fuerzas progresistas y democráticas, en la Italia de la década de 1970. Podría decirse, pues, que la influencia entre el socialismo chileno y el comunismo italiano ha sido recíproca.

Estos son los tres casos que hemos incluido en el estudio del socialismo de Europa Occidental. Más allá, sin embargo, de estos tres casos en particular e incluso de las tres vertientes que ellos representan (socialdemócrata, socialista propiamente tal y poscomunista) sostendremos que ellos expresan un proceso de socialdemocratización que es característico del conjunto del socialismo europeo. Los tres casos bajo estudio aparecen, en su práctica concreta y más allá de su discurso, como partidos “socialistas, democráticos, de reforma” —según la clásica definición de Edward Bernstein. Sostendremos que es el paradigma socialdemócrata el que caracteriza más adecuadamente al conjunto del socialismo europeo. En esta perspectiva, los cambios recientes en Europa del Este abren una nueva e insospechada perspectiva favorable a este paradigma. De esta manera, a partir de los casos señalados intentaremos

una reflexión sobre el conjunto del socialismo europeo, específicamente referida a la cuestión de las relaciones entre socialismo y democracia.

Un aspecto central de este paradigma socialdemócrata es la constatación, desde muy temprano, que la democracia política es una cuestión no sólo de posibilidades abiertas a la acción política y a las transformaciones sociales, sino también de límites. Reconocer los límites provenientes del régimen democrático y del sistema capitalista, al interior de un sistema internacional bipolar, característicos todos ellos de la realidad de Europa Occidental, y empujar dichos límites desde el interior de dichos sistemas, pareciera ser un elemento común a los partidos de la izquierda europea y el elemento característico del modelo socialdemócrata.

Nuestra hipótesis central es que el proceso de socialdemocratización de la izquierda de Europa Occidental se explica por un conjunto de factores, entre los cuales enfatizaremos los siguientes: 1) la manifiesta contradicción entre las premisas del marxismo y la realidad del desarrollo capitalista europeo; 2) el impacto del autoritarismo —que en los casos considerados asumió la forma del nazismo, el fascismo y el colaboracionismo— y el temor de una regresión a una fase autoritaria; 3) la dinámica propia de la competencia electoral y partidaria y la lógica del mercado político, y 4) el contexto internacional, en un doble sentido: los límites impuestos por la existencia de bloques político-militares, y la crisis más reciente de los “socialismos reales”.

Este será el tema de la primera parte, dividida en tres capítulos.

En marcado contraste con el socialismo europeo, y con total desconocimiento —y hasta desprecio— por el mismo, el socialismo chileno siguió un camino distinto: en sus inicios, manteniendo una permanente ambigüedad en torno a la democracia política, desarrollando, a lo más, una visión meramente instrumental de la misma; más adelante, adoptando una posición de franca y creciente oposición a sus instituciones. Fue en este último contexto, y en clara contradicción con la evolución más reciente del PSCH, que surgió la propuesta allendista de un socialismo construido en “democracia, pluralismo y libertad”.

La hipótesis central, en esta segunda parte del trabajo (capítulo cuarto), es que el fracaso de la Vía Allendista puede explicarse principalmente por la ausencia, en el seno de la izquierda, y en especial del propio Partido Socialista, de una concepción socialista democrática que fuese consistente con la naturaleza del proyecto allendista; el PSCH había evolucionado desde una etapa marcadamente populista, caracterizada por una visión más bien instrumental de la democracia, hacia una etapa crecientemente leninista, de oposición a las instituciones de la llamada democracia formal o burguesa.

Junto con lo anterior, argumentaremos que, hasta 1973, sólo existió marginalmente, al interior del Partido Socialista, una concepción socialista democrática de cierta consistencia. Tal fue el caso, por un lado, de Eugenio González, uno de los más destacados intelectuales del Partido Socialista. En sus ideas, desarrolladas principalmente en los años cuarenta y cincuenta, encontramos un intento serio por superar la ambigüedad del primer período,

sosteniendo como tesis central que socialismo y democracia son inseparables, y que no hay oposición entre liberalismo político y socialismo democrático. Sin embargo, las divisiones posteriores al interior del Partido Socialista, y el decisivo impacto de la Revolución Cubana, a partir de 1959, condujeron al PSCH por un rumbo distinto, en la dirección que se ha señalado.

El segundo intento está representado, más en el plano intuitivo y de la práctica política que en el de la sofisticación intelectual, por el propio Salvador Allende. Este último fue definiendo a lo largo de su vida, y tras 33 años como parlamentario y cuatro candidaturas presidenciales, un proyecto socialista con las características de lo que él mismo definió como una "creación original del pueblo chileno". Esto último tomó forma más definitiva en lo que hemos denominado, en honor a su autor, la Vía Allendista al Socialismo: un intento por construir un socialismo en democracia, pluralismo y libertad. No obstante, lo cierto es que, al menos desde la década del cincuenta, y sin perjuicio de sus propias ambigüedades y contradicciones, Allende permaneció como minoría al interior de su propio partido. Finalmente, la Vía Allendista chocó frontalmente con un Partido Socialista que, hacia el período 1970-1973, había evolucionado en una dirección de creciente leninización y cubanización, conduciendo al fracaso de dicha experiencia.

En el capítulo final se argumentará que es sólo a partir de 1973 que esta concepción socialista democrática, que había permanecido en una posición más bien marginal en la evolución del PSCH, se transforma en el rasgo predominante al interior de un significativo sector del socialismo chileno. Tal es el caso de la izquierda renovada la que aspira a constituirse en hegemónica al interior del conjunto de la izquierda chilena. La característica principal de este nuevo socialismo democrático surgido en el Chile de los últimos años, es su revalorización de la democracia política, en cuanto régimen de gobierno.

La hipótesis central, en este último capítulo, es que este nuevo socialismo democrático puede explicarse, básicamente, a partir del impacto de la dictadura militar instalada en el poder en 1973. En este proceso, el socialismo europeo aparece como la principal influencia externa.

Finalmente, en la última parte, y a modo de conclusión, enfatizaremos algunos aspectos tanto de continuidad como de ruptura en la relación entre el socialismo europeo y el socialismo chileno. Asimismo nos referiremos a algunas transformaciones recientes en el mundo de los "socialismos reales", especialmente a partir de Gorbachov, la Perestroika, y los cambios en Europa del Este, las que inciden de manera directa en torno a la cuestión de las relaciones entre socialismo y democracia.

**PRIMERA PARTE:  
EL SOCIALISMO EUROPEO**



Capítulo 1  
ORÍGENES Y DESARROLLO  
DEL SOCIALISMO REVISIONISTA:  
EL PARTIDO SOCIAL DEMÓCRATA ALEMÁN

Dos programas son especialmente importantes en la evolución del Partido Social Demócrata Alemán (SPD): el Programa de Erfurt (1891) y el de Bad Godesberg (1959). Ambos expresan las profundas transformaciones experimentadas por el SPD desde su formación en la década de 1870. En tanto el primero lograba una síntesis entre la adhesión a postulados marxistas revolucionarios y la adopción de una táctica reformista bajo la vigencia de un régimen imperial y monárquico, el segundo omitía cualquier definición ideológica explícita en aras de una posición más bien programática, bajo la vigencia de un régimen democrático. Ambos congresos partidarios son cruciales para entender la relación entre el SPD y la sociedad alemana, así como entre socialismo y democracia. Entre ambos congresos, un partido ideológico y de clase evolucionó para llegar a ser un partido más bien programático y nacional. La democracia política llegó a ser concebida como la arena natural dentro de la cual debía desarrollarse la lucha por el socialismo, sin perjuicio de abogar por el fortalecimiento y profundización de aquella.

En la primera parte examinaré la evolución del partido desde su formación en la década de 1870, hasta la toma del poder por parte del nazismo en los años treinta. Me concentraré en las tensiones que surgen desde el interior de un partido marxista revolucionario que busca reemplazar un sistema que no obstante le concede cierto espacio político, primero dentro de los estrechos límites de la monarquía, a través de la actividad parlamentaria y, más adelante, dentro de una república democrática. Tales tensiones quedaron en evidencia en la famosa "controversia revisionista", de fines del siglo pasado, a la cual prestaré especial atención.

En la segunda parte me concentraré en las profundas transformaciones experimentadas por el SPD en el período de posguerra, conducentes a la nueva política del Programa de Bad Godesberg. De algún modo Edward Bernstein terminaría finalmente por imponerse sobre Karl Kautsky, revirtiendo así la victoria de este último en la "controversia revisionista". Al explicar tales transformaciones me referiré a los profundos cambios económicos, políticos y culturales al interior de la sociedad alemana, especialmente en los años de posguerra.

### *Erfurt, la "Controversia Revisionista" y la Alemania Imperial*

El SPD se formó en Gotha, en 1875, tras la unificación de Alemania, bajo el proceso de industrialización impulsado por Bismarck. Resultó de la fusión entre la Asociación General de Obreros Alemanes, dirigida por Ferdinand Lasalle y el Partido Obrero Socialdemócrata, dirigido por August Bebel y Wilhelm Liebknecht. Aunque desde el comienzo se advierte una clara diferencia entre las ideas marxistas de estos últimos y la posición más bien idealista del primero, el Programa de Gotha —influido más por Lasalle que por Marx, quien lo criticó vigorosamente— apuntaba básicamente a la extensión de los derechos democráticos de la clase obrera. A pesar de sus diferencias, ambos sectores dedicaron sus esfuerzos al fortalecimiento de las organizaciones obreras, en la medida en que un nuevo proletariado urbano emergía del proceso de industrialización. El partido buscaba también aumentar su participación en el parlamento (*Reichstag*), que llegó a ser casi el único espacio político donde las posiciones en conflicto se podían confrontar bajo la Alemania Guillermina (imperial y monárquica).

Debido al temprano éxito del partido y al poder ascendente del naciente proletariado y sus organizaciones —fenómenos que amenazaban la estabilidad del sistema político a la vez que introducían un factor de conflicto en el proceso de industrialización—, Bismarck dictó la Ley Antisocialista, que rigió entre 1878 y 1890. Aparte de la natural secuencia de represión, que significó prisión y exilio para el liderazgo partidario, al cabo de esos años el SPD salió fortalecido. Junto con eso, confirmó su línea revolucionaria, sin que ello significara descuidar su trabajo electoral y parlamentario.

A pesar de estas medidas represivas —o tal vez a causa de ellas— el desempeño electoral del partido mejoró notablemente durante la década de 1880. El voto alcanzado por los socialistas creció de 311.961 en 1881 a 1.427.298 en 1890. Una vez que esta legislación represiva fue derogada y que Bismarck fue removido de su puesto por el nuevo emperador Guillermo II, el SPD recurrió nuevamente a formas legales y parlamentarias de acción política. Sus líderes fueron liberados y regresaron del exilio, dedicándose de inmediato a la tarea de organizar el próximo congreso del partido.

Éste se realizó en Erfurt, en 1891, y el programa que surgió de dicho congreso llegó a ser el principal marco ideológico y político del SPD en los años siguientes. Considerando la necesidad de conciliar las posturas radicales adoptadas por el partido durante los años de la represión con las nuevas condiciones favorables al desarrollo de la acción parlamentaria, el Programa de Erfurt consiguió una admirable síntesis entre los postulados revolucionarios que el partido había adoptado de la teoría marxista y las tácticas reformistas que las condiciones "objetivas" de Alemania exigían en aquel entonces. Esta nueva síntesis fue básicamente el trabajo de Karl Kautsky, principal teórico del SPD en sus primeros años de existencia.

En los años siguientes, ese programa fue seguido fielmente por la dirección del partido, especialmente frente al desafío planteado por el "revisionismo"

de Edward Bernstein y las posturas revolucionarias de Rosa Luxemburgo y sus seguidores. En esos años (1891-1903), el SPD experimentó un gran crecimiento electoral, a pesar de los estrechos límites del sistema político y del carácter reaccionario de la alianza social que lo sustentaba. Esta última correspondía a la unión entre la aristocracia militar prusiana y la nueva burguesía alemana formada por Bismarck, en el período que siguió a la formación del Reich, en 1871. El sistema político, por su parte, consistía en un Estado cuasirrepresentativo y cuasimonárquico en el que el Káiser y los Junkers detentaban gran parte del poder.

A pesar de estas limitaciones, el SPD experimentó un gran éxito electoral llegando a constituirse en el principal representante político de la clase obrera alemana y el más importante partido socialista de Europa. Los votos obtenidos por el partido en las elecciones para el *Reichstag* aumentaron de 763.128 (10%), en 1887, a 3.010.771 (32%), en 1903.

El marco en el cual se desenvolvía, sin embargo, creaba grandes tensiones y contradicciones para el SPD. Aunque el *Reichstag* proporcionaba un espacio político más o menos abierto, el partido debía funcionar en medio de las limitaciones de la Alemania imperial y monárquica. Además, en el caso del SPD existía un problema adicional: cómo luchar por objetivos socialistas revolucionarios desde la precaria posición de la actividad parlamentaria. El hecho era, sin embargo, que el SPD estaba alcanzando un significativo éxito electoral.

Debe reconocerse al Programa de Erfurt el haber alcanzado una admirable síntesis que consideraba tanto las aspiraciones teóricas del partido, especialmente dentro del liderazgo y la intelectualidad, y las demandas específicas del pueblo alemán. La primera parte del programa contenía tradicionales puntos de vista marxistas sobre el desarrollo del sistema capitalista, bosquejando un sombrío panorama de su evolución, a la vez que prediciendo una agudización de la lucha de clases. La segunda parte consideraba específicamente las demandas concretas de la clase obrera alemana dentro del marco del sistema capitalista. En lo medular, enfatizaba la necesidad de una ampliación de los derechos políticos, dirigida al fortalecimiento de la clase obrera y su expresión política: el Partido Social Demócrata.

En sus Comentarios sobre el Programa de Erfurt<sup>2</sup>, Kautsky se explaya aún más sobre este programa; realiza una clásica descripción de los puntos de vista marxistas sobre las contradicciones internas del capitalismo, centrándose en las leyes de concentración y pauperización y la teoría de la plusvalía. Es en la segunda parte de dicho trabajo, sin embargo, donde encontramos la principal contribución teórica de Kautsky, a partir de sus ideas sobre "la mancomunidad del futuro". Siguiendo a Marx, e influido por Darwin, Kautsky escribía que el triunfo del socialismo era inevitable, lo que no implicaba descartar la necesidad de la acción revolucionaria. Las formas

---

<sup>2</sup> Karl Kautsky, *The Class Struggle: Coments on the Erfurt Program* (Chicago, Charles H. Kerr and Co., 1910).

concretas que adoptaría la revolución, sin embargo, dependerían por entero de las circunstancias; en todo caso, “no es de modo alguno necesario que sea acompañada de violencia y derramamiento de sangre”<sup>3</sup>.

¿Qué hacer, entonces? ¿Cómo llenar el espacio entre la inevitabilidad del socialismo y la necesidad de la acción política? Aparentemente, no era mucho lo que podía hacerse, pues, precisamente, lo que Marx y Engels habían enseñado, de acuerdo a Kautsky, era que el desarrollo económico progresaba de manera irresistible, obediente a ciertas leyes fundamentales y no a los deseos o caprichos de nadie. La clave, sin embargo, para responder a dichas preguntas puede encontrarse en la crucial afirmación de Kautsky de que “toda lucha de clases es una lucha política”. Dentro de este contexto debía entenderse el Programa de Erfurt cuando afirmaba que la clase obrera “no puede realizar la transferencia de los medios de producción a la comunidad como un todo, sin que previamente haya conquistado el poder político”<sup>4</sup>. En otras palabras, la lucha económica implicaba la lucha por los derechos políticos; en estas condiciones el partido de la clase obrera debía dedicar sus energías a la conquista del poder político, mediante la lucha por la ampliación de los derechos políticos.

Esto llevaba a Kautsky directamente a la necesidad de la actividad parlamentaria, lo que más tarde sería etiquetado por los sectores más izquierdistas dentro del partido como “cretinismo parlamentario”. Mediante la elección de sus representantes al parlamento, la clase obrera podría ejercer una influencia directa sobre el gobierno, lo que facilitaría el camino hacia la conquista del poder político. De esta manera el parlamento dejaría de ser un instrumento en manos de la burguesía y pasaría a servir a los fines del proletariado. Así, el proletariado, organizado en un partido político, no tenía razones para desconfiar de la actividad parlamentaria y, antes bien, tenía muchas razones para actuar recurriendo a dicho instrumento.

El objetivo final de la revolución socialista —que era vista por Kautsky como inevitable y que estaba caracterizada por la socialización de los medios de producción— nunca fue olvidado por el teórico alemán. Su punto de vista era, sin embargo, que esa transformación sólo podría realizarse, al menos en el contexto de la realidad alemana, mediante la conquista del poder político a través de métodos parlamentarios. Tal era el contenido del Programa de Erfurt, el pensamiento de su autor y la línea política que adoptaría el partido en los años siguientes.

Por cierto que lo anterior no resultaba fácil de ser asimilado por un partido de las características del SPD, dispuesto a actuar al interior de un sistema que al mismo tiempo aspiraba a destruir: un sistema capitalista, bajo una forma política monárquica e imperial. Esta contradicción siempre estuvo presente en la discusión al interior del partido y nunca fue resuelta en forma adecuada.

<sup>3</sup> *Ibíd.*, 90.

<sup>4</sup> *Ibíd.*, 159.

Lo anterior se hacía aún más difícil de resolver, considerando que la adhesión teórica al marxismo y a sus puntos de vista sobre las contradicciones internas del desarrollo capitalista parecían no corresponder a la realidad social y económica de Alemania en la década de 1890. Como señala Schorske, “la socialdemocracia se estaba expandiendo no en una atmósfera de creciente miseria y desempleo, sino en una de prosperidad sin precedentes”<sup>5</sup>. Este hecho se constituiría en la base del “revisionismo” de Bernstein. Antes de pasar a las opiniones de Bernstein, digamos, sin embargo, que a pesar de la adhesión del Programa de Erfurt a los postulados marxistas revolucionarios, al menos desde la derogación de la Ley Antisocialista, en 1890, el partido se había comprometido permanentemente con una práctica reformista.

Pero no fue en el plano de la práctica política donde se dio la disputa en los años siguientes. Más bien, la discusión tuvo lugar en el plano teórico. La tarea de contribuir a superar la brecha existente entre el partido y la sociedad alemana, de cuestionar el creciente aislamiento de un partido anti-sistema que rehusaba aceptar la realidad tal cual era, fue asumida por Edward Bernstein. En la famosa “controversia revisionista”, a fines de siglo (1898-1903), emergieron muchas de las contradicciones de un partido socialista que se desenvuelve al interior de un sistema capitalista.

Convertido al marxismo después de haber leído el *Anti-Dühring* de Engels, y gran amigo tanto de Engels como de Kautsky, Bernstein pasó en el exilio los años de la legislación represiva de Bismarck, primero en Zúrich como editor del *Sozialdemokrat* —publicación oficial del SPD— y luego en Londres, donde recibió la influencia del fabianismo británico. De vuelta en Alemania, en la década de 1890, llegó a la convicción de que los postulados revolucionarios que el partido había adoptado en Erfurt, en 1891, existían sólo en apariencia, en tanto que la práctica concreta del SPD era parlamentaria y reformista. Si el partido quería tener éxito como partido de masas y aspiraba a la conquista del poder político, tenía que aceptar su carácter reformista, junto con desistir de sus objetivos revolucionarios.

Bernstein se sentía incómodo acerca de la forma en que sus convicciones sobre la necesidad de revisar el marxismo podían afectar sus lealtades: con el partido, con sus amigos Engels y Kautsky, y con el propio Marx. Pero, finalmente, decidió llevar a cabo su tarea: “Me dije —señala el dirigente socialista— esto no puede continuar. Es inútil tratar de conciliar lo irreconciliable. Hay que saber exactamente en qué Marx acierta y en qué se equivoca”<sup>6</sup>. En otras palabras: Marx tenía que ser llevado al terreno de las ciencias sociales. Sus observaciones tenían que tomarse como hipótesis —y no como dogmas— y ser confrontadas con la realidad.

Marx murió en 1883 y Engels en 1895, de modo que Bernstein se sintió

---

<sup>5</sup> Carl E. Schorske, *German Social Democracy, 1905-1917: the Development of the Great Schism* (Cambridge, Harvard University Press, 1955), 16.

<sup>6</sup> En Peter Gay, *The Dilemma of Democratic Socialism: Edward Bernstein's Challenge to Marx* (Nueva York, Columbia University Press, 1952), ix.

libre para exponer sus ideas en los años siguientes. Después de dos años de debate al interior del partido mediante artículos, discursos y conversaciones, la dirección superior pidió a Bernstein que sintetizara sus opiniones en un solo escrito. Fue lo que hizo en 1899, mediante la publicación de su famoso libro "Los Supuestos del Socialismo y las Tareas de la Socialdemocracia" (conocido también como "Socialismo Evolutivo: una Crítica y una Afirmación").

Como lo sugiere el título del libro, el argumento de Bernstein era que existía una manifiesta contradicción entre las premisas del socialismo marxista y la realidad del capitalismo alemán —y del propio SPD. Una cuidadosa observación de la realidad alemana llevó a Bernstein a la conclusión de que las visiones catastrofistas del marxismo, referidas a la posibilidad de un colapso inminente del sistema capitalista, eran equivocadas. La realidad se movía más bien en una dirección contraria, de antagonismos de clase cada vez menos agudos; el capitalismo, por su parte, había mostrado una capacidad de adaptación no prevista por Marx. En ese contexto, un progreso sostenido mediante reformas era más digno de considerar que la idea dudosa de un colapso catastrófico del capitalismo; el partido tenía que concentrar sus esfuerzos en "la extensión de los derechos políticos y económicos de la clase obrera alemana"<sup>7</sup>.

Según Bernstein, las metas finales, especialmente cuando eran proclamadas de manera rígida —como en el Programa de Erfurt— no importaban realmente. De hecho, uno de sus propósitos era precisamente oponerse a lo que quedaba del pensamiento utópico en la teoría socialista, junto con la necesidad de mirar la realidad tal cual era. Lo anterior condujo al dirigente socialista alemán a su afirmación central de que el "movimiento lo es todo y el objetivo final del socialismo nada". La conclusión escrita en su prefacio a la edición inglesa, diez años más tarde (1909), es elocuente: "Incapaz como soy de creer en metas finales, no puedo creer en una meta final del socialismo. Pero creo en el movimiento socialista, en la marcha hacia adelante de la clase trabajadora que, paso a paso, debe conseguir su emancipación"<sup>8</sup>.

En este libro Bernstein desarrolló una crítica a los postulados esenciales del marxismo y, muy en especial, a las teorías sobre la lucha de clases y la plusvalía; estas últimas, lejos de ser confirmadas, eran negadas por la realidad alemana. Adicionalmente, no se preveían posibilidades de colapso económico, la estructura de clases era más diferenciada y compleja, las clases medias emergían poderosamente, las sociedades anónimas y las empresas medianas y pequeñas se extendían cada vez más, la extensión de los mercados y el avance tecnológico proveían al capitalismo de una nueva capacidad de adaptación, etcétera. En síntesis, las teorías catastrofistas de Marx sobre el desarrollo capitalista eran equivocadas. Todo lo anterior, dentro de un con-

---

<sup>7</sup> Edward Bernstein. *Evolutionary Socialism: a Criticism and an Affirmation* (New York, B. W. Huebsch, 1909), xvi.

<sup>8</sup> *Ibid.*, xxii.

texto de recuperación de las economías europeas sobre la base de un proceso de expansión colonial sin precedentes.

¿Qué hacer, entonces, de acuerdo a Bernstein? En primer lugar y de manera fundamental, reconocer que socialismo y democracia eran inseparables: “la democracia es una condición del socialismo en un grado mucho mayor que el que habitualmente se asume; ella no es sólo un instrumento, sino la sustancia misma”<sup>9</sup>. Esto implicaba, entre otras cosas, que los partidos y las clases debían ser conscientes de los límites de su poder, de lo que resultaba la necesidad de buscar un compromiso. Sólo así podría el SPD “hacer posible y segura una transición (libre de estallidos convulsivos) desde el orden social moderno a uno superior”<sup>10</sup>.

En segundo lugar, el socialismo debía reconocer el aporte histórico del liberalismo. El desarrollo de las libertades individuales y políticas y de los derechos inalienables del ser humano —todos ellos asociados a la tradición liberal— no deberían ser ajenos al movimiento socialista. En cierta forma, Bernstein veía al socialismo como una culminación del liberalismo; como una formación social superior que, no obstante, consideraba no pocos elementos liberales: “con respecto al liberalismo, como un gran movimiento histórico, el socialismo es su legítimo heredero, no sólo en secuencia cronológica, sino en sus cualidades espirituales”<sup>11</sup>.

Finalmente, el verdadero papel del SPD debía encontrarse en la segunda parte del Programa de Erfurt, pues era esa sección, conteniendo las demandas inmediatas de la clase obrera, la que correspondía exactamente a la realidad alemana y a la del propio partido. Bernstein estaba convencido de que el SPD debía abandonar su retórica revolucionaria —porque no era más que eso— y reconocerse como aquello que era en su práctica concreta: un partido reformista. De esta forma, su importancia relativa crecería dramáticamente: “su influencia sería mucho mayor que la actual —según Bernstein— si la socialdemocracia tuviera el valor de liberarse de una fraseología que es realmente anticuada y si se resolviera a aparecer como aquello que es en la realidad: UN PARTIDO SOCIALISTA, DEMOCRÁTICO, DE REFORMA” (subrayado de Bernstein)<sup>12</sup>.

De este modo, Bernstein cuestionaba los principios marxistas contenidos en la primera parte del Programa de Erfurt, pero no así el contenido de la segunda parte (que el mismo Bernstein había contribuido a escribir), más afín con la realidad alemana y la práctica reformista del partido.

La respuesta de Kautsky no se hizo esperar. El teórico alemán consideró que el trabajo de Bernstein representaba un total abandono de los principios fundamentales del socialismo científico. En una carta dirigida a Bernstein, Kautsky escribía: “Usted declara falsa la teoría del valor, el materialismo dialéctico, la lucha de clases, el carácter proletario de nuestro movimiento

<sup>9</sup> Ibid., 166.

<sup>10</sup> Ibid., 146.

<sup>11</sup> Ibid., 149.

<sup>12</sup> Ibid., 197.

(...) ¿qué queda entonces de marxismo en todo esto?”<sup>13</sup>. Este era un asunto crucial para Kautsky, pues en su propia perspectiva lo que realmente importaba era la fiel adhesión a los principios teóricos fundamentales en los que el partido basaba su acción política. En otra carta dirigida a Bernstein, Kautsky dejaba muy en claro lo que para él estaba en juego en la controversia: “Si alguna vez fuera derrotada la concepción materialista de la historia y la concepción del proletariado como la fuerza motriz de la revolución social, entonces tendría que confesar que me sentiría terminado. mi vida no tendría significado alguno”<sup>14</sup>.

Queda, pues, de manifiesto que la “controversia revisionista” se refería a importantes materias en torno de las cuales existían profundas diferencias, especialmente entre Kautsky y Bernstein. En síntesis, mientras para Kautsky lo que importaba era el objetivo final del socialismo, para Bernstein importaba el movimiento; mientras para el primero el socialismo era inevitable de acuerdo a una cierta lectura determinista del materialismo histórico, para el segundo era más bien deseable, ubicándose más cerca de un idealismo neokantiano; en tanto Kautsky adhería a las teorías marxistas de la plusvalía, la concentración y la pauperización, Bernstein las cuestionaba.

Más importante que lo anterior, sin embargo, e implícito en esta controversia, era el problema de la relación entre el partido y la sociedad alemana. Como sugiere Nettle, la cuestión envuelta en la controversia era si los socialdemócratas debían mantenerse aislados de la sociedad alemana, en el caso de un apego inflexible a postulados rígidos y objetivos finales (posición de Kautsky), o si el partido debía tener una participación más activa en la política y sociedad alemanas, aun si ello pasaba por una revisión de aquellos principios y postulados a la luz de esa misma realidad (posición de Bernstein)<sup>15</sup>. Según Nettle, aislamiento o participación, tal era el dilema que enfrentaba el SPD en la controversia.

De manera similar, esta es la pregunta planteada por Peter Gay, la que queda insinuada en el título de su libro sobre el revisionismo de Bernstein, “El Dilema del Socialismo Democrático”. Según el autor, el dilema a resolver por parte del socialismo democrático es la adhesión a ciertos principios o la búsqueda del poder: “un movimiento socialista democrático que permanezca fiel a sus principios puede que nunca llegue a conquistar el poder”<sup>16</sup>. Tal sería, según dicho autor, el dilema planteado en torno a la “controversia revisionista”, en Alemania, a fines del siglo pasado.

Finalmente, en esa controversia Kautsky terminó por imponerse sobre Bernstein y el “revisionismo” fue condenado oficialmente en los congresos partidarios de Hanover en 1899, por 216 contra 21, y de Dresden en 1903,

<sup>13</sup> En Gary P. Steenson, *Karl Kautsky 1854-1938: Marxism in the Classical Years* (Pittsburgh, University of Pittsburgh, 1978), 123.

<sup>14</sup> *Ibid.*, 120.

<sup>15</sup> En Peter Nettle, “The German Social Democratic Party (1890-1914) as a Political Model”, en *Past and Present* (30, abril de 1965).

<sup>16</sup> Gay, *op. cit.*, ix.



por 288 votos contra 11. En el Congreso de Amsterdam en 1904, la Segunda Internacional también condenó “del modo más decidido los esfuerzos revisionistas dirigidos a cambiar las victoriosas tácticas basadas en la lucha de clases que hemos seguido hasta ahora, de tal forma que en vez de conquistar el poder político mediante la derrota de nuestros oponentes, se siga una política de compromiso con el orden existente”<sup>17</sup>.

A pesar de las diferencias entre Kautsky y Bernstein, y de la condena del “revisionismo”, ambos líderes contribuyeron a establecer algunos de los rasgos básicos de una auténtica postura socialista democrática, la que se definiría más nítidamente en los años siguientes. Las inclinaciones parlamentarias de Kautsky y las posiciones reformistas de Bernstein prefiguraron lo que sería la práctica concreta del SPD y del conjunto del socialismo europeo en las décadas siguientes.

### *La Disolución de Erfurt y el Advenimiento de la República de Weimar*

Las consecuencias de esta adhesión a una suerte de pureza doctrinaria y la derrota del “revisionismo” significaron también para el SPD sumirse en un creciente aislamiento social y político; ello, a pesar de su fuerza electoral. El SPD continuó desarrollándose como un partido volcado “hacia adentro”, con una plataforma de oposición irreconciliable al sistema. Paradójicamente, aunque el triunfo de las posiciones ortodoxas implicaba la adhesión a los principios marxistas acerca de la irreconciliabilidad de las clases sociales, su consecuencia práctica fue la creciente osificación y estancamiento de la estructura partidaria. Esta actitud de volcamiento hacia adentro dio nacimiento, en los años siguientes, a una creciente burocratización del partido<sup>18</sup>. Más aún, a pesar del triunfo sobre el “revisionismo” y, en los años siguientes, sobre las posturas izquierdistas de Rosa Luxemburgo y sus seguidores, este nuevo aparato burocrático contribuyó a la disolución de la propia síntesis forjada en Erfurt, culminando en la Gran Guerra y la división entre socialdemocracia y comunismo. Los intentos por parte de Rosa Luxemburgo y Liebknecht, de oponerse a la orientación conservadora de esta nueva burocracia mediante la adhesión a las ideas de “acción directa” y “lucha de masas”, fueron finalmente derrotados, contribuyendo ambos a la formación del Partido Comunista Alemán (KPD), en 1918.

La decisión final sobre la “controversia revisionista” no sólo condujo a un resultado totalmente diferente del esperado por Kautsky y los sectores más radicalizados del partido, sino que la práctica del partido continuó siendo lo que siempre había sido y sería en el futuro: una práctica reformista. Como destaca Peter Gay, después de 1903 “el SPD continuó comportándose como

<sup>17</sup> En James Joll, *The Second International, 1889-1914* (Londres, Routledge and Kegan, 1974), 102.

<sup>18</sup> Sobre este punto se puede ver Robert Michels, *Political Parties; a Sociological Study of the Oligarchical Tendencies of Modern Democracy* (Nueva York, The Free Press, 1962).

un partido revisionista, junto con condenar el revisionismo; continuó predicando la revolución, junto con practicar la reforma<sup>19</sup>.

El desencadenamiento de la guerra se transformó en la crisis del SPD y de la Internacional Socialista. Es interesante destacar, sin embargo, que tras el apoyo permanente de la delegación del SPD en el *Reichstag* a los créditos de guerra solicitados por el emperador (1914), un número de prominentes socialdemócratas (incluidos la Luxemburgo, Kautsky y el propio Bernstein, rivales tradicionales que no obstante habían coincidido en su oposición a los créditos de guerra) se reunieron en Gotha —donde el SPD había sido creado en 1875— en la Pascua de 1917, para formar el Partido Social Demócrata Independiente (USPD o Independientes). Curiosamente, lo que reunió a todos esos hombres y mujeres fue un intento por revivir el espíritu de Erfurt; a su vez, ello llevó también a revivir las diferentes interpretaciones sobre dicho programa, conduciendo en definitiva a la división de los Independientes cuando la Luxemburgo, Liebknecht y otros procedieron a la formación del KPD, en 1918. Kautsky y Bernstein retornaron al SPD en el Congreso de Nüremberg, en 1922.

En el período de posguerra y bajo el impacto de la Revolución Rusa, el SPD vio la necesidad de llevar a cabo profundas reformas políticas si se quería evitar en Alemania una revolución del tipo bolchevique; el cambio de régimen desde la monarquía a la república llegó a ser el gran objetivo, aun si ello significaba la postergación de ciertas reformas económico-sociales. En opinión del partido, si se quería evitar una radicalización aún mayor, conducente a una revolución, debía establecerse una democracia parlamentaria.

Inicialmente, el Káiser, los militares y las instituciones del Segundo Reich se opusieron a dichas reformas. El alzamiento de noviembre de 1918, sin embargo, precipitó el cambio de régimen político, asignando a las fuerzas socialistas un papel protagónico en el establecimiento de una república de tipo parlamentaria. De este modo, Friedrich Ebert y el SPD pudieron contener el movimiento revolucionario, junto con lograr el apoyo de representantes del antiguo régimen y establecer una alianza con el USPD. En dicho proceso la izquierda revolucionaria fue aplastada y Rosa Luxemburgo y (Karl) Liebknecht fueron asesinados.

En enero de 1919 se procedió a elegir una Asamblea Constituyente. El SPD obtuvo un 38% de los votos y el USPD un 8% (el KPD no participó). A poco andar, sin embargo, el USPD se alejó de la alianza con el SPD y se formó una nueva coalición (la Coalición de Weimar) entre socialistas, demócratas y centristas, con Ebert como jefe de gobierno. Dicha coalición se mantuvo en el poder hasta 1923.

Una vez que la democracia parlamentaria quedó establecida —logro que debe atribuirse principalmente al SPD— y durante la República de Weimar (1918-1933), el partido estuvo comprometido básicamente con la preserva-

---

<sup>19</sup> Gay, op. cit., 266.

ción de sus instituciones, junto con procurar un avance en torno a las aspiraciones de la clase obrera. Después de todo, el SPD siempre había mirado la actividad parlamentaria como la única vía segura al socialismo. Esto tenía lugar en el contexto de un difícil proceso de formación de coaliciones en la medida que ningún partido era capaz de lograr una mayoría (más allá de la "barrera del tercio"), en un sistema multipartidario fragmentado, basado en la representación proporcional.

El partido buscaba defender los intereses de la clase obrera a través de la acción parlamentaria, en un proceso gradual hacia el socialismo. Por ello, la preservación de las instituciones republicanas llegó a ser su prioridad máxima durante todo el período. Hilferding, el máximo teórico del partido en los años veinte, afirmaba que "debemos hacer a la clase obrera alemana consciente del valor intrínseco (*eigenwert*) de la república y la democracia"<sup>20</sup>. En la misma línea, el Programa de Heidelberg (1925) del SPD declaraba que "la república democrática es la base más favorable para la lucha de la clase obrera por su liberación y, así, para la realización del socialismo. Por tanto, el SPD protege e intenta perfeccionar la república"<sup>21</sup>. De esta manera, y más allá de toda retórica, el SPD confirmaba no sólo su práctica reformista, sino su adhesión a las instituciones de la democracia representativa, a pesar de las fragilidades propias de la República de Weimar.

Entre 1923 y 1928, el SPD se mantuvo fuera del gobierno, en un contexto de relativa prosperidad y estabilidad. Esto fue posible merced a que el SPD prácticamente se abstuvo de ejercer una real oposición, junto con tolerar la existencia de coaliciones minoritarias en el poder. Esto, a su vez, estaba relacionado con el problema de los frágiles alineamientos parlamentarios de la República de Weimar y la ausencia de un consenso democrático. A lo largo de todo el período, el SPD tuvo que mantener un difícil equilibrio entre ser oposición y coadyuvar a la mantención del sistema.

De vuelta en el gobierno entre 1928 y 1930, bajo el gabinete de Müller, el SPD tuvo que enfrentar las primeras consecuencias de la recesión económica internacional, la que tuvo efectos devastadores en Alemania. Ello, mientras el nazismo y el comunismo ganaban terreno, fortaleciendo así la posición de los partidos antisistema. También, durante los años de la República de Weimar las estructuras administrativas, económicas y sociales se mantuvieron casi intactas. Los elementos reaccionarios se mantenían en la administración pública, los tribunales y el ejército, mientras que las grandes industrias y los Junkers conservaban la mayor parte de su poder. Si a todo esto agregamos las duras condiciones impuestas por el Tratado de Versalles, que dieron lugar a todo tipo de resentimientos nacionalistas, y la naturaleza del sistema de partidos alemán, el que condujo al descrédito de las propias

<sup>20</sup> En Richard Breitman, *German Socialism and Weimar Democracy* (Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1981), 123.

<sup>21</sup> En Richard Hunt, *German Social Democracy, 1918-1933* (New Haven, Yale University Press, 1964), 33.

instituciones republicanas, es fácil comprender la crisis subsiguiente, conducente al quiebre de la democracia parlamentaria y la toma del poder por parte del nazismo.

En el análisis final, el quiebre de la democracia bien puede parecer una verdadera pesadilla, junto con la impotencia demostrada por las fuerzas democráticas para defender las instituciones de la República de Weimar. Sin embargo, en una perspectiva histórica, puede extraerse un balance más positivo. Como Willy Brandt declarara algunos años más tarde, "la República de Weimar tuvo un valor comparada con lo que la antecedió y, sobre todo, con lo que vino después"<sup>22</sup>. En esos términos, la República de Weimar ciertamente tuvo un valor y gran parte del crédito debe ser concedido al SPD.

### *La República de Bonn y el Programa de Bad Godesberg*

Si la Alemania imperial y la naciente República de Weimar fueron el contexto en el cual el SPD emergió y se desarrolló, el nazismo, la Guerra Fría y la República de Bonn señalaron la edad adulta de un partido que había entrado en una fase más madura de desarrollo. A partir de los significativos cambios económicos, políticos y culturales que tuvieron lugar en la Alemania de posguerra, el partido acometió un proceso de renovación interna. Esta última adquirió una forma definitiva con la adopción del programa de Bad Godesberg, en 1959. En dicho congreso, el SPD dejó de lado toda referencia ideológica (incluido el marxismo) convirtiéndose en un partido más bien programático y nacional. Como resultado de este proceso de renovación y luego de veinte años de gobierno demócratacristiano, el SPD gobernó ininterrumpidamente entre 1969 y 1983.

Tras el fin de la guerra y la derrota nazi, al menos tres grupos emergieron dentro del SPD: el comité ejecutivo, que se había trasladado a Londres, dirigido por Hans Vogel; un comité central basado en Berlín, bajo el liderazgo de Otto Grotewohl (favorable a un entendimiento con el KPD), y el grupo de Hanover dirigido por Kurt Schumacher, héroe de la resistencia y fuertemente anticomunista. A pesar de los continuos debates y mutuas recriminaciones entre estos grupos, un consenso informal se forjó en torno a la personalidad de Schumacher, quien llegara a ser, en los años siguientes y hasta su muerte en 1952, el líder indiscutido del partido.

El período entre 1945 y 1949 fue de reconstrucción de los devastadores efectos de la guerra y de organización de la República Federal. Este período presenció el surgimiento de los tres partidos políticos más importantes de la etapa de posguerra: el Partido Demócrata Cristiano (CDU), que reemplazó al centro católico tradicional, el Partido Social Demócrata, ahora en una fase más madura de desarrollo, y el Partido Liberal (FDP), de menor importancia

---

<sup>22</sup> Willy Brandt. *People and Politics, the Years 1960-1975* (Boston, Little, Brown and Company, 1976), 207.

electoral pero clave en el proceso de formación de alianzas políticas que tuvo lugar en la política alemana de los años siguientes.

Entre 1946 y 1952 la vida del SPD se desarrolló alrededor de la personalidad de Kurt Schumacher. El nuevo líder del partido había pasado los últimos doce años de su vida en prisión, en un total aislamiento del mundo exterior. Una vez que hubo recuperado su libertad y ya en la dirección del partido, pensaba que Alemania estaba madura para el socialismo. Esto correspondía también a la disposición general dentro del mismo partido, el que declaraba en su Congreso de Hanover (1946) que “tal como el socialismo no es posible sin democracia, así también en el capitalismo la democracia está en constante peligro (...) el socialismo ya no es más una meta distante: es la tarea del día”<sup>23</sup>.

Schumacher pensaba de la democracia alemana que, o llegaba a ser socialista, o dejaría de existir como tal. Se mostraba especialmente preocupado de que las nuevas instituciones democráticas en formación surgieran de las cenizas de la guerra; ello porque la democracia era de nuevo, como en la República de Weimar, “la hija de la derrota”<sup>24</sup>. El líder del partido temía que se volvieran a cometer los errores del pasado y pensaba que sólo llegando a ser socialista podría la nueva democracia desarrollarse sobre bases sólidas. En este contexto, pensaba que el SPD era la única fuerza política que estaba calificada para acometer tal esfuerzo.

Un tímido revisionismo fue intentado por Schumacher para acomodarse a la nueva realidad, aunque aún dentro de los límites de un esquema marxista. Schumacher reafirmó las principales ideas marxistas que inspiraban el programa del partido, pero de un modo más secular, a la vez que marcando las diferencias con el comunismo. En efecto, él postulaba claramente que, “como socialdemócratas no tenemos intención alguna de condenar el marxismo como un todo y arrojarlo por la borda (...). El marxismo, en sus dos formas más importantes —la concepción económica de la historia y la lucha de clases—, no está obsoleto”<sup>25</sup>. Junto con ello, era categórico en señalar que el comunismo de Alemania Oriental era una forma degenerada de marxismo. Él no veía posibilidad alguna de entenderse con esa interpretación del marxismo: “el socialismo y el comunismo son hermanos (...) como Caín y Abel”, decía<sup>26</sup>.

El líder socialista descartaba la posibilidad de adoptar el marxismo como un dogma; más bien, debía ser tenido en cuenta como un método de análisis. También pensaba que el partido debía estar abierto a incluir entre sus miembros a hombres y mujeres provenientes de tradiciones no marxistas. En este

<sup>23</sup> En Douglas A. Chalmers, *The Social Democratic Party of Germany: from Working-class Movement to Modern Political Party* (New Haven, Yale University Press, 1962), 16.

<sup>24</sup> Lewis J. Edinger, *Kurt Schumacher; a Study in Personality and Political Behavior* (California, Stanford University Press, 1965), 81.

<sup>25</sup> En David Childs, *From Schumacher to Brandt: The Story of German Socialism, 1945-1965* (New York, Pergamon Press, 1966), 37.

<sup>26</sup> En Neil McInnes, *The Communist Parties of Western Europe* (Oxford University Press, 1975), 192.

sentido, el SPD debería ser lo suficientemente abierto y flexible como para atraer a una base electoral más amplia. De acuerdo con la definición de Schumacher, “no importa si uno llega a ser socialdemócrata a través de los métodos del análisis marxista, por razones filosóficas o éticas, o a partir del espíritu del Sermón de la Montaña”<sup>27</sup>.

Una de las ideas más importantes, implícita en este revisionismo más bien modesto —cuando se le compara con el de Bad Godesberg— era que el SDP debería dejar de ser, estrictamente hablando, un partido de clase; un partido dedicado exclusivamente a los intereses de una clase en particular. Según Schumacher, el socialismo ya no era un asunto de la clase obrera en el sentido tradicional de la palabra; más bien, debería ser el programa de los obreros, agricultores, artesanos, comerciantes y de las profesiones liberales. Así, la de Schumacher era una concepción secular del marxismo, junto con abogar por un partido más flexible y abierto.

Pero las cosas no ocurrieron como Schumacher y el SPD habían previsto. A pesar de la revisión de ciertas rigideces ideológicas y de la actitud más flexible del partido, fueron el Partido Demócrata Cristiano (CDU) y su aliado socialcristiano bávaro (CSU), los que se beneficiaron de las nuevas condiciones creadas después de la guerra. Konrad Adenauer fue elegido Canciller en 1949 y los demócratacristianos se mantuvieron en el poder durante veinte años, hasta 1969. El SPD recibió sólo un 29,2% de los votos en la elección de 1949, siendo relegado nuevamente a la oposición.

¿Cómo explicar el éxito de la CDU/CSU y el fracaso del SDP para constituirse en un partido de gobierno?

En nuestra opinión, los demócratacristianos llegaron a comprender de manera más lúcida y oportuna las profundas transformaciones habidas en la Alemania de posguerra. También fueron capaces de adaptarse a esas transformaciones de mejor manera y de actuar sobre ellas. Muy por el contrario, el SPD, bajo el liderazgo de Schumacher, aún se mantenía en un esquema demasiado rígido y tradicional, el que no se avenía con las nuevas circunstancias.

¿Cuáles eran esos cambios?

En un primer nivel, podemos identificar ciertas transformaciones dentro de la cultura política. El impacto dramático del nazismo y el comunismo produjo en la sociedad alemana un cambio de actitudes y valores, conduciendo a una posición más tolerante, moderada y pragmática. Esta fue la reacción colectiva frente a los dramáticos efectos de la experiencia nazi y la amenaza comunista, especialmente frente a la partición de Alemania.

Uno de los efectos más importantes de estos cambios en la cultura política alemana fue la declinación de las posiciones ideológicas y el rechazo de las visiones apocalípticas de transformaciones radicales, especialmente frente a los desafíos muy concretos de la reconstrucción económica, los que deman-

---

<sup>27</sup> En Kent Schellenger, “The German Social Democratic Party After World War II: The Conservatism of Power”, en *Western Political Quarterly* (19, junio de 1966), 252.

daban todas las energías creativas del pueblo alemán. La notable ausencia de disputas doctrinarias después de 1945 facilitó un amplio consenso social y llevó en la arena política a lo que alguien denominara un "pragmatismo tranquilo". El rechazo de las experiencias totalitarias del nazismo y el comunismo contribuyó también a un amplio acuerdo entre las principales fuerzas sociales y políticas en torno al valor de las instituciones democráticas y a la necesidad de preservarlas de cualquier amenaza.

Si el apaciguamiento del debate ideológico y la decreciente postura en favor de cambios radicales tendían a favorecer a un partido más pragmático y moderado como la CDU, el advenimiento de la Guerra Fría fue especialmente pernicioso para el SPD. No obstante el anticomunismo de Schumacher y su rechazo del marxismo como dogma, el SPD aún aparecía comprometido con el socialismo y aún adhería al marxismo como su principal marco teórico. Todo ello era usado permanentemente por Konrad Adenauer y los demócrata-cristianos, los que intentaban persuadir al pueblo alemán de que no había una diferencia sustancial entre socialismo y comunismo. La CDU hábilmente insistía en que "todo marxismo conduce finalmente a Moscú"<sup>28</sup>. Esto hacía aún más difícil para el SPD intentar diferenciarse del comunismo.

Una segunda transformación se refiere a la prosperidad económica que Alemania experimentó en los años posteriores a la llegada al gobierno de Adenauer, en 1949. Dicha prosperidad fue el producto de una economía social de mercado y no del socialismo de viejo cuño del SPD, el que aún contenía referencias a la planificación, los controles centrales y las nacionalizaciones (a pesar de la moderación del lenguaje que siguiera al congreso partidario de Dusseldorf, en 1948). Además, la prosperidad que provenía del "milagro económico" alemán, bajo Adenauer, Erhard y los demócrata-cristianos, modificó significativamente la estructura social, lo que contribuyó a suavizar, en vez de agudizar, el conflicto de clases. Mientras los demócrata-cristianos consolidaban su influencia en el electorado de clase media, los socialdemócratas no podían evitar la imagen de un partido de clase, comprometido básicamente con los sectores obreros.

De esta manera, la prosperidad económica, bajo un esquema de economía social de mercado, y el anticomunismo, en plena Guerra Fría, se constituyeron en la base del consenso creado en torno a Adenauer. El predominio incontrarrestado de la CDU tuvo lugar a costa del SPD.

Un tercer tipo de transformaciones tuvo lugar al interior del sistema político, el que también tendió a favorecer a la CDU. Aún existía la tendencia a identificar a la socialdemocracia con las debilidades y fragilidades de la República de Weimar, en tanto que una fuerza más bien moderada, pragmática, tolerante y consensual, dispuesta al compromiso y capaz de enfatizar su carácter nacional, como la democracia cristiana, aparecía como más apropiada para este nuevo entorno.

La Constitución que entró a regir a partir de la realización de una elección

---

<sup>28</sup> En Childs, op. cit., 37.

federal, en agosto de 1949, apuntaba a rectificar los errores de la República de Weimar junto con propender el establecimiento de un sistema federal descentralizado. La Constitución fortaleció la autoridad del Canciller, designado por el Parlamento (*Bundestag*) y disminuyó la autoridad del Presidente. De esta forma se estableció un tipo de gobierno parlamentario, basado en un sistema corregido de representación proporcional al interior de una república basada en la supremacía de la ley (un *Rechtsstaat*).

Las nuevas instituciones de la República de Bonn aspiraban a superar las tendencias centrífugas del fragmentado sistema multipartidario de la República de Weimar, el que había permitido el surgimiento de partidos antisistema tanto en la izquierda (KPD) como en la derecha (NSDAP). Aspiraban también a superar las rotativas ministeriales y la sucesión de gobiernos de minoría que resultaban de este caótico sistema, con el establecimiento de incentivos y sanciones destinadas a forzar a los partidos políticos a la formación de coaliciones y gobiernos mayoritarios. Los incentivos decían relación con el creciente prestigio de la autoridad del Canciller, lo que demandaba la formación de amplias coaliciones en el parlamento, y las sanciones decían relación con la barrera del 5 por ciento que finalmente se impuso en relación al sistema de representación proporcional. Como resultado de esta barrera, de los once partidos políticos que existían en 1949, sólo quedaban tres en 1957.

Un elemento adicional para la salvaguardia de esta relación y de la estabilidad del gobierno, era la cláusula según la cual el Canciller sólo podía ser removido de su puesto mediante un “voto de no confianza constructivo” propuesto por la oposición. De este modo, dicha relación descansaba últimamente en la capacidad de las principales fuerzas políticas para formar coaliciones mayoritarias.

Todas estas transformaciones introducidas en el sistema político recompensaban claramente a un partido como la CDU, cuyo pragmatismo y flexibilidad le facilitaban la búsqueda de amplias coaliciones de gobierno. Este partido aparecía más efectivamente como un *volkspartei*; esto es, un partido de todo el pueblo, de base nacional. En efecto, la CDU había surgido de un gran acto de compromiso entre diferentes sectores sociales y denominaciones religiosas; entre capital y trabajo, y entre católicos y protestantes. En cierta forma, la CDU emergió como una coalición dentro de sí misma. Su perspectiva ideológica flexible, en una época de rechazo total a los sistemas ideológicos rígidos, su fuerte anticomunismo en un clima de Guerra Fría, su papel conductor en el “milagro económico”, y el poderoso y carismático liderazgo de Adenauer, entre otros, la hicieron más apta para este nuevo entorno.

Las principales transformaciones en los niveles de la cultura política, la estructura socioeconómica y el sistema político, jugaron finalmente en favor del partido que mejor se había adaptado a esta nueva realidad. El éxito electoral del Partido Demócrata Cristiano fue bastante impresionante: mientras en 1949 la CDU/CSU recibía un 31% de los votos, en 1953 ganaba un 45,2% y en 1957 un 50,2%. En los mismos años, el SPD experimentó un



aumento más bien modesto desde un 29,2% en 1949, a un 31,8% en 1957.

En 1952 murió Kurt Schumacher y durante los años posteriores, entre el *Aktionsprogramm* de 1952 y el *Godesbergprogramm* de 1959, el SPD llevó a cabo un significativo proceso de renovación interna. El tipo de cambios cosméticos que Schumacher había introducido en la ideología y organización del partido, entre 1946 y 1952, se mostró insuficiente para enfrentar los nuevos requerimientos de la República de Bonn, en el contexto de los cambios que hemos señalado. Sólo con la muerte de Schumacher en 1952, y especialmente tras la derrota electoral de 1953, el partido se sintió libre para emprender las profundas transformaciones que estaban siendo postergadas.

En el centro de ellas estaba la necesidad de relajar las rigideces ideológicas que habían alienado del partido a una parte significativa del electorado. Se percibía dentro del SPD que en el período de posguerra existía en la sociedad alemana una profunda despreocupación por cuestiones doctrinarias o teóricas. Parecía como si el antiguo análisis social al que el partido había prestado tanta atención —más en su retórica que en su práctica— ya no fuera válido frente a las profundas transformaciones habidas en la Alemania de posguerra. Especialmente sentida era la necesidad de destruir la imagen de un partido de clase, adherido a rígidas formulaciones ideológicas. Ello significaba para el partido —en su esfuerzo por llegar a una audiencia más amplia— extender su radio de acción hacia otros sectores sociales. Aparecía claro para el liderazgo partidario que una organización política que agotaba sus energías en la representación de los intereses de una clase en particular, conservando su adhesión a la teoría marxista, nunca llegaría al poder.

Paradójicamente, si el SPD quería enfrentar esta situación con éxito, tendría que asemejarse al tipo de partido representado por la CDU; al tipo de partido al que Otto Kirchheimer se refiriera en su clásico estudio sobre los partidos políticos de Europa Occidental, como *catch-all parties*. Según el autor, en el período de posguerra, en la nueva dinámica creada por la “ley del mercado político”, la estructura de los partidos políticos europeos experimentó un gran cambio: el tradicional partido de clase o denominacional “tiende a transformarse en un partido de tipo *catch-all*”<sup>29</sup>. De esta forma, las preocupaciones globalizantes de los partidos tradicionales cedían terreno a una preocupación más inmediata por el éxito electoral. lo que demandaba la conquista de un electorado más amplio y el relajo del discurso ideológico. A la vez, la selección de los líderes llegaba a ser la preocupación principal en la vida interna del partido. De alguna manera, Kirchheimer, como muchos otros académicos que durante los años cincuenta relacionaron el surgimiento de la sociedad afluyente con el “fin de las ideologías”, al explicar los cambios en los sistemas de partidos de la Europa Occidental, dirigió su atención a las transformaciones sociales y económicas del período de posguerra. Kir-

---

<sup>29</sup> Ver Otto Kirchheimer, “The Transformation of the Western European Party Systems”, en Joseph La Palombara y Myron Weiner (eds.), *Political Parties and Political Development* (New Jersey, Princeton University Press, 1966), 184.

chheimer era de la opinión que el crecimiento económico sostenido, al suavizar los antagonismos de clase, estaba conduciendo a un “consenso positivo”, alejado de las rigideces ideológicas, y a una posición más pragmática, todo lo cual favorecía a un tipo de partido de un alcance más amplio; esto es, a un tipo de partido *catch-all*.

Dentro de este contexto deberían entenderse las transformaciones realizadas por el SPD en los años cincuenta, tras la muerte de Schumacher. En efecto, después del Congreso de Hanover (1946), algunos al interior del partido ya habían sentido la necesidad de algún tipo de cambio en este sentido, lo que se había traducido en la necesidad de un programa de acción. Al comienzo, las demandas de un programa de este tipo habían sido rechazadas por Schumacher, quien argumentaba que Alemania estaba en un período de transición en el que los acontecimientos aún no habían tomado una forma definitiva; en ese contexto de incertidumbre, según él, no tenía sentido pensar en un nuevo programa partidario. Fue, pues, la muerte de Schumacher la que creó la posibilidad de adoptar un programa de acción a fin de enfrentar las elecciones de 1953 desde una mejor posición.

El *Aktionsprogramm*, adoptado en 1952, fue un documento de sesenta páginas que contenía demandas específicas en vez de formulaciones ideológicas globales. Fue la obra de expertos más que de intelectuales. Sin embargo, aún era vago y ambiguo, dejando entrever el viejo estilo partidario. Erich Ollenhauer, elegido como sucesor de Schumacher en 1952, no estaba aún totalmente convencido de la necesidad de dejar de lado los estilos tradicionales. Aunque dicho programa trataba de atraer a los sectores medios mediante la reducción de la lista de nacionalizaciones y de las referencias a la planificación central —todo ello en medio del “milagro económico alemán”— aún estaba muy alejado de lo que se requería bajo las nuevas circunstancias.

A pesar de estos cambios, la CDU/CSU aumentó su votación desde un 31% en 1949, a un 45,2% en 1953, mientras que el SPD la disminuyó desde un 29,2% a un 28,8%, en el mismo período. Así, se hicieron más fuertes las voces que, desde el interior del partido, postulaban superar las vaguedades y ambigüedades que aún existían y que impedían atraer a un electorado más amplio. El paso definitivo hacia la renovación interna se dio en Bad Godesberg, en 1959, después de la derrota electoral de 1957. En ese congreso, el partido finalmente decidió eliminar de su programa cualquier formulación ideológica explícita, en favor de una posición puramente pragmática. En las discusiones internas, entre 1958 y 1959, se propusieron 86 reformas al borrador inicial, 172 propuestas temáticas, 258 iniciativas individuales y 6 programas completamente diferentes. Sin embargo, en la Conferencia de Bad Godesberg, dedicada exclusivamente a la aprobación del programa, hubo sólo 16 votos negativos sobre un total de 340.

El programa era básicamente una declaración general de principios éticos, desprovista de toda formulación ideológica explícita. Definía al SPD como una “comunidad de hombres que sustentan diferentes ideas y creencias. Su acuerdo se basa en los principios morales y metas políticas que tienen en común”. Rechazaba las verdades finales, al tiempo que afirmaba que en

Europa el socialismo democrático se enraizaba en la ética cristiana, el humanismo y la filosofía clásica. El programa eludía deliberadamente cualquier visión unificada o comprensiva de la realidad. Constituía más bien un rechazo de las panaceas, buscando una actitud no doctrinaria hacia los fenómenos sociales y políticos, al tiempo que subrayaba los valores de libertad, justicia y solidaridad.

Los objetivos económicos del programa se establecieron en forma bastante general: el deseo de una “prosperidad siempre creciente y de una justa participación de todos en el producto de la economía, una vida libre, sin explotación y sin dependencias indignas”. El programa continuaba señalando que “la libre competencia e iniciativa empresarial son importantes elementos de una política económica socialdemócrata (...). El Partido Social Demócrata apoya el libre mercado dondequiera que exista genuina competencia. Empero, donde los mercados son dominados por individuos o grupos, deben adoptarse medidas para asegurar la libertad económica. Competencia hasta donde sea posible, planificación hasta donde sea necesaria”, tal era la fórmula económica de Bad Godesberg.

Casi sesenta años después de la condena del “revisionismo”, el Programa de Bad Godesberg vino, de alguna manera, a rubricar la victoria definitiva de Edward Bernstein, tanto dentro del SPD como del socialismo europeo en general. No sólo el SPD abandonó el marxismo como un todo (en contra de los deseos de Schumacher manifestados un par de años antes), sino que finalmente llegó a reconocerse a sí mismo como lo que siempre había sido en su práctica: “un partido socialista, democrático, de reforma”.

Las consecuencias de este proceso de renovación en relación a la estructura social y a la base electoral del partido fueron bastante impresionantes. Podrían caracterizarse como un aflojamiento de los lazos con la clase obrera, lo que surgía del reconocimiento de la naturaleza pluralista de la sociedad alemana, en la que una extensa gama de intereses estaban representados. Esto, a su vez, se relaciona con la naturaleza del partido de tipo *catch-all*, el que busca representar a todos los grupos sociales, operando básicamente como una organización electoral. El poder de un partido de este tipo radica en su habilidad para acomodar una amplia variedad de intereses sociales dentro de su esfera de influencia. Estos intereses no se ven necesariamente como conflictuales u opuestos unos con otros. Al menos no se ven como irreconciliables. El principio tras la formación del *volkspartei* es precisamente que las diferencias políticas entre las principales agrupaciones sociales son conciliables.

Durante los años siguientes la influencia alcanzada por el SPD entre diversos grupos sociales llegó a ser crucial para su éxito electoral. Mujeres, católicos, sectores rurales y de clase media fueron algunos de los nuevos sectores sociales incorporados a las filas del partido y a su base electoral. Así, por ejemplo, desde el punto de vista de los afiliados al partido en 1977, un 28% eran católicos y un 53% protestantes (dentro de un partido de tradición laica); por otro lado, un 24,9% eran empleados, un 10,1% personal de la administración pública y un 11,5% dueñas de casa (los militantes obreros

representaban sólo un 28,1%). Desde el punto de vista electoral, el apoyo al SPD de los empleados subió desde un 22% en 1961 a un 45% en 1969; y el de los funcionarios públicos desde un 28% en 1961 a un 38% en 1969.

El logro principal y más visible de todas estas transformaciones fue el significativo éxito electoral alcanzado por el SPD, llegando a constituirse en un partido de gobierno. No obstante sucesivas derrotas en 1961 y 1965, la tendencia ascendente de apoyo popular era inequívoca. Mientras los demócratacristianos veían disminuir su apoyo electoral desde un 50,2% en 1957 a un 46,1% en 1969, los socialdemócratas lo veían aumentar desde un 31,8% a un 42,7%, en el mismo período. Finalmente, en las elecciones de 1972 el SPD obtuvo un 45,8% de la votación, contra un 44,9% de la CDU/CSU, superando a este último por primera vez.

Tras estos resultados estuvo también la personalidad carismática del nuevo líder del partido, Willy Brandt. Éste era, de alguna manera, la personificación del nuevo partido del tipo *catch-all*; en este tipo de partido, tal como lo hemos señalado, la preocupación por las cuestiones ideológicas cede ante las exigencias de un mayor pragmatismo, la dinámica electoral adquiere una mayor relevancia y la selección de los líderes ocupa el lugar y las energías consagradas previamente a las disputas ideológicas. Willy Brandt imprimió en el partido un nuevo estilo político, más acorde con el espíritu de Bad Godesberg.

Durante la década de 1960 la mayor preocupación de Brandt y el SPD fue la necesidad de acceder al gobierno. Para ello había que demostrar eficiencia en la administración del Estado. En parte, el prestigio político del propio Brandt provenía de su desempeño como alcalde de Berlín en los años indicados. Pero fue, sin duda alguna, la formación de la Gran Coalición entre el SPD y la CDU, entre 1966 y 1969, la que consolidó la imagen del primero como un partido competente en la administración de los asuntos públicos. Ya en 1962, Brandt había hecho notar la necesidad de una coalición amplia para los fines señalados: "para nosotros, socialdemócratas, la formación de un gobierno con una amplia base de sustentación parecía ser durante aquellos años la única forma de demostrar —más allá del nivel estadual— nuestra competencia administrativa y de demoler los prejuicios que, por varias décadas, se habían desarrollado en contra de la izquierda democrática en Alemania"<sup>30</sup>.

El éxito de esta estrategia quedó reflejado claramente en la elección de 1969. En ella el SPD obtuvo un 42,7% de los votos (contra un 46,1% del CDU), lo que le permitió formar junto al FDP (5,8% de los votos) un gobierno de coalición, y gobernar ininterrumpidamente hasta 1983.

Sin embargo, debe señalarse que este proceso de renovación interna, a tono con el legado "revisionista" de Bernstein, no fue un proceso fluido. Antes bien, pese al gran consenso en torno a Bad Godesberg, en la década de 1960 el SPD hubo de enfrentar una fuerte crítica tanto desde el interior

<sup>30</sup> Willy Brandt, op. cit., 44.

del partido (especialmente de la juventud) como desde fuera de él, expresada esta última en el surgimiento, tanto en Alemania como en el resto de Europa, de la Nueva Izquierda.

En efecto, el creciente pragmatismo del SPD y su preocupación casi exclusivamente electoral, originaron un gran descontento en su estamento juvenil. Dicho sector parecía no compartir la idea de que el único objetivo del partido era su participación en el gobierno. A ellos puede atribuirse el último intento por preservar la pureza doctrinaria que estaba desvaneciéndose frente al nuevo curso adoptado por el SPD en su evolución más reciente.

Ya en la década de 1950 un germen de descontento se había expresado dentro del partido en la Unión de Estudiantes Socialistas (SDS). El Programa de Bad Godesberg, con su respaldo a la alianza occidental y a la economía de mercado, era visto por este grupo de la joven intelectualidad como un abandono de las aspiraciones de la izquierda. Debido a su rechazo a la adopción de dicho programa como la posición oficial del SPD, la SDS fue expulsada del partido en 1960.

En la década de 1960 la SDS se unió con lo que quedaba de la izquierda juvenil dentro del SPD, más algunos grupos izquierdistas de fuera del partido, con el objeto de formar la Oposición Extraparlamentaria (APO). Este grupo, poderosamente influenciado por Rosa Luxemburgo y la Escuela de Frankfurt (Marcuse, en particular), realizó una crítica radical del sistema político alemán. Más aún, esta crítica de izquierda, tanto desde el interior del SPD como desde fuera de él, cuestionaba el carácter verdaderamente democrático del sistema alemán. La tendencia supuestamente "autoritaria" de la democracia alemana en el período de posguerra era vista como personificada en Adenauer y Erhard —debe recordarse que ambos gobernaron sin que hubiese existido alternancia en el poder, entre 1949 y 1966. La Gran Coalición entre el SPD y la CDU/CSU (1966-1969) era percibida como una demostración adicional de la tendencia derechista de los socialdemócratas.

Implícito en algunas de las críticas al sistema representativo alemán provenientes de los sectores radicales de la joven intelectualidad, estaba el problema de los elementos adoptados para proteger la Constitución alemana con el fin de preservarla de las amenazas provenientes tanto de la extrema izquierda como de la extrema derecha. Como se sabe, la democracia alemana en el período de posguerra no es neutral; es una "democracia militante" (*wehrhafte demokratie*) que surge especialmente a partir de las traumáticas experiencias del nazismo y comunismo.

Debe recordarse que, tras la Segunda Guerra Mundial, la democracia liberal fue literalmente impuesta en Alemania por las fuerzas aliadas. Sólo a partir de 1949 comenzó a emerger un amplio consenso en torno a las instituciones democráticas. Sin embargo, la creciente importancia del cargo de Canciller y el estilo autoritario de Adenauer entre 1949 y 1963, llevaron a algunos académicos a referirse a la democracia alemana como la Democracia del Canciller. Adicionalmente, en 1956 el Tribunal Constitucional declaró ilegal al Partido Comunista y en 1972 se dictó una controvertida ley que exigía que quienes se integraran a la administración estatal defendieran El

Orden Democrático Libre establecido en la Constitución. En el mismo sentido anterior, la existencia de la barrera del cinco por ciento llevó a algunos especialistas a hablar de la naturaleza limitada del pluralismo de Alemania Occidental.

Todos estos elementos, entre otros, estaban tras las críticas provenientes desde dentro y fuera del partido, relativas al nuevo curso adoptado en Bad Godesberg y a las características del sistema político alemán.

Sin embargo, el movimiento representado por esta Nueva Izquierda probó ser más frágil de lo que aparentaba. Aunque la ideología de la APO estaba ganando influencia en 1967-68 (culminando en los eventos de mayo de 1968), las diferentes facciones que emergieron dentro de la organización, y sus tendencias anárquicas, llevaron pronto a su completa derrota. Los hechos demostraron que, en definitiva, no había una alternativa seria a la izquierda del SPD.

En todo este proceso, el papel del SPD ha sido crucial. El partido se integró totalmente al sistema, superando así su aislamiento inicial; fue capaz de presentar su mensaje a un electorado más amplio y contribuyó con su actitud más flexible a la formación de coaliciones mayoritarias, lo que, a su vez, le permitió gobernar por un largo período; los partidos antisistema han sido impedidos de erosionar el amplio consenso que ha emergido en la Alemania de posguerra; la alternancia en el poder ha tenido lugar sucesivamente entre los dos partidos políticos principales y Alemania ha acrecentado su prestigio y presencia en la política europea y mundial; los cambios en los valores y las actitudes del pueblo alemán han sido traducidos exitosamente en instituciones políticas. En síntesis, el surgimiento y desarrollo del *volks-partei*, primero con la CDU y luego con el SPD, ha contribuido significativamente a la creación de este amplio consenso en la política y sociedad alemanas.

### *Conclusión*

Pese a haber sido derrotado a fines del siglo pasado, el socialismo revisionista de Edward Bernstein terminó por imponerse al interior del SPD, especialmente en el período de posguerra. Finalmente, dicho partido terminó por reconocerse a sí mismo en los términos de lo que siempre había sido su práctica: un partido "socialista, democrático, de reforma", según la expresión del propio Bernstein.

Dicha evolución alcanzó un momento culminante con la adopción, en 1959, del programa de Bad Godesberg. A partir de ese momento, el SPD dejó atrás su imagen de un partido identificado con una clase y una ideología, y adquirió las características de un *volkspartei* o, en la terminología de Kirchheimer, un partido del tipo *catch-all*. Pese a los intentos, desde diversos sectores, por frenar o cuestionar dicha evolución, bajo los gobiernos de Willy Brandt y Helmut Schmidt (1969-1982) el programa de Bad Godesberg terminó por imponerse, transformando el SPD en un partido de gobierno y demostrando que no había alternativa a su izquierda.

Junto con el aporte teórico de Bernstein, en la línea de un socialismo “revisionista”, y las profundas transformaciones culturales, económicas y políticas de posguerra, dos elementos adicionales deben ser tenidos en cuenta para explicar la evolución en la dirección de un socialismo democrático y reformista: por un lado, la ausencia de un competidor serio hacia la izquierda del SPD y, por otro, sus sólidas raíces en la clase obrera. Ambos elementos facilitaron enormemente la adopción de un programa como el de Bad Godesberg: la credibilidad del SPD como partido de la izquierda alemana no estuvo en juego. Veremos en el próximo capítulo que éste no ha sido el caso del Partido Socialista Francés.

Treinta años después de Bad Godesberg, sin embargo, las profundas transformaciones habidas en el mundo y en la propia Alemania, han llevado al SPD a revisar los contenidos de dicho programa —entre otras, cabe mencionar el surgimiento, por primera vez en el período de posguerra, de un competidor hacia la izquierda del SPD: los Verdes. La necesidad de este *aggiornamento* surge, en especial, hacia mediados de la década de 1980. En efecto, en el Congreso de Essen, en 1984, y más tarde en junio de 1986, se encargó a la comisión programática del partido, presidida por el propio Willy Brandt, que se abocara a la tarea de preparar un nuevo programa; tal es el caso del Proyecto de Irsee. Aunque el SPD aún no ha aprobado el programa definitivo que habrá de reemplazar al de Bad Godesberg, el propio Brandt ha señalado cuáles son las transformaciones a nivel mundial que han servido de base para la elaboración de este nuevo programa: 1) la amenaza proveniente de la proliferación de las armas nucleares y la carrera armamentista, y la necesidad de afianzar la distensión y el desarme; 2) la amenaza provocada por el deterioro del medio ambiente y la necesidad de preservar el ecosistema, a la vez que propender a un tipo de desarrollo que respete ciertos criterios ecológicos muy precisos; 3) la necesidad de afianzar la igualdad entre el hombre y la mujer; 4) la internacionalización de la economía y la política; 5) el problema de las relaciones Norte-Sur y la necesidad de avanzar hacia un nuevo orden económico internacional, y 6) la necesidad de construir una auténtica Comunidad Europea<sup>31</sup>.

El SPD enfrenta, pues, la necesidad de actualizar su programa, luego de treinta años desde la adopción del programa de Bad Godesberg, a partir de las grandes transformaciones a escala mundial. Nada de ello, sin embargo, implica desconocer o revisar la adhesión a las instituciones de la democracia representativa. Es éste el gran consenso al interior del SPD y del conjunto de la sociedad alemana.

Al escribir estas líneas asistimos al espectáculo, mezcla de incredulidad y regocijo, del desmoronamiento del Muro de Berlín, el que por veintiocho años ha separado a las dos Alemanias. Un proceso en cadena recorre el mundo de los “socialismos reales” (al que nos referiremos en el capítulo final) y la Alemania del Este, que hasta hace sólo unos pocos días aparecía

---

<sup>31</sup> Willy Brandt, “El Nuevo Proyecto del SPD”, en *Leviatán* (36, verano de 1989).

---

como inexpugnable e insensible frente a la posibilidad de la reforma, experimenta profundas transformaciones políticas y de todo orden. Resta ver hasta qué punto este no es el comienzo de un proceso que puede significar el establecimiento de un socialismo democrático y pluralista en una Alemania reunificada.



Capítulo 2  
LA INFLUENCIA DE LA TRADICIÓN  
REPUBLICANA: EL PARTIDO SOCIALISTA  
FRANCÉS

Como en el caso del SPD, y del socialismo europeo en general, el Partido Socialista Francés (PSF) ha experimentado un proceso de significativas transformaciones internas, pasando desde un socialismo revolucionario ortodoxo, a fines del siglo pasado, a un socialismo democrático reformista, a lo largo de la mayor parte del siglo veinte. Argumentaré que ha sido la enorme influencia de la tradición republicana francesa —en torno a la cual Jean Jaurès definiera los contenidos básicos de lo que considerara como una genuina posición socialista— la que explica, en gran parte, tales transformaciones.

Ha sido precisamente en torno a esas instituciones republicanas, cuyos orígenes se remontan a la propia Revolución Francesa, que el PSF ha evolucionado en su teoría y en su práctica política concreta. A lo largo de dicha evolución la democracia llegó a ser considerada como inseparable del socialismo; como una conquista popular y no una mera “concesión” de la burguesía, no obstante lo cual debía perfeccionarse y extenderse aún más, hasta alcanzar a los derechos económicos y sociales. Propender a la ampliación de las conquistas republicanas mediante la extensión de los derechos sociales y transformar la mayoría social en una mayoría política, han sido las grandes tareas históricas asumidas por el Partido Socialista Francés.

Aunque a fines del siglo pasado esta visión jauresiana fue derrotada por las posiciones más ortodoxas defendidas por Jules Guesde —quien consideraba a la democracia política como un fenómeno puramente “burgués”— en los años y décadas siguientes, y especialmente tras la división entre socialistas y comunistas (1920), la posición jauresiana, expresión de la tradición republicana francesa, sería confirmada plenamente en la evolución del partido.

Sin embargo, en el caso del Partido Socialista Francés, la evolución hacia un socialismo democrático reformista no significó la adopción explícita de una forma “socialdemócrata”. En efecto, a lo largo de su historia el socialismo francés ha procurado conservar su compromiso con una visión socialista propiamente tal, diferente de la socialdemócrata. Empero, como argumentaré, esta distinción tiene lugar más al nivel del discurso que de la práctica de un partido que pertenece a la corriente principal de la socialdemocracia europea.

La demostración más reciente de este fenómeno es el propio gobierno de Mitterrand.

En la primera parte, me concentraré en la evolución política e ideológica del PSF durante la Tercera y Cuarta Repúblicas. En ese período, una de las preocupaciones principales de los socialistas franceses fue la defensa de las instituciones republicanas frente a las amenazas provenientes de diversos sectores. Las fuerzas conservadoras antirrepublicanas, a fines de siglo, el nazismo y el fascismo en las décadas de 1930 y 1940, y el gaullismo y el comunismo, bajo la Cuarta República, fueron percibidos por los socialistas franceses como las principales amenazas a las instituciones republicanas.

Tras el colapso de la Cuarta República y sus instituciones, el General De Gaulle llevó a cabo profundas transformaciones bajo la Quinta República. Siguiendo a un período de sostenidos retrocesos electorales, el Partido Socialista acometió un proceso de renovación interna bajo el liderazgo de François Mitterrand, quien emergió como la figura más prominente del nuevo Partido Socialista. Este proceso culminó en las elecciones de 1981 con el acceso al poder de Mitterrand y la arrolladora victoria del Partido Socialista en las elecciones parlamentarias del mismo año. Es al estudio de este proceso que dedicaré la segunda parte de este capítulo.

### *La Política de “defensa republicana”*

Recién a comienzos del siglo veinte los numerosos grupos socialistas franceses se agruparon en torno a una organización única. Uno de los mayores obstáculos para agruparse había sido la falta de apoyo real de las organizaciones obreras, las que en otros países habían contribuido a la unificación de los diferentes grupos socialistas. A diferencia de Inglaterra o Alemania, a fines de siglo —y hasta nuestros días, deberíamos decir— los socialistas franceses carecían de un apoyo real de la clase obrera y sus organizaciones. La vasta presencia de tendencias anarquistas, a fines de siglo, y la acción efectiva del Partido Comunista, durante el siglo veinte, impidieron que el PSF se constituyera en el representante político de la clase obrera francesa.

El socialismo en Francia tiene una larga tradición que se remonta al socialismo utópico de Fourier y Saint-Simon, y al socialismo primitivo de Babeuf, de comienzos del siglo diecinueve. En la segunda mitad del siglo pasado los socialistas franceses jugaron un papel bastante activo dentro de la Primera Internacional (1864-1872). Internamente estaban divididos básicamente entre las tendencias anarquistas de Proudhon y las posiciones revolucionarias de Blanqui. Sin embargo, tanto los proudhonistas como los blanquistas, y los socialistas franceses en general experimentaron la dramática derrota de la Comuna de París, en 1870. Esta debacle fue un gran revés para el movimiento socialista, y condujo finalmente a la disolución de la Primera Internacional.

### *La Tercera República*

Tras la derrota de la Comuna el socialismo francés resurgió, a fines de la

década de 1870, en el contexto de las nuevas instituciones de la Tercera República (1870-1939), y sobre la base del marxismo y el socialismo científico. Tal fue el aporte de Jules Guesde, uno de los teóricos principales del socialismo francés en la segunda mitad del siglo diecinueve. Su postura era que el socialismo francés debía concentrar sus esfuerzos en la superación, mediante la acción revolucionaria, del sistema capitalista, y no en la preservación de unas instituciones republicanas que eran vistas como la forma política adoptada por la dominación burguesa.

Teniendo en cuenta el pobre desempeño electoral de guesdistas y blanquistas, a comienzos de la década de 1880 emergió un nuevo grupo reformista que Guesde motejó como los “posibilistas”. Este grupo buscaba interpretar las demandas muy concretas de la clase obrera, apuntando a una socialización gradual y pacífica de la economía capitalista. Aunque electoralmente los posibilistas ganaron considerable terreno en la década de 1880, su práctica reformista los llevó también a un creciente aburguesamiento. Ello condujo a su división en 1890, cuando un sector más radical del partido, bajo el liderazgo de Allemane, decidió formar una organización aparte. Este grupo fue conocido como los “allemanistas”.

Sin embargo, a comienzos de la década de 1890 las cuatro principales organizaciones socialistas —guesdistas, blanquistas, posibilistas y allemanistas— llegaron a la conclusión de que la división de sus fuerzas era conducente a la impotencia. El significativo éxito electoral alcanzado por el conjunto de las fuerzas socialistas, en 1893, las convenció de seguir un camino de mayor colaboración entre sí. Durante gran parte de la década de 1890 se produjo una estrecha colaboración a nivel parlamentario entre los cuatro grupos socialistas, constituyendo para tal efecto la Unión Socialista. En gran parte, ello fue posible merced a la acción de dos de los denominados “socialistas independientes”, quienes llegarían a ser actores políticos principales en los años siguientes: Jean Jaurès y Alexandre Millerand. De esta forma las diferentes fuerzas socialistas, inmersas cada vez más en la dinámica electoral, comenzaron a colaborar a través de diferentes tipos de alianzas.

En aquellos años, la política francesa y socialista experimentó un período de gran agitación en torno al famoso Caso Dreyfus. Todo comenzó en 1897 con la petición, por parte de algunas fuerzas republicanas, de que la sentencia que afectaba al Capitán Dreyfus fuera revocada. Dreyfus era un oficial judío condenado en 1894, bajo acusaciones que eran aparentemente falsas. Pronto el caso se transformó en un asunto político, pues la Iglesia, los monarquistas, la nobleza y el Ejército —tradicionales bastiones antirrepublicanos del *conservadurismo francés*— tomaron cartas en el asunto oponiéndose a la reapertura del juicio contra el oficial judío.

Aunque al comienzo la mayoría de las fuerzas socialistas optó por la neutralidad, considerando, como Guesde argumentaba, que el asunto no era más que una lucha entre fracciones burguesas, pronto los socialistas llegaron a involucrarse activamente. Jaurès convenció a los diferentes grupos socialistas para que se alinearan junto a Dreyfus, considerando que el caso representaba una aguda protesta contra el orden social existente. Además, si era

cierto, como Guesde sostenía, que sólo se trataba de una lucha entre grupos burgueses, estaba en el interés del proletariado sacar ventaja de dicha división, a la vez que aprovechar la ocasión para protestar contra el militarismo y la reacción.

Finalmente, el veredicto fue revocado, con el triunfo de las fuerzas republicanas sobre los bastiones de la reacción. El caso en su conjunto tuvo importantes efectos sobre el socialismo francés: unió a los diferentes grupos en la defensa de las instituciones republicanas (incluidos los guesdistas y blanquistas), los alejó de fórmulas abstractas dirigiéndolos hacia los problemas concretos de la realidad francesa, y colocó a Jaurès en una posición de claro liderazgo. En los años siguientes Jaurès pasaría a ser el líder socialista más destacado y el principal teórico del socialismo francés en su conjunto.

A pesar de que tras el caso Dreyfus los diversos grupos socialistas estuvieron cerca de la unificación, el Caso Millerand, algunos años más tarde, condujo a una aguda disputa entre Guesde y Jaurès y a la postergación del proceso de unificación. La revocación del veredicto sobre Dreyfus había ocasionado un movimiento de protesta entre los grupos reaccionarios, el que incluso se expresó en la realización de actos terroristas. En ese contexto, un republicano conservador, René Waldeck-Rousseau, formó un Gabinete de Defensa Republicana, en 1899. Acto seguido, invitó a formar parte de dicho gabinete, como Ministro de Comercio e Industria, al vocero del Grupo Parlamentario Socialista, Alexandre Millerand. Considerando que la república estaba en peligro y que era el deber de todo socialista defender, por sobre toda otra consideración, las instituciones republicanas, Millerand aceptó el cargo: era la primera vez que un socialista se incorporaba a una coalición de gobierno.

Este hecho originó una inmediata protesta entre algunos de los principales grupos socialistas, lo que dio lugar a un agitado debate. En el centro de dicho debate estaba la cuestión de la participación socialista dentro de las instituciones republicanas. Era, en cierta forma, un debate similar al de la "controversia revisionista" al interior del SPD alemán, a fines de siglo. Pero existía, al menos, una importante diferencia: mientras que Alemania era una monarquía, con un espacio limitado para la actividad parlamentaria, Francia era una república, con amplio terreno para dicha actividad y la posibilidad, incluso, de formar un nuevo gobierno.

Guesdistas y blanquistas reaccionaron inmediatamente en contra de la decisión de Millerand, exigiendo una oposición intransigente al nuevo gobierno y dando lugar a la formación de un nuevo grupo parlamentario. Guesde argumentaba que "el Partido Socialista no puede compartir el poder político con la burguesía, en cuyas manos el Estado no puede ser sino un instrumento de conservadurismo y opresión social"<sup>32</sup>. El Estado francés era un Estado enemigo, en manos de una clase enemiga y, por ende, no había posibilidad

---

<sup>32</sup> En Aaron Noland, *The Founding of the French Socialist Party (1893-1905)* (Cambridge, Harvard University Press, 1956), 97.

alguna de colaboración con las fuerzas burguesas, aunque fuese para defender las instituciones republicanas. En realidad, de acuerdo a Guesde, no había gran diferencia entre una república y una monarquía, puesto que ambos eran instrumentos de la dominación burguesa. La alternativa no era entre república y monarquía, sino entre capitalismo y socialismo. El socialismo francés debía concentrarse en la oposición al sistema capitalista y no en la preservación de las instituciones de la república "burguesa". En opinión de Guesde, "nada ha cambiado en la actual sociedad y nada puede cambiar en la medida que la propiedad capitalista no sea abolida"<sup>33</sup>. En síntesis, la lucha de clases impedía la colaboración con el Estado burgués.

En la posición opuesta, los posibilistas y los independientes —con Jaurès como vocero de ambos grupos— no sólo respaldaban la decisión de Millerand, sino que crearon el Bloque de Izquierda para apoyar al gobierno de Waldeck-Rousseau. Jaurès sostenía que la petición de apoyo formulada por el gobierno demostraba el importante peso que el socialismo había alcanzado en la política francesa. Por encima de toda otra consideración, los socialistas franceses deberían luchar en la defensa de las instituciones republicanas cuando estas últimas estuvieren en peligro; era al interior de dichas instituciones que la lucha por el socialismo debería tener lugar; la revolución socialista emergería no desde fuera, sino desde dentro de las instituciones republicanas. Para Jaurès, la forma de gobierno republicana era la "ley permanente" de la nación, la "forma definitiva" de la vida francesa, que, no obstante, debía perfeccionarse y extenderse a todos los aspectos de la vida social y económica. La forma de gobierno republicana representaba el principal fruto tangible de un largo siglo de lucha y tal como la república había surgido de la Revolución Francesa, así también el socialismo emergería del seno de la república.

De esta manera, en el Caso Millerand emergieron las principales contradicciones de un partido socialista que se desenvolvía dentro de los límites de una democracia parlamentaria. Guesde acusó a los "ministerialistas" de compromisos y desviaciones y a Jaurès en particular de ser el líder de la mayoría burguesa. Finalmente, los socialistas franceses llamaron a un Congreso General para 1899. Este último adoptó una resolución que, no obstante admitir la participación socialista en un gobierno burgués sólo bajo circunstancias excepcionales, rechazó dicha colaboración en términos generales. Se acordó además un plan de unificación de los diferentes grupos socialistas, para cuya realización se creó un comité ampliado de unidad.

Sin embargo, independientes, posibilistas y alemanistas, que constituían la mayoría del Grupo Parlamentario Socialista, bajo el liderazgo de Jaurès rechazaron tales resoluciones, pasando a formar, en 1901, el Partido Socialista Francés. Por su parte, guesdistas y blanquistas, contando con mayoría propia

---

<sup>33</sup> En Jolyon Howarth, "From the Bourgeois Republic to the Social Republic", en Stuart Williams (compilador) *Socialism in France: From Jaurès to Mitterrand* (Londres, Frances Pinter Publishers, 1983), 4.

en el comité creado para la unificación, formaron el Partido Socialista de Francia, en el mismo año.

Finalmente, los socialistas franceses llevaron el asunto del "ministerialismo" a la Segunda Internacional, la que pasó a considerarlo en su Congreso de Amsterdam, en 1904. En dicho evento, August Bebel, el vocero socialdemócrata alemán, se destacó por su ataque a las posiciones adoptadas por Jaurès frente a los casos Dreyfus y Millerand. Bebel argumentaba que el capitalismo era capitalismo bajo cualquier circunstancia, fuere bajo una forma monárquica o republicana: "Por mucho que podamos envidiar a ustedes los franceses su república, y que queramos una para nosotros mismos, no estamos dispuestos a rompernos la cabeza para conseguirla. Tanto la monarquía como la república son Estados de clase; ambas son una forma de Estado destinada a mantener el gobierno de clase de la burguesía; ambas están diseñadas para proteger el orden capitalista de la sociedad"<sup>34</sup>.

La misma línea argumental siguió Jules Guesde, quien acusó a Jaurès y sus seguidores socialistas de haber sido elegidos al parlamento como defensores de la república contra la monarquía, más que como representantes del proletariado contra la burguesía. Guesde proseguía argumentando que el socialismo no tenía sus orígenes en el republicanismo y la Revolución Francesa, como pensaba Jaurès, sino en el capitalismo y las condiciones creadas por este último.

Jaurès asumió su propia defensa, replicando a Bebel y Guesde. Frente a los ataques del primero por su posición en los casos Dreyfus y Millerand, Jaurès sostuvo que cualquier alternativa habría conducido a la impotencia, la inacción y la inflexibilidad teórica que eran características del SPD alemán. Para Jaurès, "lo que impide el progreso social y político de Europa no son los compromisos o las conductas de los socialistas franceses, que han pactado con la democracia para preservar la libertad, el progreso y la paz mundiales, sino la impotencia política de la Socialdemocracia alemana"<sup>35</sup>. Mediante la adopción de una posición de defensa de las instituciones republicanas, proseguía Jaurès, los socialistas franceses habían salvado a la república de las amenazas provenientes de la reacción, el clero y los militaristas. Esto debería entenderse como un servicio al proletariado, puesto que la república, "la forma lógica y suprema de la democracia", era "la condición necesaria del progreso económico y social"<sup>36</sup>.

Finalmente, en el Congreso de Amsterdam, se condenó tanto al "revisionismo" en Alemania como al "ministerialismo" en Francia, rubricando así la derrota de Edward Bernstein y Jean Jaurès.

Para beneficio del socialismo francés en su conjunto, el congreso llamó también a la unificación de las diferentes organizaciones que lo conformaban. Como ello respondía a un genuino deseo por parte de los diversos grupos

<sup>34</sup> En James Joll, *The Second International, 1889-1914* (Londres, Routledge and Kegan, 1974), 105.

<sup>35</sup> *Ibid.*, 104.

<sup>36</sup> En Noland, *op. cit.*, 167.

socialistas, el paso final se dio en abril de 1905, en París, cuando se proclamó la existencia de la *Parti Socialiste, Section Française de l'Internationale Ouvrière* (SFIO).

El proceso de unificación demandó concesiones importantes de las diversas fracciones socialistas, pero especialmente del propio Jaurès, quien había sido derrotado recientemente pero estaba dispuesto a pagar un alto precio por la unificación del socialismo francés. El precio fue una retórica que se basaba principalmente en los postulados de guesdistas y blanquistas, pero que, según quedaría demostrado en las décadas posteriores, no concordaba con una práctica partidaria que estaba mucho más cerca de las posturas de Jaurès.

La Declaración de Principios, base del proceso de unificación, señalaba que el Partido Socialista “no es un partido reformista, sino, por sus metas, ideales y medios que emplea, un partido de la lucha de clases y la revolución”, y “de oposición fundamental e irreductible a toda la clase burguesa y al Estado que le sirve de instrumento”<sup>37</sup>. El hecho es, sin embargo, que el socialismo francés evolucionó, en su práctica concreta, en una dirección muy distinta en las décadas siguientes, lo que nos lleva a concentrarnos en algunas de las principales ideas de Jean Jaurès.

Como hemos anticipado, para Jaurès el socialismo era la lógica culminación del republicanismo. En Francia, de acuerdo al teórico socialista, el socialismo no había surgido de las condiciones económicas creadas por el capitalismo sino de las condiciones políticas y sociales creadas por la república y las instituciones democráticas, tales como el sufragio universal, la educación laica y las leyes sindicales. El origen de dichas instituciones podía encontrarse en la misma Revolución Francesa; no obstante, esta última habría desarrollado de manera incompleta los Derechos del Hombre y del Ciudadano, ya que era la burguesía la que al final se había beneficiado del proceso revolucionario. Esta era precisamente la gran tarea inconclusa que los socialistas franceses debían adoptar como propia. Frente a la aplicación incompleta de la justicia y los derechos humanos, producto de la Revolución democrático-burguesa, los socialistas debían oponer una interpretación integral y decisiva de los Derechos del Hombre.

Esto no quiere decir que Jaurès ignorara el elemento de explotación presente en el capitalismo, y la realidad de la lucha de clases, conceptos que en su propia visión estaban vinculados. De acuerdo al teórico francés, las fuerzas económicas aparecían como la fuerza motriz de la historia, y la sociedad se dividía en dos grandes clases: la proletaria y la capitalista. La dominación de una clase sobre la otra debería abolirse y, así, toda genuina fuerza socialista tenía que oponerse al capitalismo. En esto no había que equivocarse. Para Jaurès, “el Partido Socialista Francés es un partido de oposición continua, profunda, a todo el sistema capitalista”<sup>38</sup>. De manera tal

<sup>37</sup> En George A. Coddling y William Safran, *Ideology and Politics: the Socialist Party of France* (Colorado, Westview Press, 1979), 38.

<sup>38</sup> En Louis Levy, *Anthologie de Jean Jaurès* (Londres, Editions Penguin, 1947), 57.

que la adhesión al republicanismo no implicaba un apoyo al capitalismo, sino una permanente y profunda oposición a este último.

Tan crucial era este punto para Jaurès que incluso llegó a alinearse con Kautsky, en contra de Bernstein, en la “controversia revisionista”, de Alemania. Jaurès no compartía la visión más optimista de Bernstein en relación al desarrollo capitalista y la supuesta atenuación de la lucha de clases. Empero, coincidía con el “revisionista” alemán, entre otras cosas, en la necesidad de apegarse a la realidad y alejarse de fórmulas abstractas y utópicas. Sobre todo, Jaurès compartía con Bernstein el valor asignado a las instituciones de la democracia republicana.

Y precisamente, según Jaurès, las instituciones republicanas eran la característica más saliente de la realidad histórica y política de Francia. Más aún, dichas instituciones aparecían como una conquista popular resultante de una más que centenaria lucha y no como una mera “concesión” de la burguesía —y ésta era la esencia de la revolución, pues, para Jaurès, “la revolución no es una ruptura, es una conquista”<sup>39</sup>. Esto explica el obstinado compromiso de Jaurès con las instituciones republicanas frente a los casos Dreyfus y Millerand. Para él, dichos casos no representaban una simple lucha entre fracciones burguesas. Lo que estaba en juego era la preservación y extensión de los derechos democráticos, lo que redundaba en beneficio directo del proletariado.

Pero, quizás el rasgo más sobresaliente del pensamiento de Jaurès residía en el método que él concibiera para promover los intereses del proletariado, tanto en defensa de las instituciones republicanas como en contra del capitalismo y la dominación burguesa. Si por algo Jaurès pudiera ser llamado “revisionista”, es por sus ideas a este respecto. Abiertamente decidió revisar a Marx en este punto particular. Según Jaurès, la revolución como método de conquista del poder había fracasado durante el siglo diecinueve. Si bien era cierto que las jornadas revolucionarias de 1830, 1848 y 1870 habían capturado la imaginación de Marx en un comienzo, ellas no habían demostrado ser un método eficaz. Más aún, el capitalismo no había colapsado como producto de cataclismos o catástrofes, ni era claro que el proletariado tuviera que esperar a una revolución burguesa para crear las condiciones para la revolución proletaria. Muy por el contrario, era a través de su lucha por la extensión de los derechos democráticos que el proletariado estaba mejorando su situación. En esas condiciones, según Jaurès, había que afianzar la democracia y desechar la revolución como método de conquista del poder: “No es a través de un inesperado contragolpe de agitación política que el proletariado conquistará el poder, sino mediante la organización metódica y legal de sus propias fuerzas bajo la legalidad democrática y el sufragio universal”<sup>40</sup>. En la fase madura de desarrollo del republicanismo y la orga-

<sup>39</sup> *Ibíd.*, 122.

<sup>40</sup> Jean Jaurès, *Studies in Socialism* (Londres, Independent Labour Party, 1908), 80.



nización proletaria, la conquista legal de la democracia aparecía, según Jaurès, como el método soberano de la revolución.

Detrás de estas afirmaciones estaba la idea definida por Jaurès de que el socialismo y la democracia debían ser la obra de la inmensa mayoría de los ciudadanos. Esta mayoría, a su vez, sólo podría expresarse genuinamente a través del sufragio universal, considerado por el teórico socialista francés como el método revolucionario por excelencia en poder de los trabajadores, en los tiempos modernos.

Por tanto, en el compromiso de Jaurès con el republicanismo no encontramos un apoyo explícito o implícito al capitalismo. Su postura era, sin embargo, que la transformación de la propiedad privada en propiedad social debía realizarse por medios legales, actuando al interior de las instituciones democráticas y en forma gradual. Más que nada, la república no era, para Jaurès, la forma política adoptada por el capitalismo, o un instrumento en manos de la burguesía, sino una conquista popular que debía perfeccionarse y extenderse a todos los ámbitos de la vida política, económica y social.

Estas son algunas de las principales ideas de Jean Jaurès, líder y teórico indiscutido de la SFIO entre 1905 y 1914. A lo largo de ese período el grupo parlamentario llegó a ser la fuerza política principal de un partido que creció tanto en militancia, de 35.000 a 90.000 miembros, como en votación, de 830.000 a 1.400.000 votos. Una preocupación especial por las elecciones y el temor a la eventualidad de una guerra caracterizaron al partido en esos años, durante los cuales la perspectiva de asumir responsabilidades gubernamentales fue desechada oficialmente, en gran medida como una reacción en contra del "millerandismo" (Millerand había sido finalmente expulsado del partido por indisciplina).

Las tensiones provenientes del creciente nacionalismo y militarismo europeos, y el inicio de la Guerra, tuvieron efectos devastadores sobre el socialismo francés y el socialismo internacional en su conjunto. Al asesinato de Jaurès, en julio de 1914, a manos de un joven nacionalista, se unió la votación en favor de las medidas de guerra por parte de los diputados socialistas presentes en la Asamblea, con el propio Jules Guesde alineándose con la *Union Sacrée*. Como consecuencia de la Guerra fue disuelta la Segunda Internacional.

A medida que se desarrollaba la Gran Guerra, gradualmente surgió dentro del partido una oposición a ella, en medio de un permanente debate interno entre la mayoría proguerra y la minoría antiguerra. El atractivo de este sentimiento antibélico creció y consiguió un apoyo decisivo con el triunfo de la Revolución Bolchevique, en 1917. Finalmente, en el Congreso de París de la SFIO, en octubre de 1918, la minoría antiguerra, liderada por Cachin y Frossard, se convirtió en una sólida mayoría, ganando así la dirección del partido. En dicho Congreso se acordó apoyar la Revolución Bolchevique, a la par que se condenaba la colaboración con los gobiernos burgueses.

Muy luego, y en el contexto de la ola revolucionaria que recorriera Europa tras la Revolución de Octubre, el debate entre los socialistas franceses se concentró en las famosas Veintiuna Condiciones de admisión a la recién

creada Internacional Comunista (Comintern), aplicables a los partidos socialistas interesados en afiliarse. Entre febrero y diciembre de 1920 tuvo lugar dentro de la SFIO un intenso debate acerca de tales condiciones, las que incluían: el establecimiento de una organización fuertemente centralizada a la cual deberían subordinarse todos los partidos socialistas (comunistas), la adhesión a la dictadura del proletariado, el rechazo del reformismo y las posiciones centristas, y la negativa a participar en los gobiernos "burgueses".

Después de un largo y acalorado debate en el Congreso de Tours (1920), los delegados, por un margen de tres contra uno, decidieron afiliarse a la Tercera Internacional. De esta forma, la mayoría de esos delegados formaron el Partido Comunista Francés (PCF), en tanto que la minoría derrotada se mantuvo como la SFIO, contribuyendo, en los años siguientes, al resurgimiento de la Internacional Socialista.

Indudablemente, el asesinato de Jaurès había producido un gran vacío de liderazgo. Sólo en 1919 apareció Léon Blum como el nuevo líder del partido. Bajo la conducción de este último, junto con el restablecimiento de la Internacional Socialista, la SFIO creció significativamente, equiparándose con el PCF a fines de los años veinte. Durante esta última década la SFIO rehusó participar en los distintos gobiernos de coalición, a la vez que se sumía en una creciente disputa con el PCF. Este cuadro se mantuvo hasta mediados de los años treinta, en que la situación cambió radicalmente a la luz de la amenaza fascista.

Socialistas y comunistas, cada vez más conscientes del peligro representado por esa amenaza, se apartaron de su posición tradicional de rechazo a la colaboración con las fuerzas burguesas y, junto con los radicales, contribuyeron a la formación del Frente Popular. Una vez más los socialistas franceses comprendieron —coincidiendo esta vez con los comunistas— que la política de "defensa republicana" era la principal cuestión por definir y resolver. En junio de 1936 ambas fuerzas de izquierda, junto a los radicales, ganaron una mayoría abrumadora en las elecciones parlamentarias. Esto permitió el acceso al poder del Frente Popular, bajo el liderazgo de Léon Blum, quien se mantuvo como Primer Ministro hasta junio de 1937.

El acceso al poder del Frente Popular ocurrió dentro de un clima de violencia e inseguridad política generalizados, bajo una aguda depresión económica y un peligroso entorno internacional —es suficiente recordar que Hitler, Mussolini y Stalin estaban en el poder. Sobre todo, existía en Francia un consenso muy débil con respecto a las instituciones de la Tercera República; junto con ello, la creciente alienación popular de las opciones políticas ofrecidas por el régimen, las actividades extraparlamentarias y la violencia política desatada, contribuyeron a empeorar la situación. En síntesis, se vivía en un clima de polarización y crisis que hacía aún más difícil que el gobierno del Frente Popular lograra su objetivo de estabilizar el régimen democrático.

Tal como Jean Jaurès había reaccionado, a fines de siglo, frente a la amenaza de las fuerzas conservadoras antirrepublicanas, así también Léon Blum se sintió llamado, en la década de 1930, a defender las instituciones republicanas ante la amenaza del fascismo. Había sido el Caso Dreyfus el

que llevó a Blum a la política. Pero, por encima de todo, fue la influencia de Jean Jaurès la que contribuyó a moldear sus propias ideas. Según Blum, Jaurès había interpretado la tradición socialista francesa mejor que cualquier otro; él había sido capaz de conciliar lo que aparentemente era contradictorio: la tradición republicana y socialista, el socialismo reformista y el revolucionario, el patriotismo y el internacionalismo.

Siguiendo a Jaurès, Blum pensaba que el socialismo era deseable más que inevitable, y que podía ubicarse dentro del campo de la moral más que de la ciencia. El socialismo era, para él, una ética más que una doctrina, una alternativa tanto a los radicales de la derecha como a los bolcheviques de la izquierda. Como en Jaurès, la influencia de Marx sobre Blum era importante, pero no determinante; la conquista del poder aparecía como una cuestión necesaria, pero no suficiente. Sobre todo, él creía en el socialismo democrático, con absoluto respeto por la libertad y los derechos humanos: “el socialismo necesita de la democracia en la misma medida que la democracia necesita del socialismo”, de acuerdo a la definición de Blum<sup>41</sup>.

En este contexto, y ante la amenaza fascista, había que dejar de lado los principios y las posturas rígidas e inflexibles. Conforme a la tradición socialista francesa, la que encontrara su máxima expresión en la figura de Jaurès, había que salir en la defensa de las instituciones republicanas. Así, el Frente Popular debía superar las diferencias y formar una verdadera “línea de defensa” del proletariado para hacer frente a la embestida fascista.

Para Blum, la alianza del Frente Popular no era necesariamente una maniobra electoral, puramente oportunista; pero tampoco era de naturaleza revolucionaria. Ya a comienzos de la década de 1920, anticipándose a esta situación, Blum había trazado una crucial distinción entre dos conceptos: el ejercicio del poder y la conquista del poder. Mientras que esta última situación correspondía a la revolución misma, a la creación de un orden socialista propiamente tal, la primera correspondía a la preparación para la revolución. El ejercicio del poder precede a su conquista mediante la formación de un gobierno como el partido, o los partidos, más poderosos en el parlamento. Bajo este esquema, los socialistas podrían aceptar cargos dentro del régimen existente. El propio Frente Popular, argumentaba Blum a mediados de los años treinta, estaba en una situación de ejercicio del poder y no de conquista del poder.

La distinción anterior era importante para Blum porque el mero hecho de estar en el poder podría crear expectativas que podrían sobrepasar las posibilidades del gobierno, creando grandes conflictos. Ya en 1926 Blum había anticipado esta situación: “El peligro del ejercicio del poder es precisamente que pueda ser confundido con la conquista del poder, de manera tal que el proletariado se vea alentado a esperar del primero el conjunto de resultados

---

<sup>41</sup> Sobre este paralelo entre Blum y Jaurès, ver, Gilbert Ziebura, *Léon Blum et le Parti Socialiste, 1872-1934* (Paris, Librairie Armand Colin, 1967), 97 y 114.

que sólo es posible de obtener de la conquista del poder”<sup>42</sup>. Esta parecía ser, exactamente, la expectativa generada en torno al gobierno del Frente Popular, lo que condujo primero a una pausa en las reformas propuestas y, finalmente, a su colapso. Para muchos, la situación parecía como de conquista del poder y, por ende, de una naturaleza revolucionaria, en la que todo podía esperarse del gobierno; sólo para algunos, partiendo por el mismo Blum, era un caso de simple ejercicio del poder y, por lo tanto, de una naturaleza no revolucionaria.

Pero, más allá de estas distinciones, el colapso del Frente Popular estuvo asociado a los precarios pilares sobre los cuales se erigió la Tercera República: fragmentación, inestabilidad, tendencias centrífugas actuando dentro de un espectro político polarizado, un sistema parlamentario que alentaba los gobiernos de minoría, y ausencia de un consenso político y social; en suma, algunos de los elementos que llevaron al colapso tanto de la Tercera como de la Cuarta Repúblicas.

Como elemento positivo puede anotarse que los socialistas accedían al gobierno por primera vez, y que se dictaba una importante legislación social. Con el apoyo de radicales y comunistas, Léon Blum se convirtió en el primer jefe de gobierno de la SFIO en la historia de Francia. Por otra parte, los acuerdos de Matignon redundaron en aumentos de sueldos para los obreros de entre 7 y 15 por ciento, el establecimiento de contratos colectivos de trabajo, libertad de asociación y la elección de representantes laborales en todas las firmas con más de diez dependientes. Además de lo anterior, se aprobó una legislación social que redujo la semana laboral a 40 horas y estableció vacaciones pagadas de dos semanas para todos los trabajadores de la industria y el comercio, entre otras medidas<sup>43</sup>.

Tras el colapso del Frente Popular en 1938, y el acceso al poder del Mariscal Pétain en junio de 1940, Blum fue arrestado y encarcelado, primero en Francia, y luego en Alemania, para ser liberado sólo en 1944. Representantes socialistas participaron en los gabinetes de Daladier en 1939, y Reynaud en 1940. Noventa representantes socialistas votaron a favor de la concesión de “plenos poderes” para Pétain en 1940, seis se abstuvieron y sólo treinta y seis votaron en contra. Tras la detención de Blum se desencadenó la persecución política contra la SFIO, entre 1940 y 1944. Durante ese período el partido actuó clandestinamente, y Daniel Mayer, junto a Henri Rivière, lo condujeron coordinando la resistencia contra el gobierno colaboracionista. Algunos de sus miembros viajaron a Londres y se unieron al General De Gaulle. Durante la Segunda Guerra Mundial, a pesar de haber apoyado inicialmente a Pétain mediante la concesión de plenos poderes, muchos

---

<sup>42</sup> En James Joll, *Intellectuals in Politics: Three Biographical Essays* (Weidenfeld and Nicholson, 1966), 27.

<sup>43</sup> Sobre estas medidas, ver John Ambler, “Is the French Left Doomed to Fail”, en John Ambler (compilador), *The French Socialist Experiment* (Filadelfia, Institute for the Study of Human Issues, 1985), 7.

socialistas sufrieron la represión y se unieron a la resistencia con gran decisión.

### *La Cuarta República*

No se pueden entender las profundas transformaciones políticas introducidas por De Gaulle bajo la Quinta República, y el proceso de renovación socialista impulsado por Mitterrand, sin una referencia a las instituciones de la Cuarta República (1944-1957), y el enorme deterioro experimentado por la SFIO en el mismo período. La política de “defensa republicana” seguida por los socialistas, bajo el liderazgo contradictorio de Guy Mollet, tuvo por objeto contrarrestar lo que se estimó era una nueva amenaza para la estabilidad de las instituciones de la república, proveniente en esta oportunidad de la acción de dos fuerzas políticas: comunistas y gaullistas. Dicha política significó postergar una vez más los compromisos programáticos de la SFIO en una dirección de transformaciones socialistas, sumiendo al partido y a su máximo líder en una seria crisis de credibilidad.

Entre 1944 y 1957 la SFIO participó en 21 gobiernos de un total de 27, ocupando el cargo de Primer Ministro en cinco de ellos. El partido se mantuvo en el poder entre 1945 y 1951, primero en coalición con el PCF y los radicales, bajo el “tripartismo” (1945-1947), y más adelante en coalición con los radicales y el *Mouvement R publicain Populaire* (MRP), versión francesa de la democracia cristiana, bajo la coalición de la “tercera fuerza” (1947-1951). Entre 1951 y 1956 el partido se mantuvo fuera del gobierno, con una postura de severa oposición, salvo su participación en el gobierno de Mend s-France, entre junio y diciembre de 1954. Finalmente, luego de la victoria del Frente Republicano, en enero de 1956, la SFIO se mantuvo en el poder hasta el colapso de la Cuarta República, en 1957.

En el período señalado, y hasta 1969, Guy Mollet se desempe n  como Primer Secretario del partido, luego de que derrotara a Daniel Mayer en 1946. Entre 1944 y 1957 el partido estuvo dentro y fuera del gobierno y se desarrolló una creciente tensión entre su ideología revolucionaria y su política puramente pragmática. Guy Mollet personificaba esta contradicción. En efecto, abogando por una posición revolucionaria de izquierda, dedicaba sus energías a una práctica fuertemente oportunista, que provocó una merma importante en la credibilidad del partido y que culminó en la crisis de Argelia.

Hacia 1945, y durante la Cuarta República, las principales preocupaciones de la SFIO fueron la reconstrucción de la economía en base a una justa distribución de los recursos, la extensión de la educación laica, la restauración del sistema de gobierno republicano de tipo parlamentario, la participación efectiva en el gobierno, y la preservación de su mística revolucionaria —especialmente frente a la competencia de fuerzas izquierdistas rivales, particularmente el PCF. Pero más que nada, y una vez más, el partido dirigió sus esfuerzos a la defensa de la república. Si a fines de siglo las instituciones republicanas eran amenazadas por las fuerzas conservadoras reaccionarias, y durante los años treinta y cuarenta por el fascismo y el nazismo, durante

la Cuarta República, la principal amenaza, según la SFIO, provenía del gaullismo en la derecha y los comunistas en la izquierda.

Una de las primeras decisiones de la SFIO, después del colapso del régimen de Vichy, fue la de expulsar del partido a los representantes socialistas que, mediante la concesión de plenos poderes, habían apoyado a Pétain en 1940. Tras esta “purificación” se pidió a Léon Blum que preparara un borrador preliminar para el siguiente congreso del partido. En su proposición, Blum modificaba algunas de las definiciones de la declaración de 1905, según la cual la SFIO era un partido de la lucha de clases y la revolución y de oposición fundamental e irreductible a la clase burguesa en su conjunto y al Estado que le servía de instrumento. El borrador de Blum era básicamente un rechazo del guesdismo y una afirmación en favor de algún tipo de socialismo humanitario, de fuerte raíz jauresiana. De algún modo, Blum intentó “revisar” algunas definiciones anteriores que estaban en pugna con la práctica concreta de la SFIO.

Agudas críticas comenzaron a surgir desde las bases del partido en contra del liderazgo de Daniel Mayer —Primer Secretario del partido en el período 1945-1946—, tanto por esa suerte de “revisiónismo”, practicado con el apoyo de Léon Blum, como por el respaldo que, tras la Liberación, la SFIO había concedido al General De Gaulle y su gobierno provisional. Guy Mollet se transformó en el vocero de este grupo y en el congreso del partido de agosto de 1946, condenó “todos los intentos de revisionismo, todas las formas de explotación imperialista y los intentos por encubrir aquella realidad fundamental, la lucha de clases”<sup>44</sup>. La opción de Mollet era por la tradición marxista guesdista, según aparecía en la Carta fundacional de 1905; es decir, *socialisme pur et dur*.

Por su parte, Blum y Mayer estaban convencidos de la necesidad de revisar antiguas posiciones y premisas que no se adecuaban a la nueva realidad de Francia tras la Liberación. Blum planteaba que Mollet y sus seguidores temían a la renovación, adhiriendo en cambio a antiguas consignas y discursos: “Ustedes invocan la necesidad de la renovación —decía Blum a Mollet y sus seguidores—; pero, ante todo, ustedes temen a lo nuevo; ustedes sienten nostalgia de todo aquello que pueda mantenerlos más cerca del partido que conocieron y al que pertenecieron en el pasado”<sup>45</sup>.

Finalmente, dos tercios de los delegados presentes en el congreso de agosto de 1945 rechazaron el “revisiónismo” de Mayer —apoyado por Blum—, procediendo aquél a presentar su renuncia como Primer Secretario del partido. Guy Mollet fue elegido finalmente para ese puesto, en base a

<sup>44</sup> En Byron Criddle, “The French Parti Socialiste”, en W. Paterson y A. Thomas (compiladores), *Social Democratic Parties in Western Europe* (Londres, Croom Helm, 1977), 26.

<sup>45</sup> B.D. Graham, “The Party of Tendencies: Internal Politics in the SFIO Before and After the Second World War”, en Davis S. Bell (compilador), *Contemporary French Political Parties* (Nueva York, St. Martin's Press, 1982), 158. Sobre el funcionamiento de las instituciones de la Cuarta República también hemos utilizado el libro de Duncan Mac Rae, *Parliament, Parties, and Society in France (1946-1958)* (Nueva York, St. Martin's Press, 1967).

una resolución de transacción. No obstante que la tradición guesdista de un partido de la lucha de clases y la revolución prevaleciera, el congreso partidario produjo, en definitiva, un cambio de liderazgo más que un cambio de estrategia o doctrina. La SFIO mantuvo su adhesión teórica a la revolución, a la vez que adoptaba una práctica revisionista y reformista. Así, y de manera muy similar a lo que acontecía paralelamente en el SPD bajo el liderazgo de Kurt Schumacher, se perdió una buena oportunidad para rejuvenecer el socialismo francés, el que optó por atrincherarse en viejas concepciones.

En los años del "tripartismo" la votación de los socialistas había bajado significativamente desde 4,5 millones de votos, en octubre de 1945, a 3,5 millones, en noviembre de 1946. Finalmente, en octubre de 1946, entró en vigor una nueva Constitución, la que estableció el sistema parlamentario al que se había opuesto De Gaulle, partidario de un sistema presidencial fuerte. Aunque Mollet había apuntado a las carencias doctrinarias del partido como la causa principal de la pérdida de apoyo electoral, junto con confirmar su adhesión a un socialismo bastante ortodoxo, la nueva situación creada por la Guerra Fría, en el contexto internacional, y el gaullismo en la arena interna, hicieron que el partido dirigiera sus energías, una vez más, hacia la preservación de las instituciones republicanas. Las nuevas condiciones externas e internas confirmaban la necesidad de una política de "defensa republicana": en febrero de 1947, De Gaulle creó el *Rassemblement du Peuple Français* (RPF), el que adoptó una posición de crítica hacia las instituciones parlamentarias de la Cuarta República; en mayo de 1947 el gobierno socialista de Ramadier expulsó del gabinete a los comunistas y la SFIO rompió con el PCF, poniendo término al "tripartismo".

Anteriormente, la SFIO había emitido un pronunciamiento señalando que la subyugación del PCF a la Unión Soviética hacía imposible una alianza con los comunistas, mientras que el propio Mollet alzaba su voz para declarar que el PCF era un "partido del Este, no de la izquierda"<sup>46</sup>. De esta manera, gaullistas y comunistas eran vistos como las nuevas amenazas a las instituciones republicanas parlamentarias. Contra tal amenaza, la SFIO optó por aliarse con los demócratacristianos y los radicales, durante el período de la coalición de la "tercera fuerza", entre noviembre de 1947 y julio de 1951. Sin embargo, la tendencia hacia la derecha de dicha coalición y las grandes concesiones que demandaban a la SFIO, condujo a esta última a una política de no participación y oposición entre 1951 y 1956.

Toda esta situación creaba para los socialistas enormes dificultades. Por un lado, su política de "defensa republicana" los llevaba a mantenerse alerta frente a la acción de los comunistas y gaullistas; por otro, esto implicaba posponer, una vez más, las reformas que se suponía asociadas a un proyecto socialista. El conflicto nunca sería resuelto satisfactoriamente: finalmente en 1951, la SFIO optó por pasar a la oposición. El significativo deterioro electoral del partido (bajó de un 23% de los votos en 1945 a un 15% en

---

<sup>46</sup> Criddle, op. cit., 26.

1951) fue el argumento final para adoptar dicha decisión. La política de "defensa republicana" había demandado demasiados sacrificios ideológicos y programáticos, lo que, sumado al oportunismo del propio Mollet, dejaba al partido en una posición muy precaria.

Una sucesión de gobiernos de minoría, dirigidos por fuerzas centristas, siguió entre 1951 y 1954, y sólo entre junio y noviembre de 1954, bajo el gobierno Mendès-France, los socialistas retornaron al poder con seis ministerios y un acuerdo sobre ciertas demandas sociales y económicas. Finalmente, entre enero de 1956 y mayo de 1957, los socialistas formaron el gobierno de Guy Mollet, el más extenso (16 meses) y quizás más desastroso de la Cuarta República.

A esas alturas, la adhesión ideológica a un marxismo rígido y ortodoxo, en el espíritu de la Declaración de Principios de 1905, nada tenía que ver con una práctica de partido ya no socialdemócrata o reformista sino esencialmente oportunista. Fue en ese contexto que Guy Mollet asumió como Primer Ministro en 1956-1957. Como señala Duverger, no cabía duda alguna de que la SFIO "se ha 'aburguesado' (...) que algunos de sus líderes son corruptos e incompetentes, que ya no tiene doctrina o programa, que su influencia ha declinado, que ya no puede restablecer sus cuadros y que está perdiendo a su joven electorado"<sup>47</sup>.

La demostración final de la declinación y perplejidades del partido fue su postura frente a las cuestiones de Suez y Argelia, entre 1956 y 1957. En octubre-noviembre de 1956 el gobierno de Mollet apoyó activamente la invasión anglo-israelí de Suez en contra del Egipto de Nasser; por otra parte, no obstante Francia había concedido la independencia a Indochina en 1954, y a Marruecos y Túnez en 1956, el gobierno de Mollet negaba la independencia y el derecho de autodeterminación a Argelia. Considerando a esta última como esencialmente francesa, su gobierno aumentó las tropas en el Norte de África a 400.000 efectivos, aproximadamente. Muchos veían como esencialmente antisocialistas estas actitudes de puro colonialismo. Aunque esta operación produjo en ciertos momentos un buen grado de apoyo popular para Mollet, al final demostró ser un completo fracaso, constituyéndose en la causa principal del colapso de su gobierno y una de las determinantes del quiebre de la Cuarta República.

Desde mayo de 1957, en que Mollet fue desplazado del gobierno, hasta mayo de 1958, en que De Gaulle llegó al poder, Francia atravesó por uno de los períodos más críticos de su historia contemporánea. Tres gobiernos centristas asumieron el poder con el apoyo de los socialistas, mostrándose incapaces de enfrentar adecuadamente la situación. El fracaso del gobierno de Mollet fue también el fracaso de la SFIO y de las instituciones de la Cuarta República, todo lo cual creaba la oportunidad para que De Gaulle emprendiera las transformaciones radicales que había postulado por largos años.

---

<sup>47</sup> En Coddig y Safran, op. cit., 108.



### *La Vía de Mitterrand a la Socialdemocracia (Quinta República)*

No es posible comprender los importantes cambios que ocurrieron dentro de la SFIO, bajo la Quinta República, sin una referencia a las profundas transformaciones que tuvieron lugar al interior del sistema político y las cambiantes relaciones entre socialistas y comunistas. El cambio hacia el presidencialismo, introducido por De Gaulle, y la lucha por la hegemonía dentro de la izquierda, deben ser tenidos en cuenta al momento de explicar el rejuvenecimiento y éxito electoral de los socialistas en los años setenta y ochenta.

En dicho proceso enfatizaremos el rol conductor de François Mitterrand, figura clave para comprender el nuevo curso adoptado por el socialismo francés en esta etapa. Fue Mitterrand quien, luego de un período de franca declinación, condujo al Partido Socialista al poder. Esto se tradujo, finalmente, en el espectacular triunfo presidencial y parlamentario en las elecciones de 1981, y en su reelección como Jefe de Estado, en 1988.

El período que va entre 1958 y 1962 fue para la SFIO de adaptación a la nueva Constitución de la Quinta República. Tras la crisis de Argelia, en 1958, el propio Mollet decidió apoyar a De Gaulle, su empecinado oponente en el período de posguerra. La Asamblea Nacional aprobó el nombramiento de De Gaulle como Premier con el apoyo de Mollet y los votos de 42 representantes socialistas — 49 votaron en contra. Finalmente, en septiembre de 1958, se realizó un referéndum que aprobó el nuevo sistema presidencial propuesto por De Gaulle.

Tras el desastroso resultado electoral para la SFIO en las elecciones parlamentarias de noviembre de 1958, Mollet renunció como Premier —puesto en el que el mismo De Gaulle lo había nombrado— a la vez que todos los ministros de la SFIO dejaban sus cargos en el gabinete. Desde 1959 a 1981 los socialistas se mantuvieron en la oposición, y entre 1959 y 1969 experimentaron la más dramática declinación electoral del período de posguerra. Dicho período, hasta la renuncia de De Gaulle en abril de 1969, representó el apogeo del gaullismo. El disminuido papel del parlamento, el fin de la representación proporcional y el nuevo sistema presidencial afectaron especialmente a los socialistas, acostumbrados a las tácticas parlamentarias que les habían permitido alcanzar una cómoda posición bajo la Tercera y Cuarta Repúblicas.

Como ya lo sugerimos, el quiebre de la Tercera y Cuarta Repúblicas estuvo asociado a las debilidades crónicas de sus instituciones, y a la dramática declinación del consenso sobre el sistema político. Ambos elementos estuvieron en el centro de la crítica gaullista a la Cuarta República. Restaurar la legitimidad del sistema mediante la creación de un amplio consenso en torno a las instituciones políticas y restablecer su eficacia mediante la creación de un gobierno efectivo, basado en una mayoría estable y cohesionada, tales fueron los objetivos de De Gaulle bajo la Quinta República.

El presidencialismo fue el rasgo distintivo de esta última, lo que era consistente con la idea de De Gaulle de restaurar la autoridad del ejecutivo,

al interior de un Estado fuerte, centralizado, y respetado. Junto con el presidencialismo, se formó una mayoría estable en torno de la coalición gaullista<sup>48</sup>, lo que condujo en forma creciente al establecimiento de un moderno sistema de partidos de tipo mayoritario —la propia coalición gaullista fue conocida como la *majorité*. De esta forma, el débil y fragmentado sistema de partidos de la Cuarta República, fue reemplazado por un nuevo sistema que alentó la estabilidad democrática.

A su vez, este sistema de tipo mayoritario condujo a una estructura partidaria simplificada y de tendencia bipolar —el multipartidismo se mantuvo pero dentro de una estructura de partidos de tipo dual. Estas presiones hacia la bipolarización llevaron a tres cambios muy importantes dentro del sistema de partidos: el crecimiento de una coalición de derecha razonablemente unida, coherente y disciplinada, centrada en la Presidencia de la República; la gradual destrucción del centro; y, después de un período de declinación, el resurgimiento de la izquierda francesa<sup>49</sup>. De alguna manera, esta tendencia bipolar obligó a la izquierda (comunistas y socialistas) a convivir: si la izquierda quería aparecer como una verdadera alternativa, y un efectivo competidor de la coalición gaullista (la que gobernó ininterrumpidamente hasta 1981), debía formar su propia coalición.

Antes de referirnos, sin embargo, al proceso de unidad de la izquierda, forjado hacia fines de la década de 1960 y comienzos de los años setenta a instancias del propio Mitterrand, conviene repasar brevemente el proceso de declinación de la SFIO, entre 1958 y 1969. En dicho período podría decirse que el afianzamiento de las instituciones de la Quinta República, bajo el liderazgo de De Gaulle, tuvo como contrapartida un serio deterioro en el desempeño de la SFIO, siempre bajo el liderazgo de Guy Mollet. La expresión electoral de dicho deterioro no puede ser más elocuente: en 1958, el partido disminuyó su representación en la Asamblea Nacional de 160 a 40 diputados; finalmente, en 1969, Gaston Defferre, el candidato presidencial del SFIO, obtuvo un magro 5% de la votación, la más baja de la historia del socialismo francés.

No obstante su dudoso pasado político reciente (visto como oportunista y contradictorio), Mollet fue reelegido Primer Secretario del partido en julio de 1959, y nuevamente en julio de 1960, permaneciendo en el cargo durante la mayor parte de la década de 1960. De hecho, un importante sector, frustrado por su liderazgo y especialmente por su apoyo inicial a De Gaulle, dejó el partido, pasando a formar en abril de 1960 el "Partido Socialista Unificado" (PSU). Entre los líderes del nuevo partido se contaban Alain Savary y Michel Rocard.

Entre 1962 y 1969 las opciones para una nueva dirección se discutieron y examinaron dentro de la SFIO. Mollet postulaba la mantención de una

<sup>48</sup> Esta coalición fue una fusión entre la *Union pour la Nouvelle République* (UNR), que reunía a seguidores de De Gaulle y Giscard D'Estaing, líder de los *Républicains Indépendants* (RI). Esta coalición sobrevivió a la renuncia de De Gaulle en 1969, dominando la política francesa hasta 1981.

<sup>49</sup> Ver, sobre estas tendencias, Vincent Wright, "Presidentialism and the Parties in the French Fifth Republic", en *Government and Opposition* (10, 1, Invierno de 1975), 26.

ideología marxista, lo que para entonces parecía más parte de su estilo que de sus convicciones. En un congreso partidario celebrado en diciembre de 1962 la SFIO confirmó su carácter revolucionario, orientado a la abolición del capitalismo y la construcción de una sociedad sin clases, a la vez que proclamaba que su objetivo era liberar a la persona humana de toda forma de dominación. Ese mismo año se formó la coalición gaullista, y la *Union pour la Nouvelle République* (UNR) aumentó su votación en las elecciones parlamentarias desde un 17,5 a un 31,9% en la primera ronda, dejando a la SFIO definitivamente a la defensiva con sólo un 12,6% de los votos.

Pronto los socialistas se dieron cuenta de que, si querían tener éxito electoral, en el contexto del nuevo sistema presidencial y del enorme poder del gaullismo, tenían que buscar nuevos aliados. A lo largo de los años sesenta podemos distinguir al interior de la SFIO dos posiciones con respecto a este tema. La primera, encabezada por Gaston Defferre, defendía una posición de centro-izquierda —una nueva versión de la coalición de la tercera fuerza— de acuerdo a la cual para derrotar al gaullismo, la SFIO debía seguir una política de alianzas con fuerzas de centro, que excluyera al PCF. La segunda, encabezada por Guy Mollet (y más tarde por el propio Mitterrand), defendía la tesis de la Izquierda Unida —una nueva versión del anterior “tripartismo”— según la cual la única forma de derrotar al gaullismo era mediante una izquierda unida, que incluyera a los comunistas. Esta posición creía que el nuevo sistema presidencial, inserto en el contexto de la nueva estructura de partidos de tendencia bipolar, requería de un polo contrapuesto en la izquierda. Esta segunda posición estaba convencida de que la estrategia de la “tercera fuerza” había demostrado su fracaso durante la Quinta República.

Un consenso en torno a esta segunda tesis comenzó a surgir dentro de la SFIO. Su consecuencia inmediata fue el inicio de un diálogo ideológico entre socialistas y comunistas, entre enero y marzo de 1964. Pero el evento crucial que permitió poner a prueba este deseo de unidad, lo constituyó la elección presidencial de diciembre de 1965. En esa oportunidad, la SFIO y el PCF concordaron en la necesidad de una plataforma común, y proclamaron a François Mitterrand como candidato de la izquierda. En julio de 1964, falleció Maurice Thorez, legendario líder proestalinista del PCF, facilitando así el proceso de unidad dentro de la izquierda.

Para apoyar la candidatura de Mitterrand la izquierda no comunista formó, en septiembre de 1965, la *Fédération de la Gauche Démocratique et Socialiste* (FGDS), una unión de la SFIO, los radicales, la *Convention des Institutions Républicaines* (CIR), y la *Union Démocratique et Socialiste de la Résistance* (UDSR). Esta federación constituyó una alianza política de la izquierda no comunista, que apuntaba a constituir una alianza electoral con el PCF, primero en torno a Mitterrand en 1965 y luego, en los tres años siguientes, encaminada a incrementar la fuerza electoral de la izquierda en su conjunto.

La FGDS comenzó a elaborar un programa de gobierno en torno a problemas concretos, lo que era consistente con el enfoque pragmático de Mitterrand, expresado en su slogan de “escuela, trabajo y techo”. No obstante

las insistencias por parte de Mollet en el sentido de utilizar un enfoque más doctrinario, la alianza tuvo un carácter altamente pragmático. Por su parte, los socialistas creían que la única forma de crear una alianza exitosa de la izquierda era mediante la creación de un Partido Socialista capaz de negociar con los comunistas desde una posición de fuerza.

A pesar de que De Gaulle derrotó a Mitterrand por un margen relativamente estrecho de 12,6 contra 10,5 millones de votos, la izquierda en su conjunto había abonado un terreno propicio para la constitución de un frente unido. El resultado electoral produjo, además, el reconocimiento de Mitterrand como el principal líder de la izquierda francesa. En diciembre de 1966 se acordó un pacto electoral entre la FGDS y el PCF; en marzo de 1967 esta alianza registró significativos avances en las elecciones parlamentarias, y en febrero de 1968, se firmó una plataforma común. De esta forma, tras las elecciones presidenciales de 1965, dentro de la SFIO se produjo un período de apertura hacia la izquierda, el que sólo fue interrumpido temporalmente en 1968.

A pesar de todos los esfuerzos unitarios, 1968 fue un año totalmente desafortunado para la alianza socialista-comunista. Por una parte, la Nueva Izquierda —desencantada de socialistas y comunistas, y con un apoyo activo del PSU, entre otras fuerzas de izquierda no tradicionales— apareció con gran fuerza, culminando su acción en los motines estudiantiles y las huelgas generales de mayo de 1968. Estos eventos produjeron el cuestionamiento de la izquierda tradicional tanto desde dentro como desde fuera, y sirvieron para que De Gaulle, pretextando la necesidad de salvaguardar el orden público, fortaleciera aún más la autoridad del ejecutivo. De Gaulle obtuvo una arrolladora victoria en las elecciones parlamentarias de junio de 1968, con un 46% de los votos, mientras que el PCF y la FGDS disminuían su votación desde un 22,5 a un 20% y desde un 19 a un 16,5%, respectivamente.

En segundo lugar, en agosto de 1968 tenía lugar la invasión de Checoslovaquia por parte de la URSS, poniendo fin al intento de Alexander Dubcek de construir un socialismo “con rostro humano”. Ello redundó en el término de la alianza electoral entre la FGDS y el PCF, junto con un endurecimiento del dogmatismo comunista. Finalmente, la propia FGDS, que se había desarrollado como una organización relativamente débil, se disolvió. Dentro de la izquierda se sucedieron interminables debates sobre estas situaciones, iniciando Mitterrand una etapa de semirretiro.

Pero esto no sería todo. El punto crítico para los socialistas se produjo con las elecciones presidenciales de 1969. En abril de ese año De Gaulle renunció como Presidente de la República, luego que el 53% del electorado votara en contra de su propuesta de reforma constitucional. En mayo de 1969, Gaston Defferre fue nominado por la SFIO como su candidato presidencial, contra la oposición del PCF, el PSU y la CIR, los que eran partidarios de un candidato común de toda la izquierda. En la elección presidencial de junio, que elevó a la Presidencia de la República a Georges Pompidou con el 43,9% de la votación, dos hechos adquirieron una especial relevancia: en la primera ronda, Defferre obtuvo un insignificante 5% de los votos, dando

cuenta de una situación de crisis total dentro de la SFIO; por otra parte, Duclos, candidato del Partido Comunista, obtuvo un 21,5% de los votos, superando así a la SFIO por un margen de cuatro a uno.

Así, los socialistas muy pronto adquirieron la convicción de que sólo una significativa renovación interna les permitiría revertir esta situación de franca declinación. Si la SFIO quería sobrevivir y mantenerse como alternativa política real, tenía que rejuvenecer su ideología y organización. La elección presidencial de 1969 también había demostrado que la SFIO debía cimentar una alianza con el Partido Comunista, si aspiraba a llegar al poder.

En 1969, la SFIO, con 70.000 miembros y un 5% de la votación, era en tamaño un quinto de lo que había sido cuando se fundó la Cuarta República. Por su parte, Guy Mollet, quien se había mantenido como Primer Secretario del partido desde 1947 hasta 1969, estaba completamente desacreditado por su oportunismo, lo que había llevado a un gran número de jóvenes militantes, líderes e intelectuales, a ingresar a las filas del PSU. Otro desafío para la SFIO provenía de los "clubes" políticos que proliferaron a lo largo de los años sesenta, algunos de los cuales se unificaron para formar la CIR, en 1964, considerado crecientemente como un vehículo para las ambiciones políticas de Mitterrand. El hecho era que si la SFIO quería mantener sus posibilidades como una alternativa creíble, debía emprender profundas transformaciones internas.

Estas transformaciones tuvieron lugar especialmente entre los congresos partidarios de *Issy-les-Moulineaux*, en 1969, y de *Epinay-Sur-Seine*, en 1971. Entre estos dos congresos el socialismo francés experimentó profundas transformaciones, tanto a nivel de su estructura como de su liderazgo. Es así como en el primero de ellos, Alain Savary, quien en la década de 1950 había abandonado la SFIO para formar el PSU, fue elegido Primer Secretario del nuevo Partido Socialista (PS), poniendo término al reinado de 23 años de Guy Mollet. En el Congreso de Epinay, dos años más tarde, Mitterrand fue elegido como nuevo Primer Secretario del partido. Savary y Mitterrand concordaron en que la estrategia de la "tercera fuerza" de Defferre había mostrado su total fracaso dentro del contexto del nuevo sistema presidencial, y que sólo la Unidad de la Izquierda podría permitir el acceso al poder de los socialistas.

El PS se formó en 1969, producto de la unión de la SFIO, la *Union des Groups et Clubs Socialistes* (UGCS), dirigida por Jean Poperen, y la *Union des Clubs pour le Renouveau de la Gauche* (UCRG), dirigida por Alain Savary. En el centro de ese congreso partidario estuvo el deseo de una izquierda unida, lo que implicaba también una radicalización del discurso político. La resolución final señalaba: "La unidad de la izquierda constituye la vía estratégica normal de los socialistas. El partido prohíbe todas las alianzas con fuerzas representativas del capitalismo. Debe, sin condiciones previas, entrar en un debate público con el Partido Comunista"<sup>50</sup>.

<sup>50</sup> En D.S. Bell and Byron Criddle. *The French Socialist Party: Resurgence and Victory* (Oxford:

A pesar del giro experimentado por el socialismo francés en 1969, a través de su nueva estructura orgánica, Mitterrand y la CIR no se unieron al nuevo partido ese año. El líder socialista tenía dudas acerca de cuán profundas eran las transformaciones producidas y, más que nada, cuán independiente era Alain Savary de Guy Mollet, quien había abandonado el liderazgo del partido<sup>51</sup>. Finalmente, tanto la CIR como su líder máximo, François Mitterrand, se unieron al PS en el congreso de Epinay, en 1971 —de tal manera que el líder socialista pasó a desempeñarse como el nuevo Primer Secretario del partido, coincidiendo con la fecha de su ingreso al mismo.

Dicho congreso confirmó la nueva estrategia del partido, basada en la unidad de la izquierda, como la única forma de aplicar una estrategia electoral exitosa. El propio partido salió aún más unido que antes, a pesar de (y en cierta forma debido a) la gran diversidad de sus grupos internos. En las propias palabras de Mitterrand, lo que se forjó en Epinay fue “una vasta agrupación política, rica en contradicciones internas”<sup>52</sup>.

Las diferentes tendencias que coexistían dentro del partido estaban muy bien representadas por las cinco mociones que se propusieron en el Congreso de Epinay, las que recibieron el apoyo que se indica a continuación: Alain Savary (UCRG) y Guy Mollet (SFIO), 34% de los votos; Pierre Mauroy y Gaston Defferre (de tendencia socialdemócrata), 30%; Mermaz y Pontillon (CIR), 15%; Jean Poperen (UGCS), 12%; y Jean Pierre Chevènement —líder del sector izquierdista del partido, agrupado en torno del *Centre d'Etudes de Recherches et d'Education Socialistes* (CERES), formado en 1967—, 8,5% de los votos. Al final, la lucha fue entre Mitterrand, apoyado por Mauroy, Defferre, la CIR y el CERES, por una parte, y Savary, apoyado por Mollet, por la otra. El primero triunfó sobre el segundo por un estrecho margen de 43.926 mandatarios contra 41.750 del segundo.

El PS salió fortalecido de dicho congreso, con una estructura orgánica consolidada y bajo el liderazgo del nuevo Primer Secretario del partido, François Mitterrand. Junto con confirmar la tesis de la Unidad de la Izquierda, el partido avanzó también en la radicalización de su discurso, línea que iba a profundizar aún más a lo largo de los años setenta. En las resoluciones finales de dicho congreso se lee que “el Partido Socialista reconoce que el capitalismo es incapaz de reducir el sufrimiento de los hombres a pesar del progreso de la ciencia y la tecnología. Por el contrario, el capitalismo multiplica las formas de explotación y opresión. La clase obrera se está dando cuenta gradualmente de que sólo podrá liberarse mediante la ruptura total con este sistema de explotación que sólo puede autoperpetuarse recurriendo

---

Clarendon Press, 1984), 55. Este es uno de los mejores trabajos sobre el impacto de las instituciones de la Quinta República en el PS, y las relaciones entre éste y el PCF.

<sup>51</sup> A decir verdad, había también en Mitterrand una cuestión personal en relación a Savary: no sólo este último había impedido a Mitterrand su ingreso al PSU en 1959-1960, sino que también Mitterrand quería asegurarse una clara posición de liderazgo al interior del nuevo Partido Socialista.

<sup>52</sup> En Howard Machin y Vincent Wright, “The French Left Under the Fifth Republic: the Search for Identity” (*Comparative Politics*, 10, 1, octubre de 1977), 35.

cada vez más a la represión”<sup>53</sup>. Este congreso marcó el comienzo de una nueva era de renovación interna y éxito electoral basado en la unidad de la izquierda. Representó además un hito crucial, completando el proceso de renovación iniciado en las confusas y poco auspiciosas circunstancias de 1969, cuando Defferre obtuvo sólo un 5% de la votación.

El gran consenso del Congreso de Epinay emergió tanto alrededor de la persona de Mitterrand —quien había surgido como el líder de la izquierda a partir de la elección presidencial de 1965— como de la necesidad de unir a la izquierda, lo que implicaba el entendimiento con el PCF en torno a un programa común. Mitterrand, por su parte, según veremos más adelante, tenía una intención adicional: junto con buscar fortalecer el PS, aspiraba a convertirlo derechamente en el partido dominante al interior de la izquierda. Su objetivo, pues, no se remitía a hacer frente y superar a la Coalición Gaullista, sino también a convertir al PCF en una fuerza minoritaria al interior de la izquierda. Como se comprenderá, ambos objetivos resultaban en extremo ambiciosos, no sólo porque la Coalición Gaullista se mantenía como la fuerza mayoritaria en el conjunto de las fuerzas políticas (y continuaría siéndolo hasta 1981), sino porque el PCF había mantenido a lo largo del período de posguerra un predominio incontrarrestado al interior de la izquierda — habiendo llegado, incluso, a cuadruplicar en votación a la SFIO en las elecciones presidenciales de 1969. No se puede entender, pues, el desarrollo del PS en los años setenta y el éxito posterior, sin una breve referencia a su líder máximo, François Mitterrand.

Este último no provenía de un ambiente socialista propiamente tal; por sus antecedentes familiares y personales lo podemos más bien ubicar en el ambiente de una familia acomodada de la provincia francesa, de tendencia más bien conservadora y nacionalista, y de raíz católica (especialmente por el lado de la madre). Fue la guerra y el movimiento de la resistencia lo que llevó a Mitterrand a incursionar en la política. Fue una experiencia que lo marcaría de por vida.

Herido e internado tres veces en campos de concentración, Mitterrand emergió de la Guerra como un líder del Movimiento de la Resistencia. A los 27 años (1944) Mitterrand ingresó a un gabinete por primera vez, y en 1946 se convirtió en representante ante la Asamblea Nacional. Después de la guerra formó, llegando a ser uno de sus líderes, la *Union Démocratique et Socialiste de la Résistance* (UDSR), un movimiento más bien de centro-izquierda. En once ocasiones fue ministro durante la Cuarta República, destacando sus actuaciones bajo los gobiernos de Plevin (1950-1951), Mèndes-France (1954-1955) y Mollet (1956-1957). En dicho período, favoreció la estrategia de la “tercera fuerza” entre fuerzas no gaullistas y no comunistas.

En 1958, tras el acceso al poder de De Gaulle, Mitterrand perdió su asiento en la Asamblea Nacional. En 1959, sin embargo, fue elegido senador y en

---

<sup>53</sup> En Frank L. Wilson, *French Political Parties Under the Fifth Republic* (Nueva York, Praeger, 1982), 208.

1962 había retornado a la Asamblea Nacional. A lo largo de esos años, Mitterrand desarrolló una poderosa oposición al gaullismo y las instituciones de la Quinta República. Su posición puede resumirse en el título de su libro *Le Coup D'Etat Permanent* (1965), el que apuntaba a denunciar las tendencias autoritarias bajo las instituciones de la Quinta República. Su actuación más destacada en la década de 1960, sin embargo, desde el punto de vista de sus aspiraciones personales, fue su candidatura a la presidencia de la República en las elecciones de 1965, lo que lo convirtió en el líder indiscutido de la izquierda.

Precisamente debido al éxito alcanzado por su actuación en las elecciones de 1965, en los años siguientes Mitterrand comenzó a modificar sus opiniones en torno al sistema presidencial francés, a la vez que bajaba el tono de sus críticas. Sobre todo, se dio cuenta de que el sistema presidencial francés permitía que la izquierda llegara a ser una alternativa frente al gaullismo, en la medida en que se mantuviera unida. Ello implicaba la necesidad de llegar a una alianza con el PCF. Con ese propósito, y a fin de mantener la credibilidad como partido de la izquierda francesa, el PS tuvo que recurrir a un discurso más radical, congruente con las nuevas tácticas adoptadas. Pronto Mitterrand se colocó a la vanguardia en este nuevo rumbo.

De esta manera, ya en 1969, en la época del Congreso de Issy-les-Moulineaux, Mitterrand declaraba: “ahora me parece bastante evidente que la explotación del hombre por el hombre está vinculada a relaciones sociales determinadas por el modo de producción”<sup>54</sup>. Dos años más tarde, en el Congreso de Epinay, Mitterrand preguntaba a la Convención: “¿Qué debemos postular? ¿Reforma o revolución? Para mí, la lucha diaria por una reforma total de las estructuras existentes, es de naturaleza revolucionaria. Esto presupone una ruptura, y debo decir que no puede ser miembro del Partido Socialista aquel que no acepte la ruptura con el orden establecido, con la sociedad capitalista”<sup>55</sup>. Este sería el nuevo tono adoptado por Mitterrand y el PS en los años siguientes.

Nada de esto, sin embargo, llevó a Mitterrand a sugerir la adopción del marxismo. De hecho, afirmó muy claramente que el PS “no es un partido marxista”<sup>56</sup>. Crítico de los “doctores de la ley marxista”, abogó más bien por un socialismo secular, “despojados de dogmas cristianos y marxistas”<sup>57</sup>; es decir, como él mismo lo definiera, por un “socialismo de lo posible”; un socialismo que fuera una búsqueda y creación de todos los militantes. Ello, sin perjuicio de enfatizar la necesidad de una postura revolucionaria —entendida esta última como “la lucha de cada día por la reforma categórica de

<sup>54</sup> Denis Mac Shane, *François Mitterrand: a Political Odyssey* (Nueva York, Universe Books, 1982), 133.

<sup>55</sup> *Ibid.*, 141.

<sup>56</sup> En Philippe Garraud, “Discours, Pratiques et Idéologie dans L'Evolution du Parti Socialiste” (*Revue Française de Science Politique*, 28, 2, abril de 1978), 273.

<sup>57</sup> En Claude Manceron y Bernard Pingaud, *François Mitterrand: L'Homme, les Idées, le Programme* (Paris, Flammarion, 1981), 28.



las estructuras”— y la necesidad de una ruptura con el capitalismo, reconociendo que este último admitía transformaciones desde su interior.

Los años siguientes vieron profundizarse aún más estas posturas. Así, el propio Programa Común de 1972 definió una serie de medidas de “nacionalización”, las que incluían nueve complejos industriales y los bancos que aún permanecían en manos privadas. Según Mitterrand, aunque las nacionalizaciones no debían identificarse con el socialismo mismo, ellas eran vistas como “la clave para modificar la estructura de poder en Francia”<sup>58</sup>. En ese mismo año 1972, el PS definió su propio programa socialista, “cambiar la vida”. El término estuvo tomado del poeta surrealista Arthur Rimbaud y aspiraba a unificar las diversas tendencias que coexistían al interior del partido.

Uno de los conceptos que aspiraba a darle una nueva cara ideológica al PS, junto con afianzar a las diversas tendencias internas, fue el de la autogestión. Este último estuvo en boga desde mayo de 1968 y sería utilizado en los años siguientes tanto por los comunistas como por los socialistas. En 1974 Mitterrand llamó a una convención nacional por el socialismo que se proponía, entre otras cosas, profundizar en esta línea de autogestión. En junio de 1975 el PS llamó a una convención especial, la que resultó en la adopción de las “15 Tesis” sobre autogestión<sup>59</sup>. En el fondo, la gran ventaja de dicho término era su ambigüedad, lo que permitía satisfacer a las distintas tendencias internas a la vez que distanciarse de la imagen de la vieja SFIO.

En fin, nacionalizaciones, autogestión, “frente de clases”, ruptura con el capitalismo, entre otras, eran las nuevas expresiones incorporadas en el discurso socialista. En definitiva, de lo que se trataba, como tan elocuentemente lo definiera Chevènement, era de definir un proyecto socialista que fuera distinto de aquella “vieja prostituta de la socialdemocracia”<sup>60</sup>. El PS se resistía a reconocerse en el viejo paradigma socialdemócrata, característico del conjunto del socialismo europeo.

Dicho lo anterior, y a la luz de la evolución posterior del PS (específicamente como quedaría demostrado bajo el gobierno de Mitterrand), queda de manifiesto que este nuevo discurso del partido no respondía a una genuina convicción en el plano de las ideas, sino a la necesidad de definir una adecuada estrategia electoral. Tal vez con la sola excepción del ala izquierdista del PS, representada por el CERES y Chevènement, la adhesión a un socialismo radical no surgió de un proceso de maduración ideológica sino de la dinámica de funcionamiento del sistema electoral y partidario bajo la Quinta República. Tal vez como nadie, y cualesquiera hayan sido sus aprensiones iniciales, Mitterrand comprendió la verdadera naturaleza mayoritaria de dichas instituciones. La única forma de enfrentar con éxito a la coalición

---

<sup>58</sup> Ver Mac Shane, op. cit., 154.

<sup>59</sup> En dicha convención se definió a la “autogestión” como “la democracia realizada por y dentro del socialismo” (ver Garraud, op. cit., 45).

<sup>60</sup> En Nancy I. Lieber, “Ideology and Tactics of the French Socialist Party” (*Government and Opposition*, 12, 4, otoño de 1977), 467.

gaullista era a través de la formación de un bloque mayoritario de la izquierda. De allí el llamado, por parte de Mitterrand, a la construcción de un “frente de clases”, para asegurar que la mayoría social deviniese en una mayoría política. Lo anterior demandaba de parte del PS una radicalización en sus posturas; ello, a fin de ganar credibilidad como partido de la izquierda francesa, cimentar una alianza política y electoral con el PCF, y demostrar, como el propio Mitterrand lo diría algunos años más tarde al justificar su alianza con los comunistas, que “de cinco millones de personas que votan por el PCF, tres millones pueden ser ganados para el Partido Socialista”<sup>61</sup>.

Esta y no otra fue la razón de esta radicalización a lo largo de los años setenta; esta fue la razón que tuvo en mente Mitterrand al momento de suscribir, en junio de 1972, con el PCF y los radicales de izquierda, el Programa Común de gobierno que sirviera de marco general de las relaciones entre socialistas y comunistas a lo largo de estos años.

Junto con este proceso de radicalización del PS, la unidad de la izquierda y la suscripción del Programa Común también fueron posibles merced a la liberalización experimentada por el PCF, especialmente desde que George Marchais pasara a ser el nuevo secretario general del partido, en 1970. Desde 1920, con excepción de los períodos del Frente Popular (1936-1937) y del “tripartismo” (1944-1946), el PCF había pasado gran parte de su vida en un aislamiento relativo. Ello fue especialmente así después de 1947, durante el período de la Guerra Fría. Aunque el aislamiento no debería ser entendido necesariamente como debilidad electoral —durante el mismo período y hasta mediados de los años setenta el PCF obtuvo, en promedio, más de un 20% de la votación— el partido sí experimentó un descenso electoral desde un 28,6% en 1946, a un 18,9% en 1958. El relajamiento de las tensiones de la Guerra Fría durante los años sesenta y la dinámica de los nuevos sistemas electoral y partidario bajo la Quinta República —que obligaron a los partidos de la izquierda a convivir— contribuyeron a superar este aislamiento relativo.

Además del favorable ambiente internacional, especialmente relevante en el caso de los comunistas franceses debido a sus estrechos vínculos con la URSS, para explicar este proceso de unidad también debe mencionarse la situación interna dentro de la izquierda. Más específicamente, me refiero a la cómoda posición de mayoría del PCF al interior de la izquierda francesa, lo que le permitía concurrir a la firma del Programa Común desde una posición de fuerza. De algún modo el PCF buscaba reproducir el paradigma italiano, con un gran Partido Comunista y un pequeño Partido Socialista dentro de la izquierda. El PCF pensaba que la unidad de la izquierda no sólo mejoraría las posibilidades de acceder al poder, sino que además su posición mayoritaria al interior de la izquierda sería, al menos, conservada.

Durante la primera mitad de la década de 1970, la liberalización del PCF se expresó en su adhesión a las libertades democráticas, a un sistema pluri-

---

<sup>61</sup> En Bernard Brown, *Socialism of a Different Kind: Reshaping the Left in France* (Connecticut, Greenwood Press, 1982), 154.

partidista y a la alternancia en el poder. Así, el Programa Común firmado en 1972 rechazaba la noción de partido único, junto con aceptar la primacía del sufragio universal como fuente de legitimidad democrática, la alternancia en el poder y la vigencia de las libertades democráticas fundamentales. Una declaración conjunta de Marchais y Enrico Berlinguer, líder del Partido Comunista Italiano (PCI), tras una reunión en Roma, en noviembre de 1975, comprometía a ambos partidos con el apoyo al pluripartidismo, al derecho a la existencia de los partidos de oposición y a la alternancia democrática entre mayoría y minoría. Finalmente, en el Vigésimo Segundo Congreso del PCF, en febrero de 1976, la expresión “dictadura del proletariado” fue eliminada de la plataforma política del partido. En resumen, como el propio Marchais lo declarara en 1973, “el socialismo a que aspiramos tendrá los colores de Francia”<sup>62</sup>.

Es interesante añadir que uno de los hechos que se tuvo en cuenta para afianzar este proceso de acercamiento fue el golpe militar que derrocó al gobierno de Salvador Allende en Chile, en 1973. Como destaca Mac Shane, los eventos en Chile impactaron a Mitterrand debido a las semejanzas entre la Vía al Socialismo de Allende, en “democracia, pluralismo y libertad” y el caso francés: tanto Allende como Mitterrand estaban comprometidos con un programa socialista que sería implementado utilizando una Constitución democrática; ambos procesos se basaban, además, en una alianza socialista-comunista en torno a un programa que contemplaba importantes nacionalizaciones; en ese sentido, la Unión de la Izquierda francesa se parecía en diversos aspectos a la Unidad Popular chilena<sup>63</sup>. Según Machin y Wright, los líderes comunistas franceses extrajeron una importante lección de los acontecimientos en Chile: “una leve mayoría numérica para una frágil coalición es insuficiente para realizar cambios políticos significativos. Para evitar un riesgo similar bajo un gobierno de izquierda en Francia, era imperativa la formación de una sólida alianza y de una cómoda mayoría electoral”<sup>64</sup>. Tales eran algunas de las ideas entre los líderes socialistas y comunistas franceses, luego de los eventos en Chile. A la larga, Mitterrand evitaría referirse a la experiencia chilena, enfatizando las diferencias con la situación francesa.

El Programa Común se mantuvo vigente entre 1972 y 1977. Dicho período estuvo marcado por un significativo mejoramiento electoral para el conjunto de la izquierda, pero, más que nada, benefició al Partido Socialista —y, como veremos, a costa de los comunistas. El PS vio engrosadas sus filas por nuevos militantes y connotadas figuras de diversas organizaciones políticas y sociales. Entre ellas, podemos señalar la incorporación, en 1974, de

---

<sup>62</sup> En Peter Lange y Maurizio Vannicelli, *The Communist Parties of Italy, France and Spain* (Cambridge, George Allen and Unwin, 1981), 71.

<sup>63</sup> Ver Mac Shane, op. cit., 164.

<sup>64</sup> Machin y Wright, op. cit., 49. Debe decirse que una reacción similar se produjo en el PCI de Italia, que lanzó su propuesta de “compromiso histórico” entre comunistas, socialistas y católicos, precisamente tras el golpe militar en Chile (ver capítulo 3).

Michel Rocard, líder del PSU, y de Edmond Maire, máximo líder sindical de la influyente Confederación Francesa Democrática del Trabajo (CFDT)

Desde el punto de vista electoral, la izquierda realizó importantes avances en la elección parlamentaria de marzo de 1973, en la que el PCF obtuvo el 21,3% de la votación y los socialistas y radicales de izquierda, el 20,4%. Tras la muerte de Pompidou, François Mitterrand fue designado por segunda vez candidato presidencial de la Izquierda Unida. Perdió por una estrecha diferencia de 50,7 contra 49,3% de los votos, resultando elegido Valéry Giscard D'Estaing. Los avances electorales de la izquierda en diversas elecciones fueron acompañados de una erosión significativa de la Coalición Gaullista. Ello ocurrió especialmente entre 1976 —año en que Jacques Chirac se retiró del gobierno de Giscard para formar el *Ressemblement pour la République* (RPR)— y 1981, año en que Mitterrand fue elegido Presidente de la República.

No obstante que la alianza de izquierda continuó su avance electoral en las elecciones municipales de marzo de 1977, las cosas no se estaban dando bien para los comunistas. Desde mediados de los años setenta y culminando en 1981, el PS había comenzado a alcanzar al PCF en los resultados electorales, produciendo una especie de crisis de identidad en este último, cuya posición mayoritaria había sido cuestionada y finalmente revertida por primera vez en treinta años. La estrategia de Mitterrand, de comienzos de los años setenta, se estaba mostrando extraordinariamente eficaz. No sólo la izquierda estaba triunfando en casi todas las elecciones, sino que el PS aparecía cada vez más como la fuerza mayoritaria dentro de la izquierda.

En mayo de 1977 se iniciaron discusiones entre los tres aliados del Programa Común (el PCF, el PS y el MRG) para “actualizar” el programa —al decir de los propios comunistas. Las discusiones sirvieron de pretexto al PCF para formular demandas que fueron consideradas inaceptables por el PS y los radicales, llevando finalmente a la ruptura de las negociaciones, en setiembre de 1977; eso marcó el fin del Programa Común. El PCF acusó al PS de jugar un “juego centrista”, mientras que Mitterrand acusó a los comunistas de ser incondicionales de Moscú<sup>65</sup>.

En síntesis, el PCF desechó el acuerdo programático al constatar que el PS había llegado a ser la fuerza mayoritaria en la izquierda. La estrategia de Mitterrand, consistente en la necesidad de revertir la correlación de fuerzas al interior de la izquierda francesa, había alcanzado un éxito parcial hacia la segunda mitad de la década de 1970; quedaba el gran objetivo: convertir al PS en una fuerza de gobierno.

El fin del Programa Común y, por lo tanto, de la alianza socialista-comunista, tuvo, al menos, dos efectos importantes: por un lado, dio lugar a

---

<sup>65</sup> Algo de esto había si consideramos que el PCF terminaría apoyando la invasión soviética a Afganistán, en 1979, y la imposición de la “Ley Marcial” en Polonia, en 1981. Quedaría demostrado, pues, que “el eurocomunismo francés fue motivado estratégicamente y superficial en sus alcances” —Armen Antonian e Irwin Hall, “The French Communists under François Mitterrand”. *Political Studies*, Junio de 1985, Vol. XXXIII, 255.

un nuevo período de deterioro electoral para la izquierda y, por otro, marcó un serio revés para el propio Mitterrand, quien se había jugado a fondo por la tesis de la Unidad de la Izquierda. Lo primero se hizo notar en las elecciones parlamentarias de marzo de 1978, en que la izquierda estuvo por debajo de su desempeño electoral más reciente. Lo segundo significó no sólo un retroceso para Mitterrand —especialmente con miras a las próximas elecciones presidenciales de 1981—, sino que hizo volver la mirada sobre Michel Rocard, como una posible alternativa presidencial. Este último, recién ingresado al PS en 1974, aparecía como una alternativa aceptable para el electorado, al ser identificado con el ala más moderada del partido. Sin mayor dilación y aprovechando la coyuntura favorable, en 1978 Rocard hizo ver su interés por participar en las elecciones presidenciales de 1981.

Fue en esas condiciones que ambos dirigentes socialistas llegaron al crucial congreso del PS, celebrado en la ciudad de Metz, en 1979. Derechamente, Michel Rocard, con el apoyo de Pierre Mauroy, intentó convertir el congreso de Metz en el Bag Godesberg del Partido Socialista Francés, procurando reconciliar a este último con la socialdemocracia europea<sup>66</sup>. Ello, con miras a consolidar su posición al interior del partido, así como frente al electorado—, dando una imagen de moderación en momentos en que las encuestas de opinión pública le eran favorables.

Sin embargo, Mitterrand demostró, una vez más, que no estaba acabado y que se encontraba lejos de desistir de su propio proyecto. Con el apoyo de sus antiguos colaboradores del CIR, del propio Gaston Defferre (pese a que la ideología de este último era más parecida a la de Rocard) de Chevènement y el CERES, el líder socialista salió triunfante de dicho congreso. Mitterrand insistió en que la única alternativa de triunfo para las próximas elecciones presidenciales era contar con los votos comunistas y que para ello no era necesario contar con una alianza formal con dicho partido (restándole, de esta manera, importancia a la ruptura de la alianza socialista-comunista, en 1977); ello, por cuanto, tal como lo había señalado hacía algunos años, de 5 millones de personas que votaban por el PCF, 3 millones podían ser ganados para el PS. Lejos de moderar su discurso y ante la necesidad de afirmar la base militante del partido, se distanció de la postura socialdemócrata de Rocard y afirmó, ante la asamblea del partido: “yo reconozco a Marx y al marxismo como tal vez la fuente más profunda que ha producido la gran corriente socialista de la que somos parte”<sup>67</sup>.

Fue así como Mitterrand se convirtió, por tercera vez, en el candidato socialista a la Presidencia de la República. Su estrategia fue doble: por un lado, un discurso radical dirigido a la militancia socialista y, por otro, un discurso moderado dirigido al electorado. Lo primero se expresó en el Proyecto Socialista de 1980, el cual señaló la necesidad de constituir un “frente

<sup>66</sup> Sobre el particular, se puede ver Howard Machin, “Two Views of the Mitterrand Presidency” en *Government and Opposition* (23, 2, primavera de 1988), 203.

<sup>67</sup> En Mac Shane, op. cit., 219. También es justo señalar que Rocard había señalado que, si Mitterrand se decidía a ser candidato socialista, él no se interpondría en el camino.

de clases”, apuntando en la dirección de una ruptura con el capitalismo; lo segundo se expresó en las 110 Propositiones, su plataforma programática para las elecciones de 1981, de un tono bastante más moderado que el anterior. Así, mientras a la militancia socialista —y al electorado comunista susceptible de ser conquistado— les hablaba de la “ruptura” con el capitalismo, ante el electorado aparecía como la *force tranquile* (el lema de su campaña).

En el triunfo presidencial de 1981 intervinieron otros dos factores: por un lado, la derecha se presentó seriamente dividida entre sus dos máximos exponentes, Valéry Giscard D’Estaing y Jacques Chirac; por otro lado, el PCF obtuvo una baja votación, comparada tanto con su media histórica en el período de posguerra, como en relación a la votación socialista. Así, en la primera vuelta, mientras el PCF obtuvo un 15,3%, el PSF obtuvo un 25,8%. Tal como Mitterrand lo había anticipado, el electorado comunista se volcó masivamente hacia el candidato socialista, sin que hubiese existido una alianza formal entre los dos partidos de la izquierda francesa. Sólo con posterioridad a la elección, el 24 de junio de 1981, se firmó un acuerdo entre ambos, el que, junto con ratificar ciertos contenidos programáticos, significó que cuatro ministros comunistas fueran incluidos en el nuevo gabinete formado por Pierre Mauroy.

Mitterrand había cumplido a cabalidad su doble estrategia fijada a partir del Congreso de Epinay, en 1971: transformar al PS en la fuerza mayoritaria al interior de la izquierda, y en un partido de gobierno. Mitterrand es el primer presidente socialista en la historia de Francia en ser elegido por votación directa. En las elecciones parlamentarias de junio de 1981, el PS consolidó definitivamente su posición mayoritaria, al obtener un 37,6% de la votación (comparada con un 16,2% del PCF). Las elecciones presidencial y parlamentaria de 1981 fueron las mejores para el PS y las peores para el PCF, desde 1936.

Aunque tal vez resulte prematuro intentar una evaluación definitiva del gobierno de Mitterrand, y del papel jugado en él por el PS, es fácil darse cuenta de que aquél no ha avanzado en una dirección de “ruptura” con el capitalismo, y que este último nada tiene que ver con su Declaración de Principios de 1905 según la cual el PS sería un partido de la revolución y la lucha de clases, y de oposición profunda a la clase burguesa y el Estado, que es su instrumento —definiciones que Guy Mollet se había opuesto a que fueran revisadas y que el PS se había empeñado en mantener.

Tal vez en un primer momento, entre 1981 y 1984, existió la posibilidad de construir una alternativa socialista propiamente tal, como distinta de la socialdemócrata. Con cuatro ministros comunistas en el gabinete, con las primeras medidas expansivas en lo económico y un vasto programa de nacionalizaciones, aún podía pensarse en la constitución de un “frente de clases” decidido a avanzar en la dirección de una “ruptura” con el capitalismo. Dichas medidas se tradujeron en aumentos de un 10% del salario mínimo, beneficiando a 1,5 millones de personas, un 20% de las pensiones, con beneficios para 2 millones de personas, y un 30% de las asignaciones fami-

liares, beneficiando a 3 millones de personas; junto con ello, una reducción de la jornada de trabajo, un aumento de las vacaciones (de 4 a 5 semanas), y la creación de 61.000 nuevos puestos en la administración pública, a fin de hacer frente al problema del desempleo.

En cuanto al programa de nacionalizaciones, el Estado adquirió el 100% de la propiedad de cinco grandes complejos industriales —Compañía General de Electricidad (180.000 empleados), Thomson-Brandt (129.000 empleados), St. Gobian (136.000 empleados) Rhône-Poulenc (89.000 empleados) y Peckiney, Ugine y Kuhlman (86.000)—, además de Usinor y Sacicor (acero); junto con lo anterior, adquirió una mayoría de las acciones en Dassault y Matra, así como en algunas compañías extranjeras. En cuanto al sistema bancario —el que ya era cuasiestatal desde la Segunda Guerra Mundial— añadió la adquisición por parte del Estado de Paribas y Suez (dos importantes bancos comerciales), además de 36 bancos pequeños<sup>68</sup>.

Estas medidas, junto a otras como las relativas a cambios en la legislación laboral, descentralización del Estado, abolición de la pena de muerte, entre las principales, correspondían efectivamente a algunas de las más importantes contenidas entre las 110 Proposiciones de 1981. No obstante, al poco andar quedó claro que estas medidas de tipo keynesiano, expansivas en lo económico, y las reformas de tipo estructural realizadas en los primeros años, como era el caso de las nacionalizaciones, conducían a graves desequilibrios tanto fiscales (inflación), como externos (caída del franco, pérdida de competitividad); todo lo anterior, por lo demás, en un momento de recesión internacional y de fuerte arremetida contra los pilares del Estado de Bienestar (Reagan/Thatcher).

Fue así como en mayo de 1983 el ministro de Finanzas, Jacques Delors, decretó un Plan de Austeridad (congelamiento de sueldos y salarios, y disminución del gasto), junto a una devaluación del franco, medidas que significaron una reducción en los niveles de consumo y una alza en el nivel del desempleo. La crisis política siguió a la crisis económica y el PS sufrió importantes pérdidas electorales en los comicios municipales de 1983 y las euroelecciones de 1984. Finalmente, en este último año el gobierno de Mitterrand optó por un cambio de rumbo, destinado a superar la crisis y recuperar el terreno perdido. En julio de 1984 le fue aceptada la renuncia al Primer Ministro Pierre Mauroy y asumió en su reemplazo Laurent Fabius, un tecnócrata, de tendencia más bien neoliberal; el PCF, por su parte, aprovechó la oportunidad para retirarse del gobierno (en el que, por lo demás, nunca había estado a gusto). Finalmente, Mitterrand decidió retirar del trámite legislativo el controvertido proyecto de ley de Alain Savary, que apuntaba a integrar la educación privada en un sistema nacional de educación, público y laico.

El ingreso de Fabius, el retiro de los comunistas del gobierno y las

---

<sup>68</sup> Sobre estas medidas ver Daniel Singer, *Is Socialism Doomed? The Meaning of Mitterrand* (Oxford University Press, Nueva York, 1988), 113.

rectificaciones económicas, destinadas a superar la crisis, restablecer los equilibrios básicos y fortalecer la inserción internacional de la economía francesa, condujeron al gobierno y al PS por un nuevo camino. Este último, en su Congreso de Toulouse, en 1985, adquirió un tono claramente moderado (especialmente ante la proximidad de las elecciones parlamentarias de 1986). Una vez más Michel Rocard había llegado tarde: no fue necesario que insistiera en la necesidad de reconciliar al PS con la socialdemocracia, pues Lionel Jospin, instituido como nuevo Primer Secretario del PS por Mitterrand, en 1981, ya había entendido la necesidad de ese nuevo curso. A catorce años de Epinay, el congreso de Toulouse impuso una nueva política y dio lugar a un nuevo discurso; atrás quedaban las referencias a la “ruptura” con el capitalismo —de la autogestión, en verdad, nunca más se supo— y el partido definía un nuevo curso, marcado por la moderación y el pragmatismo. En dicho congreso, el PS desarrolló un discurso en torno a la eficiencia, la productividad y la solidaridad, presentándose como un partido que sabe enfrentarse a una situación de crisis económica; en suma, un partido moderno y realista.

La recuperación económica habida entre 1984 y 1986, sin embargo, y el nuevo curso adoptado tanto por el gobierno como por el PS, no alcanzaron a traducirse en resultados electorales. La derecha ganó las elecciones parlamentarias de 1986, iniciándose el período de la llamada “cohabitación”, con François Mitterrand de Presidente de la República, y Jacques Chirac, el líder neogaullista, de primer ministro<sup>69</sup>. Por su parte, el PCF experimentaba un nuevo revés, al obtener un 10% de la votación (comparado con un 16% en las elecciones parlamentarias de 1981); el PS, por su parte, bajaba a un 32% (comparado con un 38% en 1981, superando, de esta manera, al PCF por un margen de tres a uno).

Concluida la etapa de esta singular experiencia en torno a la “cohabitación”, Mitterrand logró remontar y ganar con una sólida mayoría en las elecciones presidenciales de 1988. No sólo obtuvo un 34,1% de los votos en la primera vuelta (comparado con 25,9% en 1981), sino que el candidato comunista, André Lajoine, obtuvo un escaso 6,8%, dando cuenta de la posición crecientemente marginal del PCF. El triunfo de Mitterrand, y su apelación a *La France Unie*, confirman el nuevo giro de moderación que hemos señalado. No puede ser más expresivo de esto último el que, en el segundo período presidencial de Mitterrand, Michel Rocard aparezca como primer ministro, y Pierre Mauroy, como nuevo primer secretario del PS; es decir, las dos personas que ya en el Congreso de Metz, en 1979, habían señalado la necesidad de adoptar el camino de Bad Godesberg, reconciliando al socialismo francés con la socialdemocracia europea. En esta nueva etapa, el

---

<sup>69</sup> Sobre dicha experiencia, que escapa en verdad a nuestro análisis pero que marca la definitiva consolidación de las instituciones de la Quinta República, se puede ver Roger Morgan, “‘La Cohabitation’ or ‘La Cohabitation’? The Fifth Republic Enters a New Phase”, en *Government and Opposition* (21, 3, verano de 1986); y David Levy y Howard Machin, “How Fabius Lost: the French Elections of 1986”, en *Government and Opposition* (21, 3, verano de 1986).



Partido Socialista de Francia aparece, efectivamente, como una verdadera fuerza nacional, con vocación de mayoría y las características de un partido de tipo *cath-all*.

### *Conclusión*

A ocho años de su llegada al poder, y tras su reelección de 1988, es posible afirmar que, más allá de toda retórica, el PS pertenece a la corriente principal de la socialdemocracia europea. La Vía de Mitterrand a la Socialdemocracia, a diferencia del caso SPD, y la evolución del propio PS, especialmente a partir del Congreso de Epinay (e incluso antes), estuvieron marcados por un discurso radical, procurando distinguir su propio perfil socialista de aquella “vieja prostituta de la socialdemocracia” —tomando la expresión de Chevènement. Ello, como hemos señalado, por razones que se refieren a la dinámica política y electoral de las instituciones de la Quinta República, más que por razones de tipo ideológico.

En efecto, el presidencialismo francés y el sistema mayoritario que lo ha acompañado, en un esquema de tendencia bipolar, indujo a socialistas y comunistas a vivir juntos. La tesis de la Unidad de la Izquierda, impulsada por Mitterrand, surgió a partir de la necesidad de ofrecer una alternativa viable a la Coalición Gaullista. En dicho proceso el PS hubo de radicalizar significativamente su discurso, con el objeto de asegurar su credibilidad como partido de la izquierda francesa y, de esta manera, afianzar su alianza con el PCF —o, cuando menos, poder conquistar los votos comunistas. Una vez cumplido el objetivo de transformar al PS en la fuerza mayoritaria de la izquierda y en un partido de gobierno, y ante la creciente marginalización del PCF en cuanto fuerza electoral, desaparece el motivo de esta radicalización y el PS puede actuar (y hablar) como lo que ha sido a lo largo de todo el siglo XX: un partido “socialista, democrático, de reforma”, siguiendo la terminología de Edward Bernstein.

Junto con lo anterior, y a diferencia del caso del SPD, dos factores adicionales (como ya lo indicáramos a propósito del estudio de este último) han impedido al PS adoptar un programa como el de Bad Godesberg: la presencia de un sólido competidor hacia la izquierda (el PCF, al menos hasta la década de 1980), y la ausencia de sólidas raíces en la clase obrera y sus organizaciones, habrían afectado su credibilidad como partido de la izquierda francesa, ante la adopción de un programa como el de Bad Godesberg. Todo lo anterior, sin perjuicio de una cultura socialista fuertemente arraigada, como la francesa, la que da cuenta de una larga tradición revolucionaria y de un discurso de contenido radical. Lo cierto es que la práctica concreta del PS en nada se diferencia de aquella del SPD.

Finalmente, acerca de la pregunta que surge de manera inevitable, ¿qué hay (o queda) de socialismo bajo el gobierno de Mitterrand y en el propio Partido Socialista?, estimamos que la respuesta sólo puede intentarse a partir de la propia historia de dicho partido. En efecto, a lo largo de su historia la tradición republicana se expresa en el PS (y antes en la SFIO) de dos maneras:

la política de “defensa republicana” y la posibilidad de una reforma social limitada.

Como hemos visto a lo largo de estas líneas, en distintos períodos históricos los socialistas franceses han debido concurrir en defensa de las instituciones republicanas, frente a lo que han percibido como diversas amenazas a dichas instituciones: tal fue el caso, al cambio de siglo, frente a las amenazas provenientes de ciertos sectores conservadores, antirrepublicanos; en los años 30, frente a la amenaza fascista (ambas bajo la Tercera República) y, finalmente, bajo la Cuarta República, frente al gaullismo y el comunismo. En el trasfondo de dicha política de “defensa republicana” ha existido una verdadera concepción política, a la vez que teórica; aquélla según la cual la república y las instituciones democráticas son una conquista popular (y no una concesión de la burguesía) que debe ser preservada y, en la medida de lo posible, extendida hacia el campo de los derechos económicos y sociales. Tal es el legado, en el caso del socialismo francés, de Jean Jaurès, el que ha influido y definido la política socialista francesa desde principios de siglo.

Pero junto con esta política de “defensa republicana”, hay momentos en que se puede avanzar en la línea de una reforma social limitada. Tales han sido los casos bajo el Frente Popular, en los años treinta, bajo el gobierno “tripartito” de mediados de los años cuarenta, y bajo el gobierno de Mitterrand, a partir de 1981. Todos ellos, cual más cual menos, junto con las posibilidades abiertas al cambio social, nos muestran los “límites” de una política socialista en las sociedades occidentales; límites provenientes tanto del tipo de régimen político (democrático) y la necesidad de actuar bajo ciertas “reglas de juego” comunes a todos, y límites provenientes del sistema económico (capitalista) en la medida en que se desee velar por ciertos equilibrios macroeconómicos en lo interno, y fortalecer una posición de competitividad internacional (en una economía crecientemente interdependiente). Reconocer esos límites y actuar desde el interior de los mismos, aunque sea para empujarlos y ampliarlos cada vez más, pareciera ser una característica común al socialismo europeo. Así, por lo menos, parecieran indicarlo los casos que hemos considerado, el SPD y el PSF, cualesquiera que sean las diferencias semánticas entre socialdemocracia y socialismo, aunque siempre bajo una común concepción socialista democrática.

En definitiva, pareciera no existir otro árbitro que el electorado mismo. El Frente Popular, el Tripartismo, y el gobierno de Mitterrand, puede que carezcan de las connotaciones heroicas del “asalto” de la historia, pero al menos está garantizado que el pueblo mismo, en la forma de un electorado, tendrá la última palabra. Tal pareciera ser a la vez la fuerza y la debilidad del socialismo democrático en las sociedades occidentales.

Capítulo 3  
GRAMSCI, EL FASCISMO  
Y EL COMPROMISO HISTÓRICO:  
EL PARTIDO COMUNISTA ITALIANO

Nuestro interés por el estudio del Partido Comunista Italiano (PCI) proviene del hecho de que su evolución en la dirección de un compromiso formal con la democracia política, avalado por una práctica consistente en el mismo sentido, tiene lugar desde el interior de la tradición comunista. El PCI no pertenece, histórica y culturalmente, al socialismo “revisionista” asociado a Bernstein, Kautsky y Jaurès, sino al socialismo revolucionario asociado a Lenin y la Revolución Bolchevique; sus antecedentes no están ligados a la Internacional Socialista sino a la Internacional Comunista; su herencia intelectual proviene de Antonio Gramsci, un teórico de la revolución y no de la reforma.

Pese a todo ello, queremos sugerir en las líneas que siguen que la evolución más reciente del PCI, especialmente en el período de posguerra, no escapa al proceso de socialdemocratización característico del conjunto del socialismo europeo. En dicho período el PCI ha avanzado significativamente en la definición de un claro compromiso con la democracia política, superando las concepciones meramente tácticas, e incluso estratégicas, del pasado. Nuestra hipótesis central es que la evolución señalada, en la dirección de un auténtico socialismo democrático, se explica principalmente por el impacto del fascismo y el temor a una posible regresión autoritaria. Ello ha conducido a una nueva valoración de la democracia política, la que ha llegado a ser considerada como inseparable del socialismo, y a la proposición de un “compromiso histórico” entre fuerzas democráticas y progresistas, a fin de defender y ampliar la democracia.

En la evolución histórica del PCI, y desde el punto de vista de las relaciones entre socialismo y democracia, estimamos que pueden identificarse cuatro momentos significativos: 1) un primer momento, en los años veinte, está marcado por la oposición frontal a la democracia política y sus instituciones. En dicho período el socialismo es visto como la antítesis de la democracia “burguesa”, la que debía ser destruida y superada efectivamente; más aún, democracia y fascismo eran vistos como dos caras de la misma moneda llamada capitalismo. En esta etapa, el dilema por resolver era “fascismo o revolución”; 2) en un segundo momento, en los años treinta, surge una nueva

valoración táctica de la democracia política. El advenimiento del fascismo lleva al Comintern y a Palmiro Togliatti (secretario general del PCI) a sugerir la tesis del Frente Popular, una alianza entre todas las fuerzas democráticas y antifascistas (no necesariamente anticapitalistas), a fin de hacer frente a la amenaza que se cernía sobre Europa bajo Hitler y Mussolini. En esta segunda etapa, el dilema se planteó en términos de “fascismo o democracia”; 3) un tercer momento, en el período de posguerra, es el de la Vía Italiana al Socialismo, siempre bajo la influencia de Togliatti. En esta nueva etapa se pasa de una valoración táctica de la democracia a una valoración estratégica; es decir, a una posición que postula a la democracia para “todo un período de la historia”, según la definición del propio Togliatti; 4) finalmente, bajo Enrico Berlinguer y el eurocomunismo, en la década de 1970, y de allí en adelante, podemos identificar un cuarto momento. En este último, se avanza más allá de una valoración meramente táctica, e incluso estratégica de la democracia, para sostener como tesis central que socialismo y democracia son inseparables. Se completa, así, el proceso de socialdemocratización del PCI, apareciendo este último, en su práctica concreta, como un partido socialista, democrático, de reforma.

En la primera parte nos referiremos a los dos primeros momentos, de oposición y luego de valoración táctica de la democracia, concentrándonos en aquello que a nuestro juicio resulta más rescatable de dicho período: el aporte teórico de Gramsci. En la segunda parte nos referiremos a los otros dos momentos, concentrándonos en el aporte de Togliatti, en torno a la Vía Italiana al Socialismo, y de Berlinguer, en torno al eurocomunismo. Finalmente, incluiremos algunas reflexiones acerca de las perspectivas futuras del PCI, tras la muerte de Berlinguer y el nuevo liderazgo de Achille Occhetto.

### *Gramsci y el Partido Comunista Italiano*

El PCI se formó en Livorno, en 1921, tras la derrota del Movimiento de los Consejos, impulsado por Gramsci, bajo la influencia de la Revolución Bolchevique y en la víspera del advenimiento del fascismo. Hay muy poco que destacar del PCI en el período entre guerras. Su alma estuvo marcada por el “sectarismo” de Amadeo Bordiga —según las palabras del propio Lenin. Tras el giro izquierdista de la Internacional Comunista, en 1928, el Partido Comunista Italiano, ahora bajo el liderazgo de Palmiro Togliatti, no hizo sino reforzar dicha característica fundacional, lo que lo condujo a un creciente aislamiento. Sólo a partir de 1935, con el triunfo de las tesis del Frente Popular, el PCI volvería a plantearse como un partido de masas, abierto al conjunto de la sociedad italiana.

Lo que sí resulta digno de destacar en este primer período, marcado en Italia por el ascenso del fascismo al poder, es la obra del principal teórico del partido, Antonio Gramsci. Sin ser un teórico de la democracia representativa o del pluralismo; sin ser un teórico de la reforma sino de la revolución; sin pertenecer a la tradición de la Segunda Internacional sino de la Tercera; fuertemente influido por Lenin y la Revolución Bolchevique; se puede decir,

sin embargo, que Gramsci influyó indirectamente en el desarrollo posterior del partido, marcado por un progresivo alejamiento del leninismo clásico o bolchevismo.

Su contribución en la dirección señalada tuvo lugar en la confrontación de la muy diversa estructura de poder en las sociedades del Este y de Occidente. Dicha comparación condujo a Gramsci a la proposición de las siguientes ideas centrales: descartar para las sociedades occidentales una revolución del tipo bolchevique; reconocer el fracaso, en el mismo tipo de sociedades, de las estrategias del “ataque frontal” al Estado (Guerra de Maniobras), y señalar la necesidad de pasar a una estrategia basada en la Guerra de Posiciones; volcar la atención y el análisis desde el Estado a la sociedad civil, desde la dominación a la “hegemonía”, y desde la estructura a la superestructura; en síntesis, apuntar a la ocupación cultural de la sociedad antes que a la conquista del Estado. Todos estos aspectos nacen de la constatación, por parte de Gramsci, de la existencia de un importante elemento consensual en las sociedades occidentales.

Junto con lo anterior, destaca su reflexión acerca de la verdadera naturaleza del fascismo. Ello lo condujo a advertir sobre la extraordinaria complejidad de las formas políticas en las sociedades de Occidente, las que presentaban una adaptabilidad mucho mayor de la que sugiere un materialismo histórico clásico o vulgar. En términos tácticos y en el contexto italiano, ello lo llevó a adherir a las tácticas del Frente Único y a una política amplia de alianzas, tanto en lo social (con las masas de campesinos) como en lo político (con los socialistas italianos). Finalmente, destaca en Gramsci su rechazo a cualquiera forma dogmática y su estricto apego a la realidad; en su caso, la realidad de Italia. Esta última estaba marcada fuertemente por la “cuestión nacional”, la que emerge de la clara separación entre el Norte y el Sur, y de la incapacidad histórica de la clase dirigente para crear un verdadero Estado nacional.

Antes de entrar al análisis del proceso de formación del PCI y de las ideas desarrolladas por Gramsci en los últimos años de su vida, en los Cuadernos de la Cárcel, tal vez convenga revisar algunos datos biográficos del teórico italiano, relacionados con su participación en diversos momentos históricos.

Antonio Gramsci nació en Cerdeña, Italia, en 1891. Este hecho sería determinante a lo largo de su vida, pues, la *Questione Meridionale* —referencia a la división de Italia entre un norte industrial y desarrollado, y un sur agrario y subdesarrollado— estaría siempre entre sus preocupaciones fundamentales. Gramsci consideraba que el atraso del sur era la consecuencia del fracaso del capitalismo italiano para expandirse y desarrollarse sobre una base nacional. Fue, justamente, sobre La Cuestión del Sur que estaba escribiendo cuando se produjo su arresto de por vida, en 1926.

Pero, aunque la “Cuestión del Sur” siempre estaría presente en el trabajo intelectual y político de Gramsci, su socialismo alcanzó un perfil más definido luego de su traslado a Turín, en 1911. Esta ciudad, en el centro del norte industrial de Italia, era una excepción al atraso en que se encontraba el

movimiento sindical italiano, en la década de 1910. Allí emergerá un movimiento socialista de una mayor consistencia.

En la Universidad de Turín, Gramsci conoció a Togliatti, Tasca y Terracini, el núcleo principal de lo que luego sería *L'Ordine Nuovo*. Fue en Turín —al que Gramsci se refirió como “El Petrogrado de Italia”— donde surgió, hacia fines de la década de 1910, una gran ola revolucionaria, bajo el impacto de la Revolución Bolchevique y en torno al Movimiento de los Consejos, impulsado por el propio Gramsci.

Pobre y enfermo, como siempre habría de vivir<sup>70</sup>, muy pronto Gramsci volcó sus energías en torno a las posibilidades y a la necesidad de formar en Italia un auténtico movimiento socialista. En concreto, ello significó unirse, en 1913, al Partido Socialista Italiano (PSI), un año después de que dicho partido había sido tomado por su ala revolucionaria.

Los escritos de Gramsci, en la forma de artículos de prensa, se hicieron más conocidos hacia 1916, en momentos en que formaba parte de la fracción “intransigente” del partido, dirigida por Amadeo Bordiga. Más tarde, Gramsci definiría su postura filosófica de esos años como de tendencia más bien croceana, lo que significaba una postura fuertemente antipositivista, en la línea de un idealismo neohegeliano, muy en boga en la Italia de la época. Ello implicaba atribuirle gran importancia a las ideas y, en general, a la cultura misma. Gramsci sostuvo que las revoluciones siempre habían estado precedidas por una intensa labor de crítica y de difusión de la cultura y de las ideas entre las masas. Tal había sido el caso, por ejemplo, de la Revolución Francesa, la que había estado precedida de las ideas de la Ilustración.

En Italia, Gramsci recibió la influencia tanto de Antonio Labriola como de Benedetto Croce, los que tenían en común precisamente una marcada oposición a las fórmulas deterministas. Labriola, quien había introducido el marxismo en Italia, fue uno de los pocos al interior de la Segunda Internacional en cuestionar el reduccionismo economicista de la socialdemocracia de la época; Labriola sostuvo que en el centro del marxismo estaba la idea de una unidad entre la teoría y la práctica, lo que expresó en el término “filosofía de la praxis”, el que luego sería tomado por Gramsci como un sinónimo de marxismo.

Benedetto Croce, por su parte, tenía el mérito, según Gramsci, de haber enfatizado la importancia del elemento ético-político presente en la historia. Contrario a toda concepción mecanicista, propia de las teorías evolutivas, para Croce el hombre era el protagonista único de la historia. El idealismo croceano, de tipo neohegeliano, fue tomado por Gramsci en la dirección de enfatizar el “poder de la voluntad” en el proceso de construcción histórica.

Muchas de estas ideas fueron tomadas por Gramsci hacia 1917, y expresadas en un famoso artículo suyo titulado *La Città Futura*. Ese mismo año

---

<sup>70</sup> Es interesante constatar que Gramsci es tal vez el único teórico relevante del marxismo de un origen humilde e. incluso, campesino —pese a que la obra de Marx está claramente dirigida al proletariado industrial.

estas ideas parecían recibir una confirmación cabal en la Revolución Bolchevique, la que demostraba el límite al que podía ser llevada la acción política y el poder de la voluntad. Más aún, dicha revolución demostraba que no era necesario esperar a que el capitalismo alcanzara una etapa madura de desarrollo, cuestionando de esta manera las teorías evolutivas tan en boga en la socialdemocracia de la época.

En efecto, para Gramsci la Revolución Bolchevique era el argumento definitivo en contra de las posturas evolucionistas y deterministas de la socialdemocracia. En este sentido, según Gramsci, podría decirse incluso que la Revolución Bolchevique era “la revolución contra ‘El Capital’”. En Rusia, escribió Gramsci, *El Capital* de Marx “había llegado a ser el libro de la burguesía más que del proletariado. Aparecía como la demostración más cabal de cómo los acontecimientos debían seguir un curso predeterminado”. Pero los acontecimientos —añade el autor— “han sobrepasado a las ideologías. Los mismos acontecimientos han destruido el esquema según el cual la historia de Rusia tendría que haber seguido los cánones del materialismo histórico”. ¿Por qué los bolcheviques tendrían que haber esperado a que la historia de Inglaterra se repitiese en Rusia?, se preguntaba Gramsci. Luego añade que aunque los bolcheviques rechazaban una determinada lectura del marxismo (evolucionista y determinista), no rechazaban el pensamiento innovador y vigoroso del marxismo. Estos hombres no eran marxistas, en el sentido anterior, pero “viven el pensamiento marxista, ese pensamiento (...) que, en el caso de Marx, estaba contaminado por incrustaciones naturalistas y positivistas”<sup>71</sup>.

Afirmaciones como éstas hacen que algunos lleguen incluso a poner en duda el carácter marxista de Gramsci, hacia esa etapa de su vida. A nuestro juicio, sin embargo, más que renegar del marxismo, y sin perjuicio de reconocer que aquél estaba contaminado de “incrustaciones naturalistas y positivistas”, en el fondo lo que hacía Gramsci era rescatar a Marx de las interpretaciones deterministas y evolucionistas de la socialdemocracia de la época, heredera de Engels, Kautsky y Plekhanov.

Otra característica de la Revolución Bolchevique, según Gramsci, era su hondo contenido democrático y el hecho de ser “inocente de todo jacobinismo”. Este último, que era considerado por Gramsci como un “fenómeno puramente burgués” —como lo demostraba la Revolución Francesa— consistía en el reemplazo de un régimen autoritario por otro; el reemplazo de un tipo de dictadura por otra dictadura de una minoría audaz. En cambio, lo que los bolcheviques habían hecho, según Gramsci, era reemplazar a un régimen autoritario “por el sufragio universal, extendiendo también el voto a las mujeres”. En Rusia, los bolcheviques “están persiguiendo objetivos que son comunes a la vasta mayoría de la población”, y esto no podía ser visto simplemente como el resultado de la acción de una minoría despótica.

---

<sup>71</sup> Antonio Gramsci, *Selections from Political Writings, 1910-1920*, editado por Quintin Hoare (Nueva York, International Publishers, 1977), 34.

En dos palabras, concluye Gramsci, “los socialistas revolucionarios no pueden ser jacobinos”<sup>72</sup>.

En 1918, Gramsci siguió con sus artículos en diversos medios de prensa junto con apoyar, al interior del PSI, y del lado de Bordiga, la más “feroz intransigencia” al Estado burgués, que era visto por él como “la organización económico-política de la burguesía”, y una “fachada de instituciones democráticas”<sup>73</sup>. La atención y las energías de Gramsci en el período del llamado *biennio rosso* (1919-1920), estuvieron dirigidas a la organización de los *Consiglia di Fabbrica*, en la ciudad de Turín. Con ese objetivo fundó en mayo de 1919 *L'Ordine Nuovo*, una publicación semanal de cultura socialista, creada por la sección de Turín del PSI (Gramsci, Togliatti, Tasca y Terracini), que proclamaba el comienzo de “una nueva era de la humanidad”. También dicha publicación pretendía establecer un nexo entre los intelectuales y la clase obrera.

Según Gramsci, el éxito de la Revolución Bolchevique estuvo muy relacionado con la creación de los soviets; este fue el gran impulso para la creación en Italia de los “consejos de fábrica”—en la medida en que Gramsci hacía un paralelo entre las condiciones económicas y sociales, en Rusia e Italia. Como él mismo escribiera en *L'Ordine Nuovo*, el principal objetivo perseguido por el Movimiento de los Consejos era la creación de una “genuina democracia de los trabajadores” basada en la acción de los consejos, a los que tanto el partido, en cuanto “órgano de educación comunista”, como los sindicatos, en cuanto “instrumentos para la supervisión y el logro de reformas limitadas”, debían quedar subordinados<sup>74</sup>. El objetivo de dicho movimiento era la creación de un nuevo orden: el Estado socialista, que era visto por Gramsci como la antítesis del Estado burgués.

Luego de la formación del primer consejo de fábrica, en septiembre de 1919, Gramsci escribió señalando su oposición tajante a la idea de buscar un arreglo de transacción al interior del Estado burgués, a través de soluciones “legalistas”. Expresó asimismo su escepticismo en torno al papel de los sindicatos, de naturaleza distinta de los consejos, en cuanto asumen un “carácter esencialmente competitivo, no comunista. No pueden constituirse en un instrumento para la renovación radical de la sociedad”. Añade que “la dictadura del proletariado sólo puede expresarse en un tipo de organización que es propia de la actividad de los productores, y no de los asalariados, los esclavos del capital. El consejo de fábrica es el núcleo de esta organización”; es el “modelo del Estado proletario”<sup>75</sup>.

Junto con ver en los consejos a los verdaderos agentes de la revolución

<sup>72</sup> *Ibid.*, 28. Es interesante esta posición antijacobina de Gramsci —cualquiera que sea su propia “inocencia” en torno al elemento jacobino que sí puede encontrarse en el bolchevismo—, pues en su etapa más madura de pensamiento se va a reconciliar con un cierto jacobinismo, en cuanto necesaria fuerza unificadora de Italia (tal como había acontecido en Francia).

<sup>73</sup> *Ibid.*, 38.

<sup>74</sup> *Ibid.*, 65.

<sup>75</sup> *Ibid.*, 98.



—aun más que el propio partido—, Gramsci pensaba que a través de ellos sería posible educar a las masas de trabajadores en su propio proceso de liberación. El verdadero interés de Gramsci, como lo señala Cammett, era “educar a la clase trabajadora y elaborar una base cultural para una sociedad del futuro”<sup>76</sup>. El partido podría servir a este objetivo sólo en la medida en que fuese capaz de enraizarse de manera efectiva en la clase obrera.

Sin embargo, a medida que los acontecimientos transcurrían, Gramsci fue sintiendo las críticas dirigidas contra los consejos provenientes de diversos sectores del PSI. Las primeras críticas provinieron del ultraizquierdista Bordiga, quien argumentó que sólo a través de la conquista del poder político, mediante el partido “vanguardia”, sería posible hacer la revolución: “las fábricas serán conquistadas por la clase trabajadora sólo después que la clase trabajadora, en su conjunto, haya conquistado el poder político”<sup>77</sup>, sostuvo Bordiga. A decir verdad, Bordiga veía en el Movimiento de los Consejos una suerte de espontaneísmo y economicismo, vacío de todo contenido revolucionario. Por su parte, Gramsci ridiculizó al partido vanguardista que Bordiga tenía en mente refiriéndose al mismo como “una colección de dogmáticos o pequeños Maquiavelos (...) que hacen uso de las masas para sus propios intentos heroicos de imitar a los jacobinos franceses”<sup>78</sup>.

Detrás de las diferencias entre Gramsci y Bordiga estaba su distinta apreciación acerca del elemento central en la propia Revolución Bolchevique: mientras que aquél enfatizaba el papel de los soviets (o consejos), en una perspectiva pretendidamente democrática, este último ponía el acento en el papel del partido “vanguardia”, en una perspectiva que podríamos considerar más bien de tipo jacobina.

La crítica también provino de Serrati y de los líderes máximos del PSI, que eran los más interesados en ganar asientos en el parlamento. Era, por lo demás, una preocupación nada despreciable si consideramos que en las elecciones parlamentarias de 1919 el PSI obtuvo el 32% de los votos, convirtiéndose en el segundo partido más grande de Italia, con 156 de los 508 asientos en disputa. Inmerso en la dinámica de la competencia electoral, y en una etapa de ascenso, el partido se resistía a correr la “aventura” del Movimiento de los Consejos. Menos aún estaba dispuesto a aceptar la autonomía que los consejos estaban alcanzando, en relación al partido. De esta manera, y a fin de asegurar el papel protagónico del partido, Serrati señaló que “la única dictadura del proletariado posible es la dictadura consciente del PSI”<sup>79</sup>.

Finalmente, las críticas también provenían del ala derechista del partido.

<sup>76</sup> En John M. Cammett, *Antonio Gramsci and the Origins of Italian Communism* (California, Stanford University Press, 1967), 69.

<sup>77</sup> En Carl Boggs, *The two Revolutions: Antonio Gramsci and the Dilemmas of Western Marxism* (Boston, South End Press, 1984), 90.

<sup>78</sup> En Walter Adamson, *Hegemony and Revolution* (California, University of California Press, 1980), 58.

<sup>79</sup> *Ibid.*, 61.

Esta era la situación de Angelo Tasca, quien en un comienzo había formado parte del grupo de *L'Ordine Nuovo* pero que ahora pasaba a enfatizar el potencial revolucionario que existiría en el propio movimiento sindical. Su punto era que, desligados de los sindicatos y del partido mismo, los consejos estaban sumiéndose en un creciente aislamiento. Lo que Tasca proponía era algún tipo de fusión entre los sindicatos y los consejos. Por su parte, la respuesta de Gramsci, un tanto irónica, fue que el único deseo verdadero de Tasca era "abrir una nueva era en el movimiento sindical"<sup>80</sup>.

Todas estas críticas, que en esencia demostraban el escaso o nulo apoyo a los consejos por parte del PSI, junto a las propias debilidades del movimiento, condujeron a su fracaso.

Gramsci, por su parte, dirigió una encendida crítica contra el PSI, acusándolo de haberse transformado en un partido meramente parlamentarista. Junto con ello, y con gran lucidez, visualizó en el fracaso de los consejos no sólo un serio revés para el proletariado, sino la posibilidad de una asonada reaccionaria en Italia: "la fase actual de la lucha de clases en Italia es la fase que precede, ya sea la conquista del poder por parte del proletariado revolucionario (...) o bien una tremenda reacción de parte de las clases propietarias y de la casta gobernante"<sup>81</sup>. Era la víspera del ascenso del fascismo.

Junto con el fracaso del Movimiento de los Consejos vino la disolución del grupo de *L'Ordine Nuovo* y los primeros signos de quiebre del orden democrático liberal de Giolitti. Surgieron los primeros escuadrones fascistas, inicialmente en defensa de los terratenientes del Norte y Centro de Italia, en contra de las asociaciones campesinas católicas y socialistas, y luego en defensa y con el apoyo de los grandes empresarios industriales, los que habían quedado en extremo alarmados con el Movimiento de los Consejos y las ocupaciones de fábricas. Las advertencias de Gramsci sobre la posibilidad de una tremenda reacción por parte de las clases propietarias y de la casta gobernante estaban siendo confirmadas en la realidad.

Sin embargo, a pesar de las primeras señales de una reacción fascista y de las fuertes críticas que el propio Lenin había dirigido contra el sectarismo de Amadeo Bordiga —en su famoso escrito *El Comunismo Izquierdista: un Desorden Infantil* (1920)—, fue la posición de este último la que en definitiva se impuso al interior de la fracción comunista que se había formado en el PSI, y en la que tanto Togliatti, Terracini, Tasca y Gramsci ahora participaban, a pesar de sus diferencias. Todos ellos habían llegado a la conclusión de que el PSI, bajo el liderazgo de Serrati, ya no estaba sirviendo a un propósito revolucionario. La decisión, en conformidad a esta realidad y a las 21 Condiciones establecidas por el Comintern, fue proceder a la creación del Partido Comunista Italiano. Ésta tuvo lugar en Livorno, en enero de 1921.

El PCI se formó tras la derrota del Movimiento de los Consejos, impulsado

<sup>80</sup> Boggs, op. cit., 94.

<sup>81</sup> Gramsci, 1910-1920, op. cit., 191.

por Gramsci, y en la víspera del ascenso del fascismo. Con este último en la ofensiva y la izquierda en una virtual parálisis, el vanguardismo de Bordiga ganó en poder de convocatoria, lo que lo transformó en el nuevo líder del PCI —una organización que, en sus primeros años, se parecería más a una secta que a un partido de masas.

De tal manera que ni Angelo Tasca, quien había puesto el acento en el potencial revolucionario de los sindicatos, ni Antonio Gramsci, quien se había jugado por la formación de los “consejos”, asumieron el liderazgo del partido. Fue Amadeo Bordiga, quien siempre había enfatizado el papel central de la vanguardia en el proceso de destrucción del Estado burgués hacia la dictadura del proletariado, el que emergió como el líder indiscutido del partido, al menos hasta su detención en 1923.

Por cierto que el Congreso de Livorno no pudo haber tenido lugar en un momento más inoportuno. Una división había tenido lugar al interior de la izquierda italiana —lo que significaba dispersión de fuerzas— precisamente en los momentos en que el fascismo comenzaba a emerger. Como señala Cammett, “gracias a ese congreso —y a Mussolini— la izquierda italiana fue eliminada de la vida política por los próximos 22 años”<sup>82</sup>.

Tal vez el evento más decisivo de 1921, junto al congreso de Livorno, fuera el Tercer Congreso del Comintern, en el mes de junio. Conscientes de la necesidad de consolidar la Revolución Bolchevique, luego de tres años de Guerra Civil y de “acoso de las fuerzas capitalistas”, y crecientemente alarmados por los nuevos acontecimientos que se desarrollaban en Europa —uno de los cuales era el surgimiento del fascismo en Italia— el congreso hizo lo obvio: llamó a la unidad y a una acción defensiva. Junto con confirmar las diferencias insalvables con el reformismo y la socialdemocracia, dicho congreso dio prioridad a la defensa del socialismo ruso en un momento en que la ola revolucionaria que había recorrido Europa, tras el triunfo de la Revolución Bolchevique, ya se había extinguido. Todo esto resultó en la adopción de las tácticas del Frente Único.

Pero, lo que aparecía como obvio ante los ojos de los soviéticos y del Comintern, no lo era a los ojos de los comunistas italianos, los que hacía muy poco habían roto con el PSI, junto con organizarse como fuerza política autónoma. De inmediato Bordiga se opuso a las nuevas tácticas del Frente Único. En lo que toca a Gramsci, aunque algunos años después reconocería que “deberíamos haber intentado construir una alianza contra la reacción”, se unió a Bordiga, en su oposición a las tácticas de la Internacional. A decir verdad, la única respuesta positiva que encontró el Comintern en el PCI fue la del ala derechista del partido, representada por Angelo Tasca.

Ni Bordiga ni Gramsci compartieron las resoluciones del congreso de la Internacional. El partido en su conjunto se mostró proclive a la idea de un partido de clase autónomo, la vanguardia del proletariado, tras la instauración de la dictadura del proletariado. En esta perspectiva no había espacio para

---

<sup>82</sup> Cammett, *op. cit.*, 191.

la acción defensiva; menos para la preservación de la “democracia burguesa” —aunque sólo fuese por razones tácticas— y mucho menos para una alianza con los partidos “burgueses de izquierda” —como era el caso del PSI— cualesquiera que fuesen las condiciones nacionales e internacionales. El alma ultraizquierdista del partido, en esta etapa de su desarrollo, quedaba una vez más de manifiesto frente a decisiones como ésta.

Todos estos elementos, que tenían en común una postura de oposición a las tácticas del Frente Único, fueron expresados en las Tesis de Roma, en el Segundo Congreso del PCI, celebrado en dicha ciudad en marzo de 1922. En esencia, las tesis de Roma negaron la posibilidad de una alianza con el PSI, considerando que una decisión como esa conduciría a postergar la victoria de la izquierda. En dicho congreso se definió al PCI como la “vanguardia del proletariado”, mientras que su primera y gran tarea era vista como la necesidad de preparar al proletariado, ideológica y prácticamente, para la lucha revolucionaria tras la dictadura. Con respecto al fascismo, el PCI consideró que era una consecuencia inevitable del desarrollo del régimen, en prevención de lo cual los intereses de la burguesía “requieren que la apariencia externa de una democracia formal no sea destruida”<sup>83</sup>.

Las tesis de Roma, escritas por Bordiga y Terracini, recibieron el apoyo de Gramsci, quien favoreció la exclusión en el Frente Único tanto del Partido Socialista como del Partido Popular, por considerar que un acuerdo con ellos equivaldría a un acuerdo con la burguesía. En mayo de 1922 Gramsci partió a Moscú para representar al PCI en el Comité Ejecutivo del Comintern (permanecería allí por un período de casi dos años).

En el mes de noviembre de ese mismo año tuvo lugar el Cuarto Congreso de la Internacional Comunista. Junto con confirmar su rechazo a las Tesis de Roma del PCI, confirmó su adhesión a las tácticas del Frente Único adoptadas por el Comintern. Aunque Bordiga se opuso una vez más a las mismas, en esta oportunidad Gramsci, junto a Tasca, tomó posiciones del lado de la Internacional.

Una de las consideraciones fundamentales que condujo a la Internacional a confirmar su decidido apoyo a las tácticas del Frente Único, fue precisamente lo que estaba ocurriendo en Italia con el surgimiento del fascismo. Tal fue, también, la razón invocada por Gramsci para cambiar su posición y pasar a apoyar dichas tácticas. Tal vez como ninguno otro, el teórico italiano inició por entonces una profunda reflexión sobre la verdadera naturaleza del fascismo. Ella lo llevaría, en los años venideros, a su estrategia de la Guerra de Posiciones, tal como lo veremos más adelante. De tal manera que en el surgimiento del fascismo y en las tácticas del Comintern encontramos el punto de partida para la fase más madura de las ideas de Gramsci, las que serían desarrolladas desde 1926 en adelante en los Cuadernos de la Cárcel.

---

<sup>83</sup> Antonio Gramsci, *Selections from Political Writings, 1921-1926* (Nueva York, International Publishers, 1978) 94 y siguientes.

Hacia fines de 1922, a Gramsci no le cupo duda alguna acerca de la necesidad de desplazar a Bordiga del liderazgo partidario. Ello, principalmente en consideración a su sectarismo y a su oposición intransigente hacia las decisiones de la Internacional. La oportunidad se presentó cuando Bordiga fue arrestado, en febrero de 1923. En junio de ese mismo año el Comité Ejecutivo del Comintern decidió la eliminación de la mayoría bordigista, facilitando de esta manera el ascenso de Gramsci, quien ya contaba con el apoyo de la mayor parte del liderazgo partidario en Italia.

Tras el arresto de Bordiga, Gramsci comenzó a preocuparse por lo que él consideró era una separación cada vez más aguda entre el PCI y la clase trabajadora, junto con enfatizar la necesidad de alianzas políticas más amplias. Sin negar el carácter del partido en cuanto vanguardia del proletariado, siempre había sostenido la idea de que el partido debía estar sólidamente enraizado en la clase trabajadora. “Nos estamos separando de las masas”, escribió Gramsci a Togliatti en mayo de 1923, lo que lo condujo entre otras cosas a vislumbrar la posibilidad de una fusión con el PSI. Para los efectos de esta alianza, Gramsci tomó en cuenta principalmente las fuertes raíces del PSI en la clase obrera. “Tres años de experiencia nos han enseñado, no sólo en Italia, lo fuertemente enraizadas que están las tradiciones socialdemócratas”<sup>84</sup>. Su idea era que, a través de una fusión con el PSI, el PCI terminaría por incorporar a aquél a su propia organización, con miras a unificar la vanguardia proletaria.

Hacia los años 1923-24, Togliatti y Terracini, entre otros líderes del partido, comenzaron a tomar posiciones junto a Gramsci. Ello también significó el resurgimiento del grupo de *L'Ordine Nuovo*. Todos ellos comenzaron a reaccionar tanto en contra de la izquierda de Bordiga como de la derecha de Tasca, en consideración al “sectarismo” de aquél y a los elementos “liquidacionistas” que podían identificarse en las posiciones de este último.

Se trataba, según Gramsci, de crear las condiciones para un gran partido de masas, junto con acabar con el fraccionalismo y acercarse a las posiciones del Comintern. También Gramsci adquiriría una conciencia más lúcida acerca del verdadero significado del Movimiento de los Consejos y de cómo el fracaso de este último había contribuido a los eventos que le sucedieron en el tiempo: “sin querer serlo —señala Gramsci, en marzo de 1924— nosotros fuimos un aspecto de la disolución de la sociedad italiana”<sup>85</sup>.

Casi a mediados de 1924 Gramsci era confirmado como secretario general del PCI, más o menos en la misma fecha de su regreso a Italia. Permanecería como máximo dirigente de su partido hasta su detención, en 1926. Nos interesa destacar, de dicho período, sus ideas sobre la democracia y el fascismo, como no sea para marcar el contraste con la evolución posterior del PCI.

En efecto, Gramsci era de la idea que las instituciones democráticas no

<sup>84</sup> *Ibíd.*, 139.

<sup>85</sup> *Ibíd.*, 215.

estaban concebidas para la contención del fascismo, sino para la alternancia con el mismo, en un contexto de dominación burguesa. En un artículo escrito para *L'Ordine Nuovo*, en aquella época, señala que “fascismo y democracia son dos aspectos de una misma realidad”; ellos representan “una perfecta división del trabajo” al interior del sistema de dominación burguesa —tesis que había sido expuesta en el Quinto Congreso de la Internacional, en junio de 1924. Después de la Gran Guerra, continúa el mismo artículo, había quedado claro para la burguesía que no podía mantener su supremacía bajo un régimen democrático, por lo que se habría volcado hacia el fascismo como una alternativa viable: “en dos palabras —señala Gramsci— la democracia organizó al fascismo cuando sintió que no podía seguir resistiendo la presión de la clase trabajadora en condiciones incluso de una mínima libertad formal. El fascismo, a través de la represión de la clase obrera, ha devuelto a la ‘democracia’ la posibilidad de existir”. ¿Cuál es, entonces, continúa el artículo, el servicio que el fascismo ha hecho a la clase burguesa y a la democracia? Responde diciendo que el servicio consistió en “destruir incluso el mínimo al cual el sistema democrático había sido reducido en Italia”. Concluye el artículo señalando que la alternancia en el poder entre fascismo y democracia, tiene lugar simultáneamente con “la crisis general de la economía capitalista”<sup>86</sup>.

De esta manera, tenemos que tanto para Gramsci como para el PCI era ocioso que la clase trabajadora, y menos aún el representante político de la clase trabajadora, el PCI, recurrieran a las instituciones democráticas o a las “libertades burguesas” como forma de contención del fascismo, porque este último y la democracia no eran más que dos lados de una misma moneda. Sus visiones eran aún optimistas en el sentido de considerar que, en Italia, “el dilema fascismo/democracia tiende a convertirse en el dilema fascismo/insurrección proletaria”<sup>87</sup>.

Sólo en la década del treinta tanto el PCI como el Comintern vendrían a convencerse —y a establecer oficialmente, en torno a las tesis del Frente Popular— que el verdadero dilema era “fascismo o democracia”. A lo más que llegó Gramsci, al menos hasta su arresto en 1926, fue a señalar la necesidad de un mayor acercamiento con el PSI y las masas de campesinos, junto con procurar reinsertar al PCI en las masas de trabajadores; todo ello, junto con ratificar su adhesión a las tácticas del Frente Único. A poco de haber sido detenido, Gramsci recordaría las palabras que Lenin había pronunciado algunos años antes, en torno a la necesidad de construir una amplia alianza contra el fascismo: “deberíamos haber construido una alianza contra la reacción”<sup>88</sup>. Era justamente sobre el tema de las alianzas que Gramsci estaba escribiendo, en su artículo *La Questione Meridionale*, cuando fue arrestado. Sólo sacando a las masas de campesinos de la hegemonía de la

<sup>86</sup> Ibid., 267.

<sup>87</sup> Ibid., 275.

<sup>88</sup> Ibid., 380.

burguesía, y construyendo una nueva alianza con ellos, bajo la hegemonía de la clase obrera, sería posible para ésta avanzar hacia un nuevo Estado proletario, señalaba en dicho escrito.

Gramsci cayó preso en 1926 y fue sólo en 1929 cuando empezó a escribir los Cuadernos de la Cárcel; una obra destinada, como él mismo lo dijera, a durar *für ewig* (para siempre). Así también parece haberlo entendido el fiscal a cargo de su proceso, el que se hizo célebre por su conocida sentencia: “debemos impedir que este cerebro funcione por veinte años”.

Entre su detención en 1926 y la fecha señalada, el PCI había sido reducido a un pequeño núcleo de militantes trabajando en la clandestinidad. Sus miembros disminuyeron desde 6.000 en 1927, a 2.500 en 1934, el nivel más bajo de toda la historia del partido. Durante ese período (1926-1929), el hecho político tal vez más significativo estuvo constituido por el giro izquierdista de la Internacional Comunista, lo que no hizo sino acentuar aún más el aislamiento del PCI y de los partidos comunistas en el mundo entero. Las nuevas tácticas del ataque frontal al sistema capitalista y el Estado burgués estuvieron basadas en la idea de un colapso inminente de dicho sistema, lo que parecía corroborado por la gran crisis de 1929. Palmiro Togliatti, quien asumió como nuevo secretario general del partido —puesto en el que permanecería hasta 1964—, estimó que esto significaba, en la realidad de Italia, el “colapso inminente” del fascismo. Esto último difícilmente podía ser aceptado por Gramsci, quien, pese al aislamiento de la prisión, era cada vez más consciente acerca de la verdadera naturaleza del fascismo y seguía apoyando las tácticas del Frente Único.

El nuevo curso adoptado por el PCI, bajo la mano de Togliatti, condujo a la expulsión en 1929 del grupo de “los tres” —Leonetti, Tresso y Ravazzoli—, todos los cuales se habían opuesto al giro izquierdista del año 1928. Ese mismo año, y por razones similares, fue expulsado Angelo Tasca, y lo mismo sucedió con Amadeo Bordiga en 1930. Ahora sabemos —porque hubo dudas durante muchos años— que Gramsci no sólo adhirió a las tesis de “los tres”, sino que se opuso también a las nuevas tácticas del llamado Tercer Período, bajo Stalin, a partir de 1928<sup>89</sup>.

La nueva línea adoptada por el PCI significó para Gramsci sumirse en un completo aislamiento, condición en la cual escribió los Cuadernos de la Cárcel. Sólo en agosto de 1934 el PCI aceptó la idea de un Pacto de Unidad de Acción con el PSI —identificado con el “socialfascismo” en los años del giro Izquierdista. Finalmente, en 1935, en el Séptimo Congreso de la Internacional Comunista, se adoptaron las tácticas del Frente Popular, lo que significó pasar a una acción defensiva de tipo antifascista (y no anticapitalista) alrededor de las instituciones democráticas, buscando aliados entre todas las fuerzas democráticas opuestas al fascismo.

---

<sup>89</sup> Sobre los elementos que confirman esta afirmación, se puede ver Lucio Colletti, “Antonio Gramsci and the Italian Revolution”, en *The New Left Review* (65, enero de 1971) y Giuseppe Fiori, *Antonio Gramsci: Life of a Revolutionary* (Londres, NLB, 1970), 253 —esta es, tal vez, la mejor biografía disponible sobre Antonio Gramsci.

De Gramsci sabemos que adhirió a las tácticas del Frente Único, adoptadas en el tercer y cuarto congresos de la Internacional, y al proceso de “bolchevización” acordado en el Quinto Congreso del Comintern. Ahora también sabemos de su oposición al giro izquierdista adoptado por la Internacional en el Sexto Congreso de 1928. Sin embargo, nunca sabemos de su posición frente a las tácticas del Frente Popular adoptadas en el Séptimo Congreso de 1935. A esas alturas Gramsci ya se encontraba gravemente enfermo y un año después fallecía. Lo que sí sabemos de esta etapa de la vida de Gramsci es que su trabajo teórico tendría efectos perdurables no sólo para el PCI, sino para el marxismo de Occidente en general. Tal vez sea este el aspecto más interesante de los Cuadernos de la Cárcel, por lo que brevemente nos referiremos a él.

Su reflexión comenzó sobre la base de una continuación de sus notas sobre *La Questione Meridionale*. Gramsci siempre había estado interesado en el papel de los intelectuales y de cómo éstos habían sido capaces, en el sur de Italia, de obtener el “consentimiento activo” de los campesinos, de manera de asegurar la hegemonía de los grandes terratenientes. El teórico italiano distinguía, a este respecto, entre dos tipos de intelectuales: los tradicionales, que presentaban un cierto nivel de autonomía frente a una clase determinada y cuya presencia se hacía necesaria para los efectos de asegurar la continuidad de la cultura, y los intelectuales orgánicos, que cada clase creaba para sí, dándole a ella una homogeneidad y una conciencia de su propia función, junto con permitirle ganar el consentimiento activo de una determinada clase social. De este último tipo era el partido político (El Príncipe Moderno, según la expresión de Gramsci), en cuanto instrumento de una clase social determinada.

Los intelectuales eran considerados por Gramsci como pertenecientes a la superestructura de la sociedad; esto es, a su nivel de mediación. En ese nivel se ubicaban también la sociedad civil (el nivel de “hegemonía”) y la sociedad política (el nivel de “dominación directa”). Los intelectuales actuaban como representantes o funcionarios de los grupos dominantes a este nivel superestructural, el que comprendería tanto “el consentimiento espontáneo dado por las grandes masas” como “el aparato de poderes coercitivos del Estado”<sup>90</sup>.

Todo esto implicaba para la clase trabajadora, en alianza con los campesinos, la necesidad de conquistar ideológicamente a los intelectuales tradicionales, junto con producir sus propios intelectuales orgánicos (como era el caso del PCI). La concepción que animaba a este nuevo grupo social (la clase trabajadora), estaba dada por la “filosofía de la praxis” (el marxismo): un nuevo *weltanschauungen*, que es “suficiente en sí mismo”; una nueva cultura que es “el punto de coronación de todo el movimiento de reforma

<sup>90</sup> Antonio Gramsci. *Selections From the Prison Notebooks*, editado y traducido por Quintin Hoare y Geoffrey Nowell Smith (New York, International Publishers, 1971), 12. En adelante nos referiremos a este libro como “Cuadernos de la Cárcel”.



moral e intelectual”, y que “está comenzando a ejercer su propia hegemonía sobre la cultura tradicional”<sup>91</sup>.

Es posible notar, a estas alturas, que Gramsci se ha situado enteramente a un nivel superestructural, lo que produce un distanciamiento claro respecto del marxismo ortodoxo, o “versión vulgarizada” del marxismo, como Gramsci la designara: “la pretensión —señala el comunista italiano— presentada como un postulado esencial del materialismo histórico, de que toda fluctuación en la política y la ideología aparece como una expresión inmediata de la estructura, debe ser considerada en teoría como un infantilismo primitivo”<sup>92</sup>. En cambio, Gramsci pensaba que entre la estructura y la superestructura había una necesaria reciprocidad, como un todo, en unidad dialéctica. Gramsci siempre rechazó la idea de la superestructura como un epifenómeno de la estructura económica.

Junto con ubicarse en el nivel de la superestructura (el nivel de la política, la ideología, la cultura, los intelectuales) y relevar su importancia, Gramsci señala que, en las sociedades occidentales, la supremacía de un grupo social se manifiesta de dos maneras: como dominación (poder coercitivo del Estado) y como hegemonía (dirección moral e intelectual) —ambos corresponderían a la perspectiva dual del Centauro de Maquiavelo: mitad animal, mitad humano (fuerza y consentimiento). En un sentido amplio o integral, el Estado comprendería a ambos niveles: el de la dominación (sociedad política) y el de la hegemonía (sociedad civil); en otras palabras, el Estado sería “la hegemonía protegida por la armadura de la coerción”<sup>93</sup>.

La conclusión que Gramsci implícitamente extrae de estas consideraciones —en el centro de las cuales encontramos el elemento consensual característico de las sociedades occidentales— es tal vez aún más importante: en Occidente, si una revolución ha de triunfar, no debe concentrarse sólo en la mera conquista del Estado (nivel de dominación, en sentido estricto), sino en la conquista de la sociedad civil (nivel de hegemonía). Esta sería, en efecto, la gran diferencia entre el Este y las sociedades de Occidente: “En Rusia el Estado lo era todo, la sociedad civil era primitiva y gelatinosa; en Occidente (...) el Estado es sólo una trinchera avanzada detrás de la cual se levanta un sistema poderoso de fortalezas y terraplenes”<sup>94</sup>. En otras palabras: si en Rusia el Estado lo era todo y el poder estaba concentrado en ese nivel, entonces la revolución habría tenido éxito al momento de la conquista del Estado (el Asalto del Palacio de Invierno). Este no era el caso de Occidente, donde el Estado aparecía sólo como una “trinchera avanzada” detrás de la cual se levantaba una poderosa sociedad civil —el poder residiría a la vez en los niveles de dominación y hegemonía.

Esta era, según Gramsci, la diferencia entre ambos tipos de sociedades, en lo que concierne a la relación entre la sociedad civil y la sociedad política.

---

<sup>91</sup> *Ibíd.*, 381 y siguientes.

<sup>92</sup> *Ibíd.*, 407.

<sup>93</sup> *Ibíd.*, 263.

<sup>94</sup> *Ibíd.*, 238.

Podría decirse también, aunque el propio Gramsci tal vez lo negaría, que esta es también la diferencia entre Gramsci y Lenin, por mucho que aquél reconociera en este último una influencia que probablemente excedía la que efectivamente tuvo. Como señala Pellicani, “mientras Lenin teorizó la conquista de la sociedad a través de una conquista violenta del Estado, Gramsci propuso el procedimiento inverso: la conquista del Estado a través de la ocupación cultural de la sociedad”<sup>95</sup>.

Es por ello, concluye Gramsci, que una revolución del tipo bolchevique no había tenido éxito en Occidente, ni podría tenerlo. Las jornadas revolucionarias de 1830, 1848 y 1870, y la propia ola revolucionaria que recorrió Europa a partir de 1917 (como lo demostraba el fallido Movimiento de los Consejos en Turín), así parecían demostrarlo. En otras palabras, la estrategia consistente en el ataque frontal al Estado (Guerra de Maniobras) era una estrategia equivocada. Sólo una alternativa que apuntara a la ocupación cultural, al ejercicio de un verdadero liderazgo (hegemonía) al interior de la sociedad civil, podría tener éxito; tal era el caso, según Gramsci, de la Guerra de Posiciones, una estrategia de “asedio” y no de asalto o toma del poder; una estrategia que demandaba “una concentración sin precedente de hegemonía” pero que, “una vez ganada, lo es en términos definitivos”<sup>96</sup>.

Estas fueron, pues, algunas de las reflexiones de Gramsci desde la cárcel. Aunque su condena expiró el 21 de abril de 1937, no alcanzó a reincorporarse a una actividad normal, en una Italia que ya llevaba años bajo la dictadura fascista. Su salud, precaria a lo largo de toda su vida, no se lo permitió. Falleció el 27 de abril, a los pocos días de abandonar la prisión.

Estimamos que el aporte teórico de Gramsci reside, no tanto en sus reflexiones sobre la democracia —en las que hay poco que rescatar—, sino en sus reflexiones sobre la verdadera naturaleza del poder en las sociedades occidentales, lo que lo lleva a descartar para estas últimas una revolución del tipo bolchevique.

¿Dónde reside el poder? Esta pareciera ser una cuestión fundamental de toda teoría revolucionaria, y es aquí donde se encuentra el gran aporte de Gramsci. Hasta entonces, en la izquierda en general, tanto en la vertiente socialdemócrata como en la leninista, había existido un marcado interés por el Estado, en cuanto forma o instrumento de dominación. Para ambas corrientes el punto era la conquista del Estado, en el primer caso al interior de un marcado reformismo, en un largo proceso hacia el socialismo, y en el segundo, a través de una estrategia de ataque frontal, o de toma por asalto del Estado. De este último tipo había sido la Revolución Bolchevique, a partir de la estrategia basada en la Guerra de Maniobras.

El punto para Gramsci es que esta estrategia estaría condenada al fracaso en Occidente, por cuanto en las sociedades occidentales el poder no reside

---

<sup>95</sup> Luciano Pellicani. *Gramsci: an Alternative Communism?* (Stanford, California, Hoover Institution Press), 4.

<sup>96</sup> *Ibid.*, 239.

directamente en el Estado, el que sólo es una “trinchera avanzada” del poder real, sino en la sociedad civil y sus instituciones, que son la verdadera “fortaleza” que se esconde detrás de esa trinchera que es el Estado.

Este sería, en apretada síntesis, uno de los principales aportes teóricos y estratégicos de Gramsci, en torno a la naturaleza del poder, y a las posibilidades abiertas a la acción revolucionaria en las sociedades occidentales: sólo una gran concentración de hegemonía podría dar lugar a un nuevo Estado proletario.

### *El Fantasma del Fascismo y el “compromiso histórico”*

Veintidós años de fascismo enseñaron al PCI —y a la sociedad italiana en general— que el verdadero dilema por resolver era entre “dictadura o democracia”. El temor a una regresión autoritaria y la necesidad consciente de defender y ampliar la democracia han llevado al PCI, en el período de posguerra, a buscar un “compromiso histórico” entre fuerzas progresistas y democráticas. La primera experiencia en la dirección señalada tuvo lugar entre 1944 y 1947, bajo el gobierno tripartito nacional de reconstrucción democrática formado por el PDC, el PCI y el PSI. El segundo intento, menos exitoso que el anterior, tuvo lugar en la década de 1970, bajo Enrico Berlinguer y el eurocomunismo, en la búsqueda de un segundo compromiso histórico. El advenimiento de la Guerra Fría en el primer caso, y el asesinato de Aldo Moro en el segundo, frustraron los intentos del PCI por permanecer como un *partito di governo*.

Pese a lo anterior, y en relación al tema central de este libro, el PCI ha experimentado una marcada evolución en lo que se refiere a su visión de la democracia política. En el período de posguerra el partido pasó desde una valoración meramente táctica de la democracia, bajo las tesis del Frente Popular, a una valoración estratégica, expresada en la Vía Italiana al Socialismo (en ambos casos bajo el liderazgo de Palmiro Togliatti); finalmente, bajo Enrico Berlinguer y el eurocomunismo, y de allí en adelante, la democracia política ha llegado a ser considerada como inseparable del socialismo. Es al estudio de este proceso que dedicaremos esta segunda parte, para culminar con algunas reflexiones acerca de la actual encrucijada en que se encuentra el PCI.

Bajo el Movimiento de la Resistencia, organizado en torno a los Comités de Liberación Nacional (CLN), la militancia del PCI experimentó un crecimiento impresionante, pasando de 6.000 miembros en 1943, a 500.000 en 1944. Si tenemos en cuenta que veinte años de clandestinidad bajo el fascismo crean una cierta propensión natural hacia el uso de la fuerza —lo que incluso llevó a algunos miembros de los CLN a recurrir a acciones guerrilleras— debe concederse al liderazgo del PCI, y más específicamente al propio Togliatti, el crédito de haber contribuido, junto a otras fuerzas, al exitoso establecimiento de una república democrática en Italia, en el período de posguerra.

En julio de 1943, el Rey de Italia removió a Mussolini de su cargo,

formándose un gobierno monárquico-militar, dirigido por el Mariscal Badoglio. Ese mismo mes, las fuerzas aliadas desembarcaron en Sicilia, iniciando el proceso de liberación en Italia. Durante aquellos años, los soviéticos actuaron con cautela a fin de privilegiar el papel de las fuerzas aliadas por sobre cualquier otra consideración y abstenerse, al mismo tiempo, de cuestionar la posición del Rey de Italia. En 1943, el Comintern se disolvió, y en marzo de 1944 la Unión Soviética reconoció al gobierno del Rey.

Ese mismo mes, en la famosa *svolta di Salerno*, Togliatti urgió al PCI a posponer “la cuestión institucional” (monarquía versus república) para después de la guerra, llamando a una colaboración con el gobierno del Rey. En abril de 1944, en Nápoles, en su primera reunión con militantes del partido, tras casi veinte años de exilio, Togliatti postuló la unidad de todas las fuerzas democráticas y un contacto más estrecho entre el PCI y las masas de trabajadores, lo que se hacía especialmente necesario después de veinte años de dictadura fascista.

Según Togliatti, el PCI debía llegar a ser el partido de la clase obrera, a la vez que identificarse con los intereses de la nación. El objetivo era construir una “democracia sólida” que pudiera impedir el acceso al poder del fascismo y las viejas fuerzas de la reacción. El interés nacional debía prevalecer por sobre cualquier otra consideración y, para ello, debía conformarse un frente de fuerzas nacionales, antifascistas y democráticas. Esto último, a su vez, exigía la realización de profundas transformaciones al interior del PCI: “la naturaleza del partido —según el líder comunista— debe sufrir un cambio profundo (...) No podemos seguir siendo una pequeña y cerrada asociación de propagandistas de las ideas generales del comunismo y el marxismo”. Por lo tanto, debía formarse un gran partido de masas que marchara “junto a nuestros amigos y hermanos socialistas” y que, a la vez, buscara coincidencias con las masas campesinas católicas; todo ello con miras a la creación de un régimen democrático y progresista en Italia que pudiera defenderse “con todas las armas disponibles de cualquier intento de resurgimiento del fascismo y la reacción”<sup>97</sup>.

Estos planteamientos constituían la esencia de la posición de Togliatti hacia 1944. En junio de ese mismo año se firmó el Pacto de Roma entre las principales fuerzas democráticas antifascistas y se creó la CGIL (Confederación General Italiana del Trabajo), marcando así el comienzo de una era de compromiso y colaboración entre comunistas, socialistas y demócrata-cristianos. En octubre, Togliatti confirmó su postura en un discurso pronunciado en Florencia, subrayando la necesidad de superar totalmente el aislamiento en que el partido había actuado después del Congreso de Livorno. Según Togliatti, el PCI debía convertirse en un partido de masas y de carácter nacional, un partido de gobierno y de la clase trabajadora. Comunistas, socialistas y católicos debían unirse en torno a la recientemente formada

---

<sup>97</sup> Palmiro Togliatti, *On Gramsci and Other Writings*, editado por Donald Sassoon (Londres, Lawrence and Wishart, 1979), 29 y siguientes.

CGIL; la colaboración con el PSI debía conducir a la fusión de ambos partidos, a la vez que la alianza con el PDC debía fortalecerse, tomando en cuenta que amplias masas de trabajadores integraban dicho partido en la situación concreta de un país con un gran componente católico. Todo lo anterior con miras al objetivo de destruir totalmente el fascismo, y de crear una república democrática<sup>98</sup>.

Finalmente, la posición de Togliatti en favor de una “democracia progresista”, como una etapa intermedia en el camino hacia el socialismo, se impuso en el seno del partido, especialmente en relación a los elementos, tanto de la militancia como de la Vieja Guardia, formados en los rigores del Movimiento de la Resistencia, los que demandaban un retorno a la lucha de clases y que veían que se perdía en este período una oportunidad para avanzar hacia la revolución. Como señala Di Palma, el PCI “optó por una estrecha colaboración con los demócratacristianos por sobre la opción de la Resistencia”<sup>99</sup>.

Las divisiones dentro de la clase obrera y de las fuerzas democráticas, que en su momento habían facilitado el advenimiento del fascismo, debían evitarse a cualquier costo. El éxito de la estrategia de Togliatti lo demuestra el impresionante crecimiento de la militancia del partido: de 500.000 miembros en 1944, el PCI pasó a tener 1,7 millones en 1945 y alrededor de 2,2 millones de militantes en 1947.

El gran debate entre 1944 y 1947, además del tema de la reconstrucción económica y la necesidad de una desfascistización generalizada, giró en torno al tema de la nueva Constitución, en favor de la cual el PCI había acordado posponer la “cuestión institucional” en 1944. El tema fue resuelto finalmente en el referéndum de junio de 1946. Por un estrecho margen de 12,7 millones sobre 10,7 millones de votos, se estableció la república, aboliéndose la monarquía. Tal como se había acordado previamente, se eligió una Asamblea Constituyente para redactar la nueva Constitución, la que fue aprobada finalmente a fines de 1947. Una demostración adicional del crecimiento experimentado por la izquierda en su conjunto y por el PCI en particular, la encontramos en la elección de la Asamblea Constituyente, donde el PCI, junto con el PSI, obtuvieron un 39,6% de los sufragios, contra un 35,2% de los demócratacristianos.

Una vez resuelta la “cuestión institucional” mediante el establecimiento de lo que era considerado como una república progresista, Togliatti continuó en la tarea de definir las alianzas sociales que eran vistas como necesarias en cuanto complemento de las alianzas políticas que se habían establecido con socialistas y demócratacristianos. Aunque estaba claro para él, siguiendo a Gramsci en éste y otros puntos, que el núcleo de toda alianza social lo constituía la alianza entre obreros y campesinos, Togliatti incluía también a

---

<sup>98</sup> *Ibíd.*, 67 y siguientes. Sobre el legado del fascismo en la sociedad y política italianas, se puede ver Giuseppe di Palma, “Italy: Is There a Legacy and Is It Fascist?”, en John H. Herz (compilador), *From Dictatorship to Democracy: Coping with the Legacies of Authoritarianism and Totalitarianism* (Westport, Conn., Greenwood Press, 1982).

<sup>99</sup> Di Palma, *op. cit.*, 114.

los católicos y sectores medios, teniendo en consideración que ambos eran una parte importante de la sociedad italiana y que el partido debía estar presente dondequiera que se encontraran las masas de trabajadores.

En un discurso pronunciado en septiembre de 1946, Togliatti argumentaba que era un error afirmar que existía incompatibilidad entre los sectores medios, compuestos por diversos y numerosos grupos, y el Partido Comunista. Un estrecho contacto entre ambos era especialmente necesario, toda vez que Italia no estaba aún preparada para realizar transformaciones basadas en principios socialistas y comunistas; de esta manera, “el mediero y el inquilino, los parceleros, los pequeños empresarios, comerciantes, artesanos, pequeños contratistas y los intelectuales, entre otros, deberían ser bienvenidos al partido”<sup>100</sup>.

Algo similar puede decirse respecto del mundo católico. Algunos años antes, Gramsci había argumentado que “los socialistas deben reconocer que el Vaticano era una realidad en Italia, que el catolicismo era una fuerza política real”<sup>101</sup>. En marzo de 1947, Togliatti argumentaba en un sentido similar señalando que esa situación no se daba sólo en Italia, sino también en el seno del PCI: “En nuestro partido también hay católicos, y pienso que son la mayoría”<sup>102</sup>. De este modo, debía prestarse una nueva y especial atención al mundo católico en el seno de la sociedad italiana.

Podría replicarse inmediatamente que estos argumentos respondían a consideraciones meramente tácticas, en un contexto de reconstrucción política y económica en el cual la unidad nacional y la creación de un amplio consenso aparecían como las preocupaciones fundamentales. No obstante, como veremos, tanto Togliatti como el PCI atribuían a estas cuestiones al menos una dimensión estratégica. Por otra parte, estas políticas comenzaron a transformar al propio partido en una organización bastante heterogénea, reflejo a su vez del pluralismo de la sociedad italiana. Las opciones adoptadas por el PCI en los años inmediatamente posteriores a la guerra no eran únicamente sacrificios o concesiones demandados por requerimientos de corto plazo del proceso de reconstrucción, sino que estaban destinadas a crear un partido de nuevo tipo (un *partito nuovo*), con una dimensión estratégica y con implicancias ideológicas de un mayor alcance.

La participación del PCI en el gobierno nacional tripartito terminó en mayo de 1947 como resultado de la nueva situación creada en el plano internacional con el advenimiento de la Guerra Fría. La expulsión de los comunistas del gobierno de De Gasperi señaló el fin del primer Compromiso Histórico entre las fuerzas democráticas progresistas —ese período siempre ha sido considerado por el PCI como los años dorados del período de posguerra. El inicio de las tensiones de la Guerra Fría condujo al PCI y a Togliatti a cerrar filas con la URSS y a postergar la Vía Italiana por lo menos

<sup>100</sup> Peter Lange y Maurizio Vannicelli (compiladores), *The Communist Parties of Italy, France and Spain: Postwar Change and Continuity* (Cambridge, George Allen and Unwin, 1981), 109.

<sup>101</sup> Cammett, op. cit., 131.

<sup>102</sup> Lange y Vannicelli, op. cit., 110.

hasta 1956. Durante los años cincuenta el PDC gobernó prácticamente solo, a través de la fórmula conocida como "centrismo", mientras Italia experimentaba un proceso de importante crecimiento económico dentro de un esquema de desarrollo capitalista.

Por lo menos hasta 1956, cuando el Vigésimo Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) confirmó la viabilidad de la Vía Italiana al Socialismo formulada por Togliatti, el PCI adoptó una postura defensiva de oposición crítica y constructiva. De esta forma, la nueva era de confrontación a nivel internacional no llevó al PCI a una posición anti-sistema. Junto con procurar la mantención de un difícil equilibrio entre sus lealtades y compromisos externos e internos, el PCI trató de mantener viva la Vía Italiana intentando diversos tipos de alianzas sociales y políticas, aunque con escaso éxito.

Los años 1947 y 1948 rubricaron la consolidación de la nueva era de la Guerra Fría. En septiembre de 1947, se formó el Cominform, acusándose a Togliatti y al PCI por su oportunismo y parlamentarismo, recurriéndose así, una vez más, a la retórica tradicional de la Internacional Comunista. En diciembre de 1948 se formó la OTAN: la política internacional cayó en la "lógica de bloques", lo que hizo extremadamente difícil el seguimiento de las "vías nacionales" por parte de los partidos comunistas.

En Italia, De Gasperi y el PDC experimentaron un giro más bien derechista y pronorteamericano, en tanto que la Iglesia, bajo Pío XII, se volvía crecientemente anticomunista. Por otra parte, de una división del PSI resultó la creación del Partido Social Demócrata, bajo el liderazgo de Giuseppe Saragat, brindando así un nuevo respaldo político a los demócratacristianos. Durante los años cincuenta, republicanos, liberales y socialdemócratas apoyaron al PDC, mientras que el PCI buscaba conformar una alianza política con el PSI y una alianza social que comprendiera a las fuerzas sociales consideradas como enemigas de los grandes monopolios. Sin embargo, mientras que el PDC tuvo éxito, el PCI fracasó en el cumplimiento de sus objetivos. La división de la CGIL, a fines de los años cuarenta, y el fracaso en la conformación de una poderosa alianza permanente con el PSI, que eventualmente condujera a un gobierno de coalición, llevó al PCI a un aislamiento mayor.

En abril de 1948, el PDC obtuvo un impresionante 48% de los votos (comparado con un 35,2% en 1946), mientras que el PCI y el PSI juntos obtuvieron sólo un 31% (comparado con un 39,6% en 1946). Las tensiones del período de la Guerra Fría llevaron al PDC a ocupar una cómoda posición de poder, mientras la economía experimentaba un proceso de prosperidad sin precedentes, sumiendo al PCI en un aislamiento aún mayor. Debe reconocerse, sin embargo, que este último se mantuvo durante todos esos años en una postura de oposición constructiva, actuando dentro del sistema, tratando al mismo tiempo de mantener viva la Vía Italiana.

Fue con la muerte de Stalin, en 1953, que se abrió la posibilidad de revivir la Vía Italiana. Lo anterior se vio reforzado aún más en 1956, cuando el Vigésimo Congreso del PCUS admitió la posibilidad de vías nacionales, e

incluso pacíficas, al socialismo. Lo anterior creó las condiciones para el nuevo proceso de coexistencia pacífica a nivel internacional y el “policentrismo” en el mundo socialista, los cuales recibieron un impulso en los años sesenta, con consecuencias de vasto alcance para el desarrollo posterior del comunismo italiano y europeo.

Hay que aclarar, sin embargo, que estos nuevos desarrollos no condujeron inmediatamente a la posición más autónoma que el PCI, bajo el liderazgo de Enrico Berlinguer, adoptaría en los años setenta. En la misma época en que se realizaba el Vigésimo Congreso del PCUS y se disolvía el Cominform, Togliatti y el PCI respaldaban la invasión soviética a Hungría, en 1956. Ello no impidió, sin embargo, el resurgimiento de la Vía Italiana. En una entrevista de julio de 1956, Togliatti, junto con manifestar una fuerte crítica al estalinismo y al Culto a la Personalidad, sobre cuyas bases se habían cometido tantos errores, señalaba que “todo el sistema está llegando a ser policéntrico e incluso en el interior del Movimiento Comunista no podemos hablar de una dirección única, sino más bien de progresos realizados mediante el uso de caminos a menudo diferentes”<sup>103</sup>.

En su cuenta política al Octavo Congreso del PCI, en diciembre de 1956, Togliatti argumentaba que la Vía Italiana no era un asunto táctico, sino que “la forma misma en que el problema de la revolución socialista se presenta en la realidad”. Togliatti argumentaba—sin negar, sino más bien enfatizando el papel del partido como vanguardia del proletariado y la necesidad histórica de la dictadura del proletariado, cualesquiera que fuesen las contradicciones existentes— que la Vía Italiana consistía en la lucha por reformas estructurales, que no correspondían al socialismo propiamente tal sino que “abrían el camino para el avance hacia el socialismo”. Esta lucha, postulaba Togliatti, tenía lugar en el marco de la Constitución democrática: “permítasenos ver en las normas de la vida democrática y constitucional no un obstáculo sino una base de apoyo para la edificación del socialismo”. Subrayando el compromiso democrático del PCI, Togliatti señalaba: “hemos conquistado el terreno de la democracia para ir más allá de ella, hacia el socialismo”<sup>104</sup>. Esta era la esencia del pensamiento de Togliatti en relación a la Vía Italiana, la que era considerada por él como un camino revolucionario y no uno de tipo reformista, y que exigía la formación de un amplio frente de fuerzas sociales y políticas.

Gran parte de estas ideas se incorporó a la *dichiarazione programmatica* del PCI, en su Octavo Congreso (1956). No obstante utilizar una vez más buena parte de la retórica tradicional del comunismo internacional (la doctrina marxista-leninista, las “contradicciones internas” del desarrollo capitalista conducentes a su colapso, la condición de la URSS como el “primer gran modelo” de sociedad socialista y la necesidad de la dictadura del proletariado, entre otros), el Congreso admitió la existencia de diferentes caminos hacia

<sup>103</sup> Togliatti, op. cit., 141.

<sup>104</sup> *Ibid.*, 33.



el socialismo y la viabilidad de la Vía Italiana. El núcleo de esta última, según el documento, se encontraba en la constitución republicana, la que no se limitaba a un mero reconocimiento formal de los derechos democráticos, sino que también reconocía “de una manera concreta el derecho de los trabajadores a asumir la conducción del Estado”. Las reformas estructurales, por su parte, serían introducidas dentro de los límites de la Constitución y no fuera de ésta: “es por esta razón que el Partido Comunista ha declarado desde un comienzo que no ve en la Constitución republicana una simple oportunidad para la utilización de los instrumentos de la democracia burguesa hasta llegado el momento de la insurrección armada en pos de la conquista del Estado y de su transformación en un Estado socialista, sino un pacto de unidad acordado por la gran mayoría del pueblo italiano e instituido como base para el desarrollo orgánico de la vida de la nación para todo un período de la historia”<sup>105</sup>. Es esta dimensión estratégica de la Vía Italiana la que queremos subrayar, como opuesta a la dimensión meramente táctica del Frente Popular, en los años treinta.

En este tipo de documentos, pues, hallamos los dos pilares fundamentales de la Vía Italiana, al menos en la concepción de Togliatti: la idea de las reformas estructurales que tienen lugar dentro de la Constitución republicana y no fuera de ella —reformas que no correspondían al socialismo propiamente tal, sino que abrían el camino hacia el socialismo. Todo ello dentro del marco de la Constitución republicana, la que era vista por los comunistas italianos como el mayor logro bajo el primer Compromiso Histórico. Junto con esta dimensión, Togliatti procuraba, en forma más o menos exitosa, reconciliar la Vía Italiana con su lealtad hacia la URSS, manteniendo así un difícil equilibrio entre ambas lealtades, externa e interna.

El éxito de este esfuerzo, empero, dependía en gran medida de las condiciones internacionales. En los años sesenta, con la atenuación de las tensiones de la Guerra Fría y el inicio de la *détente*, se abrieron nuevas posibilidades para el desarrollo de la Vía Italiana. De hecho, podía establecerse una relación inversamente proporcional entre la “lógica de los bloques” y la viabilidad de “vías nacionales”<sup>106</sup>; en diversas ocasiones, la intensificación del clima de la Guerra Fría dificultaba el desarrollo de las “vías nacionales”; por el contrario, un relajamiento de dichas tensiones fortalecía más aún las perspectivas de estas últimas (como sucedía con la Vía Italiana). Adicionalmente, el conflicto sino-soviético de comienzos de los años sesenta creaba nuevas bases para el policentrismo, cuestionando así la idea de una dirección y un rumbo únicos al interior del movimiento comunista internacional.

A comienzos de la década de 1960, Togliatti se mostraba preocupado por la persistencia en la caída del número de militantes del partido, el que bajó

---

<sup>105</sup> Lange y Vannicelli, op. cit., 38.

<sup>106</sup> Para un análisis interesante sobre este punto, se puede ver Donald Sassoon, *The Strategy of the Italian Communist Party: from the Resistance to Historic Compromise* (Nueva York, St. Martin's Press, 1981).

de 2,1 millones en 1954 a 1,7 millones en 1961. En esas condiciones, el líder comunista llamó al fortalecimiento de la base social del partido, como forma de revertir esta tendencia. Entre otras cosas, ello implicaba la búsqueda de un acuerdo con el mundo católico, considerando que éste ejercía una influencia significativa sobre la clase obrera y una parte importante de la población agrícola y los sectores medios. Esta política apuntaba también a la conquista de los elementos más progresistas dentro del PDC.

Este proceso de apertura también significó una clarificación acerca del tipo de socialismo que el PCI postulaba, y de su relación con la democracia. Así, Togliatti sostuvo que “existe un vínculo indestructible entre la lucha por la democracia y la lucha por el socialismo (...). La dictadura a la que nosotros nos referimos es algo bastante diferente; se trata, en verdad, de una extensión de la democracia”<sup>107</sup>. Cualquiera que fuere el carácter *sui generis* de dicho concepto, lo cierto es que no se volvió a hablar de dictadura del proletariado en la década de 1960. En un informe al Décimo Congreso del PCI (1962), no obstante admitir que sería ingenuo e inútil limitar la lucha por el socialismo a la competencia electoral, esperando conquistar el 51% de los votos, Togliatti postulaba un proceso de desarrollo gradual hacia el socialismo, dirigido a la transformación del Estado mediante un avance de “naturaleza política”<sup>108</sup>. Este punto fue incorporado en las resoluciones del Décimo Congreso partidario en el sentido de que las transformaciones debían ocurrir dentro de la Constitución.

El hecho fue, sin embargo, que a pesar de las nuevas condiciones internacionales favorables y la moderación de la retórica del PCI, el PDC se las arregló para incluir al PSI en la nueva coalición de gobierno que se formó en 1963. La nueva coalición de centro-izquierda proponía la introducción de reformas estructurales, condición bajo la cual los socialistas se habían incorporado a la coalición de gobierno.

En 1964 murió Togliatti, siendo reemplazado en los años siguientes por Luigi Longo, como solución provisional, y luego por Enrico Berlinguer. El último documento de Togliatti fue el famoso Memorándum de Yalta, emitido en agosto de 1964. En dicho documento, no obstante alinearse junto a los soviéticos en su conflicto con los chinos —señalando empero que los últimos no debían ser excluidos del movimiento comunista internacional—, Togliatti realizaba una aguda crítica a la URSS. Consideraba que el problema del estalinismo no podía considerarse resuelto y que era insuficiente explicar el fenómeno sobre la base de los graves defectos personales de Stalin. Según Togliatti, con respecto a la URSS y los países socialistas, el problema al que debía prestarse la mayor atención era el de eliminar las limitaciones y la supresión de las libertades democráticas y personales establecidas por Stalin. Esto último tenía una justificación aún mayor considerando que el “cerco capitalista” —utilizado en el pasado para justificar dichas limitacio-

<sup>107</sup> Lange y Vannicelli, op. cit., 38.

<sup>108</sup> *Ibid.*, 39.

nes— ya no existía. En relación a la situación política italiana, Togliatti confirmaba la posibilidad de una vía pacífica a través de reformas estructurales. Ello demandaba un nuevo esfuerzo hacia las masas católicas, especialmente tras el viraje progresista del catolicismo, bajo el Papa Juan XXIII y el Concilio Vaticano II. Por otra parte, no sólo debía establecerse claramente el contenido democrático de la Vía Italiana, sino que los partidos comunistas deberían pasar a una posición más autónoma, oponiéndose, por lo tanto, a la creación de “una nueva organización internacional centralizada”<sup>109</sup>. Esta era la esencia del Memorándum de Yalta, considerado por el PCI como el testamento de Togliatti.

El partido tomó las palabras de Togliatti no sólo en el sentido de asumir una primera postura crítica frente a la URSS —la que se habría de profundizar en los años siguientes—, sino también para señalar la necesidad de una nueva alianza política en Italia, entre fuerzas progresistas. Pocos meses después, en octubre de 1965, en su Decimoprimer Congreso, el PCI denunció el fracaso de las reformas proyectadas por el gobierno de centro-izquierda, postulando, al mismo tiempo, una nueva unidad, más amplia y sólida, de todas las fuerzas democráticas. El partido, en ese entonces, apelaba a las masas católicas más que al PDC, considerando que éste había gobernado durante un largo período en interés de la burguesía y que estaba profundamente vinculado con la estructura capitalista y con las fuerzas económicas dominantes.

Es posible especular que tras estas declaraciones estaba presente la frustración por la imposibilidad de constituir una alianza con el PSI y por la formación de la coalición de centro-izquierda —fenómenos que habían empujado nuevamente al PCI a un aislamiento relativo, a pesar de las nuevas condiciones favorables en el plano internacional. Sin embargo, en un sentido positivo, confirmaba la vigencia de la Vía Italiana, lo que era facilitado por el proceso de *détente*.

A fines de los años sesenta y comienzos de los setenta, dos nuevos desarrollos en la política italiana llegaron a adquirir especial relevancia: las críticas dirigidas al PCI, provenientes tanto desde el interior de la izquierda como desde el propio partido, y la crisis de la coalición de centro-izquierda y de la sociedad italiana en general, lo que condujo a una derechización del PDC. El primer fenómeno llevó a la consolidación de Enrico Berlinguer en el liderazgo del partido, lo que, junto al segundo fenómeno, allanó el camino para la búsqueda de un nuevo Compromiso Histórico entre las fuerzas comunistas, socialistas y demócratacristianas, a lo largo de la década de 1970. Siguiendo el tradicional alineamiento al interior del PCI desde los años veinte, en la segunda mitad de la década de 1960, el partido estaba dividido entre la derecha, bajo el liderazgo de Giorgio Amendola y la izquierda, conducida por Pietro Ingrao. Longo y Berlinguer encabezaban la tendencia centrista, representada antes por Togliatti y, antes que él, por el propio Gramsci. Las

---

<sup>109</sup> Togliatti, op. cit., 286.

críticas hacia el PCI no sólo provenían de la Nueva Izquierda que surgía en los años sesenta, tanto en Europa como en otras partes del mundo, sino también, en los años setenta, desde las Brigadas Rojas, en la extrema izquierda, y desde el interior del propio partido. Era este el caso del izquierdismo de Ingrao y del grupo formado por sus partidarios —*Il Manifesto*— tras su derrota en el Decimoprimer Congreso del partido, en 1966.

En cierta forma, los eventos de 1968 concordaban con los planteamientos igualitarios, espontáneos y antijerárquicos del Movimiento de los Consejos del *biennio rosso* (1919-1920), pero teniendo ahora a un PCI bastante institucionalizado; un partido que, a diferencia de los años veinte, buscaba compromisos dentro del sistema, especialmente dirigidos a precaver una asonada derechista proveniente de las fuerzas fascistas. Así, no debe extrañarnos que esta Nueva Izquierda citara a Gramsci, mientras el liderazgo del partido realizaba esfuerzos significativos por apropiarse de las ideas del teórico italiano para sus propios objetivos políticos. Una vez más, Gramsci estaba en el centro de la controversia.

Como destaca Amyot, “la izquierda de Ingrao quería que el PCI adoptara el socialismo como su objetivo inmediato y no como una fase intermedia, según estaba expresado en la tesis de la “democracia progresista”<sup>110</sup>. El punto de partida en el proceso de formación del sector de izquierda de Ingrao, a comienzos de los años sesenta, había sido la comprobación de que el “milagro económico” de la década de 1950, bajo el liderazgo del PDC y la presencia de los grandes monopolios, lejos de conducir hacia un estancamiento habían redundado en una mayor prosperidad. En ese contexto, según Ingrao, las críticas del PCI debían dirigirse al papel de las grandes corporaciones.

Por otra parte, una creciente cesantía a comienzos de los años sesenta, había producido una nueva ola de descontento en el seno de la clase obrera, llevando a esta última a ubicarse cerca del PCI. En esos años Pietro Ingrao, miembro de la dirección del partido, se había mostrado partidario de acentuar la crítica hacia las grandes corporaciones y de avanzar derechamente hacia el socialismo, sin etapas intermedias —postulando así una modificación de la estrategia del partido.

Ingrao argumentaba que no se estaba en presencia de un problema cuantitativo de la economía italiana, como lo demostraba el impresionante crecimiento económico, sino más bien de un problema cualitativo. En esas condiciones, había que abogar por un modelo de desarrollo “alternativo” basado en el fortalecimiento de la sociedad civil y en la descentralización del poder; todo ello, muy en la línea del Movimiento de los Consejos de los años veinte. El capitalismo, y no sólo el fascismo, como se había pensado desde los años treinta, debía ser considerado como el enemigo.

Por su parte, el sector de derecha de Giorgio Amendola temía que una crisis general de la sociedad italiana condujera a una reacción autoritaria de

---

<sup>110</sup> Grant Amyot, *The Italian Communist Party: the Crisis of the Popular Front Strategy* (Nueva York, St. Martin Press, 1981), 21.

derecha, toda vez que los grandes monopolios estaban inquietos por la radicalización de las fuerzas sociales y políticas. Allí estaba, nuevamente, rondando el fantasma del fascismo, llevando a Amendola, y al liderazgo del partido en su conjunto, a comienzos de los años setenta, a una actitud más bien defensiva.

No obstante su apoyo esporádico, el sector de izquierda de Ingrao fue derrotado en el Decimoprimer Congreso del PCI, en enero de 1966. Tras una purga de los seguidores de Ingrao, un grupo de ellos decidió formar su propia organización. Este grupo, que recibió algún apoyo más adelante tanto desde dentro como desde fuera del partido durante el movimiento estudiantil de los años 1967 y 1968, publicó un periódico llamado *Il Manifesto*, lo que condujo finalmente a la expulsión de sus miembros del partido, en 1969.

Sin embargo, uno de los aportes positivos del sector de izquierda de Ingrao y del grupo del *Manifesto* fue la nueva conciencia sobre las tendencias autoritarias de la URSS y sobre la necesidad de una mayor autonomía. Ello nos ayuda a comprender la firme condena del PCI a la invasión soviética a Checoslovaquia, en 1968. Tras la invasión, mientras *L'Unità*, diario del PCI, señalaba que "la soberanía es un derecho inalienable"<sup>111</sup>, Enrico Berlinguer destacaba que la invasión soviética no podía ser considerada un accidente o error, sino el resultado de "contradicciones y dificultades objetivas del mundo socialista"<sup>112</sup>. Por su parte, Longo declaraba que "las fronteras del socialismo ya no coinciden con las fronteras del campo socialista"<sup>113</sup>. El camino seguido por Alexander Dubcek, tal como el adoptado por Salvador Allende algunos años después, constituía un intento de búsqueda de nuevas vías al socialismo, siendo, así, fuentes de inspiración para el PCI. Esto explica la firme condena a la invasión soviética a Checoslovaquia de parte de la Dirección del PCI.

En enero de 1969, se realizaba el Duodécimo Congreso del partido. En tanto que Longo denunciaba la crisis de la coalición de centro-izquierda, lo que hacía aún más necesaria la formación de un nuevo gobierno con orientación de izquierda, Berlinguer confirmaba la viabilidad y contenidos de la Vía Italiana. Esta última correspondía, según el dirigente, a un camino democrático al socialismo basado en la introducción de ciertas reformas estructurales, las que debían ser llevadas a cabo dentro del marco de la constitución. Dicha estrategia de reformas correspondía esencialmente a una estrategia de alianzas, lo que implicaba la formación de un nuevo "bloque histórico, estableciendo en su interior la hegemonía de la clase obrera"<sup>114</sup>.

Hacia 1969, Amendola, quien desde 1964 había postulado una *Terza Via* para Europa Occidental, diferente a la de la socialdemocracia y la del comunismo del Este, confirmaba la vocación de partido de gobierno del PCI,

<sup>111</sup> En Donald L. M. Blackmer y Sidney Tarrow, *Communism in Italy and France* (Nueva Jersey, Princeton University Press, 1975), 61.

<sup>112</sup> Amyot, op. cit., 179.

<sup>113</sup> Sassoon, op. cit., 216.

<sup>114</sup> Lange y Vannicelli, op. cit., 41.

lo que implicaba procurar “participar en la dirección política del país”<sup>115</sup>. Amendola inicialmente y el liderazgo del partido en su conjunto en los años siguientes, tras los eventos de 1968-1969 temían la posibilidad de un resurgimiento neofascista. Este último se hacía presente incluso bajo la forma del terrorismo, como lo demostraba la explosión de una bomba en Milán, en la primavera de 1969.

El PCI interpretaba estos eventos y la crisis de la coalición de centro-izquierda con una cierta dosis de optimismo, pues lo acercaban a la posibilidad de participar en un gobierno de coalición, pero también con una dosis de cautela por el temor a un resurgimiento del fascismo —como ya lo insinuaba el éxito electoral alcanzado por el MSI, en el Sur de Italia.

No obstante, el PDC no recurrió al PCI para resolver la crisis de gobernabilidad que afectaba a la sociedad italiana a comienzos de los años setenta. Más bien experimentó un giro a la derecha, llegando a la inclusión, bajo el gobierno de Andreotti (1972-73), de algunos elementos neofascistas; todo ello, mientras crecían las acusaciones contra el PDC por actos de corrupción y soborno.

En diciembre de 1971, en preparación del Decimotercer Congreso del PCI (marzo de 1972), Berlinguer advertía contra el peligro de una involución o un giro reaccionario en Italia, argumentando en favor de una “alternativa democrática de gobierno”<sup>116</sup>. Amendola, por su parte, resaltaba que “la reaparición del peligro fascista ha despertado el gran potencial de la lucha antifascista”<sup>117</sup>, haciendo referencia al período de la resistencia contra Mussolini.

La oportunidad para un nuevo Compromiso Histórico entre fuerzas progresistas, democráticas y antifascistas, enraizadas en la clase obrera, surgió a propósito del golpe de Estado que derrocara al Presidente Salvador Allende en Chile, en septiembre de 1973, poniendo fin a la Vía Chilena al Socialismo (1970-1973). Lo que hacía este caso aún más temible, cuando se le comparaba, por ejemplo, con la experiencia de Dubcek, era que en Chile se había instalado un régimen de signo fascista poniendo fin a un régimen democrático de larga tradición. Las profundas semejanzas con la experiencia allendista, que buscó un camino democrático al socialismo en un país con un gran componente católico y con un poderoso partido demócrata cristiano, hicieron aún más relevante para el PCI el caso chileno, tornando así más urgente la búsqueda de una solución para la crisis italiana.

Las reflexiones de Berlinguer sobre la experiencia chilena estuvieron contenidas en tres artículos publicados en *Rinascita*, en septiembre-octubre

<sup>115</sup> Neil Mc Innes, *The Communist Parties of Western Europe* (Londres, Oxford University Press, 1975), 173. Giorgio Amendola desarrolló algunas de estas ideas en una entrevista en *The New Left Review* (106, noviembre-diciembre, 1977).

<sup>116</sup> Lange y Vannicelli, op. cit., 42.

<sup>117</sup> Giorgio Amendola, “The Lessons of a Decade”, en *The Italian Communist* (4, junio-julio de 1972), 55. En ese mismo artículo señala que “la contra-ofensiva reaccionaria y el retorno provocador de la derecha fascista han demostrado el valor permanente, política e idealmente, de nuestro patrimonio antifascista y de la propia Resistencia”.

de 1973<sup>118</sup>. En ellos, junto con insinuar algunas críticas en relación a la Vía Chilena, Berlinguer enfatizaba las lecciones para la Vía Italiana. Dos conclusiones principales extraía el dirigente comunista sobre los acontecimientos en Chile: la amenaza representada por el imperialismo norteamericano en el plano internacional, lo que exigía reforzar los esfuerzos en favor de la Coexistencia Pacífica; y, por otra parte, la amenaza representada por la violencia reaccionaria y la posibilidad de una regresión autoritaria en el plano interno, lo que debía llevar, en el caso italiano, a un nuevo Compromiso Histórico entre las fuerzas progresistas y antifascistas.

Según Berlinguer, los eventos en Chile debían llevar a un despertar más generalizado de la conciencia democrática, en Italia y en todas partes. También debían conducir a un programa para una “renovación democrática” al interior de la sociedad italiana, que pudiera congregarse a la amplia mayoría del pueblo. El modelo propuesto por Berlinguer era el de la lucha antifascista que condujo a la liberación de Italia, bajo el primer Compromiso Histórico (1944-1947).

La Vía Italiana, continuaba señalando el líder del PCI, no era simplemente una “vía parlamentaria”; la transición al socialismo no sería necesariamente “suave y sin dolor”, y el partido no podía caer en una suerte de “ilusión legalista”. El punto central era, sin embargo, que las transformaciones asociadas a la Vía Italiana debían realizarse dentro del marco de la Constitución antifascista, en favor de cuya existencia se habían librado tantas batallas.

Por otra parte, la estrategia de reformas sólo podría triunfar si descansaba en una estrategia de alianzas, lo que aparecía como el problema central de toda revolución, y que era especialmente importante en el caso de Italia, en que el proletariado constituía una minoría. Así, las clases medias y la vasta mayoría de la población debían ser incluidas en esta alianza, junto con las mujeres, la juventud, las masas populares del Sur y las fuerzas culturales, entre otros sectores.

Se trataba de impedir el surgimiento de una alianza entre el centro y la derecha —“un frente amplio de cuño fascista-clerical”— y, por lo tanto, la creación de una alianza política era tan necesaria como la de una alianza social. Esto demandaba la formación de una alternativa democrática más que de una alternativa de izquierda. Esta era, en efecto, la última lección extraída de la experiencia chilena: “sería ilusorio pensar —dice Berlinguer— que aun cuando los partidos y fuerzas de izquierda obtuvieran el 51% de los votos”, este hecho por sí solo garantizaría la sobrevivencia de ese gobierno. Lo anterior requería no sólo de la constitución de una mayoría, aunque esto ya podía considerarse como un progreso, sino más bien de “un nuevo y gran Compromiso Histórico entre las fuerzas que representan la amplia mayoría del pueblo”.

Esta era la esencia de las reflexiones de Berlinguer sobre el caso chileno

---

<sup>118</sup> Enrico Berlinguer, “Reflections After Events in Chile”, en *The Italian Communist* (5-6, septiembre-diciembre de 1973).

y algunas de las lecciones que deberían extraerse: la amenaza constituida por el imperialismo norteamericano y por la posibilidad de una reacción de derecha de corte autoritario, debían conducir a un claro compromiso con la Coexistencia Pacífica, en el plano externo, y a un nuevo Compromiso Histórico, en el plano interno. De esta forma, el nuevo Compromiso Histórico que Berlinguer y el PCI buscaban, servía diversos objetivos: impedir la formación de un bloque de centro-derecha, especialmente en una época de resurgimiento fascista; neutralizar el poder de veto que Estados Unidos podía ejercer frente a la posibilidad de acceso al poder de los comunistas, mediante la formación de una amplia alianza política; y, finalmente, derrotar el terrorismo, de manera de impedir el colapso de las instituciones democráticas.

Los años siguientes marcaron una declinación del PDC y un fortalecimiento del PCI, surgiendo así una excelente oportunidad para la formación de un nuevo Bloque Histórico. En mayo de 1974, la posición del PDC fue derrotada en un referéndum sobre la ley de divorcio; poco después, en junio de 1975, en una elección local, cuando las acusaciones de corrupción en contra del PDC alcanzaban su punto culminante, los democristianos obtuvieron sólo un 35% de los votos, frente a un impactante 33% del PCI; por otra parte, Zaccagnini, seguidor de la línea de Aldo Moro, reemplazó a Fanfani en el PDC. Todo esto llevó al PCI a estar más cerca que nunca del área del gobierno.

Durante la fase preparatoria del Decimocuarto Congreso del PCI, Berlinguer había dirigido un nuevo llamado a la colaboración con el mundo católico, las clases medias y los socialistas. Más importante aún era su propuesta de “una relación positiva con el PDC”<sup>119</sup> —y no sólo con los católicos, como se había postulado permanentemente. En marzo de 1975, en el Decimocuarto Congreso del Partido, la resolución política final respaldó oficialmente el Compromiso Histórico propuesto por Berlinguer. Dicho voto llamaba nuevamente a la defensa del Estado democrático en su lucha contra el fascismo<sup>120</sup>. Nótese, pues, cómo esta evolución del PCI está fuertemente influida por la memoria traumática del fascismo —aún presente entre los comunistas italianos— y el temor a una regresión autoritaria.

Hacia mediados de los años setenta, el nuevo fenómeno del Eurocomunismo estaba llegando a su grado más alto de desarrollo, llevando a los partidos comunistas italiano, francés y español a formalizar su compromiso con la democracia política. En julio de 1975, tanto el PCI como el PCE firmaron una declaración pública en esta dirección, declarándose partidarios del pluralismo partidario, del derecho de los partidos de oposición a existir y actuar, y de la libre formación y alternancia democrática entre mayorías y minorías, todo ello como elementos constitutivos de un proyecto socialista. En junio de 1976, en un discurso pronunciado ante la conferencia de los partidos comunistas de Europa, Berlinguer confirmó el proceso del Euroco-

<sup>119</sup> Lange y Vannicelli, op. cit., 116.

<sup>120</sup> *Ibid.*, 46.



munismo y el compromiso del PCI, el PCE y el PCF con los principios democráticos asociados a dicho proceso. Berlinguer señaló además que las opciones tomadas por los partidos comunistas de Europa del Este no correspondían a las condiciones de Occidente. Más aún, ese mismo mes Berlinguer declaraba que no cuestionaba la participación de Italia en la Alianza Atlántica y que lucharía por un curso independiente para Italia desde dentro de la propia OTAN: “Es mi deseo que Italia permanezca dentro de la OTAN”, dijo<sup>121</sup>. Estos planteamientos surgían del reconocimiento por parte de Berlinguer de que “Italia es parte de un bloque político-militar particular”<sup>122</sup>, como él mismo había afirmado en sus reflexiones sobre Chile tres años antes.

Estos eran algunos de los elementos constitutivos de lo que llegó a conocerse como Eurocomunismo, el que consideraba tanto la autonomía en relación a la URSS, en lo externo, como el compromiso con el pluralismo democrático, en lo interno. Ambos llegaron a ser componentes esenciales del pensamiento de Berlinguer y del PCI en su conjunto.

De este modo, el ambiente político de mediados de los años setenta, tanto a nivel internacional como nacional, parecía bastante favorable a la propuesta de Berlinguer de un nuevo Compromiso Histórico: el PCI se mostraba en ascenso mientras el PDC experimentaba un proceso de relativa declinación. Las elecciones generales celebradas en junio de 1976 —en las que el PCI obtuvo una votación sin precedentes de un 34%, contra un 39% del PDC— confirmaron esta tendencia. Estos resultados llevaron a Berlinguer a decir al PDC, “incorpórennos al gobierno o permaneceremos en la oposición”<sup>123</sup>, a sabiendas de que era bastante improbable para el PDC, en las condiciones que se vivían, rechazar dicha colaboración. Parecía no existir terreno para la exclusión.

En julio de 1976, sin embargo, Andreotti se las ingenió para formar un gobierno mediante un acuerdo político con el PCI, pero sin incluirlo formalmente dentro de la coalición de gobierno. Este gobierno de Unidad Nacional que duró hasta 1979, recibió el apoyo del PCI mediante su abstencionismo en el parlamento. La posibilidad de llegar a ser un partido de gobierno, nuevamente se había perdido para el PCI. Uno de los factores que había debilitado la posición negociadora del PCI, había sido la emergencia del terrorismo de izquierda, representado por las Brigadas Rojas. Este solo hecho colocó a los comunistas en una posición de defensa del Estado italiano, dispuestos a pagar cualquier precio con tal de evitar una reacción autoritaria de la derecha. De esta manera, fue a través de su colaboración desde el parlamento y no de su inclusión en el gobierno, que el PCI contribuyó a evitar una asonada reaccionaria en un período crítico para la sociedad italiana.

Esto último, sin embargo, no implicaba el abandono de la búsqueda de un nuevo Compromiso Histórico. Berlinguer no dejó de lado la idea de

---

<sup>121</sup> Sassoon, op. cit., 212.

<sup>122</sup> Berlinguer, op. cit., 14.

<sup>123</sup> En Keith Middlemas, *Power and the Party: Changing Faces of Communism in Western Europe* (Andre Deutsch, 1980), 160.

transformar el PCI en un partido de lucha y de gobierno, como él mismo lo definiera. De hecho, para entonces (segunda mitad de los años setenta) el PCI ya participaba en por lo menos dos importantes esferas de poder de la política italiana: el poder local, del cual controlaba casi la mitad a comienzos de los años ochenta, y el denominado *sottogoverno*, que no correspondía a la estructura de poder formal y visible del Estado nacional, sino a una esfera de influencia real y efectiva dentro de la política italiana.

Por otra parte, el PDC, que había experimentado un proceso de declinación relativa en los últimos años, se encontraba dividido acerca de qué actitud adoptar frente a los comunistas: el sector derechista del PDC era partidario de la exclusión del PCI, favoreciendo en cambio una alianza de centro-izquierda con el PSI. Sin embargo, otro sector del partido, encabezado por Aldo Moro, postulaba una postura diferente, basada no en una política de exclusión, sino en la idea del *confronto*, lo que implicaba enfrentar la “cuestión comunista” de una manera más positiva. No obstante que Moro deseaba, dentro de lo posible, mantener al PCI fuera del gobierno, él pensaba que los comunistas habían evolucionado hacia una postura cuasisocialdemócrata y que parecían, por lo tanto, mucho menos peligrosos de lo que desde dentro y desde fuera del partido se pensaba.

De esta forma, la posición de Moro dentro del Partido Demócrata Cristiano abría nuevas posibilidades de colaboración con el PCI. Fue más que una mera coincidencia, y de hecho una tragedia, que en marzo de 1978, exactamente el mismo día en que el nuevo gabinete formado por Andreotti juraba, por primera vez con los votos favorables de los comunistas en el Parlamento y ya no a través del abstencionismo, Aldo Moro fuera secuestrado y, posteriormente, asesinado.

Esto constituyó una tragedia para la política italiana en su conjunto y un revés adicional para los intentos del PCI de llegar a ser un partido de gobierno. Lo anterior, sin embargo, no significó que Berlinguer renunciara a su proyecto. Pocos meses después, en septiembre de 1978, él mismo confirmó la idea de que el PCI no capitularía frente a la “conspiración terrorista”. Berlinguer volvió a apoyar nuevamente la idea del Compromiso Histórico, a la vez que declaraba que el eurocomunismo estaba vivo aún.

Ahondando en estos conceptos, Berlinguer llegó a definir el socialismo “como la forma más elevada de democracia y libertad”. Dos meses después, en un borrador de tesis para el Decimoquinto Congreso del PCI, Berlinguer confirmó estas ideas llamando a “una transformación de Italia hacia una sociedad socialista fundada en la democracia política”. La opción del eurocomunismo, proseguía Berlinguer, era la opción por una sociedad socialista construida “en el contexto de un total desarrollo de la democracia y de todas las libertades”. La construcción del socialismo exigía de “un consenso más amplio que la simple mayoría”, en el contexto de una “visión pluralista” que consideraba la “alternancia en el gobierno”<sup>124</sup>.

<sup>124</sup> Ibid., 51.

En el Décimo Congreso (1979) del PCI se eliminó de los estatutos del partido la norma establecida en 1945, según la cual era un deber de los militantes, salvo contadas excepciones, “adoptar el marxismo-leninismo y desarrollar su conocimiento, aplicando sus enseñanzas a la solución de cuestiones concretas”. En cambio, se estableció que “cada miembro tiene la obligación de incrementar el patrimonio cultural no sólo del partido, sino del conjunto de los trabajadores y del movimiento revolucionario mediante una exposición de todas las corrientes del pensamiento moderno”<sup>125</sup>.

En enero de 1979 Berlinguer se retiró de la mayoría que había apoyado al gobierno de Unidad Nacional entre 1976 y 1979, obteniendo el PCI sólo el 30% de los votos en las elecciones generales de junio de 1979, contra un 38% obtenido por el PDC. Nada de ello implicó, sin embargo, el abandono del compromiso del partido con la democracia política. Este compromiso se vio confirmado en la práctica cuando, en los meses siguientes, el PCI apoyó a Solidaridad en Polonia y condenó tanto la imposición de la ley marcial en ese país como la invasión soviética a Afganistán. Esta posición difería de la adoptada por el PCF, el que, con su apoyo a la invasión, demostraba cuán frágil era su compromiso con el eurocomunismo. Solamente el PCI mantuvo un compromiso total tanto con la autonomía, en el plano externo, como con el pluralismo político, en el plano nacional.

El gobierno de Unidad Nacional terminó en 1979, quedando atrás la década de 1970, que vio nacer y desarrollarse al eurocomunismo. A ello debe agregarse que el arquitecto de este proceso reciente, Enrico Berlinguer, murió en 1984. Nada de esto, sin embargo, ha significado el abandono de los dos pilares del proyecto de Berlinguer: autonomía, en la esfera internacional, y compromiso formal con la democracia política, en el ámbito nacional.

Muy por el contrario, dicha línea ha sido fortalecida y llevada hasta niveles insospechados. Tal fue el caso con Alessandro Natta, quien sucediera a Berlinguer como secretario general del PCI; pero lo es, sobre todo, bajo el nuevo liderazgo de Achille Occhetto. Bajo la dirección de este último pareciera estar culminando el proceso de socialdemocratización del PCI, ya insinuado por el propio Berlinguer<sup>126</sup>. Dos hechos recientes parecieran confirmar esta tendencia: por un lado, en su XXVIII congreso partidario, celebrado en Roma, en marzo de 1989, el PCI acordó un “cambio de rumbo”. En la sesión inaugural, Achille Occhetto desechó la posibilidad de una “tercera vía” entre socialdemocracia y comunismo, abogando por la creación de un solo movimiento socialista europeo; desechó también el “centralismo democrático” en la vida interna del partido; negó la existencia de un “movimiento comunista internacional” y propuso una mayor aproximación a los partidos socialistas

---

<sup>125</sup> En Julio Silva Solar. “Convergencia de Cristianos y Marxistas. Perspectivas y Dificultades”, en *Iglesia, Teología, Política* (Santiago, Ediciones Chile y América, 1984), 67.

<sup>126</sup> Carlo Ripa di Meana señala que, en la última década, ya ha tenido lugar al interior del PCI una suerte de “Bad Godesberg silencioso” (en Pellicani, op. cit., 21); Fernando Claudín, por su parte, socialista español, señala que el PCI “está en el camino de llegar a ser —si es que ya no lo es— un partido cuasi socialdemócrata” (en *Convergencia*, 11, abril-junio de 1987, 7).

y socialdemócratas europeos; manifestó su simpatía por la Perestroika impulsada por Gorbachov y rindió un homenaje a Alexander Dubcek y la Primavera de Praga, entre otros aspectos relevantes. En las resoluciones finales fue confirmada la línea de Ochetto y el PCI aprobó, por una abrumadora mayoría de los 1.048 delegados, un “cambio de rumbo” en la política del partido<sup>127</sup>.

El segundo hecho, más que simbólico, es la proposición de cambiar el nombre del partido, aprobada en noviembre de 1989, por 219 votos a favor y 73 en contra de los miembros del Comité Central del PCI<sup>128</sup>. Esta decisión fue confirmada en el XIX Congreso Extraordinario del PCI, celebrado en Milán en marzo de 1990. Dentro de poco habrá de decidirse sobre el nuevo nombre de la organización; todo lo anterior, en el contexto de una sostenida declinación electoral, desde un 34% a un 27% en la última elección, y en su militancia, desde 2 a 1,5 millones.

Este proceso de socialdemocratización del PCI viene a confirmar lo que éste ha llegado a ser, especialmente en las últimas décadas, en su práctica concreta: un partido socialista, democrático, de reforma. Es cierto que el PCI no ha tenido éxito en llegar a ser, nuevamente, un partido de gobierno, pero sí ha tenido éxito en transformarse en un *partito nuovo*. Está por verse si el “cambio de rumbo” recientemente aprobado, le facilitará el acceso al gobierno, cumpliendo así con su anhelo de constituir un segundo Compromiso Histórico, desde las esferas de poder.

### Conclusión

En la primera parte de este capítulo, citábamos a Gramsci, quien expresaba que “tres años de experiencia nos han enseñado, no sólo en Italia, cuán profundamente enraizadas se encuentran las tradiciones socialdemócratas”. Transcurridas más de seis décadas, podemos confirmar sus posiciones. Lo que el teórico italiano nunca imaginó, sin embargo, fue que tales tradiciones iban a alcanzar a su propio partido. Más aún, los tres casos que hemos considerado en este trabajo demuestran cuán profundamente enraizadas están las tradiciones socialdemócratas en el conjunto de la Europa Occidental.

Los tres casos demuestran que, más allá de sus tradiciones y especificidades, la ideología de la clase obrera europea está constituida básicamente por la socialdemocracia. El socialismo europeo aún corresponde al paradigma socialdemócrata. Aunque la socialdemocratización del PCI es recién un proceso en marcha, con resultados y consecuencias que no podemos prever, ella muestra que dicho partido no pareciera ser una excepción a la realidad más amplia del socialismo europeo en general.

¿Qué factores produjeron estas transformaciones en el PCI?

En primer lugar, podemos anotar la temprana constatación, por parte de Gramsci, de la imposibilidad de llevar a cabo, en las sociedades occidentales,

<sup>127</sup> “La Epoca”, 19 y 23 de marzo de 1989.

<sup>128</sup> “El Mercurio”, 26 de noviembre de 1989.

una revolución de tipo bolchevique; junto con ello, su constatación acerca de la verdadera naturaleza del fascismo, el que demostraba la gran adaptabilidad y relevancia de las formas políticas en Occidente. Al interior de dichas sociedades, según Gramsci, existía un importante elemento consensual, lo que llevaba a enfatizar la necesidad de asegurar una hegemonía en el seno de la sociedad civil, por sobre la opción del asalto del Estado. En otras palabras, las estrategias basadas en la Guerra de Maniobras y el asalto al Estado, aplicadas exitosamente en el Este, debían ser reemplazadas en Occidente por la Guerra de Posiciones, basada en la ocupación cultural de la sociedad civil. De este modo, sin ser Gramsci un teórico del pluralismo, e incluso menos de la democracia representativa, sin ser un teórico de la reforma sino de la revolución, podemos decir, sin embargo, que influyó indirectamente en la evolución posterior del PCI, en la dirección señalada.

En segundo lugar, es imposible entender las transformaciones que han tenido lugar al interior del PCI sin considerar el impacto traumático de veintidós años de fascismo en la sociedad italiana en general, y especialmente sobre el PCI. El temor de una regresión autoritaria en el seno del capitalismo avanzado ha hecho que el PCI, más que cualquier otro partido político en Italia, se mantenga en guardia frente a la posibilidad de una involución. Ello ha conducido, entre otras cosas, a una nueva valoración de la democracia política, que supera los estrechos límites de las consideraciones meramente tácticas del primer período. Más de dos décadas de dictadura enseñaron a los comunistas italianos que el verdadero dilema era entre fascismo y democracia, y no entre fascismo e insurrección proletaria, como se pensaba entre la Primera y Segunda Guerra Mundiales.

Togliatti lo entendió primero que nadie, pasando de una valoración táctica de la democracia política a una valoración estratégica expresada en la Vía Italiana. Finalmente, una formulación más consistente, siguiendo la línea de un genuino tipo de socialismo democrático europeo occidental, emergió con Berlinguer, en torno al eurocomunismo y de allí en adelante. En el centro de este proceso encontramos un compromiso formal con la democracia política, respaldado por una práctica consistente en ese mismo sentido.

En tercer lugar, debe destacarse el contexto internacional, en al menos dos sentidos: por una parte, el nivel de tensiones internacionales es decisivo en términos del grado de apertura de un partido como el PCI. El clima de tensiones de la Guerra Fría llevó al PCI a un aislamiento relativo y a cerrar filas con la URSS, en tanto que un clima de Coexistencia Pacífica lo condujo al extremo opuesto. La lógica de bloques era fortalecida por la primera situación, mientras que el policentrismo y la autonomía eran facilitadas por esta última.

Por otra parte, la crisis al interior del comunismo del Este, especialmente tras los eventos en Polonia y Afganistán, y de allí en adelante, ha llevado al PCI a una actitud crítica frente a la URSS y a un total desencanto con los "socialismos reales". Como centro de esas críticas, encontramos referencias a las tendencias autoritarias en el interior del socialismo burocrático y centralista, lo que conduce, a su vez, a una nueva valoración de la democracia

---

política conforme a una concepción liberal de tipo occidental: pluralismo político, alternancia en el poder, respeto a los derechos de la mayoría y minoría, y a las libertades democráticas fundamentales. Desarrollos recientes en Europa del Este y en la URSS, en torno a la Perestroika, han reforzado aún más el compromiso del PCI con un genuino tipo de socialismo democrático europeo occidental.

SEGUNDA PARTE  
EL SOCIALISMO CHILENO

Capítulo 4  
DEMOCRACIA, POPULISMO Y LENINISMO:  
EL PARTIDO SOCIALISTA  
DE CHILE (1933-1973)

A diferencia del proceso de socialdemocratización característico de la izquierda europea, el proceso de leninización del socialismo chileno condujo a este último a un progresivo cuestionamiento de las instituciones de la democracia representativa. A decir verdad, desde sus inicios el Partido Socialista de Chile (PSCH) mantuvo una marcada ambigüedad en torno a la democracia política; ello, a pesar de que su práctica política se ubicó de lleno en el funcionamiento de las instituciones democráticas. A partir de la década de 1960 dicha ambigüedad se transformó en una actitud de franca y creciente oposición a la democracia “formal” o “burguesa”.

Fue en ese contexto, y en marcada oposición a la evolución más reciente del PSCH, que emergió la Vía Chilena al Socialismo —que hemos preferido denominar Vía Allendista, a fin de enfatizar el sello original y propio que le imprimiera su máximo exponente, Salvador Allende. Se trataba en este caso de un “segundo modelo” hacia el socialismo, distinto de aquél que conducía a la dictadura del proletariado; un intento, como el propio Allende lo definiera, de construir un socialismo en “democracia, pluralismo y libertad”.

Nuestra hipótesis central es que el fracaso de la Vía Chilena al Socialismo debe explicarse principalmente por la ausencia al interior de la izquierda, y muy en especial en el propio Partido Socialista, de un socialismo democrático claramente definido y articulado, que fuese consistente con el proyecto allendista. El PSCH, que en sus orígenes había vivido una etapa marcadamente populista, caracterizada por una visión más bien instrumental de la democracia, había evolucionado hacia una postura declaradamente leninista, de franca y creciente oposición a las instituciones de la democracia representativa.

De alguna manera podría decirse que a lo largo de la historia del PSCH existió sólo marginalmente una concepción socialista democrática de mayor consistencia. Tal vez el caso más digno de destacar en este sentido sea el de Eugenio González, una de las figuras de mayor estatura intelectual al interior del partido. El otro caso, por cierto, más evidente en el plano intuitivo y de la práctica política que en el de la sofisticación intelectual (y pese a



múltiples tensiones y contradicciones) fue el del propio Salvador Allende. Pero, mientras las tesis del primero no prosperaron, relegadas al olvido en el desarrollo posterior del partido, las posiciones de Allende permanecieron como minoritarias al interior de su propia colectividad.

Es al estudio de este proceso que dedicaremos las próximas líneas, explorando las posibilidades y tensiones en torno a la viabilidad de un proyecto socialista democrático al interior de un partido rico en contradicciones internas que desempeñó un rol central en la política chilena.

### *El Impulso Populista*

El antecedente fundamental del Partido Socialista fue el *putsch* militar que dio lugar a la efímera República Socialista, del 4 al 16 de junio de 1932. El surgimiento y desarrollo del PSCH en este período debe entenderse en el marco general de la crisis oligárquica, tanto en Chile como en América Latina. Fue como respuesta a esa crisis que surgió en Chile un socialismo con un importante elemento populista, de signo antioligárquico y antiimperialista. Aunque se declaró marxista, fue el carácter nacional y popular y no el componente clasista del partido lo que atrajo a las masas; fue la oposición pueblo/oligarquía y no la oposición proletariado/burguesía lo que caracterizó al socialismo chileno en ese período, imprimiéndole una orientación más nacionalista y latinoamericanista que clasista.

El estallido de la llamada “cuestión social”, a comienzos de siglo, fue el primer signo de la crisis del sistema de dominación oligárquica en Chile. Un movimiento obrero cada vez más poderoso y la incorporación creciente de los sectores medios fueron erosionando el predominio oligárquico basado en un régimen de tipo parlamentario que, vía control del Estado, permitía a los grupos dominantes el acceso a los excedentes de la poderosa industria del salitre, en una economía dependiente de tipo primario-exportadora.

La crisis salitrera de fines de 1910 y la crisis económica de fines de los años veinte repercutieron en forma especialmente poderosa en una economía como la chilena, fuertemente dependiente del comercio exterior, y terminaron por enterrar el tipo de economía primario-exportadora, desplazando paulatinamente a los sectores oligárquicos del aparato estatal.

El modelo de crecimiento “hacia afuera” fue reemplazado gradualmente por uno de crecimiento “hacia adentro”, en el marco de la industrialización sustitutiva de importaciones y de una creciente presencia estatal. El Estado oligárquico fue cediendo terreno al Estado de Compromiso (mesocrático), todo ello en el marco de una democracia cada vez más estable, con claro predominio de los partidos políticos. Industrialización y democratización, procesos que recibieron un fuerte impulso desde los gobiernos radicales del Frente Popular, fueron los dos polos de esta fase y, de alguna manera, caracterizaron el desarrollo político chileno hasta 1973<sup>129</sup>.

Los años que van desde 1920 a 1932 marcaron un período de transición

<sup>129</sup> Ver, sobre el particular, Manuel Antonio Garretón, *El Proceso Político Chileno* (Flacso, Santiago).

entre el predominio oligárquico y el advenimiento de la república mesocrática. En dicho período la capacidad para influir en la cúpula militar permitió el acceso al control del Estado. A esas alturas Chile contaba con unas Fuerzas Armadas altamente profesionalizadas y con una oficialidad joven cada vez más sensible a la cuestión social. Desde las filas de esa joven oficialidad emergieron dos de los tres caudillos que llenaron el vacío político producido en este período: Carlos Ibáñez y Marmaduque Grove.

El tercer caudillo en referencia, civil y no militar, fue Arturo Alessandri. Emergido desde el interior de la clase política chilena, pero con un discurso populista y reformista, gobernó entre 1920 y 1924. Alessandri fue el primero de los tres en captar el nuevo fenómeno de masas presente en la política chilena; en él cifró el pueblo sus primeras esperanzas de reforma social y de oposición real al predominio oligárquico.

Pues el caudillismo, pues, el que marcó el tránsito entre el Estado de Compromiso oligárquico y el Estado de Compromiso mesocrático. En ese contexto, los sectores populares aún carecían de un genuino órgano de representación política que les permitiera enfrentar la crisis oligárquica desde su propia perspectiva y en forma organizada. El Partido Comunista, fundado en 1922, engarzado con el desarrollo de un movimiento obrero del que pretendía ser considerado el legítimo representante político, estaba sumido en una ácida disputa interna entre estalinistas y trotskistas, reflejo a su vez de la misma disputa al interior de la Internacional Comunista a la que se encontraba estrechamente ligado.

Los tres caudillos ya mencionados se constituyeron en depositarios transitorios de la confianza popular y uno de ellos, Marmaduque Grove, logró imprimirle un carácter socialista a su proyecto. En efecto, profundamente decepcionado por los fallidos intentos de reforma social de Arturo Alessandri y de Carlos Ibáñez, en los años veinte, Grove decidió actuar por sí mismo encabezando un movimiento de protesta social. En su calidad de Comodoro del Aire y con el apoyo de diversos sectores civiles y militares, puso término al intento de restauración oligárquica del Presidente Juan Esteban Montero (1931-1932), instaurando en su lugar la efímera República Socialista. Con el grito de “pan, techo y abrigo”, señaló que el nuevo gobierno socialista estaría empeñado en “transformar totalmente la estructura económica y social de la República”<sup>130</sup>.

El Acta de Deposition de Juan Esteban Montero expresaba fielmente el espíritu que animaba a los rebeldes y la nueva legitimidad que iban alcanzando las ideas socialistas. Dicha Acta señaló que el de Montero “era un gobierno oligárquico que no responde fielmente al sentir de las necesidades sociales”. Añadió que la legislación vigente había sido dictada para “beneficiar directamente a las clases oligárquicas, con lamentable abandono de los intereses

---

1983). Ver, también, Tomás Moulián, “Desarrollo Político y Estado de Compromiso en Chile”, en *Estudios CIEPLAN* (8, 1982).

<sup>130</sup> En Carlos Charlín, *Del Avión Rojo a la República Socialista* (Editorial Quimantú, Santiago, 1972), 708.

del pueblo”, y llamó al estudio, organización y fomento de las actividades productivas nacionales tendientes a garantizar un “mínimo de bienestar económico y social”<sup>131</sup>.

Por su parte, el Programa de Acción Inmediata propuesto por la nueva Junta de Gobierno recogió estas aspiraciones en un tono claramente antioligárquico y antiimperialista. Junto con denunciar la entrega de las riquezas básicas por parte de la oligarquía nacional a intereses foráneos, a la vez que contrastar la prodigalidad de la clase oligárquica con el “doloroso pauperismo” de la clase proletaria, dicho programa desarrolló una crítica frontal al liberalismo económico (calificándolo de injusto e inmoral), pues permitía que los fuertes destruyeran a los débiles. Ante ello el programa postulaba el colectivismo económico, según el cual toda sociedad se organiza precisamente para impedir que los más fuertes destruyan a los más débiles. A este respecto se señalaba que “corresponde a los gobiernos intervenir en la gestión económica”, alrededor de un programa tendiente a “alimentar al pueblo, vestir al pueblo y domiciliar al pueblo”<sup>132</sup>.

Las ideas socialistas emergentes en este período, recogidas en este tipo de documentos, deben entenderse como la expresión de un sentimiento generalizado de protesta antioligárquica y de demandas mínimas de bienestar económico y social. El Estado era visto como el vehículo principal para la satisfacción de estas legítimas aspiraciones. Este era el tipo de socialismo que Grove y los líderes de la República Socialista tenían en mente, y el que fue legitimándose en vastos sectores populares. Como señala Drake, “el socialismo, entendido como una vaga idea de acción positiva del Estado en cuanto mecanismo de salvación de los desposeídos, se convirtió en la nueva piedra de toque”<sup>133</sup>.

En cuanto a la forma de gobierno propuesta, la respuesta debe encontrarse en la naturaleza misma del *putsch* militar que depuso al gobierno constitucional de Montero, procediendo luego a la disolución del Congreso. A decir verdad, los líderes de la nueva república no mostraban predilección por las formas liberales de la democracia representativa. El programa de gobierno señalaba que el desarrollo capitalista de Occidente había convertido a Chile en una “colonia económica”, a la cual se mantenía dentro de un régimen de libertad más aparente que real. Añadía que, al igual que en el caso de guerra, “todos los derechos individuales pueden ser conculcados y todos los privilegios abolidos”<sup>134</sup>. El antecedente principal del PSCH no debe encontrarse entonces en un régimen de libertades públicas, sino en un *putsch* militar que puso fin al gobierno constitucional de Juan Esteban Montero.

Junto a Grove, participaron en la República Socialista, entre otros, Eugenio

---

<sup>131</sup> En Julio César Jobet, *El Partido Socialista de Chile* (Ediciones Prensa Latinoamericana SA. Santiago, 1971) 67 y siguientes.

<sup>132</sup> *Ibíd.*, 73.

<sup>133</sup> En Paul Drake, *Socialism and Populism in Chile, 1932-1952* (University of Illinois Press. Urbana, 1978), 70.

<sup>134</sup> Jobet, *op. cit.*, 69 y 74.

Matte, Gran Maestro de la Masonería y líder de la Nueva Acción Pública (NAP), y Oscar Schnake y Eugenio González, ambos de antecedentes anarquistas, adscritos a la Acción Revolucionaria Socialista (ARS). Los cuatro, Grove, Matte, Schnake y González, serían los principales fundadores del Partido Socialista en 1933.

Tras el fin de la República Socialista Grove y Matte fueron relegados a la Isla de Pascua. El exilio de los máximos líderes socialistas les sirvió para llevar a cabo una profunda reflexión acerca de las razones del fracaso y las perspectivas futuras del socialismo chileno. En síntesis, ambos llegaron a la conclusión de que la experiencia se había frustrado debido al hecho "de haber carecido la República Socialista de un poderoso partido de la clase obrera que le apoyara y colaborara en el gobierno"<sup>135</sup>. Ambos concordaban en que el Partido Comunista no era una verdadera alternativa nacional y popular, no sólo por sus estériles disputas internas sino por su estrecha adhesión a la Internacional Comunista. Así, el vacío político debía ser llenado, según Matte, por un "Partido Socialista chileno, con una doctrina marxista, con un programa absolutamente nacional, sin sujeción a la autoridad de ninguna internacional"<sup>136</sup>. De esta manera, la creación de un gran partido de masas, que llenara el vacío dejado por el PC, aparecía como la gran tarea por delante.

En medio de estas reflexiones, en un lugar apartado como la Isla de Pascua, ambos exiliados fueron avisados de que podían regresar al continente, pues se habían fijado elecciones presidenciales para octubre de 1932. La sucesión de intervenciones militares que tuvo lugar entre 1924 y 1932 se encontraba agotada y surgía la necesidad de dotar al país de instituciones democráticas estables. Si las reflexiones de los líderes socialistas habían avanzado bastante la idea de un gran partido socialista, nacional y popular, el resultado de dichas elecciones presidenciales aclaró definitivamente el panorama. Sin saberlo, Marmaduke Grove había sido incluido como candidato presidencial, obteniendo el segundo lugar con un 18% de los votos. En las elecciones parlamentarias del mismo año los distintos grupos socialistas eligieron a tres senadores y cinco diputados.

Convertido en el líder indiscutido del socialismo chileno, Grove concurrió a la formación del Partido Socialista de Chile, el 19 de abril de 1933. Junto a la NAP, encabezada por Matte, y a la ARS, encabezada por Schnake y González, concurrieron también a dicho acto, entre otros, el Partido Socialista Marxista y Orden Socialista, dos de las muchas agrupaciones socialistas que habían surgido en esos años.

Oscar Schnake fue elegido como secretario general del partido, desempeñándose en dicho cargo hasta 1938. Este último, junto con destacar que las bases del partido provenían de la clase obrera y de los sectores medios, definió al PSCH como una unión de "trabajadores manuales e intelectuales"<sup>137</sup>.

<sup>135</sup> Charlín, op. cit., 867.

<sup>136</sup> *Ibid.*, 868.

<sup>137</sup> En Alejandro Witker, *Historia Documental del Partido Socialista de Chile, 1933-1983* (Universidad Autónoma de Guerrero, México, 1983), 24.

Con ello quería enfatizar la necesidad de una alianza entre sectores medios y trabajadores, para hacer frente a las tareas de tipo antioligárquico que estaban pendientes. Todo ello dentro de una orientación definida como realista, destinada a reconocer la realidad chilena tal cual era, con sus propias especificidades, y a movilizar al pueblo hacia una “segunda independencia nacional”.

Pese a que era cada vez más evidente que el Partido Socialista surgía como una alternativa nacional y popular ante la crisis oligárquica, en momentos de agotamiento de la intervención militar y de creación de un gobierno civil sustentado en instituciones democráticas, la Declaración de Principios de 1933 suscita una imagen distinta. La tensión que comienza a emerger entre una retórica revolucionaria y una práctica reformista, al interior de un partido rico en contradicciones internas, permanecerá y se agudizará en los años siguientes.

En efecto, junto con adoptar el marxismo como método de interpretación de la realidad, “enriquecido y rectificado por todos los aportes científicos del constante devenir social”, dicha Declaración de Principios reconocía la lucha de clases como realidad fundamental del desarrollo capitalista, y veía en el Estado a un “organismo de opresión de una clase sobre otra”. Asimismo, llamaba a sustituir la propiedad privada por la propiedad colectiva a través de lo que denominaba una “dictadura de trabajadores organizados”, y afirmaba el carácter internacional de la doctrina socialista y antiimperialista del partido. Junto con esta interpretación bastante clásica aunque no dogmática del socialismo marxista, y en torno a lo que nos interesa fundamentalmente, la Declaración de Principios de 1933 afirmaba categóricamente que “la transformación evolutiva por medio del sistema democrático no es posible”<sup>138</sup>. De tal manera que, desde sus inicios, el PSCH estuvo marcado por una cierta actitud de sospecha o desconfianza en torno a la posibilidad de introducir transformaciones a través de las instituciones de la democracia representativa.

La práctica concreta del partido, sin embargo, sería muy distinta a la de los principios proclamados en 1933. El mismo Grove había anticipado al regresar desde su exilio en la Isla de Pascua, en 1932, que los socialistas lucharían a través de los medios legales y electorales proporcionados por la nueva institucionalidad democrática: “No hablo de tomar el poder por asalto —decía Grove—, sino de prepararnos para conquistar el poder en la forma en que lo hacen los partidos burgueses. Trabajaremos a la luz del día y venceremos”<sup>139</sup>. Fue una lúcida anticipación de lo que sería la práctica política del Partido Socialista en los años siguientes.

En esos años, marcados por un sostenido crecimiento electoral, a Grove le cupo un papel destacado en la conducción del partido. No sólo era un fiel exponente de la impronta populista que caracterizó al socialismo chileno en

<sup>138</sup> Esta Declaración de Principios puede encontrarse en Fernando Casanueva y Manuel Fernández, *El Partido Socialista y la Lucha de Clases en Chile* (Editorial Quimantú, Santiago, 1973).

<sup>139</sup> Citado en Drake, op. cit., 98.

esta primera etapa, sino que logró darle una acertada conducción al PSCH —con el apoyo inestimable de Oscar Schnake— y, sobre todo, una importante presencia de masas. Desde la cúpula militar primero, y desde la estructura partidaria después, pero siempre en su calidad de caudillo y por encima de cualquier estructura, Grove supo encausar las demandas populares de transformaciones antioligárquicas y antiimperialistas.

Nacido a la vida pública como un partido heterogéneo, el PSCH ganó homogeneidad y presencia de masas gracias al estilo de Grove. No fue su consistencia ideológica, sin embargo, lo que transformó al caudillo socialista en el conductor natural del partido y su principal figura de masas. Grove no creía en los determinismos económicos ni en la lucha de clases; el socialismo era para él un ideal y un sentimiento, más que una ciencia; y creía en la Nación, desde la perspectiva de los pobres, más que en el proletariado, desde la perspectiva marxista. En fin, como señala Zemelman, “la etapa del grovismo tiene el significado de una alianza entre capas medias y trabajadores conformando un bloque de oposición con el núcleo oligárquico con rasgos populistas”<sup>140</sup>.

Si el fenómeno del grovismo nos ayuda a definir ciertos rasgos característicos de la primera etapa del Partido Socialista, la experiencia del Frente Popular, teniendo como base a los gobiernos radicales de los años treinta y cuarenta, nos enseña algo más acerca del proyecto nacional y popular (y no clasista) del socialismo chileno en esta primera etapa.

La colaboración de los socialistas con los gobiernos radicales, bajo la fórmula del Frente Popular, fue uno de los puntos más debatidos al interior del socialismo chileno. La situación aludía a la vieja cuestión de si los partidos socialistas debían o no participar en gobiernos de signo burgués, al interior de una democracia de tipo representativa. En función de este debate el Partido Socialista experimentó grandes disputas entre “colaboracionistas” y “anticolaboracionistas”. En definitiva, el triunfo de estos últimos daría lugar a una autocrítica radical acerca de la práctica política del partido en este primer período y, fundamentalmente, acerca de su política de alianzas.

En estas líneas, sin embargo, queremos intentar una lectura distinta de dicha experiencia, en un sentido positivo, y en el marco de la respuesta socialista a la crisis oligárquica que, como hemos dicho, definió el carácter del partido en este período.

El proceso de industrialización sustitutiva de importaciones, marcado por una creciente presencia del Estado, e impulsado por una coalición multiclassista (Frente Popular) al interior de las reglas de funcionamiento del Estado de Compromiso, fue una respuesta positiva a la crisis oligárquica que iba quedando atrás. Se articuló una alianza entre las capas medias, representadas por el Partido Radical, y los sectores populares, representados por los partidos comunista y socialista, a fin de desplazar a la clase oligárquica del Estado.

---

<sup>140</sup> En Enzo Faletto et. al., *Génesis Histórica del Proceso Político Chileno* (Editorial Quimantú, Santiago, 1971), 77.

Este último adquirió una mayor autonomía y se transformó paulatinamente en un lugar de negociación y compromiso, impulsando un proceso de desarrollo que otorgaba una mayor autonomía a la economía nacional, junto con avanzar la causa de los sectores medios y populares.

Los historiadores socialistas suelen señalar que el Partido Socialista se resistió inicialmente a ingresar al Frente Popular habida consideración del carácter reformista de este último, lo que conduciría a postergar las aspiraciones revolucionarias del partido. Nos inclinamos a pensar, sin embargo, que fue más bien la constatación de que una coalición de ese tipo beneficiaría más que nada a radicales y comunistas lo que hizo que inicialmente el PSCH se resistiera a dicha iniciativa. Ello no obstaba, sin embargo, a que ciertos sectores minoritarios al interior del partido se opusieran al ingreso al Frente Popular por razones ideológicas.

En efecto, los comunistas aparecían claramente beneficiados con una alianza del tipo del Frente Popular, pues les permitía romper con su aislamiento y fortalecer su presencia electoral y de masas, en momentos en que el PSCH crecía rápidamente<sup>141</sup>. Por su parte, los radicales aparecían como los grandes beneficiados, pues, a fin de fortalecer la alianza con los sectores medios, el PC les reconocía un papel protagónico en la alianza del Frente Popular —como, en efecto, quedaría demostrado bajo las administraciones de Pedro Aguirre Cerda, Juan Antonio Ríos y Gabriel González Videla, todos ellos del Partido Radical, en el período comprendido entre 1938 y 1952.

El claro sentido popular de dicha alianza hizo que el PSCH concurriera finalmente a su formación, el 2 de abril de 1936; ello, a pesar de la doble constatación de que el arreglo beneficiaba más que nada a radicales y comunistas y que demandaba ciertos sacrificios ideológicos que al menos algunos sectores dentro del partido no estaban dispuestos a hacer. No obstante, como para precaverse de alguna posible “desviación” de sus postulados revolucionarios y para mantener su propio perfil ideológico, dando así satisfacción a los sectores al interior del partido que eran reticentes a una fórmula de este tipo, al ingresar al Frente Popular, el Partido Socialista advirtió que la “democracia política era sólo un instrumento útil y temporal que no conduciría al proletariado al poder”<sup>142</sup>. Con ello ratificaba la Declaración de Principios de 1933 en virtud de la cual se consideraba que la transformación evolutiva por medio del sistema democrático no era posible. Junto con confirmar una noción más bien instrumental —ahora sí en términos literales— de la democracia, esta declaración contradecía de manera flagrante la propia práctica política del partido cada vez más inmersa en el juego electoral y la actividad parlamentaria.

Ese mismo año 1936 el movimiento sindical dio un significativo paso

<sup>141</sup> No hay que olvidar, asimismo, que las tácticas del Frente Popular nacieron en el seno del Comintern, en su VII de 1935, a fin de contener el avance del fascismo en Europa.

<sup>142</sup> Citado en Drake, op. cit., 177.

La actitud cautelosa de Aguirre Cerda, apoyada por comunistas y radicales, recibió también el respaldo oficial de los socialistas.

En 1939, un intento golpista por parte de sectores derechistas, encabezado por el Coronel Ariosto Herrera y con el apoyo desde Buenos Aires de Carlos Ibáñez, reforzó este criterio de cautela, pues demostraba que la derecha estaba dispuesta a reconquistar posiciones perdidas por cualquier medio a su alcance.

A poco andar, sin embargo, la posición inconformista fue haciéndose cada vez más visible al interior del Partido Socialista. Sus mentores estimaban que la defensa de la institucionalidad democrática, erigida en dique de contención frente a la reacción y al fascismo, demandaba sacrificios ideológicos y programáticos sencillamente inaceptables. Una vez más, el dilema de la fidelidad a los postulados ideológicos y la participación al interior de una democracia de tipo representativa estaba en el centro del debate.

Finalmente, esta tendencia inconformista con componentes anarquistas y trotskistas, encabezada por César Godoy Urrutia, fue expulsada del partido en 1940, pasando a formar el Partido Socialista de los Trabajadores (PST)<sup>143</sup>. Pese a esta división, el debate sobre la colaboración con los radicales continuó con la misma intensidad entre los socialistas, los que finalmente optaron por retirarse del Frente Popular, aunque no así del gobierno, en 1941. La decisión de seguir en el gobierno se reforzó con el éxito obtenido en las elecciones parlamentarias de ese mismo año, en las que el Partido Socialista alcanzó un 18% de los votos, comparado favorablemente con el 11% obtenido en 1937. Los comunistas, por su parte, subieron desde un 4% en 1937 a un 12% en 1941, triplicando su votación anterior y confirmando las sospechas de algunos socialistas de que aquéllos aparecían como los principales beneficiarios de la estrategia frentista. El Partido Radical, por su parte, se mantuvo adelante con un 21% de los votos.

Pese a la alta votación de los partidos que integraban la coalición del Frente Popular —los votos sumados superaban el 50%—, las disputas al interior del Partido Socialista continuaron. En 1941 falleció Aguirre Cerda, y las nuevas elecciones presidenciales de 1942 dieron como ganador a Juan Antonio Ríos (1942-1946), abanderado del Frente Popular. El Partido Socialista, que había elegido como candidato presidencial a Oscar Schnake, tuvo nuevamente que renunciar a sus pretensiones propias para apoyar a Juan Antonio Ríos y evitar así el triunfo de Carlos Ibáñez, abanderado de la derecha.

Pero esta vez el apoyo no duraría mucho. Aunque en el VIII Congreso de 1942 los “colaboracionistas”, encabezados por Grove, Schnake y Bernardo Ibáñez (máximo líder de la CTCH), habían derrotado a los “anticolabora-

---

<sup>143</sup> El nombre de “inconformistas” se los había dado el propio Aguirre Cerda. Uno de sus exponentes, Oscar Waiss, justificaba el inconformismo acusando al PS de haberse asimilado “a las formas de la socialdemocracia, de la colaboración de clases antagónicas y de la capitulación más vergonzante” (Oscar Waiss, *Chile Vivo: Memorias de un Socialista (1928-1970)*, Centro de Estudios Salvador Allende, Madrid, 1985, 74).



cionistas” —entre los que destacaba Raúl Ampuero, líder de la Juventud Socialista—, el giro a la derecha del gobierno de Ríos y la nueva postergación de las demandas populares llevaron al Partido Socialista a retirarse del gobierno en 1943. Ese año, en su IX Congreso, el PSCH declaraba que ninguno de los problemas fundamentales habían sido resueltos: “El gobierno de la izquierda sólo significó un cambio de caras, la sustitución de la burocracia derechista por la burocracia radical y la sustitución de la oligarquía reaccionaria por la burguesía de terratenientes radicales”<sup>144</sup>.

Grove, sintiéndose derrotado como el resto de los “colaboracionistas” y como para confirmar su condición de caudillo por encima de cualquier estructura partidaria, se retiró del partido para formar el Partido Socialista Auténtico (PSA), de efímera existencia, mientras que Schnake se fue de embajador a México para no volver más a la política activa. Se iniciaba al interior del Partido Socialista una revisión profunda de su práctica política (reformista, parlamentaria y electoralista) y una reafirmación de sus postulados ideológicos (revolucionarios), lo que sólo quedaría a firme en 1946 con la llegada a la dirección partidaria de una nueva generación política encabezada por Raúl Ampuero.

Así como el grovismo y la participación socialista en la alianza del Frente Popular dan cuenta del carácter nacional y popular del PSCH en esta primera etapa, las influencias externas, siempre decisivas a lo largo de la historia de dicho partido, refuerzan el componente populista al que hemos hecho referencia.

El socialismo chileno recibió sus influencias de América Latina y no de Europa. A decir verdad, hasta 1973 el socialismo chileno nunca prestó mayor atención a sus congéneres del viejo continente, como no fuera para denunciar, en tono claramente peyorativo, su carácter “socialdemócrata”. En el escenario latinoamericano, el fenómeno populista ejerció la influencia más directa entre los socialistas chilenos. De difícil definición, concepto a veces confuso y no exento de ambigüedades, el populismo latinoamericano fue una respuesta a la crisis oligárquica; un intento por incorporar a los sectores medios y populares, en estrecha alianza entre sí, a través del Estado y al interior de una estrategia de industrialización. En general, el populismo latinoamericano se caracterizó por la identificación entre la masa y un líder o caudillo, y su forma política variaba de un lugar a otro.

Numerosas experiencias latinoamericanas dan cuenta de este fenómeno, especialmente en los años treinta y cuarenta. Cual más cual menos, Lázaro Cárdenas en México, Víctor Raúl Haya de la Torre y el Aprismo peruano, Getulio Vargas en Brasil, Juan Domingo Perón en Argentina, Acción Democrática y Betancourt en Venezuela, y el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) en Bolivia, entre otros y a pesar de sus diferencias, fueron

---

<sup>144</sup> En Miriam Hochwald, *Imagery in Politics: a Study of the Ideology of the Chilean Socialist Party* (UCLA, Ph. D. Thesis, University Microfilms International, Michigan, 1981), 178.

expresiones de este fenómeno populista, que emergió como respuesta a la crisis oligárquica cada vez más extendida.

En el centro del fenómeno populista estuvo “la cuestión nacional” y de allí derivó su carácter antiimperialista y antioligárquico (pues se estimaba que las oligarquías latinoamericanas eran antinacionales y aliadas del imperialismo). Fue, pues, su carácter nacional y popular, y por lo tanto antioligárquico y antiimperialista, lo que caracterizó a estos partidos o movimientos.

El Partido Socialista chileno desarrolló contactos permanentes con casi todos los movimientos mencionados, y en especial con Acción Democrática en Venezuela y el MNR en Bolivia. La influencia directa más notable, sin embargo, estuvo constituida por el Aprismo peruano, fundado en 1924 por Haya de la Torre. Desde la insignia del PSCH, hasta su carácter declaradamente latinoamericanista, antiimperialista y antioligárquico, estuvieron marcados por la influencia del Aprismo. El concepto de “segunda independencia nacional” y la idea de la unión de los trabajadores manuales e intelectuales, ambos introducidos por Oscar Schnake en 1933, tenían su origen precisamente en el Aprismo<sup>145</sup>.

El grovismo en cuanto fenómeno de masas, la experiencia del Frente Popular y las influencias externas en el PSCH —muy en especial la del populismo latinoamericano— nos ayudan a comprender el carácter nacional y popular del proyecto socialista en su primera etapa de desarrollo.

Del lado positivo, la contradicción pueblo/oligarquía era mucho más rica que la de proletariado/burguesía, y abría todo un campo de posibilidades a la acción política; entre ellas, la representada por las instituciones de la democracia política en las que, más allá de todo discurso, el PSCH participó activamente. Del lado negativo, sin embargo, el elemento populista del socialismo chileno creaba, por sí mismo, una ambigüedad en torno a la cuestión de la democracia política.

En efecto, hay en el populismo mismo, por definición, una tensión no resuelta con la democracia; o, por lo menos, con lo que conocemos como democracia liberal o representativa. Como señala Faletto, “el populismo intentó ser una respuesta a la crisis de la dominación oligárquica, pero constituyó también un divorcio con la visión liberal de la democracia”<sup>146</sup>. Lo que interesa, en la perspectiva del populismo latinoamericano, es la incorporación de las masas —generalmente en el marco de una estrecha alianza entre sectores medios y populares—, ya sea bajo una forma democrática o autoritaria. Así, algunas experiencias populistas han sido marcadamente au-

<sup>145</sup> Haya de la Torre definió al APRA precisamente como “la unión de trabajadores manuales e intelectuales”, expresión utilizada en Chile tanto por Grove como por Schnake (tomado de Boris Yopo, “El PS Chileno y Estados Unidos”, Documento de Trabajo N° 224, Santiago, Flacso, octubre de 1984, 34). También, sobre el particular, se puede ver Heraldo Muñoz, “La Política Internacional del Partido Socialista y las Relaciones Exteriores de Chile”, en *Temas Socialistas* (Vector, Santiago, 1984). La hipótesis central de Muñoz es que “la política internacional del PS ha tendido a ubicarse en un punto equidistante entre el populismo y el socialismo doctrinario”.

<sup>146</sup> Enzo Faletto, “Sobre Populismo y Socialismo”, en *Opciones* (7, septiembre-diciembre de 1985), 70.

toritarias (Vargas en Brasil, Perón en Argentina), mientras que otras se han aproximado a una forma democrática (el Aprismo peruano, Acción Democrática en Venezuela). En síntesis, al populismo latinoamericano le ha sido relativamente indiferente la cuestión de las formas políticas. Si bien es cierto que el PSCH se acercaba en su primera etapa, a una orientación democrática, mantuvo, sin embargo, una ambigüedad en torno a la democracia política, llegando a desarrollar una visión puramente instrumental de la misma.

### *Eugenio González y la División del PSCH*

Superar esta ambigüedad en torno a la democracia política y definir una concepción socialista democrática de mayor consistencia fueron justamente las tareas emprendidas por Eugenio González, uno de los socialistas de mayor estatura intelectual en la historia del PSCH. Las vicisitudes del Partido Socialista, sin embargo, bajo la presidencia de Gabriel González Videla (1946-1952) lo hicieron entrar en serias contradicciones, conduciendo finalmente a su división, en 1948. El trabajo intelectual de Eugenio González, expresado fundamentalmente en el Programa de 1947, caería después prácticamente en el olvido, especialmente a partir de los años sesenta, cuando el Partido Socialista Chileno se adentró por un camino marcado por un progresivo cuestionamiento de las instituciones de la democracia representativa.

El período comprendido entre 1946 y 1955 estuvo marcado, en el caso del PSCH, por fuertes divisiones internas y por una persistente baja electoral. El retiro de Grove de las filas del partido había privado a este último de su figura más popular; por otra parte, en la primera mitad de los años cuarenta, junto al Partido Socialista compitieron por el voto socialista el Partido Socialista de los Trabajadores, formado en 1940 por Godoy Urrutia, y el Partido Socialista Auténtico, formado en 1944 por Grove. Aunque la gran división habría de producirse en 1948, estas escisiones de comienzos de la década contribuyeron a erosionar la base electoral del partido. Fue así como en las elecciones parlamentarias de 1945 el Partido Socialista obtuvo un 7% de los votos, cifra comparada desfavorablemente con el 18% obtenido en 1941; un año después, en las elecciones presidenciales de 1946, Bernardo Ibáñez, el candidato oficial del PSCH, obtuvo sólo el 2,5% de la votación, sumiendo al partido en un proceso de claro reflujo<sup>147</sup>.

Un punto crítico se alcanzó cuando, en febrero de 1946, el Partido Socialista decidió reincorporarse al gobierno de Juan Antonio Ríos, del que se había retirado en 1943. Bernardo Ibáñez, apoyado por el dirigente socialista Juan Bautista Rossetti, decidió la incorporación de tres ministros socialistas al gobierno encabezado por el Vicepresidente Alfredo Duhalde, en ausencia

<sup>147</sup> Si sumamos los votos del PSCH, en 1945, a los del PSA, se obtiene un 13%, pero aun así es notoriamente inferior al 18% obtenido en 1941. En cuanto a la elección presidencial de 1946, hay que aclarar que la mayoría de los socialistas votaron por González Videla, abanderado de las fuerzas populares que contaba con el apoyo del Partido Comunista.

de Juan Antonio Ríos quien se encontraba enfermo y luego falleciera. Paralelamente, comenzó a advertirse una creciente tensión entre socialistas y comunistas, en momentos en que empezaban a sentirse los primeros efectos del nuevo clima de la Guerra Fría. Esta tensión repercutió negativamente en el mundo sindical culminando en la división de la CTCH (dirigida por el propio Bernardo Ibáñez), en 1946.

En el XI Congreso del PSCH, celebrado en Concepción en octubre de 1946, el oficialismo encabezado por Ibáñez y Rossetti, fue definitivamente derrotado por los "anticolaboracionistas", encabezados esta vez por el nuevo líder indiscutido del partido, Raúl Ampuero. Este último había alcanzado el liderazgo de la juventud del partido (la Federación Juvenil Socialista, FJS) en 1942, fecha desde la cual encabezó el movimiento recuperacionista. La incorporación de tres ministros socialistas en el gabinete de Ríos había sido el último acto de colaboración oficial con los radicales, y a partir de 1946 el partido adoptaría paulatinamente una fisonomía distinta<sup>148</sup>.

También había en estas transformaciones un aspecto generacional. La primera generación política (Grove, Matte y Schnake) había quedado atrás, y una nueva generación encabezada por Ampuero y con la participación de Eugenio González, Aniceto Rodríguez y Salomón Corbalán, entre otros, asumía la conducción de un partido definido en el mencionado congreso como "revolucionario y de clase"<sup>149</sup>. Según el parecer de esta nueva generación política, el partido debía recuperar su definición marxista, clasista y revolucionaria, como lo señalaba la Declaración de Principios de 1933. La gran autocritica asumida por el nuevo liderazgo partidario hacia fines de los años cuarenta era que estos rasgos fundacionales se habrían visto desdibujados por la práctica reformista, electoralista y parlamentarista que el PSCH habría seguido en sus primeros años, especialmente al interior del Frente Popular. Esta fue la postura que se impuso finalmente en 1946, bajo la conducción de Raúl Ampuero.

Por otro lado, ante la gran confusión ideológica reinante al interior del partido, avalada por lo que se estimaba era una práctica inconsecuente de más de una década, una de las primeras decisiones de la nueva dirección partidaria fue la de llamar a una Conferencia Nacional de Programas para 1947. Dicha tarea le fue encomendada a Eugenio González, quien tuvo a su cargo la redacción del programa que sería, en definitiva, oficialmente aprobado.

De origen anarquista, al igual que Oscar Schnake, y junto a él militante originario de la ARS, Eugenio González había ocupado el cargo de Ministro de Educación en la República Socialista de 1932. Participó luego en forma activa en la campaña presidencial de Marmaduke Grove, en octubre de ese

---

<sup>148</sup> En el Congreso partidario de 1946 Ampuero se enfrentó a Salvador Allende, al que ganó por 7 votos. Los trotskistas fueron decisivos en el triunfo de Ampuero, pues de los 14 delegados del tronco trotskista, 10 apoyaron a Ampuero y 4 a Allende (ver, Oscar Waiss, op. cit., 88).

<sup>149</sup> Jobet, op. cit., 199.

mismo año, y concurrió a la formación del nuevo Partido Socialista de Chile en abril de 1933. Hombre de letras, González se desempeñó como activo militante socialista hasta llegar a ser miembro del Comité Central en 1946, y secretario general del partido en 1948. Elegido senador entre 1949 y 1957, se retiró de la política activa para dedicarse a la vida académica, en la que llegó a ser rector de la Universidad de Chile.

Tal vez como ninguna otra figura en el socialismo chileno Eugenio González desarrolló un marco teórico consistente y acabado de lo que podríamos denominar una auténtica concepción socialista democrática, y desde la propia perspectiva marxista.

En efecto, su punto de partida fue el marxismo, pero, habría que añadir, dentro de una concepción no dogmática del marxismo —como era, por lo demás, la contenida en la Declaración de Principios de 1933. González sostenía, según quedaba expresado en el Programa de 1947, que el socialismo era una necesidad histórica que emergía de las contradicciones internas del capitalismo y como superación del mismo. Añadía que la lucha de clases constituía el factor dinámico por excelencia de la vida histórica y que el capitalismo se encontraba agotado, habiendo el mundo entrado en un período de “revolución social”<sup>150</sup>.

Pero, más allá de estos contenidos programáticos, reminiscentes de una cierta interpretación clásica del socialismo marxista, lo que encontramos en Eugenio González es un socialismo de un fuerte contenido ético: me atrevería a decir, incluso, de una marcada orientación jauresiana.

Dos conceptos desarrollados por González avalan la afirmación anterior: por un lado, su concepción del “humanismo socialista”. En efecto, para el dirigente socialista “el socialismo es, en esencia, humanismo”, lo que emana de su propia concepción del “hombre integral, en la plenitud de sus atributos morales y de sus capacidades creadoras”.

Pero, junto con este concepto del humanismo socialista, encontramos un notable paralelo con el teórico francés Jean Jaurès en la concepción misma del socialismo que se postula como auténtico o verdadero, y su relación con la democracia política. Es así como la revolución socialista, según González, no surgía en oposición a la revolución burguesa, sino como profundización de la misma. “El socialismo —según el dirigente socialista— recoge las conquistas políticas de la burguesía para darles la plenitud de su sentido humano”. Se trataba en verdad de superar el carácter limitado de la revolución burguesa, procurando extender “a todos los miembros de la sociedad las ventajas de la seguridad económica y las posibilidades de libertad creadora que hoy son privativas de minorías privilegiadas”.

Lo anterior estaba vinculado, a la vez, con su visión del liberalismo y la conexión de este último con el socialismo. Si, en general, puede advertirse

---

<sup>150</sup> Cuando no se señale lo contrario, las citas que siguen están tomadas del Programa de 1947, el que puede encontrarse en Julio César Jobet y Alejandro Chelén Rojas, *Pensamiento Teórico y Político del Partido Socialista de Chile* (Editorial Quimantú, Santiago, 1972) 67 y siguientes.

en González una orientación jauresiana, en relación a este punto puede dibujarse un paralelo incluso con el propio Edward Bernstein.

En efecto, González no veía al socialismo en oposición al liberalismo: antes bien, destacaba los elementos de continuidad entre ambos. En un debate en el Senado, su arena natural, González señalaba en 1933: “no hay oposición entre el liberalismo político y el socialismo democrático. Por el contrario, el socialismo democrático quiere hacer efectivas para todos los hombres, sin distinciones de ninguna especie, las realizaciones de la burguesía liberal en el orden político”<sup>151</sup>. La oposición de González estuvo dirigida al capitalismo más que al liberalismo —al igual que Jaurès, en Francia.

El dirigente socialista no cesó en denunciar el carácter meramente formal de la “pseudodemocracia actual”, lo que consideraba inherente al carácter limitado de la democracia liberal. En efecto, en el Programa de 1947 señalaba que “la democracia así concebida, de una manera mecánica, tiene un alcance puramente formal y la libertad interpretada como expresión abstracta de la soberanía no pasa de ser una ficción metafísica”. Ante ello proponía una democracia real o verdadera, a la que denominaba en forma algo confusa “democracia orgánica”; una democracia, de acuerdo a su propia definición, en que “los hombres, ciudadanos y productores, realizarán la integración de lo individual y lo colectivo, de la libertad y la necesidad”.

Nada de ello, sin embargo, podría interpretarse como introducción de un elemento de duda en torno al valor asignado a la democracia política y sus instituciones, y su relación con el socialismo. Una síntesis de estos aspectos puede encontrarse magistralmente expresada en su discurso de despedida del Senado, en 1957<sup>152</sup>.

En dicho discurso, el socialismo ya no era presentado como una necesidad histórica ineludible (Programa de 1947), sino como un “imperativo insoslayable de la conciencia moral”, como “esperanza de superación humana”, como “fuerza ética”; es decir, en la línea jauresiana que hemos sugerido, el socialismo visto como deseable más que como inevitable, como fuerza ética más que como ciencia. Hacer posibles conjuntamente la libertad política, la justicia económica y el desarrollo espiritual, tal era el desafío socialista: “planificación económica dentro del Estado democrático con vistas a la dignificación espiritual de la vida humana, tal podría ser la fórmula expresiva del pensamiento socialista”.

Junto con lo anterior, en el mismo discurso en referencia, González señaló la necesidad de adecuar los medios a los fines; no era concebible un divorcio entre ambos. Si bien es cierto, señala González, que “el socialismo es revolucionario por sus objetivos”, ello no puede lograrse a través de métodos “dictatoriales”, o de la “violencia estatal”, ni menos bajo la forma del “Estado totalitario”. Es en dicho contexto, según González, donde debe definirse la

<sup>151</sup> Eugenio González, “El Socialismo frente al Liberalismo”, en Jobet y Chelén, op. cit., 104.

<sup>152</sup> Las citas siguientes, salvo que se señale lo contrario, son tomadas de dicho discurso (Actas del Senado, sesión del 14 de mayo de 1957).

relación entre socialismo y democracia: “de ahí que no nos parezca posible separar el socialismo de la democracia. Más aún, sólo utilizando los medios de la democracia puede el socialismo alcanzar sus fines sin que ellos se vean desnaturalizados”.

Se trataba, pues, de profundizar la democracia y no de sustituirla, teniendo como centro la dignificación de la persona y el respeto por los derechos humanos: “la democracia puramente formal —señala González—, de alcances civiles y políticos, tiene que llegar a ser una democracia real, de contenido económico y social, pero sin que su sentido histórico y moral, que es por sobre todo la preservación de los derechos humanos, experimente menoscabo alguno en provecho del poder del estado o del progreso de la economía”.

Es fácil comprender, pues, por qué nos hemos detenido en el pensamiento de Eugenio González, procurando desentrañar el sentido profundo de su humanismo socialista, y el claro nexo que él mismo advierte entre socialismo democrático y liberalismo político. Dicho planteamiento se ubica de lleno en la más pura tradición socialista democrática de Occidente.

Dos aspectos quisiéramos destacar, finalmente, del pensamiento del teórico socialista chileno; ambos, de una dimensión cuasiprofética. El primero de ellos dice relación con su crítica despiadada al comunismo soviético, anticipando así la crítica que desde el socialismo democrático de Occidente se dirigiría hacia el mundo de los llamados “socialismos reales”, algunos años o décadas más tarde. En efecto, junto con su crítica al capitalismo financiero, González dirigió una dura crítica al comunismo soviético, el que “sirve de vehículo al afán hegemónico y nacionalista del Estado ruso”<sup>153</sup>. Sin desconocer la transcendencia de la Revolución de Octubre, González pensaba que ella se había transformado “en una mera estatización, que condujo progresivamente a un régimen de capitalismo de Estado, dirigido por una burocracia que ejerce el poder en forma despótica, sometiendo a una verdadera servidumbre a la clase trabajadora”. Este concepto, que González asimilaba a las características de un Estado totalitario, era visto como incompatible con un socialismo auténticamente revolucionario y democrático.

Un segundo y último aspecto que quisiéramos enfatizar se refiere a la extraordinaria y lúcida anticipación que Eugenio González hiciera sobre cómo podían evolucionar los hechos en la realidad concreta de la política chilena, bajo ciertas condiciones. Sus palabras encontrarían una trágica constatación en el desarrollo posterior de los mismos. Si, en general, hemos considerado que los conceptos vertidos por Eugenio González no encontraron suficiente eco al interior del Partido Socialista, la advertencia que hiciera en su discurso en el Senado, en 1957, sería desoída en los años siguientes por el conjunto de los partidos democráticos y progresistas, a los que él denominara partidos “de avanzada social”.

Ya en 1953, en el mismo Senado, Eugenio González se había preguntado: “¿Existe algún obstáculo insalvable para que los partidos de avanzada social,

<sup>153</sup> Estas citas están tomadas del Programa de 1947.

afines en sus concepciones económicas, coincidentes en sus principios libertarios, similares en sus métodos políticos, representativos, en su conjunto, de la inmensa mayoría nacional, encuentren las bases positivas de una acción solidaria en el Parlamento y en el Gobierno?"<sup>154</sup>. Cuatro años más tarde, llamándolos de la misma manera —“partidos de avanzada social”— y en el mismo escenario anterior, González advertía: “De ellos depende, fundamentalmente, que nuestra democracia representativa —de la cual tanto nos enorgullecemos, a pesar de sus graves tergiversaciones— siga su curso regular, perfeccionando las instituciones libres y abriendo cauce a las transformaciones económico-sociales, o vaya a desembocar en conflictos que imposibiliten la continuidad del Estado de Derecho” —una lúcida anticipación del dilema que enfrentó la política chilena en los años siguientes.

Sin embargo, tal como lo hemos anticipado, los acontecimientos posteriores en la vida del PSCH marcaron un rumbo distinto. Un año después de haber sido aprobado el Programa de 1947, con algunos de los lineamientos ya reseñados, tuvo lugar la más importante división en la historia de dicho partido, sólo comparable a la que tendría lugar más tarde, en 1979. De ella resultó la formación de dos partidos: el Partido Socialista Popular (PSP) —podría decirse que de continuidad histórica, conducido por la generación política de Raúl Ampuero— y el Partido Socialista de Chile (PS); dicha división y los acontecimientos posteriores dejarían prácticamente en el olvido buena parte de los contenidos del Programa de 1947.

En 1946 había sido elegido como Presidente de la República Gabriel González Videla. Pese a que los comunistas apoyaron entusiastamente a González Videla —con tres ministros en su gabinete—, al poco tiempo, en consideración a la alta votación obtenida por el Partido Comunista (lo que quedó demostrado en el 17% obtenido en las elecciones municipales de 1947), y a las presiones de Estados Unidos en pleno período de la Guerra Fría, González optó por expulsar a los comunistas de su gabinete.

Con la intensificación de las tensiones internacionales y ante la necesidad de contar con el apoyo económico de Estados Unidos, González Videla pasó derechamente a la persecución de los mismos comunistas que lo habían llevado al poder, dictando en 1948 la Ley de Defensa de la Democracia. Con ello se proscribió al Partido Comunista de la vida política hasta 1957, cuando dicha norma fue derogada.

Lo que resultó inadmisibles para el Partido Socialista fue que algunos miembros del partido, encabezados por Ibáñez y Rossetti, no sólo apoyaran la dictación de dicha ley represiva, sino que se sumaran activamente a la cruzada anticomunista de González Videla. Esto provocó la expulsión de los últimos “colaboracionistas”, consumándose la división entre el PS, formado por estos últimos, y el PSP, encabezado por Ampuero. Gracias al apoyo brindado por el gobierno, los primeros lograron mantener para sí el nombre

---

<sup>154</sup> González, “El Socialismo frente al Liberalismo”, op. cit., 116.



del partido, pero fueron estos últimos, sin lugar a dudas, los continuadores históricos del socialismo chileno.

Por ese entonces la política partidaria en Chile experimentaba un serio desgaste y pérdida de credibilidad. No sólo porque el último de los gobiernos radicales estaba frustrando, una vez más, las esperanzas de vastos sectores populares, sino porque en la opinión pública comenzaba a emerger una reacción contraria a la acción de los partidos. En ese contexto, la población se volcó masivamente hacia quien con mayor vigor había denunciado la práctica agotada del partidismo: Carlos Ibáñez, al cual pasó a llamársele el General de la Esperanza.

Lo paradójico es constatar que el PSP, que sólo algunos años antes había decidido enfatizar su opción como un partido revolucionario y de clase, brindó su apoyo a Carlos Ibáñez. La llama del populismo aún no se había extinguido completamente dentro del partido: el PSP optó, en su XIV Congreso de 1952, por dar su apoyo al mismo caudillo que los había perseguido en años anteriores<sup>155</sup>. Los socialistas encontraron en Ibáñez aún viva la llama del antiimperialismo, junto a un sentimiento antioligárquico que jamás se había extinguido.

No obstante, hubo algunos socialistas al interior del PSP que se negaron a brindar su apoyo al mismo que se había desempeñado como dictador en la década de 1920. Entre ellos, Salvador Allende. Enfrentados a la elección presidencial de 1952 y contrarios a la decisión del PSP, los integrantes de este sector pasaron a fusionarse con el PS, que entonces se había desprendido de Bernardo Ibáñez, Juan B. Rossetti y otros elementos otrora "colaboracionistas". El Partido Comunista, por su parte, aún fuera de la ley y desde la clandestinidad, apoyó la idea de levantar la candidatura presidencial de Allende, la que se formalizó a través del llamado Frente del Pueblo, integrado por el PS y el PC. Fue la primera de las cuatro candidaturas presidenciales de Allende, habiendo obtenido una muy escasa votación.

Ibáñez arrasó en la elección, recibiendo casi la mitad de los votos, procediendo enseguida a integrar a dos dirigentes del PSP como ministros en su gabinete, junto con asignar algunas subsecretarías y repartir otros tantos puestos en la administración pública a militantes de dicho partido. A los pocos meses, una elección parlamentaria (1953) hizo aumentar considerablemente la cuota de representación del PSP; este último, identificado con el ibañismo, eligió a cuatro senadores y dieciocho diputados, con un 10% de la votación, mientras el PS elegía a un senador (Salvador Allende) y cinco diputados, con una escasa votación.

Sin embargo, la alianza entre Ibáñez y el PSP quedó disuelta ese mismo año, al constatar este último que el viejo caudillo se apartaba del programa que lo había llevado al poder y que había justificado el apoyo de los socialistas.

---

<sup>155</sup> Este elemento populista se habría visto reforzado, según Muñoz, por una cierta asociación que los socialistas chilenos hacían entre Ibáñez y el peronismo argentino, un ejemplo clásico de populismo latinoamericano (Muñoz, op. cit., 18).

Estos últimos habían jugado su última carta populista y las lecciones de dicha experiencia, sumadas a las anteriores del Frente Popular, llevarían al nuevo Partido Socialista de fines de los años cincuenta por un nuevo rumbo, a partir de una fuerte autocrítica en relación a sus primeros años de existencia, a la vez que marcarían un progresivo cuestionamiento de las instituciones de la democracia representativa.

### *El Proceso de Leninización*

Superada la etapa del “frente populista” —como se le conocería más adelante—, marcada por la idea de colaboración entre clases antagónicas, el Partido Socialista comenzó a marcar un nuevo rumbo; primero, afirmando su carácter clasista, en torno a la tesis del Frente de Trabajadores y, luego, afirmando su carácter revolucionario, bajo la influencia de la Revolución Cubana. Finalmente, hacia mediados de la década de 1960, el PSCH adoptó una definición leninista. Todo este proceso, llevado a cabo a partir de una fuerte autocrítica en torno a sus primeros años de existencia y de las nuevas condiciones internas y externas de la política chilena, tuvo como hilo conductor un progresivo cuestionamiento de las instituciones de la democracia representativa.

El período que va entre 1953 y 1957 fue uno de definiciones y de unidad tanto para el Partido Socialista como para la izquierda en general, y el movimiento sindical en particular. En 1953 se formó la Central Única de Trabajadores (CUT), dando un nuevo impulso a la actividad sindical, tras la disolución de la CTCH en 1946. En 1955, en su XVI Congreso de Valparaíso, el PSP adoptó oficialmente la tesis del Frente de Trabajadores, la que logró también imponerse en la creación del Frente de Acción Popular (FRAP), una alianza entre el PS, el PSP y el PC, formada en 1956. Finalmente, esa tesis también prevaleció en el XVI Congreso de Unidad de 1957, en que el PS y el PSP se refundieron nuevamente en un solo partido.

La tesis del Frente de Trabajadores surgía tanto de la autocrítica en torno a la alianza multiclasista del Frente Popular, como de las nuevas concepciones desarrolladas por los socialistas en torno a las características de la revolución en Chile y América Latina. En efecto, tanto en el Programa de 1947 como en las concepciones del PSP, se desechaba la clásica idea de la “revolución por etapas”; esto es, la idea de una revolución socialista precedida por la revolución democraticoburguesa. La ausencia de una burguesía nacional, en estos países semicoloniales y dependientes, hacía que no fuera dable esperar las transformaciones democratizadoras logradas en los países capitalistas (reforma agraria, industrialización, autonomía nacional), impulsados por una burguesía nacional, autónoma y creadora.

De ese modo, primero el PSP y luego el PSCH en su conjunto, optaron por la tesis de una “revolución democrática de trabajadores”, concebida esta última como una situación intermedia entre la revolución democraticoburguesa y la revolución socialista. Este proceso, con miras a la formación de la República Democrática de Trabajadores, tendría que ser asumido y llevado

a cabo bajo la conducción de la clase obrera y sus representantes (socialistas y comunistas). Tal fue la tesis que se impuso en el PSP, en 1955, en el PSCH, tras la reunificación de 1957, y en el FRAP, en 1956<sup>156</sup>.

Tal vez, el aspecto más característico de la tesis del Frente de Trabajadores estuvo en su carácter marcadamente clasista. Junto con ello, sus implicancias políticas aparecían como aún más decisivas: no habría más alianzas con fuerzas burguesas o pequeñoburguesas, al interior de una coalición multclasista. Sería el eje socialista-comunista, conformado por las únicas fuerzas verdaderamente representativas de la clase trabajadora, bajo la fórmula del FRAP, el encargado de implementar la tesis del Frente de Trabajadores.

El congreso de unidad del PSCH, en 1957, eligió como nuevo secretario general del partido a Salomón Corbalán, quien se había desempeñado como miembro del Comité Central del PSP desde 1953. El voto aprobado en dicho congreso, junto con denunciar “el carácter formal y fraudulento de la democracia existente”, incluyó una fuerte crítica al Partido Radical, calificándolo de centrista, socialmente híbrido y de “contenido deliberadamente confusio-nista (sic) y reaccionario”. Finalmente, se consideraba a dicho partido como “el peor freno para una efectiva democratización del país”<sup>157</sup>. De este modo, el antiguo aliado del Frente Popular, y más tarde la Democracia Cristiana, aparecía como un freno, un obstáculo a las transformaciones sociales propiciadas por los socialistas; se insinuaba así el dilema de la década de 1960 entre reforma o revolución y la profunda división que iba a afectar a los partidos de avanzada social —como los denominara Eugenio González—, en un cuadro de creciente polarización.

En el lado positivo, el congreso de 1957 llamó a concentrar los esfuerzos en las importantes elecciones presidenciales de 1958. En ellas, Allende, apoyado por el FRAP, obtuvo un segundo lugar a corta distancia (dos puntos porcentuales) del candidato de la derecha, Jorge Alessandri, elegido nuevo Presidente de Chile (1958-1964). El buen desempeño del candidato socialista no sólo reafirmaba la vigencia del FRAP, de reciente creación, sino que creaba grandes expectativas con miras a las próximas elecciones presidenciales de 1964.

Si la tesis del Frente de Trabajadores reafirmaba el carácter clasista del PSCH, la Revolución Cubana reafirmaba su carácter revolucionario. Esta última bien puede considerarse como el hecho político más decisivo e influyente en el proceso de radicalización y leninización llevado a cabo por el Partido Socialista en la década de 1960 y comienzos de los años setenta.

Dicha influencia puede explicarse por varias razones: se trataba de una

---

<sup>156</sup> No fue fácil esto último, pues la tesis del Frente de Trabajadores, defendida por el PSCH, era opuesta a la tesis del Frente de Liberación Nacional, defendida por el PC, que recogía la clásica idea de la “revolución por etapas”; esto es, la idea de la revolución socialista precedida de la revolución democrático-burguesa. El énfasis, según el PC, había que ponerlo en la lucha antiimperialista y antioligárquica, lo que implicaba contar con sectores de la burguesía nacional, cuyos intereses se suponía contrapuestos a los de la oligarquía.

<sup>157</sup> Jobet, op. cit., 33 y sigs.

experiencia latinoamericana, más próxima por lo tanto a la realidad chilena: demostraba que era posible “saltarse etapas” y comenzar a construir el socialismo desde ya, taniendo como eje a la clase trabajadora y cuestionando así la tesis de la revolución por etapas; finalmente, se trataba de una experiencia nacionalista, americanista y antiimperialista, no adscrita, al menos inicialmente, a la política de bloques.

Todos estos factores fueron tenidos en cuenta por el PSCH, con una consideración adicional que la futura evolución del partido se encargaría de confirmar: que aparte de ratificar las tesis de los socialistas sobre el carácter de la revolución en América Latina, cuestionaba radicalmente la “vía pacífica” o “electoral” como camino de acceso al poder. Tal vez fuera éste el impacto más importante de la revolución cubana entre los socialistas chilenos y un factor adicional en la pugna entre socialistas y comunistas.

En efecto, una permanente pugna tuvo lugar entre estos últimos acerca de la cuestión de las vías de acceso al poder. Mientras los comunistas ponían el énfasis en la “vía pacífica”, siguiendo las conclusiones del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética de 1956, recogidas por el PC en su X Congreso del mismo año, los socialistas dirigían cada vez con mayor decisión una crítica frontal a la “vía pacífica”, a la que identificaban con la “vía electoral” dentro de las instituciones de la democracia “burguesa”.

La influencia de la Revolución Cubana en la política del PSCH comenzó a reflejarse muy claramente en las intervenciones de Salomón Corbalán, secretario general del partido entre 1957 y 1961, y en la Revista *Arauco*, del mismo partido, que comenzó a editarse precisamente en 1959.

Junto con advertir el “agotamiento de los modelos formalistas de la democracia burguesa”, especialmente desde 1938 en adelante bajo lo que denominaba el “frente populismo”, el primer editorial de *Arauco* indicaba lo siguiente: “aparece esta revista en un momento en que el eco de la Revolución Cubana agita y conmueve a las masas trabajadoras del continente, encendiendo las esperanzas y dándoles la oportunidad de aprovechar sus fecundas lecciones<sup>158</sup>. Dicho editorial confirmaba la tesis del Frente de Trabajadores y señalaba al FRAP como el instrumento adecuado de la lucha política. Hasta 1966 la revista dedicó decenas de números a la revolución cubana, los que permiten apreciar cómo se fue recepcionando entre los socialistas chilenos ese proceso revolucionario latinoamericano.

Una carta de Salomón Corbalán dirigida al Partido Comunista, en octubre de 1960, señalaba que la revolución cubana había iniciado en América Latina una nueva etapa, indicando el camino que las masas debían seguir: “El ejemplo de Cuba está golpeando intensamente la conciencia popular y le está abriendo los ojos a las masas indicándoles el camino que puede ayudarlos en su empresa de liberación (...). La revolución cubana inicia un verdadero proceso en cadena de la revolución en América Latina”<sup>159</sup>. Algunos meses

<sup>158</sup> *Arauco* (1, octubre de 1959).

<sup>159</sup> En *Arauco* (12, octubre de 1960) 40.

más tarde, en agosto de 1961, en un informe sobre la situación política nacional dirigido al pleno del Comité Central, el mismo Salomón Corbalán abordaba el tema en forma mucho más explícita. Allí señalaba la importancia de la revolución cubana para el proceso chileno, tanto en cuanto al problema del carácter de la revolución en América Latina, como de las vías de acceso al poder. Indicaba que la revolución cubana, “que nació rompiendo los esquemas de unidad nacional, de colaboración de clase, que barrió con la idea de fortalecer la revolución democrático-burguesa, es la expresión práctica de la política que sostenemos”. Se trata, añadía, de que “en nuestro país, de acuerdo a nuestra realidad, debemos buscar el enfrentamiento de la clase trabajadora con la clase enemiga sin propiciar el entendimiento o la vía pacífica”<sup>160</sup>.

Este último aspecto era analizado más adelante y en forma detenida: “no estamos resignados —señalaba Salomón Corbalán— a esperar pacientemente y a enseñar a las masas la espera por una contingencia electoral para producir el cambio que el país reclama. Creemos que si este cambio ha de producirse será cuando las condiciones objetivas se presenten propicias y sobre la base de la insurgencia popular”. Junto con cuestionar la “vía pacífica”, que era considerada como un camino de conciliación, y la “vía electoral”, que correspondía “a las reglas del juego dictadas por la democracia burguesa”, Corbalán concluía en forma perentoria: “el enfrentamiento de clase debe producirse y nosotros lo buscamos”. Finalmente, las resoluciones del pleno del Comité Central de agosto de 1961 señalaban: “si no es hoy, será mañana. Por una vía o por otra se acerca un enfrentamiento decisivo que ha de hacer posible la revolución socialista en Chile”. Dichas resoluciones, junto con solidarizar activamente con Cuba, hacían notar “la profunda coincidencia entre la política del gobierno revolucionario de Cuba y nuestra línea del Frente de Trabajadores”<sup>161</sup>.

Esta suerte de identificación entre la tesis del Frente de Trabajadores y la revolución cubana, que daba cuenta de un nuevo lenguaje al interior del partido, fue confirmada en el informe de Salomón Corbalán al XIX Congreso del PSCH realizado en noviembre de 1961. Junto con advertir un mayor acercamiento entre socialistas y comunistas, señalaba que la tesis del Frente de Trabajadores “ha recibido su confirmación cabal como tesis válida para nuestro continente en la revolución cubana. Allí se ha cumplido fielmente esto de que no es una revolución burguesa, de que sólo la puede realizar la clase trabajadora, obreros, asalariados y campesinos, y que desemboca fatalmente en transformaciones socialistas”<sup>162</sup>.

De esta manera la revolución cubana se fue convirtiendo en el principal referente externo, con enormes implicancias para el desarrollo político del Partido Socialista. Junto con confirmar la tesis del Frente de Trabajadores,

<sup>160</sup> En Arauco (19, agosto de 1961) 5 y sigs.

<sup>161</sup> En Arauco (19, agosto de 1961) 21 y 22.

<sup>162</sup> Salomón Corbalán, “Por un Frente de Trabajadores”, en Alejandro Witker, op. cit., 60.

ahora en un tono más cubanizado, el partido comenzó a alejarse de la "vía electoral" o "pacífica". Las influencias externas, siempre decisivas en la evolución histórica del PSCH, habían variado desde el populismo latinoamericano alrededor de un proyecto socialista nacional y popular, a la revolución cubana, confirmando lo que ya se insinuaba como un proyecto socialista, clasista y revolucionario, destinado a adquirir en el futuro un perfil más marcadamente leninista e insurreccional.

Lo cierto es, sin embargo, que la permanente contradicción entre una retórica revolucionaria y una práctica reformista se vio agudizada en la primera mitad de la década de 1960. Bajo la dirección del nuevo secretario general del partido, Raúl Ampuero (1961-1965), este tipo de contradicción se mantuvo y profundizó. Por un lado, Ampuero reafirmaba el nuevo curso adoptado por el partido. Así, en un intercambio de cartas con Luis Corvalán, secretario general del Partido Comunista, en 1962, Ampuero cuestionaba decididamente la "vía pacífica" adoptada por los comunistas. Junto con rechazar una vez más la política de bloques a la que adhería el PC, el nuevo secretario general del PSCH señalaba que la vía pacífica tendía "a crear en las masas una falsa confianza en lo que pudiéramos llamar la 'normalidad' de las instituciones democráticas (...) mientras nosotros, por el contrario, estamos convencidos de que, por la propia profundidad de la crisis social que vivimos, toda la formalidad del sistema republicano tradicional está siendo dolorosamente barrenada para perpetuar en el poder a las minorías oligárquicas"<sup>163</sup>.

Por otro lado, sin embargo, la realización de elecciones municipales en 1963, presidenciales en 1964, y parlamentarias en 1965, sumieron al PSCH, al igual que al resto de las fuerzas políticas, en una verdadera vorágine electoral. Atrás y en el olvido quedaban las referencias a la revolución cubana.

Ante la inminencia de las elecciones presidenciales, fue el propio Salvador Allende quien tomó la iniciativa, procurando subrayar que la campaña del terror montada por la derecha con el apoyo norteamericano, denunciando el peligro de ver reproducida la revolución cubana en Chile, no tenía fundamento. En una entrevista en enero de 1964 Allende señalaba que en el contexto latinoamericano Chile era un caso interesante, excepcional y hasta aleccionador de lo que era "una correcta democracia representativa", añadiendo que lo que se necesitaba era fortificarla en sus elementos reales. Aclaraba que la revolución chilena tendría lugar sin alterar "los hábitos cívicos que imperan", enfatizando la necesidad de un "perfeccionamiento de nuestro sistema electoral"<sup>164</sup>.

Allende no estaba, con declaraciones como ésta, creando una apariencia de legalismo y moderación que ocultara intenciones de signo contrario. Estaba convencido de que el socialismo era una profundización de la democracia y

<sup>163</sup> En Jobet y Chelén, op. cit., 563.

<sup>164</sup> En Arauco (48, enero de 1964) 6.

no una alternativa a la misma. Su tesis, que en cierto modo rompía con la tendencia que se venía insinuando anteriormente en el Partido Socialista, logró imponerse sorpresivamente en el XX Congreso de febrero de 1964, muy marcado por la proximidad de las elecciones presidenciales. Dicho congreso descartó la vía insurreccional y señaló su confianza en el resultado de las próximas elecciones: "Enfrentamos las elecciones —decía el informe del Comité Central— porque existen condiciones favorables para ganarlas, y porque ganándolas, ellas deben abrir una nueva etapa en el desarrollo de la revolución chilena. Además, porque objetivamente no existe otra opción"<sup>165</sup>.

Este congreso, que desde 1965 en adelante sería enjuiciado por el propio partido en la forma más severa, señalándolo como un período de "descenso", se constituyó en el motivo de que un grupo de jóvenes socialistas de Concepción abandonara el partido. En 1965 pasarían a formar el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Señalaron dichos jóvenes que, ante la proximidad de las elecciones presidenciales, el Partido Socialista había sustituido la línea revolucionaria por el oportunismo; añadían que "la vía pacífica se ha mostrado como la pantalla revisionista para encubrir la colaboración de clases, el sometimiento a las instituciones democraticoburguesas y la seguridad de un gobierno no socialista, sumiendo de este modo al movimiento popular en un cretinismo electoral". Llamaban finalmente "a restaurar la pureza revolucionaria del marxismo frente a la traición abierta del revisionismo"<sup>166</sup>.

A pesar de las críticas recibidas y del tono amenazante de la campaña del terror, Allende procuró por todos los medios demostrar que su candidatura presidencial no tenía el tono amenazante que se le atribuía. En agosto de 1964, un mes antes de las elecciones presidenciales, el candidato socialista indicaba que lo que su candidatura pretendía era, "dentro de los márgenes de la Constitución, fortalecer y ampliar las garantías individuales y establecer los derechos sociales". Añadía que la revolución chilena no sería como la cubana, "con sabor a ron y gusto a azúcar", sino con "sabor a empanadas y vino tinto". Insistió en que no se pretendía llevar a cabo la instauración de un régimen marxista sino de uno democrático, nacional, popular y revolucionario, de transición al socialismo. Señaló que no estaban dadas las condiciones para llegar al socialismo y que "nuestra posición tiene un sentido claramente nacional y no obedece a una posición marxista". Finalmente, al preguntársele por su opinión sobre Pedro Aguirre Cerda, el ex abanderado radical del Frente Popular, del cual Allende fuera ministro, señaló: "Espero, si soy elegido Presidente, dejar un recuerdo parecido. Él fue un hombre leal al pueblo, a su programa y a sus convicciones"<sup>167</sup>.

Este lenguaje moderado, que estuvo presente en la vida del partido entre

<sup>165</sup> En Arauco (79, agosto de 1966) 23.

<sup>166</sup> En Jobet, op. cit., 100.

<sup>167</sup> En Arauco (55, agosto de 1964) 5 y sigs.

1962 y 1964, y que procuraba neutralizar la tendencia que venía desarrollándose en torno al Frente de Trabajadores y la revolución cubana, no tuvo éxito. Fue Eduardo Frei, el candidato de la Democracia Cristiana, contando con el apoyo electoral de la derecha, quien obtuvo la mayoría absoluta de los votos, convirtiéndose así en el nuevo Presidente de la República (1964-1970).

El ascenso de la Democracia Cristiana al poder habría de tener una importancia decisiva en el proceso de radicalización de la izquierda en general y del Partido Socialista en particular. Ello, por tres razones fundamentales: en primer lugar, porque la percepción de los socialistas era que el PDC, bajo la apariencia de un discurso progresista, formaba parte de los planes de Estados Unidos para América Latina y representaba intereses de clase que, en definitiva, no podían ser distintos de los de la derecha que lo había apoyado electoralmente. La nueva fuerza política en el gobierno era, pues, ante los ojos de los socialistas, la “otra cara” del imperialismo y la “nueva cara” de la derecha.

En segundo lugar, porque, aunque lo anterior correspondía efectivamente a la percepción de los socialistas, lo cierto era que la Democracia Cristiana arrebató a estos últimos una buena parte de sus banderas de lucha, con una dosis significativa de arraigo popular. Políticas como la sindicalización campesina, la reforma agraria y la chilenización del cobre, entre otras, impulsadas por la Democracia Cristiana, correspondían a consignas largamente proclamadas por los partidos de izquierda. Así, un editorial de la revista *Arauco*, dos meses después de la elección presidencial, resumía elocuentemente este punto: “Pocas veces el movimiento de izquierda se había encontrado frente a una disyuntiva más peligrosa que el enfrentamiento a un gobierno de las características de la DC”<sup>168</sup>. En la misma línea anterior, el congreso partidario celebrado en Linares en 1965, confirmaba esa impresión llamando a no subestimar el apoyo popular con que contaba el PDC: “Tenemos que enfrentarnos por primera vez a un gobierno que, con objetivos distintos a los nuestros, moviliza al pueblo con un programa que en muchos aspectos es nuestro programa”<sup>169</sup>.

En tercer lugar, la radicalización socialista se vio agudizada porque la Democracia Cristiana ocupó el centro político chileno de un modo aplastante y excluyente, lo que contribuyó a empujar a la izquierda más a la izquierda y a la derecha más a la derecha. En efecto, no sólo la Democracia Cristiana obtuvo un triunfo aplastante en las elecciones presidenciales de 1964 y parlamentarias de 1965, sino que el carácter mismo de dicho partido, altamente ideológico, introdujo una nueva dinámica en el sistema de partidos chileno. Como partido ideológico el PDC incorporó un grado de rigidez e inflexibilidad incompatible con las reglas del Estado de Compromiso que hasta entonces había descansado en la capacidad de negociación de las fuerzas

<sup>168</sup> En *Arauco* (59, diciembre de 1964) 9.

<sup>169</sup> En *Arauco* (79, agosto de 1966) 33.



políticas. Ello había sido posible, en gran parte, por la gravitación en el centro político de un partido como el radical, altamente flexible y pragmático, que había buscado aliados tanto hacia la derecha como hacia la izquierda. En cambio, la tesis del “camino propio” del PDC, que lo llevó a gobernar como partido único, y su carácter alternativista, suponía que era posible avanzar hacia transformaciones profundas sin aliados en el poder, al interior de un proyecto globalizante y, por lo mismo, excluyente. Con el triunfo contundente de la Democracia Cristiana, un centro flexible fue reemplazado por un centro ideológico y rígido, que empujó a la izquierda más hacia la izquierda y a la derecha más hacia la derecha, contribuyendo todo ello a la polarización de la política chilena<sup>170</sup>.

Estos tres elementos contribuyeron poderosamente al proceso de radicalización del Partido Socialista. Aunque los rasgos más sobresalientes de dicha radicalización ya estaban bastante defiridos a comienzos de la década de 1960, la elección de Eduardo Frei en 1964, y el ascenso al poder de una democracia cristiana con las características ya señaladas, llevaron al Partido Socialista a acentuar aún más sus posiciones; ello, a fin de diferenciar claramente su propio perfil ideológico (revolucionario) de aquél de la democracia cristiana (reformista). Así, para el Partido Socialista el reformismo pasó a ser el peor enemigo de la revolución. De allí la bien conocida frase del nuevo secretario general, Aniceto Rodríguez (1965-1971), sobre la actitud que adoptarían los socialistas frente al gobierno democratacristiano: “le negaremos la sal y el agua”.

Sumados a la autocrítica en torno a la experiencia del Frente Popular y a la decisiva influencia de la revolución cubana, la derrota electoral de 1964 y el advenimiento al poder de la Democracia Cristiana actuaron de una manera significativa en el proceso de radicalización del PSCH, sumiendo a este último en una profunda revisión, una vez más, de su práctica más reciente. Todo ello quedaría reflejado en los congresos partidarios de Linares (1965), Chillán (1967) y La Serena (1971).

Un pleno del Comité Central del Partido Socialista convocado para diciembre de 1964, dos meses después de la elección presidencial, iniciaba el proceso de autocrítica. Las resoluciones de dicho pleno señalaban que había que enfatizar la línea revolucionaria del Frente de Trabajadores, la que se habría visto desdibujada en la jornada electoral de 1964: “esos resultados —señalaban dichas resoluciones— han echado por la borda las formas tradicionales y el espíritu que han presidido las acciones de la izquierda”<sup>171</sup>.

Esta posición recibió una total confirmación en el XXI Congreso partidario de junio de 1965, comúnmente llamado Congreso de Linares, convocado luego de las elecciones parlamentarias de marzo de ese mismo año. En esas

---

<sup>170</sup> Sobre el punto anterior y el nuevo papel del centro político, se puede ver el interesante trabajo de Arturo Valenzuela, *The Breakdown of Democratic Regimes: Chile* (The Johns Hopkins University Press, 1978).

<sup>171</sup> En Casanueva y Fernández, op. cit., 214.

elecciones el PDC había obtenido un 42% de los votos, contra un 10% de los socialistas. Ello confirmaba, según las resoluciones de dicho congreso, las escasas o nulas posibilidades de acceder al poder por la vía electoral.

El voto aprobado en dicho congreso tuvo como base un documento redactado por Adonis Sepúlveda, representante del ala trotskista del partido, miembro del Comité Central desde 1964 y futuro subsecretario general del PS<sup>172</sup>. Señalaba dicho documento que la campaña presidencial de 1964 había desdibujado la política del FRAP en torno al Frente de Trabajadores, adoptada como tesis de la izquierda desde 1957 en adelante. La derrota de 1964 habría demostrado el “callejón sin salida del democratismo burgués”; “fuimos arrastrados —continúa el documento— por una puerta falsa, al respeto de la institucionalidad burguesa y a la política de las ‘vías pacíficas’”. Fustigó al partido por haber optado, en su XX Congreso de 1964, por “la ilusión de la ‘vía pacífica’ que pregona el Partido Comunista, pero jamás nuestra legítima línea del Frente de Trabajadores”. Haciendo alusión al “camino legal” de Allende, señaló que los que creyeron en el veredicto democrático de las urnas, deben “asumir también ahora la cuota de responsabilidad que les corresponde en la derrota”. Concluía indicando que “nuestra estrategia descarta de hecho la vía electoral como método para alcanzar nuestro objetivo de toma del poder”.

Este voto fue aprobado en el congreso en referencia, e incluido en las resoluciones del mismo<sup>173</sup>. El documento final de dicho congreso señalaba que el período comprendido entre 1961 y 1964, caracterizado por un electoralismo exacerbado, había sido uno de “descenso”, y llamaba a la transformación revolucionaria del régimen vigente por la clase obrera convertida en clase gobernante. Finalmente, y dando cuenta del nuevo lenguaje y las nuevas concepciones introducidas en la política partidaria, concluían dichas resoluciones que “sólo una concepción revolucionaria, una concepción marxista-leninista consecuente, nos permitirá una congruencia efectiva entre la estrategia y la acción diaria”. Era la primera vez que se adoptaba, oficialmente, el marxismo-leninismo como ideología.

Esta tendencia se vio agudizada aún más en el período comprendido entre el mencionado Congreso de Linares de 1965, y el XXII Congreso partidario de noviembre de 1967, también conocido como Congreso de Chillán. En dicho período el Partido Socialista nuevamente volvió su mirada a la revolución continental y readecuó su estructura interna a las nuevas definiciones ideológicas. También experimentó nuevas divisiones internas.

Luego del Congreso de Linares una delegación del PSCH concurre a la reunión “tricontinental”, celebrada en La Habana en enero de 1966, la que

<sup>172</sup> El voto redactado por Adonis Sepúlveda puede encontrarse en Jobet y Chelén, op. cit., 228 y sigs.

<sup>173</sup> Estas resoluciones pueden encontrarse en Casanueva y Fernández, op. cit., 219; Jobet, op. cit., 112, y Arauco, 66 (julio de 1965) y 79 (agosto de 1966).

congregó a representantes del movimiento revolucionario mundial y continental. Dicha reunión contó con la presencia de partidos y movimientos revolucionarios de Asia, África y América Latina, y la delegación de los socialistas chilenos estuvo conformada por Salvador Allende, Clodomiro Almeyda y Walterio Fierro. Aunque la delegación chilena en su conjunto no suscribió los acuerdos de la conferencia, fundamentalmente por la oposición del Partido Comunista a algunas de sus conclusiones, la delegación socialista asumió un papel activo. A instancias de sus tres delegados, se decidió la creación de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), a fin de estrechar los lazos del movimiento revolucionario latinoamericano.

La actitud de cierta reticencia que había adoptado el Partido Comunista en la reunión tricontinental demostraba el poco entusiasmo que en esos momentos dicho partido sentía por cierto tipo de concepciones revolucionarias, lo que se reflejó también en un ruego intercambio de cartas entre el Partido Socialista y el Partido Comunista. A mediados de 1966, Aniceto Rodríguez, secretario general del PSCH, escribió una carta a Luis Corvalán en la que indicaba que en el pasado reciente había sido un error táctico haber preferido el “triumfo de las urnas” a un “enfrentamiento decisivo de clases”<sup>174</sup>. Ratificando lo dicho sobre la importancia de la elección de 1964, Rodríguez señalaba que dicho acontecimiento creó “una nueva situación política que determina ritmos distintos y métodos también diferentes de trabajo”. Pese a las diferencias, llamaba a socialistas y comunistas a fortalecer su alianza como representantes de la clase trabajadora.

En cuanto a la vida interna del PSCH, en agosto de 1966 tuvo lugar la Conferencia Nacional de Organización, cuya realización había sido acordada en el Congreso de Linares. Su preparación estuvo a cargo de Adonis Sepúlveda y tuvo por objeto readecuar los estatutos y la estructura partidaria a las definiciones ideológicas del congreso anterior<sup>175</sup>. Los nuevos estatutos partidarios, aprobados posteriormente en el Congreso de Chillán, adoptaron como doctrina del partido el marxismo-leninismo, a la vez que definían a la colectividad como un partido de clase y “vanguardia revolucionaria” de los trabajadores. La vida interna del PSCH pasaría a regirse por los principios del “centralismo democrático”. De esta manera, se buscaba contar con un partido funcional a las definiciones ideológicas y programáticas del Congreso de Linares.

Por rivalidades internas y problemas de liderazgos, en 1967 fueron expulsados del PSCH Raúl Ampuero, varias veces secretario general del partido entre 1946 y 1965, junto a un grupo de dirigentes socialistas, los que pasaron a formar la Unión Socialista Popular, de escasa gravitación en el futuro de la política chilena<sup>176</sup>.

<sup>174</sup> En Arauco (77, junio de 1966) 55.

<sup>175</sup> Sobre esta conferencia se pueden ver Jobet, op. cit., 115 y siguientes, y 215 y siguientes.

<sup>176</sup> En un libro escrito por Ampuero, en 1969, el dirigente socialista dejaba entrever su rivalidad con

Ese mismo año se realizó el Congreso de Chillán, el que ratificó los acuerdos políticos adoptados en el Congreso de Linares. Junto con negar el apoyo socialista a la candidatura del radical Alberto Baltra en una elección complementaria en el sur de Chile —apoyo que había sido solicitado tanto por el Partido Radical como por el Partido Comunista— por considerar que ello era una maniobra para “reconstituir la caduca combinación del Frente Popular”, el PSCH avanzó aún más en las definiciones de Linares. No sólo definió al partido como una organización marxista-leninista sino que en lo relativo a los métodos de lucha señaló derechamente que “la violencia revolucionaria es inevitable y legítima”. Es más, añadió que constituía la “única vía” que conducía a la toma del poder, mientras que las formas políticas o legales de lucha eran sólo “instrumentos limitados de acción, incorporados al proceso político que nos lleva a la lucha armada”. El voto ratificó la adhesión al FRAP y al Frente de Trabajadores y señaló que la revolución cubana había dado lugar a acontecimientos que iban “continentalizando el proceso revolucionario y desplazándolo al terreno de la violencia”. La creación de la OLAS, manifestación de esta tendencia, reflejaba “la nueva dimensión continental y armada que ha adquirido el proceso revolucionario latinoamericano”. Asimismo, rechazó la conciliación entre las clases y señaló que, “en resumen, se están desgastando con extraordinaria rapidez las bases del régimen democrático burgués, hasta ahora relativamente estable en nuestro país”<sup>177</sup>.

Es cierto que este nuevo lenguaje político y la adopción de una ideología leninista poco tenían que ver con la práctica política del PSCH. Así, por ejemplo, mientras la colectividad adoptaba el marxismo-leninismo en el Congreso de Linares, y más tarde la “vía armada” en el Congreso de Chillán, en ambos congresos elegía como secretario general del partido a Aniceto Rodríguez, un representante del ala más moderada del partido. Por otro lado, la inminencia de las elecciones parlamentarias de 1969, y presidenciales de 1970, no hacían sino agudizar las contradicciones propias de un partido socialista declaradamente marxista-leninista que actuaba al interior de una institucionalidad democrática que se proponía remover y superar.

Frente a las elecciones presidenciales de 1970 Salvador Allende se encontraba, por decir lo menos, en una posición difícil dentro del Partido Socialista. De alguna manera la gran fuerza derrotada en los congresos de

---

Allende, a quien acusaba de haber caído en un verdadero electoralismo y en un personalismo que pugna con el propio partido (Raúl Ampuero, *La Izquierda en Punto Muerto*, Editorial Orbe, Santiago, 1969, 188 y 222).

<sup>177</sup> Jobet, op. cit., 130. El nuevo Comité Central elegido en dicho congreso dio a conocer, en conferencia de prensa del 3 de enero de 1968, un texto relativamente distinto al aprobado en dicho congreso. Confirmando la adhesión al FRAP, así como su oposición tajante a radicales y demócratacristianos, insistía en definir al PSCH como marxista-leninista y en oponer la violencia revolucionaria a la violencia reaccionaria. Enfatizaba el efecto en cadena de la revolución cubana y el desgaste en Chile del régimen “democrático-burgués”. No obstante, en lo que se refiere al uso de métodos pacíficos o legales, se les consideraba “factores complementarios” y no “instrumentos limitados” incorporados a la lucha armada. El texto íntegro dado a conocer en esa conferencia de prensa puede encontrarse en “El Siglo”, 4 de enero de 1968.

Linares y Chillán había sido el “allendismo”, identificado con el electoralismo. La figura de masas indiscutida del Partido Socialista no encontraba el apoyo suficiente al interior de su propio partido. Dos hechos son claramente demostrativos de lo anterior: por un lado se le negó expresamente, pese a haberlo solicitado, el ingreso al Comité Central del PSCH, formado en el Congreso de Chillán<sup>178</sup>. Por otro lado, el reflejo más claro de su posición minoritaria al interior de la dirección partidaria fue su designación como candidato socialista frente a las elecciones presidenciales de 1970. En efecto, fue designado como tal por una minoría de votos en el Comité Central, mientras la mayoría se abstuvo<sup>179</sup>. Hechos como éstos eran, de alguna manera, una insinuación de las tensiones y conflictos que se iban a desarrollar entre Allende y la dirección del Partido Socialista bajo el gobierno de la Unidad Popular (1970-1973).

Lo cierto es que la cuarta candidatura presidencial de Salvador Allende fue finalmente coronada con el éxito, al obtener una mayoría relativa de un 36,5% de los votos, frente al 34,9% obtenido por el candidato de la derecha, Jorge Alessandri, y el 27,8% obtenido por el candidato de la Democracia Cristiana, Radomiro Tomic. En esas condiciones, el Congreso Nacional, llamado a dirimir entre las dos primeras mayorías, con los votos de los parlamentarios democratacristianos y previa suscripción de un pacto de garantías constitucionales que se tradujo, finalmente, en una reforma constitucional, procedió a elegir a Allende como nuevo Presidente de la República<sup>180</sup>.

Los principales elementos de la plataforma politicoelectoral de Allende estuvieron contenidos en el programa de gobierno de la Unidad Popular<sup>181</sup>. Dicho programa señaló que Chile se encontraba en una crisis profunda que el reformismo se había mostrado incapaz de resolver. Definido como un país “capitalista, dependiente del imperialismo, dominado por sectores de la burguesía estructuralmente ligados al capitalismo extranjero”, Chile aparecía, en la visión de los socialistas, como un lugar en que las recetas reformistas y desarrollistas impulsadas por la Alianza para el Progreso, recogidas por el

<sup>178</sup> Jorge Arrate, asesor económico de Allende y antiguo militante del PSCH, señala: “la exclusión de Allende del Comité Central elegido en el Congreso, no obstante su deseo expreso de formar parte, reveló la magnitud de su derrota y su circunstancia ‘aislamiento dentro del Partido Socialista’” (Jorge Arrate, *La Fuerza Democrática de la Idea Socialista*, Ediciones del Ornitorrinco, Santiago, 1985, 63).

<sup>179</sup> Allende recibió 12 votos a favor, frente a 13 abstenciones (Ver Genaro Arriagada, *De la Vía Chilena a la Vía Insurreccional*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1974, 67 y siguientes y 223). Fue la estructura regional del PSCH, la que confirmó la candidatura de Allende: ganó en 31 de los 34 regionales consultados (entrevista personal con Ricardo Núñez, miembro del Comité Central del PSCH, 1967-1971, 4 de abril de 1986).

<sup>180</sup> La Unidad Popular, base de apoyo político de la candidatura de Allende, estuvo constituida por los partidos socialista, comunista y radical, el Movimiento de Acción Popular Unitario (MAPU) —conformado a partir de una escisión de la Democracia Cristiana en 1969—, la socialdemocracia (un pequeño partido formado en 1967 que obtuvo un 0,9% de los votos en 1969) y la Acción Popular Independiente (API), insignificante electoralmente.

<sup>181</sup> Este programa puede encontrarse en Salvador Allende, *Nuestro Camino al Socialismo: la Vía Chilena* (Ediciones Papiro, Buenos Aires, 1971) 151 y siguientes.

gobierno de Eduardo Frei, no habían logrado resolver los problemas básicos. En síntesis, como señala Rojas, “el programa procuraba transformar una democracia que había estado limitada por relaciones sociales capitalistas”<sup>182</sup>. Para hacer frente a estas limitaciones estructurales se proponía un esquema de profundización democrática en base a la acción unitaria y combativa “de la inmensa mayoría de los chilenos”. Para ello se hacía necesaria una “movilización social” en base a la creación de Comités de la Unidad Popular, los que, junto con interpretar las reivindicaciones más inmediatas, se prepararían para ejercer el Poder Popular. Este Poder Popular, concebido en términos de una alternativa a la democracia burguesa, estaba relacionado con la necesidad de que “el pueblo chileno tome en sus manos el poder y lo ejerza efectivamente”.

Junto con la necesidad de defender las libertades y garantías democráticas que eran consideradas como el resultado de un largo proceso de lucha, y de preservar, hacer más efectivos y profundos los derechos democráticos y las conquistas de los trabajadores, se hacía necesario “transformar las actuales instituciones para instaurar un nuevo estado donde los trabajadores y el pueblo tengan el real ejercicio del poder”. En este proceso de transformaciones y profundización de la democracia, el gobierno “garantizará el ejercicio de los derechos democráticos y respetará las garantías individuales y sociales de todo el pueblo”.

Este proceso de democratización y movilización organizada de las masas, añadía el programa, daría lugar a una nueva estructura de poder basada en la Asamblea del Pueblo, la que se constituiría en la máxima expresión de la soberanía popular.

En el área económica se señalaban una serie de medidas que tenían por objeto “iniciar” la construcción del socialismo. Tal vez el aspecto más relevante de esta sección era la creación de un Área de Propiedad Social, la que contemplaba un área estatal dominante. Ello requeriría de medidas de expropiaciones y nacionalizaciones, las que se enuncian en términos generales, sin mayor especificación. También se reconocía la existencia de un área de propiedad privada y de un área mixta. La discusión en torno al verdadero sentido y alcance de esta Área de Propiedad Social se constituiría tal vez en el principal punto de conflicto entre el gobierno y la oposición bajo el gobierno de la Unidad Popular.

Este programa, especialmente en lo que se refiere al tema de los derechos y libertades democráticos fundamentales, se ubicaba ciertamente más próximo del pensamiento de Allende que de las definiciones más recientes del Partido Socialista. En la redacción del mismo le cupo un rol importante al Partido Comunista, el que, en muchos aspectos, se ubicaría más próximo a las posiciones de Allende que el propio Partido Socialista.

---

<sup>182</sup> Alejandro Rojas, *The Problem of Democracy and Socialism and the Chilean Political Process from the 1880s* (Ph. D. Thesis, York University, Toronto, Canadá, 1984) 248. Garretón también habla, en términos similares, de una “profundización no capitalista” (Manuel Antonio Garretón, op. cit.).

Una de las preocupaciones fundamentales del Partido Socialista era que las definiciones contenidas en los congresos de Linares y Chillán fueran a ser implementadas efectivamente, y no se desdibujaran bajo el nuevo gobierno popular —lo anterior, teniendo especialmente en cuenta las inclinaciones electoralistas de Allende, y la influencia decisiva del Partido Comunista, tanto en la redacción del programa de gobierno como al interior de la Unidad Popular—. Para ello se convocó al crucial Congreso de La Serena, el que tuvo lugar en enero de 1971, sólo dos meses después de que Allende asumiera el poder<sup>183</sup>.

Un intenso debate tuvo lugar en dicho congreso entre Aniceto Rodríguez, quien aspiraba a la reelección, y Carlos Altamirano, quien deseaba imprimirle a la dirección del partido un nuevo sello revolucionario. La primera derrota para Rodríguez estuvo constituida por la no aprobación de la cuenta política que rindiera sobre su mandato reciente (1965-1971)<sup>184</sup>. Junto con lo anterior, la Asamblea decidió elevar el número de miembros del Comité Central de 28 a 45, modificando el procedimiento anterior en el sentido de que, en adelante, el secretario general sería elegido por el Comité Central y no por la Asamblea. En el momento de la elección del nuevo Comité Central los delegados de Aniceto Rodríguez, un tercio del total, se habían retirado —en señal de protesta por la no aprobación de la cuenta política rendida por este último— con lo cual los restantes delegados eligieron un comité que contaba con una mayoría aplastante de delegados partidarios de Altamirano. Este último fue elegido como nuevo secretario general del partido.

El Congreso de La Serena marcó un punto de inflexión en esta última etapa de desarrollo del Partido Socialista. Ello por cuanto, junto con confirmar el proceso de leninización en marcha, la nueva composición de la dirección superior del partido expresó el ascenso de un nuevo elemento militarista, el que había surgido en la vida interna del partido desde mediados de los años sesenta.

En efecto, en 1971, en el Congreso de La Serena, culminó un proceso que fue fraguado desde la segunda mitad de la década de 1960 por el polo leninista del partido. Éste se expresó en cuatro niveles fundamentales, los que quedaron reflejados en la nueva composición de la estructura partidaria superior (un Comité Central de 45 miembros y una Comisión Política de 15).

El primer nivel correspondía al de la discusión ideológica propiamente tal, caracterizado por la adopción del leninismo, y era controlado principalmente por elementos provenientes del ala trotskista del partido. Sus repre-

---

<sup>183</sup> Sobre este congreso pueden consultarse Jobet, *op. cit.*, 169 y siguientes; Casanueva y Fernández, *op. cit.*, 240 y siguientes; y los periódicos "La Nación" (2.2.71), "El Siglo" (2.2.71) y "El Mercurio" (2.2.71).

<sup>184</sup> Del total de 156 delegados que asistieron a dicho congreso, sólo 53 aprobaron la cuenta del secretario general. Un número de 79 delegados se abstuvo, lo que representaba un rechazo tácito de la cuenta rendida. Es interesante consignar que 11 de los 15 parlamentarios socialistas apoyaban a Rodríguez en dicho congreso, lo que confirma que la Brigada Parlamentaria socialista correspondía, al interior del PSCH, a una tendencia más bien moderada.

sentantes en el Comité Central eran Adonis Sepúlveda, subsecretario general del partido, Iván Núñez y Jorge Mac Ginty, representantes del regional Santiago Cordillera y, junto a ellos, Belarmino Elgueta y Julio Benítez, este último proveniente del sector sindical. Sepúlveda, Mac Ginty y Elgueta tuvieron una influencia significativa en el plano de las definiciones ideológicas que fue adoptando el partido desde 1965 en adelante. Adonis Sepúlveda, por su parte, había sido el principal redactor del voto político aprobado en el Congreso de Linares, y tuvo a su cargo la reorganización del partido, reflejada en los nuevos estatutos aprobados en el Congreso de Chillán y llevados a la práctica en el Congreso de La Serena.

El segundo nivel correspondía al de la estructura partidaria propiamente tal. La influencia principal a este respecto la ejercieron los "Elenos", integrantes del Ejército de Liberación Nacional, formado a mediados de los años sesenta con entrenamiento militar en Cuba. Este nuevo elemento guerrillero se integró orgánicamente al partido en 1971. Algunos de sus integrantes habían luchado con el Che Guevara en Bolivia. Uno de ellos, Elmo Catalán, muerto en combate, dio lugar al nombre del grupo de choque formado por el Partido Socialista después de 1970, la Brigada Elmo Catalán. Formaba también parte de los Elenos, Beatriz (Tati) Allende, hija de Salvador Allende.

Los Elenos fueron planeando cuidadosamente la toma del poder interno en el Partido Socialista, objetivo que fue alcanzado en el Congreso de La Serena, cuando 16 de sus miembros se incorporaron a un Comité Central de 45. Rolando Calderón, quien había tenido a su cargo la formación de una estructura militar al interior del partido conocida como Organa, pasó a formar parte de la Comisión Política, junto a Exequiel Ponce (subsecretario nacional del frente interno), Hernán Coloma (Regional Santiago Cordillera, jefe del Departamento de Propaganda y Comunicaciones) y Ricardo Lagos Salinas. Junto a ellos, Pedro Adrián, Eduardo Paredes, Rafael Merino, Arnoldo Camu (Regional Santiago Centro y uno de los principales líderes Elenos), Leonardo Hagel, Esteban Bucat, Ariel Ulloa (secretario nacional de organización), Juan Ávila, Eduardo Mella y Luis Madariaga, pasaron a formar parte del nuevo Comité Central. Por último estaba el caso de Carlos Lorca, jefe de la juventud socialista (FJS), quien integraba el Comité Central por derecho propio.

El tercer nivel recogía la gravitación de ciertos grupos de influencia que tuvieron mucha importancia en la vida interna del partido a comienzos de los años setenta. Tal era el caso del Departamento Nacional Agrario y del Departamento Sindical, el primero de ellos a cargo de Rolando Calderón y el segundo a cargo de Exequiel Ponce, ambos Elenos y miembros del Comité Central.

El cuarto y último nivel estaba dado por ciertos regionales claves al interior del partido, como eran el Regional Santiago Cordillera, representado en el Comité Central por Iván Núñez y Jorge Mac Ginty (trotskistas), Hernán Coloma (Eleno) y Víctor Barberis (altamiranista), y el Regional Santiago Centro, representado por Arnoldo Camu (Eleno), Luis Urtubia (jefe del Departamento Nacional de Organización) y Néstor Figueroa. Estos dos úl-



timos, junto a Nicolás García (regional Chillán), Héctor Olivares y Adolfo Lara (Regional Rancagua), Carlos Gómez (Regional Chañaral) y Dagoberto Aguirre (Regional La Serena) fueron cooptados por los Elenos y se plegaron a ellos en el Congreso de La Serena.

Hemos querido referirnos en detalle a estos cuatro niveles de influencia para enfatizar la forma en que los Elenos —máximos exponentes de las tesis leninistas y militaristas— fueron consolidando su posición de poder al interior del partido hasta llegar a ser parte integrante del Comité Central elegido en La Serena en 1971. Si sumamos a éstos algunos personeros que más adelante fueron atraídos hacia los Elenos, como Hernán del Canto, María Elena Carrera, Gabriel Parada, Héctor Martínez y Luis Norambuena, todos ellos miembros del Comité Central, constatamos en toda su dimensión la presencia desequilibrante de las concepciones más militaristas al interior de la nueva estructura superior de dirección.

Todo lo anterior sin incluir a los elementos trotskistas, los que sin ser militaristas como los Elenos contribuyeron a imponer las tesis leninistas en el plano de las definiciones ideológicas. A estos últimos hemos preferido situarlos junto con los altamiranistas (Víctor Barberis, Alejandro Jiliberto y Luis Lobos), los que, afirmando la validez de las tesis insurreccionales, no daban cuenta necesariamente de un elemento de tipo militarista. De hecho, la crítica inicial de Altamirano a los Elenos era que su estrategia ya había fracasado desde que Allende accediera al poder a través de las urnas. Ello, sin perjuicio de que la mayoría que llevó a Altamirano a la dirección del partido estaba formada en gran parte por los Elenos, y de la ulterior radicalización del propio Altamirano.

Finalmente, sorprende la escasa presencia de almeydistas (Clodomiro Almeyda, Edmundo Serani y Fidelia Herrera) y, sobre todo, de los allendistas (Erich Schnake, Carlos Lazo, Antonio Tavolari, Chela del Canto y Jaime Suárez), a los que podríamos ubicar en un polo no insurreccional, más afines a la Vía Allendista propiamente tal.

De esta manera, puede decirse que 28 de los 47 miembros<sup>185</sup> del nuevo Comité Central (60%) correspondían a lo que podríamos denominar las concepciones militaristas de la nueva dirección superior (Elenos, proelenos y regionales cooptados por los Elenos). En términos más amplios, podemos ver que 37 de los 47 miembros del Comité Central (79%) participaban de las tesis insurreccionales, si sumamos a los anteriores a trotskistas y altamiranistas. Finalmente, tenemos que sólo 8 de los 47 miembros del Comité Central (17%) descartaban las tesis militaristas e insurreccionales para ubicarse en una posición más próxima al proyecto allendista propiamente tal.

Ello nos muestra la ausencia total de los socialistas de tendencia más bien moderada, identificados con Aniceto Rodríguez, la casi nula gravitación de

---

<sup>185</sup> Los 47 se obtienen al sumar a los 45 miembros del Comité Central, los representantes de la juventud (Carlos Lorea), y de las mujeres (Chela del Canto), los que participaban en el Comité Central por derecho propio.

los allendistas, la presencia desequilibrante de las concepciones militaristas y la mayoría aplastante de las tesis insurreccionales. Hay que considerar que esta conformación inicial del Comité Central experimentó una radicalización aún mayor en los años siguientes.

Esa fue, pues, la composición de la nueva dirección superior del partido, a nivel del Comité Central y de la Comisión Política. Ella daba cuenta del ascenso a la estructura superior del partido del nuevo elemento militarista surgido al interior del mismo desde mediados de los años sesenta.

El documento leído por Carlos Altamirano en el Congreso de La Serena para fundamentar su voto político, se tituló *El Partido Socialista y la Revolución Chilena* y en él estaban contenidos los principales lineamientos de su candidatura<sup>186</sup>. Una de las principales preocupaciones de Altamirano era que, en el pasado reciente, el partido se había dado directivas y había seguido una práctica política que no correspondían fielmente a sus definiciones ideológicas y políticas: “en el pasado —señalaba el senador socialista— nuestra política no expresó adecuadamente los planteamientos ideológicos y programáticos que se fijaron en los congresos de Linares y Chillán”<sup>187</sup>. Superar esta contradicción y llevar a la práctica los lineamientos acordados en dichos congresos partidarios, aparecía como su principal preocupación.

Junto con señalar que el gran enemigo de la revolución era el reformismo, añadía que “el reformismo populista de la Democracia Cristiana no hizo más que postergar el enfrentamiento final entre la clase trabajadora y la burguesía nacional”. Hacía a continuación una distinción entre la izquierda revolucionaria y la izquierda tradicional y señalaba que era el cuestionamiento de la “vía electoral” lo que caracterizaba a la primera. Rechazaba la “vía pacífica” y postulaba la vigencia del recurso a las armas a nivel continental: “puesto que la historia no ha conocido hasta hoy revoluciones pacíficas y que el capital no renunciará a su poder voluntariamente, el enfrentamiento armado en términos continentales sigue manteniendo la misma vigencia de siempre”. Aclaraba, finalmente, que el gobierno de la Unidad Popular no sería “un gobierno más que continúe la rotación partidista del ejercicio del poder dentro de las reglas burguesas de la democracia representativa”.

Todas estas ideas quedaron reflejadas en las resoluciones políticas aprobadas por el Partido Socialista en el Congreso de La Serena, a partir de la constatación de que el triunfo de Allende creaba nuevas y favorables condiciones para una efectiva conquista del poder. Sin embargo, aunque dicho triunfo creaba una correlación de fuerzas favorable para los trabajadores, se advertía que la labor del gobierno se desenvolvería “entrapada por la institucionalidad burguesa” y por la resistencia de la reacción. Se definía la etapa que se abría como un período esencialmente transitorio y se señalaba como

<sup>186</sup> Su texto puede encontrarse en Jobet y Chelén, op. cit., 332 y siguientes; Casanueva y Fernández, op. cit., 240 y siguiente; Jobet, op. cit., 170 y siguientes y los periódicos “La Prensa” (96.2.71), “La Nación” (7.2.71), “Clarín” (18.2.71), “El Mercurio” (21.1.71) y “La Última Hora” (23.2.71).

<sup>187</sup> Altamirano, op. cit., 338.

objetivo convertir el proceso “en una marcha irreversible hacia el socialismo”<sup>188</sup>.

Junto con estos aspectos el partido reafirmaba su carácter clasista y vanguardista, y afirmaba la necesidad de fortalecer la unidad socialista-comunista en torno a la tesis del Frente de Trabajadores. Advertía asimismo las contradicciones internas de la Unidad Popular, la que reflejaba una composición “pluriclasista”. Estas contradicciones, que se expresaban también en el gobierno, serían superadas “por la dinámica revolucionaria de las masas trabajadoras y por sus partidos de clase”.

No sólo el partido sino también el gobierno debía asumir un carácter de clase, de acuerdo a las mismas resoluciones. Las limitaciones de un estado burgués no podían convertir al gobierno en un mero “árbitro” de la lucha de clases. Para velar por ello el partido debía convertirse en la “vanguardia revolucionaria”, regida internamente por el principio del “centralismo democrático”. De esta forma, el partido podría prepararse adecuadamente, a sí mismo y a las masas, “para el decisivo enfrentamiento con la burguesía y el imperialismo”.

Estos conceptos fueron confirmados por un manifiesto del nuevo Comité Central elegido en La Serena, complementario de las resoluciones anteriores. Éste, junto con insistir en el papel de vanguardia revolucionaria del Partido Socialista, afirmaba su carácter de organización marxista-leninista. Es interesante, a este respecto, hacer notar que esta definición ya no sólo se adoptaba en cuanto “método de interpretación de la realidad”, sino también por “sus principios generales de lucha para conquistar el poder y construir la sociedad socialista”<sup>189</sup>. Ello se apartaba claramente de la Declaración de Principios de 1933, la que aceptaba el marxismo (no el marxismo-leninismo), en cuanto método de interpretación de la realidad, enriquecido y rectificado por los aportes científicos del devenir social.

De esta manera, el Congreso de La Serena constituía un paso más —y en el sentido que se ha señalado un verdadero punto de inflexión— en el proceso de leninización del partido, el que primero había adoptado una posición clasista en torno a la tesis del Frente de Trabajadores para luego asumir, bajo la influencia de la revolución cubana, el leninismo como definición ideológica, lo que fue ratificado en los congresos de Linares, Chillán y La Serena. Ahora, bajo la nueva dirección partidaria, se hacía necesario preparar el “enfrentamiento decisivo” entre las masas y la burguesía, en un proceso ininterrumpido “hacia el socialismo”. El conflicto se presentaba como inevitable.

### *La Vía Allendista y el Partido Socialista*

En el contexto que hemos descrito y en abierta contradicción con las defi-

<sup>188</sup> Ver Jobet, op. cit., 172.

<sup>189</sup> Ver Jobet, op. cit., 177.

niciones más recientes del PSCH, emergió la Vía Allendista al socialismo: un intento, al menos en la concepción de su mentor, Salvador Allende, por avanzar hacia la construcción de una sociedad socialista en “democracia, pluralismo y libertad”. Esta concepción, bajo el gobierno de la Unidad Popular (1970-1973), entraría en una pugna permanente con la dirección superior del PSCH, contribuyendo finalmente al fracaso de la experiencia allendista.

Suelen encontrarse dos imágenes opuestas, ambas igualmente insatisfactorias a nuestro juicio, en relación a la personalidad política de Salvador Allende: la primera ve en el líder socialista al revolucionario, el marxista, amigo personal de Fidel Castro, admirador del Che Guevara y de la Revolución Cubana, creador de la OLAS, que llamó en algún momento a oponer la violencia revolucionaria a la violencia reaccionaria y que murió en el Palacio de La Moneda en un enfrentamiento armado con las fuerzas militares empuñando un arma que le fuera regalada por el propio Castro.

La segunda imagen es la del socialdemócrata —paradójicamente el mayor número de adherentes a esta imagen podíamos encontrarlo en el propio Partido Socialista. Según ésta, Allende nunca se habría alejado realmente de una tendencia electoralista y reformista, opuesta a una concepción verdaderamente revolucionaria. En el fondo, en la Unidad Popular, Allende habría visto una suerte de reedición del Frente Popular y, aunque adhirió a las tesis del Frente de Trabajadores y a la Revolución Cubana, habría sido más fuerte en él la adhesión, respaldada por la práctica política de toda una vida, a las instituciones y el funcionamiento de la democracia representativa.

Es cierto que ambas imágenes pueden ser respaldadas por una que otra cita, tomada aisladamente de por aquí o por allá. Ninguna de ellas, sin embargo, capta a nuestro juicio la personalidad política compleja de Salvador Allende, de suyo contradictoria. Es cierto que Allende fue un entusiasta defensor de la Revolución Cubana, amigo personal de Fidel Castro y admirador del Che Guevara; también es efectivo que se definió en algún momento como marxista y que se mostró como un entusiasta partidario de los movimientos de liberación nacional en el Tercer Mundo, y de la revolución en América Latina. Su principal aporte, sin embargo, no reside en lo anterior sino en haber comprendido, intuido y propuesto, que la estrategia de la *revolución armada que era característica de la revolución latinoamericana* no era aplicable en un país de las características muy singulares de Chile; un país con un desarrollo político y una democracia avanzados<sup>190</sup>. Fue esta la gran intuición de Allende pese a múltiples tensiones y contradicciones, en relación a la naturaleza y características de la Revolución Chilena. En un país como Chile, pensaba Allende, sólo sería posible un camino hacia el socialismo construido en “democracia, pluralismo y libertad”.

---

<sup>190</sup> Según Osvaldo Puccio, secretario privado de Allende por más de dos décadas, ya en 1959, a su vuelta de un viaje a Cuba, Allende era de la opinión “que no era posible repetir un proceso como aquél en Chile” (Osvaldo Puccio, *Un Cuarto de Siglo con Allende*, Santiago, Editorial Emisión, 1985), 96.

Lo anterior no debería llevarnos a pensar que la evolución política de Allende tuvo lugar a pesar de su propio partido; demostró a lo largo de toda su vida una lealtad inquebrantable hacia el Partido Socialista y participó de las tesis centrales acordadas por este último. Pero tampoco podemos desconocer el hecho de que, al menos desde la década de 1950, Allende jamás ocupó posiciones de dirección al interior de su partido y, más aún, como hemos expresado en líneas anteriores, representó posiciones más bien minoritarias. El "allendismo", identificado con el electoralismo y el reformismo, fue duramente criticado. Su no inclusión en el Comité Central elegido en Chillán —pese a haberlo solicitado—, el apoyo minoritario que recibiera de este último como candidato presidencial en 1970, y la posición francamente marginal que ocupara en el Comité Central elegido en La Serena, eran sólo algunas demostraciones de la posición minoritaria de Allende dentro de su propio partido, a pesar del hecho indiscutido de que aparecía como la principal figura de masas del socialismo chileno.

Pero, más que convertimos en apologistas o detractores de Salvador Allende, sobre cuya personalidad política la historia dirá la última palabra, lo que queremos sostener en estas líneas es que el proyecto allendista, contenido en la Vía Chilena al Socialismo, era objetivamente contradictorio con las definiciones más recientes del Partido Socialista, adoptadas a lo largo de los años sesenta. Esta contradicción se expresaría en una permanente confrontación, bajo la Unidad Popular, entre la Vía Allendista y la dirección superior del PSCH, contribuyendo al fracaso de la primera.

Los contenidos básicos de la Vía Allendista podemos encontrarlos en dos documentos principales: el discurso del 5 de noviembre de 1970, pronunciado por Allende en el Estadio Nacional luego de asumir como nuevo Presidente de Chile, y su mensaje al Congreso Nacional, el 21 de mayo de 1971<sup>191</sup>. Ellos expresan un lenguaje y unas concepciones francamente distintas, por no decir opuestas, de las contenidas en las definiciones más recientes del PSCH.

En el primero de ellos Allende se detenía en lo que estimaba era la singularidad del proceso político chileno, o lo que él mismo denominara "la realidad concreta de las estructuras chilenas". Esta singularidad estaría dada históricamente por la capacidad de los chilenos "de haber logrado imponernos por vía política, triunfando sobre la violencia". Añadía que desde mediados del siglo diecinueve "la estabilidad institucional de la República fue una de las más consistentes de Europa y América. Esta tradición republicana y democrática llegó así a formar parte de nuestra personalidad, impregnando la conciencia colectiva de los chilenos".

Señalaba que los antagonismos de clase se habían resuelto "en forma esencialmente política" y que las libertades y derechos fundamentales, lejos

---

<sup>191</sup> Los documentos pueden encontrarse en Salvador Allende, *Puesta en Marcha del Gobierno Popular*, en Witker, op. cit., 67 y siguientes y, del mismo autor, *La Vía Chilena al Socialismo*, en Jobet y Chelén, op. cit., 489 y siguientes. En ambos se advierte, según numerosos testimonios recogidos, el aporte de Joan Garcés, teórico político catalán y uno de los principales asesores de Allende.

de ser concesiones de la burguesía, habían sido el producto del “combate ininterrumpido de las clases populares organizadas”. El triunfo socialista de 1970 habría sido, justamente, una expresión de la vigencia y el respeto de los valores democráticos y un reconocimiento de la voluntad mayoritaria. El hecho de que el ascenso al poder de la izquierda marxista se hubiera producido en Chile sin haber sufrido la trágica experiencia de la “guerra fratricida” condicionaba, según Allende, “la vía que seguirá este gobierno en su obra transformadora”, todo ello en función de la “tradición democrática de nuestro pueblo”.

Atacar el poder de las minorías y superar el subdesarrollo, en un proceso hacia el socialismo en “democracia, pluralismo y libertad”, tal era el desafío por delante, según el Presidente socialista. Dicho camino constituía “la vía natural” para Chile, en atención a su “singularidad” como país políticamente desarrollado y de tradición democrática. Tal era, en apretada síntesis, el contenido de lo que Allende denominara “la vía democrática al socialismo” —y que nosotros hemos preferido denominar Vía Allendista a fin de enfatizar el aporte del propio Salvador Allende.

Conceptos similares a los anteriores contenía su mensaje al Congreso Nacional del 21 de mayo de 1971, cinco meses después de haber asumido como Presidente de la República y un mes después de que la Unidad Popular obtuviera, en su conjunto, cerca del 50% de la votación en las elecciones municipales de marzo de 1971, lo que constituía un claro progreso comparado con el 37% de los votos obtenidos en la elección presidencial, seis meses antes.

En dicho discurso Allende señalaba que la revolución bolchevique de 1917 correspondía “a una de las formas de construcción de la sociedad socialista que es la dictadura del proletariado”. Añadía que ese camino había significado grandes progresos en países como la URSS y China, pero que Chile se encontraba “ante la necesidad de iniciar una manera nueva de construir la sociedad socialista; la vía revolucionaria nuestra, la vía pluralista, anticipada por los clásicos del marxismo, pero jamás antes concretada”<sup>192</sup>. Se trataba, en este caso, según Allende, de un “segundo modelo de transición a la sociedad socialista”; un modelo “democrático, pluralista y libertario”.

En estos dos documentos encontramos, pues, los contenidos fundamentales de la Vía Allendista. Junto con quedar en evidencia la adhesión por parte de Allende a las instituciones de la democracia representativa, conforme a la tradición chilena, nos anticipamos a advertir dos debilidades inherentes a su proyecto, las que cobrarían cada vez más importancia. La primera era que la Vía Allendista requería, en los términos planteados, necesariamente de un respaldo mayoritario, en circunstancias de que Allende había sido

---

<sup>192</sup> Esto tendría su justificación teórica en el propio F. Engels, quien habría anticipado esta posibilidad al declarar: “Puede concebirse la evolución pacífica de la vieja sociedad hacia la nueva, en los países donde la representación popular concentra en ella todo el poder, donde de acuerdo con la Constitución, se puede hacer lo que se desea, desde el momento en que se tiene tras de sí a la mayoría de la nación” (citado por Allende en su discurso en el Estadio Nacional, op. cit.).

elegido con sólo un tercio de los votos. La segunda era que no existía claridad acerca de las formas y modalidades concretas que adoptaría dicho proyecto. El mismo Allende, en enero de 1971, había señalado que “estamos aquí viviendo una etapa que podríamos decir que es de laboratorio social”<sup>193</sup>. Esto último crearía una gran incertidumbre hacia adelante en torno a la implementación del proyecto allendista y daría lugar a las más diversas interpretaciones al interior de la izquierda. Bástenos con señalar, por ahora, que había en el proyecto de Allende un lenguaje, un discurso y unas concepciones de suyo contradictorias con las definiciones más recientes del Partido Socialista<sup>194</sup>.

Entre 1970 y 1973 podemos distinguir, al interior de la Unidad Popular, tres visiones distintas acerca de la naturaleza del proceso chileno: la del Partido Socialista, que procuraba una combinación de vías político-institucionales e insurreccionales, lo que en la práctica significaba “acumular la fuerza política, militar y social, para la futura confrontación general que habría de producirse en el momento táctico adecuado”<sup>195</sup>; la del Partido Comunista, que procuraba una acumulación de fuerzas evitando la confrontación total en un largo proceso hacia el socialismo que no renunciaba a la dictadura del proletariado; y, finalmente, la del propio Allende, que concebía el proceso revolucionario chileno como un “segundo modelo” de construcción de la sociedad socialista, en “democracia, pluralismo y libertad”, descartando la tesis de la dictadura del proletariado<sup>196</sup>.

Nos remitimos en esta parte a las tensiones entre el proyecto allendista y las definiciones adoptadas por el Partido Socialista. Ya hemos visto que en el Congreso de La Serena el Partido Socialista había resuelto una de sus contradicciones: la de haberse dado directivas que no correspondían a la línea del partido fijada en los congresos de Linares y Chillán. Entre 1971 y 1973 había que resolver la segunda contradicción: aquélla entre la línea

<sup>193</sup> Allende, “Nuestro Camino al Socialismo”, op. cit., 96.

<sup>194</sup> La visión de Altamirano, expresada algunos años más tarde, era que las relaciones políticas entre la dirección del PSCH y Allende eran “relativamente tensas”, aunque niega la imagen “de disputa y de guerra permanente” que algunos le atribuyen. En general, afirma que la historia de Allende con su partido fue la de una relación “amor-odio” y reconoce que, bajo la Unidad Popular, “Allende se ubicaba en posiciones más próximas a las del Partido Comunista” (en Patricia Politzer, *Altamirano*, Ediciones B, Grupo Zeta, Buenos Aires, 1989, 54, 56 y 69).

<sup>195</sup> Rojas, op. cit., 252.

<sup>196</sup> Generalmente, se señala la existencia de sólo dos tendencias al interior de la Unidad Popular, representadas por el PS y el PC, situando a Allende más cerca de este último. Por nuestra parte, hemos seguido la distinción tripartita de Rojas (op. cit., 252 y siguientes) y Arrate (op. cit., 30 y siguientes); ello, por cuanto el proyecto allendista era distinto tanto de aquél representado por el PS como del PC. Si bien es cierto que, en muchos aspectos, las posiciones de Allende tendieron a coincidir con las del PC, los separaba una visión distinta acerca de la naturaleza del proceso revolucionario. El propio Luis Corvalán, secretario general del PC, en un informe algunos años más tarde, señalaba: “En relación a la orientación del gobierno de la Unidad Popular, se suele identificar la política del PC con la política de Salvador Allende (...). Pero, como es comprensible y natural, no teníamos las mismas concepciones, no siempre coincidimos en todo. Disentimos, por ejemplo, de su criterio de que nuestra vía revolucionaria conformaría un segundo modelo de realización del socialismo que excluía o hacía innecesaria la dictadura del proletariado en un período de transición determinado” (en Arrate, op. cit., 46).

política del PSCH y la práctica política de la colectividad, especialmente ahora que estaba en el gobierno. La nueva directiva debía velar por la consistencia entre las definiciones político-ideológicas del partido y la conducta concreta del gobierno de Allende.

En el año 1971 ya se insinuaba el conflicto aunque sin llegar a los niveles que alcanzaría posteriormente. Así, por ejemplo, en el mes de mayo, mientras Allende señalaba en una carta dirigida a Patricio Aylwin, Presidente de la Democracia Cristiana, que “el gobierno popular mantendrá inalterable nuestra tradición democrática, el respeto a la carta fundamental y al sistema legal”<sup>197</sup>, un pleno del Comité Central del Partido Socialista declaraba que “el enfrentamiento es el problema central y básico de todo este período”. Añadía que “la lucha de clases ha desembocado en un enfrentamiento permanente de clases, que tiende cada vez a agudizarse y desembocar en el conflicto armado”. Concluía sosteniendo que a la agresión armada de la burguesía y el imperialismo “deberá responderse dándole al enfrentamiento un carácter masivo”<sup>198</sup>. Estas palabras reflejaban fielmente la nueva postura que iba asumiendo la dirección socialista, en el sentido de que la intensificación de la lucha de clases tornaría inevitable la confrontación.

En julio de ese mismo año tuvo lugar una importante elección complementaria en Valparaíso, para elegir un diputado. En ella se dio el triunfo de un candidato del PDC apoyado por la derecha, lo que marcó el inicio de una alianza electoral que se fue formalizando en el tiempo. Para evitar la derechización del PDC, Allende y algunos miembros del PDC habían tratado de llevar un candidato en conjunto, pero la proposición fue rechazada por el Comité Político de la Unidad Popular y por el propio Partido Socialista<sup>199</sup>. Decepcionado por lo que advertía como una derechización del PDC, un sector de este partido se escindió, luego de dicha elección complementaria, pasando a formar la Izquierda Cristiana (IC), la que luego se integró a la Unidad Popular.

Al mes siguiente, en agosto de 1971, un nuevo pleno del Comité Central del PSCH, junto con llamar a acelerar la gestión revolucionaria, convocaba a la formación del Poder Popular a través de una acción de masas que permitiera romper con el “empate político” entre gobierno y oposición. En algún momento, decía el documento, la situación desembocaría “en un enfrentamiento total de clases”<sup>200</sup>.

<sup>197</sup> El texto íntegro puede encontrarse en “El Mercurio” (15.4.71).

<sup>198</sup> Las conclusiones de este pleno y del pleno de Algarrobo, de agosto de 1971, pueden encontrarse resumidas en un documento para la discusión interna del PS, cuyo texto íntegro aparece en “El Mercurio” (12 y 13.3.72).

<sup>199</sup> Sobre la importancia de este hecho, ver Joan Garcés, *Allende y la Experiencia Chilena* (Ariel, Barcelona, 1976), 207 a 212, y Rojas, op. cit., 406.

<sup>200</sup> Ver “La Nación” (18.8.71) y “El Mercurio” (12 y 13.3.72). En ese mismo mes de agosto renunció al Partido Socialista el diputado Pedro Jáuregui, tras denunciar la presencia de focos guerrilleros en el sur y el “ultraizquierdismo” del PSCH. Otro socialista vinculado a Aniceto Rodríguez y muy cercano a Allende, Antonio Tavolari, fue pasaco en el mes de octubre al Tribunal de Disciplina del PSCH, por razones similares (“Las Últimas Noticias”, 28.10.71).



Si a fines de 1971 y comienzos de 1972 el conflicto entre la Vía Allendista y la dirección del PSCH aún no alcanzaba los niveles que adquiriría posteriormente, el conflicto entre el gobierno y la oposición sí tendía a incrementarse. El apoyo electoral brindado por la derecha al PDC, en las elecciones complementarias de Valparaíso, se tradujo más tarde en una alianza electoral entre ambas fuerzas frente a las elecciones complementarias en algunas provincias del sur, en enero de 1972, con sendos triunfos para la oposición. Finalmente, esta alianza adquiría connotaciones políticas más claras cuando, tanto el PDC como el Partido Nacional (PN), que congregaba a la derecha, acusaron constitucionalmente al Ministro del Interior, José Tohá, en enero de 1972. El Secretario de Estado fue destituido de su cargo.

En relación con estos hechos —considerados por Joan Garcés, asesor político de Allende, como un verdadero “punto de inflexión”<sup>201</sup>—, y a lo largo del año 1972, el Partido Socialista adoptó la consigna de “avanzar sin transar”, conduciendo progresivamente a la adopción de la vía insurreccional. Allende, por su parte, y con el respaldo de comunistas y radicales, fue adoptando la posición de “avanzar consolidando”, lo que significaba mantenerse en el marco de la “vía político-institucional”. Confirmando esta postura, en conferencia de prensa de enero de 1972 Allende señalaba: “es el gobierno el que está empeñado en el más irrestricto respeto a la constitución. Todos nuestros pasos están dentro de los marcos constitucionales. No nos hemos salido ni nos saldremos de la constitución”<sup>202</sup>.

En manifiesta contradicción con la postura de Allende, un extenso documento aprobado para la discusión interna por el Comité Central y la Comisión Política del PSCH, en febrero de 1972, hacía un detenido análisis de lo que había sido la acción del partido desde 1970 en adelante, en la línea de una crítica y autocrítica radicales<sup>203</sup>. Dicho documento afirmaba que la promesa de la Unidad Popular de respetar la “institucionalidad burguesa”, partía de “una contradicción de fondo, al comprometernos a respetar los mecanismos burgueses que son justamente los que nos impiden realizar los cambios que necesitamos”. Había, pues, según el documento, una manifiesta contradicción entre la institucionalidad democrático-burguesa y los objetivos de la revolución. Al respecto señalaba que el Estado burgués en Chile no servía para construir el socialismo y se hacía necesaria su destrucción. En esas condiciones, los trabajadores chilenos debían aspirar a conquistar la totalidad del poder: “Es lo que se llama dictadura del proletariado. No lo hemos establecido así en el programa de la Unidad Popular, pero el Partido Socialista no ha desestimado este aserto histórico leninista”, decía el documento.

Junto con la necesidad de ampliar y fortalecer el Área de Propiedad Social, “avanzando efectiva e irreversiblemente al socialismo”, se reconocía que el proceso conduciría al “momento inevitable” del enfrentamiento violento entre

<sup>201</sup> Garcés, op. cit., 184.

<sup>202</sup> “La Nación” (15.1.72).

<sup>203</sup> Su texto íntegro se reproduce en “El Mercurio” (25.3.72.).

las masas y la reacción. Con estas afirmaciones, añadía el documento, “se hacen migajas las ilusiones evolucionistas de los reformistas. No hay posibilidad de transformación total del sistema actual sin quiebre, sin salto cualitativo, sin destrucción de la actual institucionalidad”. Finalmente, señalaba que, para los efectos anteriores, se requería de un “gran partido, partido marxista-leninista, un partido proletario, partido revolucionario, disciplinado y ágil, dinámico y operante”<sup>204</sup>.

¿Cómo enfrentar un conflicto cada vez más polarizado como el que dejaban entrever estos documentos y que los acontecimientos posteriores se encargarían de confirmar? Las discusiones al interior de la Unidad Popular se sucedieron interminables. Lo cierto es que Allende y la dirección del PSCH expresaban visiones contrapuestas. En efecto, Allende se mostraba partidario de una solución política, la que contemplaba la negociación con las fuerzas opositoras e, incluso, la posibilidad de un referéndum, a fin de que fuera la voluntad popular la que resolviera el conflicto.

Como señala Joan Garcés, la vía político-institucional exigía, por definición, que la transición al socialismo fuera la obra “de la mayoría de la sociedad”<sup>205</sup>. Añade el asesor presidencial que Allende habría estado consciente desde el momento mismo de su elección del hecho de que carecía de una mayoría clara, lo que le habría llevado a considerar la posibilidad de un referéndum. Por su parte, el ex dirigente comunista, Alejandro Rojas, corrobora lo anterior señalando que ya el 14 de octubre de 1970 Allende había solicitado un informe sobre las posibilidades de llamar a un referéndum que le permitiera disolver el congreso por una vez y llamar a elecciones. Su solicitud habría sido rechazada por el Comité Político de la Unidad Popular. El episodio, concluye Rojas, “demuestra la desconfianza que los partidos más importantes de izquierda sentían sobre los procedimientos democráticos”<sup>206</sup>. En diversos momentos, incluso los días previos al golpe militar del 11 de septiembre de 1973 —según veremos más adelante—, Allende habría considerado la posibilidad de convocar a un referéndum, lo que habría sido sistemáticamente rechazado tanto por la Unidad Popular como por el Partido Socialista.

Este último, desechando la viabilidad de una solución política ante lo que vislumbraba como la “inevitabilidad del conflicto” y la inminencia de un “enfrentamiento total” entre las clases, se mostraba partidario de “avanzar sin transar” en un proceso “irreversible” hacia el socialismo. Ello requería de la ampliación y fortalecimiento del Área de Propiedad Social y de una

<sup>204</sup> De manera similar, un informe del Comité Central del PSCH en su pleno de Algarrobo, de marzo de 1972, señalaba que el proceso se veía entrabado por “la subsistencia de una institucionalidad burguesa anacrónica y obstruyente por naturaleza”. Concluía que había que “conducir el proceso irreversiblemente al triunfo, lo que significaba la conquista total del poder por los trabajadores” (el texto puede consultarse en “El Mercurio”, 25 de marzo de 1972).

<sup>205</sup> Garcés, op. cit., 53.

<sup>206</sup> Rojas, op. cit., 303.

gran movilización de masas que condujese a un Poder Popular concebido en términos de una alternativa a la institucionalidad democrático-burguesa.

Una demostración de esto último fue la llamada Asamblea del Pueblo, convocada en la ciudad de Concepción para el 26 de julio (fecha del aniversario de la revolución cubana) de 1972, por la dirección del PSCH, junto al MIR y el MAPU —movimientos estos últimos con los que el PSCH comenzó a estrechar lazos. Esta movilización de masas, en el esquema propuesto del Poder Popular, provocó la ira de Allende y fue un nuevo factor de conflicto con el PSCH.

El episodio motivó una carta pública de Allende dirigida a los jefes de los partidos de la Unidad Popular. En ella el Presidente socialista condenó la Asamblea del Pueblo, calificándola de “proceso deformado”, y rechazó “cualquier intento de diseñar tácticas paralelas, espontaneístas (...) manifestaciones divisionistas que alientan personas o grupos dentro de la Unidad Popular”. Añadía que el Poder Popular no surgiría “de la minoría divisionista, de los que quieren levantar un espejismo lírico surgido del romanticismo político, al que llaman, al margen de toda realidad, ‘Asamblea Popular’”; esto era considerado como “absurdo, si no crasa ignorancia o irresponsabilidad”. Aclaró que era su deber “defender sin fatiga el régimen institucional democrático” y que los cambios debían realizarse dentro de la institucionalidad, “de acuerdo con la voluntad de la mayoría del pueblo, a través de los mecanismos democráticos de expresión pertinentes”. Llamaba, finalmente, a concentrar los esfuerzos en las próximas elecciones parlamentarias de marzo de 1973<sup>207</sup>.

Tres meses después de este episodio tuvo lugar el decisivo Paro de Octubre. Convocado por organizaciones gremiales, especialmente de transportistas y comerciantes, terminó sumando a todos los partidos de la oposición, lo que desató una de las mayores crisis políticas vividas hasta ese momento. Allende creyó ver la solución a dicho conflicto en un cambio de gabinete al que se integrarían representantes de las Fuerzas Armadas, entre otros civiles partidarios del gobierno. La decisión cobraba importancia, entre otros factores, pues por primera vez los uniformados entraban al gobierno, lo que significaba, tácitamente al menos, reconocer en las Fuerzas Armadas un cierto papel de árbitro político. Ante esta medida, el secretario general del PSCH, hablando a nombre de la dirección partidaria, señaló su oposición<sup>208</sup>.

A pesar de la solución al Paro de Octubre a través de la incorporación de las Fuerzas Armadas al gabinete, el año 1972 terminaba en un conflicto desatado entre gobierno y oposición, y en una disputa cada vez más acentuada entre Allende y la dirección del PSCH. Dos entrevistas de prensa, concedidas por Altamirano y Allende, respectivamente, resultaban expresivas de este conflicto político<sup>209</sup>.

El secretario general del PSCH sostenía que desde septiembre de 1970 el

<sup>207</sup> El texto de esta carta aparece en “La Nación” (31.7.71).

<sup>208</sup> “Clarín” (8.11.72).

<sup>209</sup> La entrevista de Altamirano fue concedida al periódico cubano “Gramma” (25.11.72), reproducida

proceso chileno había experimentado un “permanente enfrentamiento de clases”. Esto tendría que culminar, añadía, “en la batalla final por la disputa del poder pleno” entre Chile y el imperialismo, entre las fuerzas revolucionarias y las contrarrevolucionarias. Añadía que la incorporación de las Fuerzas Armadas al gobierno no afectaba al programa de la Unidad Popular, el que se mantendría inalterable. “Continuaremos profundizando el proceso”, añadía el dirigente socialista, “para hacerlo irreversible”. Para ello era necesario “avanzar sin transar” en base a “la férrea e indestructible unidad de los partidos marxista-leninistas, socialistas y comunistas, vanguardias de la clase obrera”.

Nuevamente, en la entrevista concedida por Allende se aprecia un lenguaje y unas concepciones distintas. El Presidente socialista insistía en que el proceso debería darse dentro de los límites de la Constitución, al interior de la vía político-institucional: “el proceso chileno lo hemos caracterizado como un movimiento social revolucionario dentro de los marcos de la constitución”; añadía, incluso, que “mi gobierno no es un gobierno socialista, sino un gobierno que se abre al socialismo”.

En este clima llegó el año 1973. Los primeros meses estuvieron marcados por la proximidad de las elecciones parlamentarias, fijadas para el mes de marzo. En un acto de proclamación de los candidatos socialistas en el Teatro Caupolicán, en el mes de enero, el secretario general del PSCH calificaba las elecciones como un “combate” en torno a la alternativa “fascismo o socialismo”. Llamaba a “avanzar sin transar” y a fortalecer el Poder Popular, enfatizando el rol que en su construcción cabía a los cordones industriales y a los comandos comunales, entre otros. Señalaba que, en el proceso revolucionario chileno, los cambios eran “irreversibles” y la lucha de clases “irreconciliable”. Esta última, dijo, “sólo termina cuando una de ellas asume el poder total”<sup>210</sup>. Esta línea fue refrendada por una declaración pública de la Comisión Política del Partido Socialista, el mismo mes de enero, en que señalaba que “el enfrentamiento de clases en Chile sólo puede concluir con la toma del poder definitivamente por los trabajadores”<sup>211</sup>.

Allende, por su parte, en una entrevista concedida a la televisión, declaraba que el camino que se había escogido era “esencialmente electoral”, añadiendo que mientras fuera Presidente habría elecciones en Chile. Insistía en que el proceso revolucionario se haría “en democracia, pluralismo y libertad”<sup>212</sup>. Simultáneamente, en carta dirigida a El Mercurio, señalaba que el objetivo del programa de la Unidad Popular era “abrir el camino hacia una sociedad socialista sin transgredir los marcos constitucionales y legales”<sup>213</sup>.

en “La Nación” (16.12.72); la de Allende fue concedida al periódico mexicano “Excelsior”, y reproducida en “La Nación” (2.12.72).

<sup>210</sup> “La Última Hora” (15.1.73) Los Cordones Industriales y Comandos Comunales eran algunas de las formas que iba adquiriendo el Poder Popular, el que aparecía como una alternativa a la “institucionalidad burguesa”.

<sup>211</sup> “Las Últimas Noticias” (26.1.73).

<sup>212</sup> “La Nación” (17 y 31.1.73).

<sup>213</sup> “El Mercurio” (15.1.73).

En el mes de enero se desató una polémica entre el Partido Socialista y el Partido Comunista (este último con el apoyo de Allende), a raíz de un proyecto del Ministro de Economía, Orlando Millas (PC) relativo al tema de las tres áreas de la economía (social, mixta y privada), cuestión que había sido largamente discutida entre el gobierno y la oposición y que aparecía como el principal conflicto para resolver entre ambos<sup>214</sup>. Allende respaldó dicho proyecto, señalando que se trataba de delimitar el Área Social de propiedad a 90 empresas. El proyecto proponía el traspaso a esa área de 49 empresas y procuraba buscar solución a 121 empresas que se encontraban requisadas o intervenidas<sup>215</sup>. Sugería asimismo la devolución a sus dueños de las empresas consideradas como no-monopólicas. Todo ello formaba parte de la estrategia de Allende y del Partido Comunista de "avanzar consolidando".

En un acto en el Teatro Portugal, reivindicando el derecho del Partido Socialista a criticar las acciones del gobierno "que a nuestro juicio no orienten el proceso en un sentido revolucionario", el secretario general del PSCH consideró que el proyecto Millas era "una concesión inaceptable a la burguesía", añadiendo que no existía "un mismo pensamiento revolucionario" dentro de la Unidad Popular<sup>216</sup>. En esos mismos días Allende había enviado una carta al PSCH explicando las razones del proyecto Millas y expresando su apoyo al mismo. El partido respondió diciendo que, en su oportunidad, la Comisión Política había rechazado "categóricamente" dicho proyecto<sup>217</sup>.

Ahondando en esta materia el secretario general del PSCH envió una carta a Luis Corvalán, secretario general del PC, en la que le señalaba que el proyecto Millas "objetivamente ofrece nuevas garantías a la burguesía", por lo que sólo cabía calificarlo de "retroceso". Añadía que pese a la existencia de un acuerdo entre el PS, el MAPU y la IC al interior de la Unidad Popular, "en muchas oportunidades hemos quedado solos en la defensa de posiciones políticas fundamentales". Enseguida aclaraba que el Partido Socialista concebía el proceso revolucionario "como una marcha ininterrumpida, sin etapas ni consolidaciones prematuras (...) dirigida a conquistar la totalidad del poder por los trabajadores". Este proceso, decía, se guiaba por las leyes generales de la revolución y veía en la institucionalidad burguesa un impedimento para llevar a cabo los cambios revolucionarios: "nada se ha podido hacer para modificar el carácter del Estado, que sigue siendo burgués-capitalista", decía

<sup>214</sup> Según Sergio Bitar, asesor económico de Allende, este plan habría surgido a propuesta del General Carlos Prats, Comandante en Jefe del Ejército, y aprobado por el Comité Económico de Ministros. La constitución de esta Área Social aparecía, según Bitar, como el "recurrente dilema del gobierno" (Sergio Bitar, *Transición, Socialismo y Democracia: la Experiencia Chilena* (Siglo XXI Editores, México, 1979, 234).

<sup>215</sup> Esto último se hacía a través de un "resquicio legal" que consistía en aplicar el Decreto Ley 520, de la época de la República Socialista (1932), que permitía intervenir o requisar, bajo ciertas condiciones, empresas por la vía administrativa (por simple decreto del Ejecutivo).

<sup>216</sup> "El Mercurio" (30.1.73) y "Clarín" (28.1.73).

<sup>217</sup> "Puro Chile" (30.1.73) y "El Mercurio" (30.1.73). En un intercambio de cartas, en esos días, entre las direcciones del PS y el PC, el primero decía que este último estaba tergiversando sus posiciones sobre materias como ésta (ver "El Siglo", 12.2.73).

el dirigente socialista. Llamaba luego a la constitución de un Poder Popular, lo que significaba fortalecer los cordones industriales y comandos comunales, completar el Área de Propiedad Social, pasar a controlar el área privada, acelerar la estatización y controlar la distribución, entre otras medidas importantes<sup>218</sup>.

Conceptos similares a los anteriores expresó el mismo dirigente socialista en un acto de proclamación de los candidatos a parlamentarios del Partido Socialista por Santiago, en el mes de febrero. Allí señaló que sólo existía “un camino: avanzar hacia el socialismo sin concesiones, sin transacciones”. Añadía que no existía solución “dentro de los límites de la institucionalidad burguesa” y que en las elecciones de marzo no se estaba “sometiendo a plebiscito el proceso revolucionario chileno”. Concluía con las siguientes palabras: “marzo es para nosotros el campo de una nueva batalla en esta gran guerra de clases”<sup>219</sup>.

A estas alturas cabría hacerse la pregunta, ¿cuál era la lógica —si es que había alguna— detrás de planteamientos como éstos, expuestos en forma reiterada por la dirección superior del PSCH, dando lugar a tantas demostraciones de discrepancias profundas con la Vía Allendista y ahondando en el clima de polarización y confrontación en que se desenvolvía la política chilena? La respuesta pareciera encontrarse, una vez más, en las palabras del secretario general del PSCH. En efecto, en una entrevista concedida por Altamirano algunos días antes de las elecciones de marzo, señalaba que, aunque él mismo no lo deseaba, “el enfrentamiento es inevitable”<sup>220</sup>. Esta tesis de la “inevitabilidad del conflicto” fue desarrollada en forma más sistemática por el propio Altamirano, algunos años después, en su libro *Dialéctica de una Derrota*<sup>221</sup>. En dicho libro expone sus reflexiones sobre el proceso político chileno y el papel que en él desempeñara el Partido Socialista.

Allí señala el dirigente socialista que, ante la inevitabilidad del conflicto, había sido un error irreparable el no haber implementado en términos prácticos la tesis de la “vía armada”, adoptada en el Congreso de Chillán, y el haber carecido de la capacidad orgánica para llevarla a cabo. Añade que, ya desde la década de 1950, habría quedado claro que no era “factible el tránsito pacífico al socialismo en el ámbito de la realidad concreta nacional y continental”. En Chile, señala Altamirano, la fuerza social y política que apoyaba a la Unidad Popular no tenía un carácter “abrumadoramente superior”, lo que hacía previsible el enfrentamiento armado. La Unidad Popular, sin embargo, no se habría preparado prácticamente para ello, lo que habría constituido un “vacío inexcusable”.

Todo esto habría contribuido a la derrota final: “la ruptura final, factor insoslayable en la subversión del dominio de clase, sólo podía lograrse —en

---

<sup>218</sup> Esta carta puede encontrarse en “El Clarín” (17.2.73), “La Tercera” (16.2.73) y “La Última Hora” (15.2.73).

<sup>219</sup> “La Última Hora” (22.2.73).

<sup>220</sup> “La Última Hora” (1.3.73).

<sup>221</sup> Carlos Altamirano, *Dialéctica de una Derrota* (Siglo Veintiuno Editores, México, 1976).

Chile— en términos de fuerza militar. La ausencia de aquella previsión y la incapacidad para sustituir oportunamente la estrategia equivocada, determina —en definitiva— el fracaso de la experiencia chilena”<sup>222</sup>. En otras palabras, dado que el conflicto era inevitable, se hacía necesario prepararse para el enfrentamiento militar total y final, lo que la Unidad Popular omitió hacer. Esta sería, según Altamirano, la causa del fracaso de la experiencia de la Unidad Popular. Los errores fundamentales de esta última habrían provenido de una “inadecuada percepción política de la inevitabilidad del conflicto interno y externo”<sup>223</sup>.

¿Era inevitable el conflicto? En verdad la pregunta escapa a este trabajo. De hecho, hay quienes dentro de la Unidad Popular sostenían una visión opuesta<sup>224</sup>. Nos basta, por ahora, con señalar que en la percepción de la propia dirección del PSCH —y eso es lo que importa realmente— el conflicto era visto como “inevitable”. Lo que sí nos atrevemos a sugerir es que esta percepción presentaba más bien las características de una profecía autocumplida; en otras palabras, no es que el conflicto fuera inevitable; más bien se hizo inevitable, entre otras cosas, por el tipo de lógica detrás de una profecía del tipo señalado<sup>225</sup>.

Entre los meses de marzo y septiembre de 1973 las distancias entre la Vía Allendista y la dirección del PSCH se acrecentaron aún más. Por cierto que las relaciones entre gobierno y oposición experimentaban el mismo proceso de deterioro. En las elecciones de marzo, la Unidad Popular obtuvo un nada despreciable 44% de la votación, impidiendo a la oposición obtener los dos tercios que eran necesarios para producir una acusación constitucional en contra de Allende. En ese contexto, un pleno del Comité Central del PSCH, celebrado en el mes de marzo, apeló “al desarrollo acelerado de todas las formas de expresión del poder popular”. Confirmaba la “irreversibilidad” del proceso y llamaba a convertir el Área de Propiedad Social en el sector hegemónico de la economía. Señalaba que “la próxima gran batalla política por la conquista del poder se da imponiendo el control y la dirección efectiva de la clase obrera sobre la economía nacional”. En este contexto debía asegurarse para el Partido Socialista “el papel de destacamento de vanguardia marxista-leninista”<sup>226</sup>.

Por su parte, en el mes de abril, a propósito de una toma del Ministerio de Obras Públicas por parte de sus trabajadores, Allende se dirigió al lugar e hizo ver a los funcionarios allí presentes que esta era una revolución distinta a la de “otros países que han llegado al socialismo y que han conquistado por las armas el gobierno y el poder”. Les señaló que este era el gobierno

<sup>222</sup> *Ibíd.*, 59. Ver, también, sobre lo anterior, páginas 26 y siguientes y 34.

<sup>223</sup> *Ibíd.*, 182.

<sup>224</sup> Así, por ejemplo, Sergio Bitar, señala: “Nuestra aseveración inicial es que el golpe de Estado en Chile no estaba predeterminado y, por ende, el desenlace no era inevitable” (ver Bitar, *op. cit.*, 19).

<sup>225</sup> Ver sobre el particular, Alain Touraine *Vida y Muerte del Chile Popular* (Siglo XXI Editores, México, 1974), 173.

<sup>226</sup> Las resoluciones de este pleno pueden encontrarse en “El Siglo” (6.4.73).

de los trabajadores y que los cambios que el país estaba viviendo se harían “en democracia, pluralismo y libertad”. Añadió que se trataba de un proceso de cambios “dentro de la democracia burguesa”. Ante las demandas de sectores de izquierda para cerrar el Congreso Nacional, Allende respondió que más fácil “sería que no hubiera Congreso, pero eso sencillamente este gobierno no puede hacerlo”. Concluyó que, aunque el Congreso realizara la más enconada oposición, “tendríamos que seguir nosotros sencillamente dentro de la Constitución”<sup>227</sup>.

El conflicto entre gobierno y oposición se hacía cada vez más crítico, lo que contribuía a su vez a una mayor radicalización del Partido Socialista y a una intensificación del conflicto entre el Presidente Allende y su propia colectividad. Estas tensiones alcanzaron un nivel dramático con el “Tacnazo” del 29 de junio, cuando algunas tropas del Ejército, encabezadas por unos pocos oficiales, intentaron el derrocamiento del gobierno. Dicho intento golpista fue reprimido por las propias Fuerzas Armadas, encabezadas por el Comandante en Jefe del Ejército, General Prats.

Ante la gravedad de la situación y a raíz de una iniciativa del Arzobispo de Santiago de la Iglesia Católica, Cardenal Silva Henríquez, el Presidente Allende llamó a un diálogo con la Democracia Cristiana a fin de buscar en conjunto una solución política a la crisis ya generalizada. En conferencia de prensa Allende sostuvo que “es necesario que todos los sectores recapaciten y se busque un diálogo. Para el gobierno el diálogo no significa claudicaciones y entreguismos”. En manifiesta contradicción con la tesis de la “inevitabilidad del conflicto” sostenida por la dirección del PSCH, Allende señalaba que “siempre tengo confianza en que, cualesquiera sean las diferencias, evitaremos el enfrentamiento”<sup>228</sup>.

Por su parte, la dirección del PSCH emitió una declaración pública en la que señalaba no aprobar el diálogo con la directiva demócratacristiana<sup>229</sup>. Sobre el diálogo con el PDC, el secretario general del Partido Socialista señalaba lo siguiente: “el Partido Socialista no aceptará jamás conciliar con los enemigos de Chile, del gobierno popular, de los trabajadores”. Añadía que era necesario aclarar “que el Presidente de la República, compañero Salvador Allende, está desarrollando dicho diálogo con la aprobación de la mayoría de los partidos de la Unidad Popular, y con la franca discrepancia del Partido Socialista”<sup>230</sup>.

Declaraciones como las señaladas evidentemente que erosionaban las posibilidades de buen éxito del diálogo entre el PDC y Allende, puesto que este último aparecía como desautorizado por la dirección de su propia co-

<sup>227</sup> Ver “El Mercurio” (26.4.73).

<sup>228</sup> “Puro Chile” (7.7.73).

<sup>229</sup> “La Última Hora” (31.7.73). La declaración fue dada a conocer por la subsecretaría de comunicación del PSCH.

<sup>230</sup> “La Última Hora” (31.7.73). Algunos años más tarde Altamirano confirmaría que había sido contrario al diálogo por considerar que era “tiempo perdido” —entre otras cosas porque estimaba que el conflicto era inevitable (En Politzer, op. cit., 56).



lectividad. En un intento prácticamente desesperado por llegar a un acuerdo con el PDC, Allende procedió a reestructurar su gabinete a mediados de julio, nombrando como Ministro del Interior a Carlos Briones, persona de reconocida moderación.

No obstante, al constatar que la gestión de Briones iba encaminada a lograr un entendimiento con el PDC, y pese a que inicialmente había aprobado su designación, la dirección del PSCH le quitó su apoyo a Briones. Este último, al sentirse desautorizado por la dirección socialista, presentó su renuncia al cargo a fines del mes de julio.

Ante la insistencia por parte de Allende de que reasumiera el cargo y previo haberle solicitado poderes suficientes para negociar, Briones reasumió como Ministro del Interior en el mes de agosto, a fin de retomar las negociaciones con la Democracia Cristiana<sup>231</sup>. Al confirmarlo en el cargo Allende señaló, respecto de Briones, que este último no tenía militancia socialista y que “no representará al Partido Socialista. Su designación es el ejercicio de un derecho que me otorga la Constitución Política, a la cual no he renunciado, ni renunciaré”<sup>232</sup>.

La respuesta de la dirección del PSCH no se hizo esperar. Frente a la designación presidencial la Comisión Política del partido, confirmó que Briones no era militante del partido —la verdad es que no estaba con las cuotas al día— y señaló que deslindaba “toda responsabilidad de sus actuaciones”<sup>233</sup>. Pese a ello, las conversaciones entre el PDC, representado por Patricio Aylwin y Osvaldo Olguín, presidente y vicepresidente de dicha colectividad, respectivamente, y Allende, Clodomiro Almeyda y Carlos Briones, representando al gobierno, continuaron. No obstante, a poco andar la dirección socialista volvió a intervenir, esta vez disponiendo el retiro de Almeyda de dichas conversaciones, las que finalmente no prosperaron<sup>234</sup>.

El Presidente Allende hizo un último intento por buscar una solución política el día 5 de septiembre. Con tal objeto, planteó a los partidos de la Unidad Popular la posibilidad de realizar un referéndum sobre ciertas materias fundamentales, a fin de que fuera el pueblo el que resolviera la crisis política existente. El día 7 de septiembre se reunió con el Comité Político de la Unidad Popular, presentando tres alternativas posibles: enfrentamiento, ne-

<sup>231</sup> Todos estos antecedentes me fueron confirmados por el propio Carlos Briones, en entrevista personal del 7 de abril de 1986.

<sup>232</sup> “El Siglo” (29.8.73).

<sup>233</sup> “El Mercurio” (30.8.73).

<sup>234</sup> Según Briones, la intransigencia no provenía solamente de la dirección del PSCH sino también de la dirección del PDC y de algunos dirigentes demócratacristianos (incluido Eduardo Frei), los que daban a entender que no había “nada que hacer” (entrevista con Briones, op. cit.). Esta postura “pesimista” también parecía corresponder a la percepción del propio Cardenal Silva Henríquez, quien habría dicho a su secretario privado, luego de la entrevista entre Allende y Aylwin, “no se va a lograr nada” (Ignacio González, *El Día en que Murió Allende*, Cesoc, Santiago, 1988) 34. Eduardo Cerda, secretario general del PDC en esa época, alude a la responsabilidad del propio Allende, por su “indecisión” en momentos tan críticos (entrevista en “El Mercurio”, 27 de febrero de 1986). La visión de Aylwin, en la misma línea anterior, puede consultarse en entrevista en revista “Hoy” (472, 4 al 10 de agosto de 1986).

gociación, o plebiscito. El Partido Comunista y el Partido Radical se habrían mostrado, en principio, partidarios del diálogo. El Partido Socialista, en cambio, según las notas de un testigo presencial, habría dicho “no al diálogo pues no da salida política. Todavía no al plebiscito. Tomar ofensiva, restablecer poder presidencial, movilizar al pueblo”; es decir, la negociación fue rechazada y el plebiscito considerado prematuro<sup>235</sup>.

Finalmente, el 8 de septiembre el Comité Político de la Unidad Popular le manifestó a Allende su negativa a la posibilidad de un referéndum; el PSCH, por su parte, se opuso una vez más al diálogo, amenazando con irse del gobierno y de la Unidad Popular si se persistía en la realización de aquél<sup>236</sup>. No obstante y ante la inminencia de una guerra civil o de un golpe de Estado, el Partido Comunista, el día 9 de septiembre, se desentendió del acuerdo de la Unidad Popular, dando su apoyo a Allende para convocar a un referéndum<sup>237</sup>. El día 10 de septiembre el Presidente le comunicó a sus asesores más cercanos su decisión de convocar este acto<sup>238</sup>. No obstante, lo que tuvo lugar el día 11 de septiembre de 1973 no fue un referéndum sino un golpe militar que derrocó al gobierno de Salvador Allende, poniendo fin a una democracia cuyos orígenes se remontaban a la primera mitad del siglo diecinueve.

Ese mismo día en la mañana Allende tuvo el último contacto oficial con su partido. Dejemos que sea su propio asesor, Joan Garcés, testigo directo de los hechos, quien nos relate dicho encuentro, el que sintetiza de manera dramática la historia de desencuentro entre la Vía Allendista y la dirección superior del PSCH<sup>239</sup>:

“La mañana del día 11 de septiembre, poco antes de las nueve, cuando ya el ruido de los vuelos rasantes de la aviación dificultaban las conversaciones, en el minuto escaso que Allende concedió a Hernán del Canto, confluían tres años de interrelación entre la dirección del Partido Socialista y el Presidente de la República:

—Presidente, vengo de parte de la dirección del partido a preguntarle qué hacemos, dónde quiere que estemos.

<sup>235</sup> Ver. Sergio Bitar, op. cit., 242 y 358.

<sup>236</sup> *Ibid.*, 358; ver. también, sobre este punto, Joan Garcés, op. cit., 332 y siguientes. Altamirano, por su parte, diría algunos años después que estuvo “mil por ciento de acuerdo” con la convocatoria a plebiscito, posición que el PSCH no había compartido “en una reunión —la del 8 de septiembre— a la cual decidí no asistir porque no estaba dispuesto a seguir avalando posiciones irracionales” (En Politzer, op. cit., 127).

<sup>237</sup> Ver Bitar, op. cit., 359. Este hecho me fue confirmado por el propio Carlos Briones, quien tuvo en sus manos la carta del PC, la que posteriormente y a raíz del golpe militar, se perdió (entrevista personal, op. cit.). Ese mismo día 9 de septiembre, Altamirano pronunció un muy controvertido discurso en el Estadio Chile —que le costó el desafuero como senador— en el que reconoció haber sostenido reuniones con marineros a fin de escuchar sus denuncias sobre supuestos planes sediciosos de la alta oficialidad de la Armada. Dieciséis años después Altamirano declararía que se había opuesto a pronunciar ese discurso, pero que lo habría hecho ante la insistencia por parte de la Comisión Política del PSCH (ver Politzer, op. cit., 129).

<sup>238</sup> Ver Bitar, op. cit., 359.

<sup>239</sup> Garcés, op. cit., 386.

—Yo sé cuál es mi lugar y lo que tengo que hacer —respondió secamente Allende. Nunca antes me han pedido mi opinión. ¿Por qué me la piden ahora? Ustedes, que tanto han alardeado, deben saber lo que tienen que hacer. Yo he sabido desde un comienzo cuál era mi deber.

Ahí terminó la conversación. Del Canto partió. Los demás partidos no enviaron a preguntar qué hacían”.

### *Conclusión*

En esta última parte hemos querido expresar el conflicto entre el proyecto allendista y la dirección del Partido Socialista citando profusamente los dichos y declaraciones de los propios actores involucrados. Ello, según nos parece haberlo demostrado, expresa con toda claridad la existencia de dos concepciones antagónicas: la de la Vía Allendista al socialismo, en “democracia, pluralismo y libertad”, y la representada por el Partido Socialista, que había evolucionado en la dirección de una postura crecientemente leninista e insurreccional, y que veía en las instituciones de la democracia representativa un obstáculo mayor en el proceso de instauración de una sociedad socialista.

Mientras que la concepción socialista democrática contenida en la Vía Allendista aspiraba a crear las condiciones para una sociedad socialista a través de la transformación gradual del Estado y la profundización de la democracia existente, actuando dentro de los límites de la Constitución, la posición crecientemente leninista adoptada por el Partido Socialista lo llevó paulatina pero sostenidamente a plantear la destrucción del Estado burgués y su sustitución por el llamado Poder Popular, lo que suponía el concurso protagónico del partido-vanguardia más que el apoyo de las grandes mayorías, todo ello en un proceso irreversible hacia el socialismo.

Hemos desarrollado la hipótesis de que habría sido la ausencia de un correlato socialista democrático al interior de la Unidad Popular, y muy en especial del propio Partido Socialista, lo que habría contribuido principalmente al fracaso de la Vía Allendista. Como hemos sugerido, el apoyo táctico del Partido Comunista habría sido del todo insuficiente, pues a Allende y al Partido Comunista los separaban concepciones estratégicas contrapuestas; así, mientras para aquél la Vía Allendista era un “segundo modelo” de construcción de la sociedad socialista, distinto de la dictadura del proletariado, para este último lo anterior resultaba inaceptable.

A decir verdad, el único apoyo real con que contaba Allende era el del socialismo allendista o, en términos aún más amplios, el del pueblo allendista. De alguna manera, el “allendismo” —nos atreveríamos a decir hasta el día de hoy— fue mucho más que el Partido Socialista, e incluso más que la propia Unidad Popular. Allende, a sabiendas de que representaba más que su propio partido, confió en su capacidad personal para captar votos y apoyo popular, enfatizando pues el elemento electoral. El Partido Socialista, en cambio, se sentía cada vez más alejado de las consideraciones electorales, las que eran propias de un tipo de democracia “formal” o “burguesa” que

aspiraba a superar. Para el PSCH la política chilena se definía cada vez más en términos de correlación de fuerzas que de competencia electoral.

Fue así como, históricamente, en momentos de elecciones el allendismo ganaba terreno, mientras que el Partido Socialista entendía que tenía que bajar la intensidad de su discurso a fin de no frustrar el resultado electoral. Pero, a la inversa, en momentos en que no eran las consideraciones de tipo electoral las que primaban, el partido volvía a arremeter con toda intensidad en su discurso radical.

Esta doble perspectiva antagónica tenía algunas posibilidades de subsistir hasta 1970, pero hizo crisis cuando Allende y el Partido Socialista accedieron al poder. En efecto, desde esa posición el PSCH tenía que jugarse el todo por el todo, sin consideraciones de ninguna especie; tenía que hacer realidad las definiciones políticas e ideológicas adoptadas en Linares, Chillán y La Serena para dar lugar a un proceso ininterrumpido e irreversible hacia el socialismo. La consigna era “avanzar sin transar” hasta la conquista total del poder. De nada podían ya valer las consideraciones electorales.

En ese contexto, de poco servían las invocaciones de Allende al electorado, al pueblo allendista. En vano insistiría Allende en convocar a un referéndum en momentos en que la dirección superior del PSCH postulaba que el conflicto era inevitable. Por su parte el socialismo allendista había perdido posiciones —si es que alguna vez las tuvo— al interior del partido desde mucho antes del año 1970. No sólo este sector, sino el socialismo moderado ligado a Aniceto Rodríguez, habían perdido posiciones al interior del partido desde que una nueva dirección pasara a controlar el poder en el muy crucial Congreso de La Serena, en 1971.

En ese congreso partidario el Comité Central pasó a contar con una mayoría desequilibrante de los nuevos elementos militaristas surgidos al interior del partido en los años sesenta, mientras que el allendismo y los sectores moderados pasaban a ocupar una posición marginal y casi inexistente. De esta manera el partido adquiría un perfil diferente y se insertaba en una práctica cada vez más empapada en las concepciones leninistas y militaristas, contra un Allende que, a decir verdad, siempre había descuidado bastante la vida interna del partido, incluyendo la discusión ideológica, confiando en su ascendencia sobre el pueblo, el socialismo allendista y su capacidad para atraer votos.

De alguna manera el Congreso de La Serena, en 1971, representó una culminación lógica o, por lo menos, un paso consistente en esta última etapa de desarrollo del Partido Socialista, cualesquiera fueren las tensiones y contradicciones internas; y las hubo muchas. Carlos Altamirano y no Aniceto Rodríguez —menos aún Salvador Allende— representó y recogió fielmente las definiciones adoptadas por el partido en los muy cruciales congresos de Linares, Chillán y La Serena. Allende, por su parte, no hizo sino expresar y representar una postura socialista democrática que había sido marginal desde los inicios del partido, en los años treinta. Eugenio González primero, y Salvador Allende después, este último en un plano más intuitivo que intelectual, fueron representantes de un proyecto que no encontró, dentro

del Partido Socialista, el correlato de una concepción socialista democrática claramente definida y articulada y, sobre todo, mayoritaria. El Partido Socialista había evolucionado desde una postura marcadamente populista, con una visión más bien instrumental de la democracia, hacia una postura crecientemente leninista, de franca y creciente oposición a las instituciones de la democracia representativa.

En 1946, Víctor Raúl Haya de la Torre, líder del Aprismo peruano, dijo de los socialistas chilenos: “Ellos desprecian la democracia porque no les ha costado nada adquirirla. Si tan sólo conocieran la verdadera cara de la tiranía”<sup>240</sup>. Ha sido precisamente el advenimiento de un régimen autoritario, tras el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, lo que ha llevado a un significativo sector del socialismo chileno —conocido como izquierda renovada— a un profundo replanteamiento en torno al tema de la democracia. La experiencia de haber conocido —y sufrido en carne propia— la “verdadera cara de la tiranía”, unida a otros factores tanto internos como externos que señalaremos, ha conducido en forma creciente al surgimiento de lo que hemos denominado un nuevo socialismo democrático.

Éste aparece como un punto de convergencia de distintas corrientes históricas y recientes de la izquierda chilena, las que van aglutinándose en torno a uno de los dos sectores que resultan de la división del Partido Socialista en 1979. El rasgo más característico de este nuevo socialismo democrático es la revalorización de la democracia política; por su parte, el socialismo es visto como una tarea de profundización de la democracia y no como alternativa a la misma.

Nuestra hipótesis central es que este nuevo socialismo democrático surge a partir de la traumática experiencia de la dictadura militar instalada en el poder a partir del golpe de Estado de septiembre de 1973. Ello ha conducido, en el seno de esta izquierda renovada, a una radical autocrítica en torno a la experiencia de la Unidad Popular, a una labor de “rescate” de los elementos democráticos presentes en la evolución del socialismo chileno, y a la búsqueda hacia el futuro de una nueva síntesis entre socialismo y democracia, cuyo núcleo central está constituido por la afirmación del valor de las instituciones de la democracia representativa. En todo este proceso, el socialismo europeo aparece como la principal influencia externa.

Es al estudio de este proceso que dedicaremos el presente capítulo, concentrándonos más en el nivel del debate intelectual que del desarrollo orgá-

<sup>240</sup> En Miriam Hochwald, *Imagery in Politics: a Study of the Ideology of the Chilean Socialist Party* (UCLA, Tesis de Doctorado, University Microfilms International, Ann Arbor, Michigan, 1981), 16.

nico, el que aún no está concluido. A diferencia de los capítulos anteriores, en consideración a lo reciente y rico de este debate y aun al precio de abusar de las citas, procuraré, en la medida de lo posible, recurrir a las propias expresiones y dichos de los actores involucrados en este proceso.

### *El Impacto de la Dictadura*

Hacia comienzos de la década del setenta, bajo la Unidad Popular y en el contexto latinoamericano, se había acuñado, especialmente en círculos intelectuales de la izquierda más radicalizada, la consigna “socialismo o fascismo”. Sin embargo, el advenimiento al poder de diversos regímenes autoritarios, en Chile y los países del Cono Sur de América Latina, pronto hizo ver a significativos sectores de la izquierda chilena y latinoamericana que el verdadero dilema por resolver era el de “autoritarismo o democracia”. Pero, más allá de una mera discusión táctica, lo que interesa destacar en las páginas siguientes es que este nuevo dilema, para un significativo sector de la izquierda chilena, adquirió el carácter de un verdadero replanteamiento teórico, en la dirección de una revalorización profunda de la democracia política.

El advenimiento de un régimen autoritario, frente a la experiencia previa de una democracia avanzada como la que existió en Chile hasta 1973, hizo que este sector de la izquierda chilena llevara a cabo un profundo replanteamiento teórico y político en torno a la cuestión de la democracia. Ello, a su vez, condujo a una reformulación de la relación entre socialismo y democracia.

El advenimiento de la dictadura chilena no condujo, sin embargo, al menos inicialmente y en forma directa, a una discusión sobre la cuestión de la democracia. La primera reflexión surgió a propósito de la cuestión de los derechos humanos. En efecto, en lo que primero se hizo sentir el peso de la dictadura fue en lo que se refiere a la violación sistemática y brutal de los derechos humanos. Ninguna fuerza política sufrió las consecuencias de esta situación como la izquierda. Al interior de esta última surgió un creciente despertar acerca de la relación entre autoritarismo y derechos humanos, y la necesidad de velar por la debida protección de estos últimos. “De la experiencia del autoritarismo —señala Norbert Lechner— (como antes de la vivencia del fascismo), surge la aspiración por un conjunto de normas supraleales, o sea sustraídas al debate político y, al contrario, marco normativo de éste. Fruto de esa aspiración y de su actualidad son los derechos humanos”<sup>241</sup>.

Más allá del terror de los primeros años y de la política de catacumbas en que hubo de sumirse la izquierda, añade Ángel Flisfisch, miembro del Comité Central del Partido Socialista, la situación represiva de la dictadura militar planteó para la izquierda la necesidad de una mayor “consistencia

---

<sup>241</sup> Norbert Lechner, “¿Revolución o Ruptura Pactada”, en Fundación Pablo Iglesias, *Caminos de la Democracia en América Latina* (Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1985), 295.

cognitiva”, en el sentido de velar por el valor permanente y universal de los derechos humanos, frente a cualquier tipo de régimen político<sup>242</sup>.

Muy pronto la reflexión se transformó en un replanteamiento en torno a la importancia de las formas políticas y, muy en particular, del tipo de régimen político que se postula como deseable. La violación sistemática de los derechos humanos no tenía lugar en un vacío político, sino, muy concretamente, bajo un régimen autoritario. Lo anterior condujo no sólo a una revalorización de la democracia política —en cuanto régimen político que garantiza efectivamente la vigencia de los derechos humanos—, sino a la necesidad de adoptar una postura crítica frente a toda forma de autoritarismo, de derecha o izquierda. Dos de los principales intelectuales y altos dirigentes de la izquierda renovada se refieren a esta materia en los siguientes términos.

Según Jorge Arrate, secretario general del PSCH a partir de 1989, “el autoritarismo del régimen implantado en Chile influye en consolidar el antiautoritarismo en el seno de la izquierda, que se proyecta de un modo general, es decir, que abarca también el repensamiento del tipo de socialismo que se propugna y su vinculación con la libertad. La pérdida de la democracia y el desprecio con que la considera el discurso ‘oficial’ en Chile induce una más profunda consideración del valor, sentido y contenidos de la democracia política y de la participación popular en las decisiones de gobierno. La violación y supresión de importantes derechos de la persona humana, antes consagrados en los textos legales y adoptados por la vida social chilena, genera una revalorización de su existencia y transforma el tema en tópico ineludible de los programas o propuestas sociales de la izquierda”<sup>243</sup>.

Por su parte, Manuel Antonio Garretón, miembro del Comité Central del PSCH, afirma que “la experiencia de la dictadura enfrentó al socialismo y a la izquierda chilena con una realidad que no podía sino incidir en la reformulación de su proyecto teórico, ideológico y político. En efecto, la naturaleza del golpe militar y de la dictadura mostró que en estos países con clases medias diversificadas y ejércitos modernos, la alternativa real no era socialismo o fascismo, sino dictadura militar o democracia política, en el que una mayoría socio-política va realizando transformaciones con sentido socialista”<sup>244</sup>.

Detrás de estas afirmaciones acerca del valor de la democracia, como resultado de la experiencia vivida bajo la dictadura, está el cuestionamiento y revisión de algunas viejas concepciones que hoy se estiman equivocadas, estrechas o insuficientes. La crítica (o autocrítica en este caso) está básica-

---

<sup>242</sup> Ángel Flisfisch (entrevista personal, 28 de noviembre de 1986).

<sup>243</sup> Jorge Arrate, *El Socialismo Chileno: Rescate y Renovación* (Barcelona, Ediciones del Instituto para el Nuevo Chile, 1983), 93.

<sup>244</sup> Manuel Antonio Garretón, “¿En qué Consistió la Renovación Socialista? Síntesis y Evaluación de sus Contenidos”, en Centro de Estudios Valentín Letelier (Ceval), *La Renovación Socialista: Balance y Perspectivas de un Proceso Vigente* (Santiago, Ediciones Valentín Letelier, 1987) 25. Ver, también, en una línea similar, Tomás Moulián, “Dictadura, Democracia y Socialismo”, en *Chile-América* (64-65, junio-septiembre de 1980) 107; y Grupo por la Convergencia Socialista, “Convergencia Socialista: un Horizonte Democrático”, en *Convergencia* (3-4, agosto-octubre de 1981), 55.



mente dirigida a aquella concepción que pone el acento en el carácter meramente “formal” o “burgués” de la democracia. En el primer caso, la alternativa sería lo que suele denominarse una democracia “real”. Sin embargo, como señala Armando Arancibia, miembro del Comité Central del PSCH, “el desconocimiento de la democracia formal en razón de reemplazarla por la denominada democracia real ha llevado generalmente a renunciar a la democracia misma”<sup>245</sup>. En este sentido, la experiencia autoritaria ha hecho que el conjunto de normas y procedimientos comúnmente asociados a la democracia “formal” (sufragio universal, alternancia en el poder, separación de poderes, *habeas corpus*, Estado de Derecho, entre otros) sean valorizados en toda su extensión. Como señala Ernesto Ottone, ex dirigente comunista, surge con mayor claridad “la *validez sustantiva* de las llamadas formas democráticas” (el destacado es de Ottone)<sup>246</sup>.

En lo que se refiere a la democracia “burguesa”, la autocrítica es aún más radical. En el fondo de dicha autocrítica está la idea de que, lejos de ser una “concesión” de la burguesía, la democracia es históricamente, y en el contexto del proceso chileno, una verdadera conquista popular, la que ha de ser preservada y profundizada. Es así como Garretón indica que “la democracia política no es una pura táctica o instrumento sino una conquista histórica popular que la constituye en el lugar al interior del cual debe darse la lucha por el socialismo”<sup>247</sup>.

De alguna manera, detrás de estas concepciones —al menos en el contexto del proceso político chileno— estaba el acostumbramiento a las instituciones de la democracia representativa. Así, la crítica a sus insuficiencias o limitaciones no iba acompañada de un análisis más detenido de sus potencialidades y virtudes. La izquierda chilena, señala Moulián, consideró a la democracia “en una doble dimensión: como lo dado y como un obstáculo”<sup>248</sup>. En una línea similar, Jorge Arrate advierte que, junto con un cierto orgullo por la democracia chilena, la izquierda siempre mantuvo una buena dosis de “desprecio” hacia la misma, basada en su carácter meramente “representativo” y “formal”<sup>249</sup>. Ambos autores, sin embargo, concluyen en que, tras la experiencia autoritaria, esta concepción resulta inadecuada e insuficiente y deja

<sup>245</sup> Armando Arancibia, “Democracia y Socialismo”, en *Convergencia* (5-6, noviembre 1981-enero 1982) 5. En una línea similar, Julio Silva Solar señala: “Sabemos que la democracia real quiere decir más que la democracia formal pero también sabemos que sin democracia formal no hay democracia real” (“¿Hacia una Nueva Fase del Socialismo?”, en *Opciones*, 7, septiembre-diciembre, 1985), 101.

<sup>246</sup> Ernesto Ottone, “Democratización y Nueva Hegemonía en Chile”, en Jorge Arrate y otros, *Siete Ensayos sobre Democracia y Socialismo en Chile* (Santiago, Ediciones Documentas, Vector, 1986), 139.

<sup>247</sup> Manuel Antonio Garretón, “Una Alternativa Socialista”, entrevista en revista *Apsi* (125, septiembre de 1985) 20. En una perspectiva similar, ver Tomás Moulián, “Crítica a la Crítica Marxista de las Democracias Burguesas”, en Desco, *América Latina 80: Democracia y Movimiento Popular* (Lima, Desco, 1981), 56.

<sup>248</sup> Tomás Moulián, *Democracia y Socialismo en Chile* (Santiago, FLACSO, 1983), 165.

<sup>249</sup> Jorge Arrate, *La Fuerza Democrática de la Idea Socialista* (Santiago, Las Ediciones del Ornitornico, 1985), 254.

al descubierto un gran vacío teórico en el análisis tradicional de la izquierda marxista.

Superar esta concepción del todo insuficiente en torno a la democracia política, característica de la izquierda tradicional, apareció como un desafío ineludible en este proceso de renovación.

Sería interminable hacer referencia al sinnúmero de escritos (libros, artículos, documentos partidarios, declaraciones) que van recepcionando esta idea central de que la democracia tiene un valor en sí misma —más allá de toda visión táctica o instrumental— y que, desde la propia perspectiva socialista, constituye el mejor régimen político de gobierno. Tal vez uno de los casos más representativos de esta tendencia, por sus altas responsabilidades en la dirección partidaria y la radicalidad de su replanteamiento político e ideológico, sea el del propio Carlos Altamirano.

Tal como lo hemos señalado en el capítulo anterior, hacia 1973 Altamirano era el jefe máximo de un partido que, al menos desde mediados de la década anterior, se había definido en lo esencial por una postura leninista. En esta perspectiva, la democracia era vista simplemente como la forma política que adquiriría la dominación burguesa al interior de un sistema capitalista.

Hacia la segunda mitad de la década del setenta, y coincidiendo con el proceso de división socialista, Altamirano, junto a todo un sector del Partido Socialista, empieza a replantearse esta perspectiva asumiendo con el tiempo una posición radicalmente distinta. Ya en su mensaje a los socialistas chilenos, en junio de 1977, Altamirano se refiere a la evolución social y política de Chile en términos de “una de las democracias liberales más avanzadas del mundo”<sup>250</sup>. Un año más tarde, en el así llamado Congreso de Argel (que en realidad fue en Berlín), ya más próximo a una perspectiva gramsciana, Altamirano se refiere a la “acusada subestimación del papel decisivo que juegan los factores superestructurales en un proceso transformador”. Añade que una de las debilidades de este análisis condujo a “la ausencia de una concepción coherente sobre las relaciones entre socialismo y democracia”. La democracia chilena, en virtud de este análisis, fue considerada casi como un “dato de la causa”, pasando “desapercibido el rol fundamental que al movimiento popular le había correspondido en la instauración y perfeccionamiento de las instituciones democráticas”<sup>251</sup>.

No obstante, a las alturas del Congreso de Argel, Altamirano y el Partido Socialista en cuanto tal aún adhieren a los “principios del marxismo y del leninismo” (en palabras del propio Altamirano). Es la división del Partido Socialista, en 1979, la que determina una situación distinta, en la que, cada vez más, se va adoptando una definición democrática en oposición a una concepción leninista.

El inicio del conflicto que dio lugar a la división de 1979 puede localizarse

<sup>250</sup> Carlos Altamirano, *Mensaje a los Socialistas en el Interior de Chile* (Mimeo, junio de 1977), 14.

<sup>251</sup> Carlos Altamirano, *El Pensamiento Socialista Chileno* (Ciudad de México, Departamento de Difusión y Propaganda, Partido Socialista de Chile, 1978) 8 y sgtes.

en un documento de la Dirección Interior (DI) del Partido Socialista, de marzo de 1974. Dicho documento, redactado por la dirección socialista que sobrevivió al golpe militar, compuesta por Exequiel Ponce, Carlos Lorca y Ricardo Lagos S. (todos ellos pertenecientes al grupo de los Elenos —Ejército de Liberación Nacional— y miembros del Comité Central elegido en La Serena), asume una revisión crítica del pasado reciente del partido y de la derrota de la Unidad Popular, desde una perspectiva leninista.

En síntesis, dicho documento plantea que la causa de la derrota de 1973 debía encontrarse en las “insuficiencias de la vanguardia”; esto es, en el nivel de las condiciones “subjetivas” de la revolución<sup>252</sup>. Hacia el futuro el documento reafirma, desde una perspectiva marxista-leninista, la necesidad y vigencia de la revolución socialista, orientada hacia la construcción de la dictadura del proletariado. Ello demandaba la existencia de una “vanguardia organizada”, de una “dirección única proletaria” que no tolerara en su interior a “francotiradores de izquierda” y “desviaciones de derecha”. Ambas desviaciones, añade el documento, la del “cretinismo parlamentario” y el “extremismo infantil”, habrían sido las causantes de que en el pasado el partido careciera de una dirección única. En una referencia velada al propio Altamirano dicho documento señala que, en el pasado, el centralismo democrático, pese a haber sido adoptado oficialmente por el partido, no habría sido implementado “por el factor decisivo de predominio de la pequeña burguesía en su conducción y su incapacidad para proletarizarse”.

En síntesis, como indica Arrate, la derrota de 1973 se habría producido, según esta postura, por no haber sido la izquierda “suficientemente leninista”<sup>253</sup>.

Dicha postura, originada en el mencionado documento de marzo de 1974, fue tomando cuerpo en diversos sectores del Partido Socialista, los que se fueron aglutinando en torno a la llamada Dirección Interior. Aun cuando formalmente la dirección del partido estaba radicada en el exterior (más precisamente en el Secretariado Exterior, con sede en Berlín, conducido por el propio Altamirano), en los hechos la conducción del partido quedó radicada en el interior. En esas condiciones la DI logró organizar tres plenos clandestinos, en los años 1976, 1977 y 1979, los que sirvieron para ir consolidando su posición. Precisamente en este último pleno, celebrado en los meses de febrero-abril de 1979, se decidió la expulsión de Altamirano como secretario general del partido. Ello fue posible con la complicidad del sector proclive a esta postura en el propio Secretariado Exterior, en el que Altamirano había quedado en una posición minoritaria de 5 a 4.

La ruptura se consumó en el mes de abril de 1979, quedando constituidos dos partidos: uno, dirigido por Clodomiro Almeyda —hasta ese entonces subsecretario general del partido—, y otro dirigido por Altamirano. Este último, por su parte, acusó a aquéllos de ser una “camarilla estalinista” que

<sup>252</sup> Comité Central del Partido Socialista (Mimeo, Santiago, marzo de 1974), 8.

<sup>253</sup> Jorge Arrate, “El Socialismo Chileno: Rescate y Renovación”, op. cit., 50.

había tomado el poder por asalto, junto con desconocer su expulsión como secretario general del partido.

Tal fue, pues, el desenlace del proceso iniciado con el documento de marzo de 1974<sup>254</sup>. De la división de 1979, la más dramática y radical de la historia del Partido Socialista, resultarían dos partidos, con marcadas diferencias ideológicas y políticas: uno, de definición marxista-leninista dirigido por Almeyda, y otro de reafirmación democrática y alejamiento progresivo de las tesis leninistas, dirigido por Altamirano. Sería en torno a este último sector del Partido Socialista, del que Altamirano dejaría de ser secretario general hacia 1981, que tendría lugar el proceso de renovación socialista.

En un documento de 1980, volviendo al tema del replanteamiento en torno a la democracia política, Altamirano señalaba lo siguiente: "Ha sido una lección derivada de nuestra experiencia reciente, el haber menospreciado las conquistas democráticas alcanzadas por nuestro pueblo y desconsiderar algunos logros evidentes de la democracia liberal, que el socialismo no elimina, sino, por el contrario, profundiza"<sup>255</sup>. Esto marcaría la pauta de un importante replanteamiento ideológico y político por parte de Altamirano, expresivo del fenómeno más global que hemos señalado.

Según Altamirano, el gran error histórico de la izquierda socialista habría consistido en no haber entendido la "especificidad" de Chile, la que estaría dada por su "evolución política y social"<sup>256</sup>. En el centro de dicha evolución y desde muy temprano, estaría la constitución de un Estado de Derecho y de unas instituciones republicanas que, entre otras cosas, consideraron la sujeción del poder militar al poder civil. Tal habría sido, según Altamirano, el aporte fundamental de Diego Portales, forjador del Estado chileno y de un sistema político que en sus rasgos específicos duró hasta 1891, pero que en sus aspectos generales, perduró hasta 1973. En este sentido, añade Altamirano, sobre la base de estos pilares fundamentales constituidos por la república y el Estado de Derecho, puede decirse que "Allende es la continuación histórica de Portales y Pinochet su negación".

Lo más característico de dicha evolución estaría constituido por un sistema democrático que, comparativamente, habría sido bastante avanzado. Ello, pese a las limitaciones económicas (subdesarrollo) y culturales (tradición católico-hispánica) existentes. El error de la izquierda socialista habría consistido en no dar cuenta de este fenómeno.

---

<sup>254</sup> Sobre este proceso de división socialista se puede ver: Carmelo Furci, "The Crisis of the Chilean Socialist Party (PSCH) in 1979" (London, University of London, Institute of Latin American Studies, Working Paper 11); Benny Pollack and Herman Rosenkranz, *Revolutionary Social Democracy: the Chilean Socialist Party* (London, Frances Pinter (Publishers), 1986) 186 y siguientes; y el "Dossier" sobre "La Crisis en el Socialismo Chileno", publicado en *Chile-América* (54-55, junio-julio 1979).

<sup>255</sup> Carlos Altamirano, citado en Andrés Benavente, "Panorama de la Izquierda Chilena, 1973-1984", en *Estudios Públicos* (18, Otoño de 1985).

<sup>256</sup> Carlos Altamirano (entrevista personal, los días 5, 6 y 7 de agosto de 1984). Las citas que siguen a continuación son tomadas de esta entrevista. Muchos de estos conceptos serían más tarde confirmados por el propio dirigente socialista, en el libro-entrevista de Patricia Politzer, *Altamirano* (Ediciones B, Grupo Z, Buenos Aires, 1989).

Para explicar esta carencia, Altamirano alude a que, al menos hasta la década del cincuenta, “el socialismo chileno no se preocupó ni teorizó sobre el problema de la democracia”. Las influencias anarquistas, trotskistas y populistas habrían contribuido, al menos en parte, a este fenómeno. En todo caso, añade Altamirano, se mantuvo una permanente ambigüedad en relación a la democracia. La situación se habría hecho aún más crítica desde fines de la década del cincuenta. El proceso de marxistización, leninización y cubanización del socialismo chileno, habría contribuido a ello; y, añade Altamirano, “en eso estábamos todos; no había dos opciones dentro del socialismo”. En síntesis, concluye Altamirano, “tendríamos que haber dado un mayor valor a esa democracia”.

Hemos querido enfatizar el caso de Altamirano, tal vez por ser el ejemplo más dramático de esta evolución en la dirección de un nuevo socialismo democrático. Lo interesante del caso de Altamirano y de quienes como él compartieron el exilio político en Europa, es que todo ello demuestra que, junto al impacto de la dictadura —factor determinante en todo este proceso—, el socialismo europeo aparece muy significativamente como la principal influencia externa. No es casualidad que Altamirano haya compartido su exilio entre Europa del Este (Berlín) y Europa Occidental (París). El contraste entre una y otra experiencia sería decisivo en su caso, como en el de tantos otros, en la dirección señalada. Pero, a ello nos referiremos en la próxima sección.

Lo que interesa en esta parte es enfatizar que, a consecuencia de la experiencia dictatorial, un sector significativo de la izquierda chilena se replantea en profundidad en torno al tema de la democracia. Ello implica no sólo alejarse de las concepciones leninistas, según veremos más adelante, sino también de viejas concepciones que consideraban en términos negativos, o al menos peyorativos, a la democracia “representativa”, “liberal”, “burguesa” o “formal”, entre tantos otros calificativos.

En esta nueva perspectiva, en cambio, la democracia es vista como un valor en sí misma; como una conquista popular y no como una mera “concesión” de la burguesía; como el régimen político que mejor protege los derechos humanos; como inseparable del socialismo; en síntesis, como señala Arrate, como “espacio y límite” de la acción política<sup>257</sup> o, en las palabras de Lechner, “más como esperanza que como problema”<sup>258</sup>.

Tal vez la mayor parte de los elementos contenidos en esta reflexión de verdadero replanteamiento en torno al tema de la democracia estén resumidos en un documento de un importante grupo de intelectuales y profesionales de distintos partidos de la izquierda chilena, pertenecientes a lo que en algún momento se conoció como la Convergencia Socialista. En dicho documento, este grupo de personas plantea el proceso de renovación de la izquierda en términos de una “triple ruptura”. Junto a una ruptura con la tradición ideo-

<sup>257</sup> Jorge Arrate, “La Fuerza Democrática de la Idea Socialista”, op. cit., 234.

<sup>258</sup> Norbert Lechner, “De la Revolución a la Democracia. El Debate Intelectual en América del Sur”, en *Opciones* (6. mayo-agosto de 1985), 58.

logizante de la izquierda chilena y con aquella política que pone el acento en su propio mundo —el de la izquierda— y no en la nación, dicho documento plantea que la principal ruptura es “con la ambigüedad respecto de la democracia política, a la que se adhirió, en la que se participó, pero a la que se dotaba de un valor casi puramente instrumental”.<sup>259</sup>

Este grupo de socialistas agrega, y concluye, en lo siguiente: “postulamos la democracia política como condición histórica necesaria para el desarrollo de reformas profundas que lleven a la progresiva eliminación de las explotaciones, opresiones y desigualdades sociales. La asumimos como la forma de convivencia más adecuada a la historia de Chile. Creemos que el socialismo no tiene otro modelo político para nuestro país que la democracia y que la lucha por ella y su conservación es un objetivo propiamente socialista. Somos, en consecuencia, partidarios de la democracia política y lo que ella conlleva: el estado de derecho, el pluralismo político, la alternancia en el poder, las libertades públicas, el respeto de mayorías y minorías”.

### *La Conexión Europea*

Como hemos visto en el capítulo anterior, las influencias externas siempre han pesado fuertemente en la vida del Partido Socialista. Lo que queremos enfatizar en esta sección es que, en el caso de la influencia del socialismo europeo y a diferencia de las influencias anteriores, ella ha operado en una dirección de reafirmación democrática.

En efecto, en un primer período la influencia del populismo latinoamericano no hizo sino contribuir a la mantención de una cierta ambigüedad y, en todo caso, de una visión meramente instrumental en torno a la democracia. Más tarde, la influencia aún más decisiva de la Revolución Cubana condujo derechamente a un cuestionamiento de la así llamada democracia “formal” o “burguesa” y de la “vía electoral”, y a una postura de franca y creciente oposición a las instituciones de la democracia representativa.

En el caso del período que comienza en 1973 sucede lo contrario. La influencia del socialismo europeo incide en un proceso de reafirmación democrática. Por un lado, la crisis de los “socialismos reales” conduce a una visión crítica respecto de las tendencias autoritarias de dichos regímenes. Por otro lado, se produce una suerte de descubrimiento de las raíces democráticas de los socialismos de la Europa Occidental, sin que ello signifique, necesariamente, la adopción del modelo socialdemócrata. A decir verdad, el socialismo chileno nunca había mirado seriamente a las experiencias del socialismo europeo, como no fuese para denunciar su carácter meramente “reformista” y “socialdemócrata” —en términos claramente peyorativos. El exilio de la izquierda chilena hace variar radicalmente esta perspectiva.

Diríamos que, en general, este exilio coincide con el desarrollo de un triple proceso al interior de la izquierda europea: el surgimiento del euroco-

<sup>259</sup> Carta de un grupo de intelectuales y profesionales a Carlos Briones, secretario-general del PSCH (1984-1986), de 12 de junio de 1985 (Mimeo).

munismo, en que destacan las actuaciones de Enrico Berlinguer y el Partido Comunista Italiano (PCI), con el trasfondo del trabajo teórico de Antonio Gramsci; el surgimiento y advenimiento al poder de gobiernos socialistas de nuevo cuño, especialmente en la Europa meridional (François Mitterrand en Francia, Felipe González en España, Mario Soares en Portugal, Andreas Papandreu en Grecia) —algunos de ellos después de años y hasta décadas de autoritarismo—; y, finalmente, la crisis en el mundo de los “socialismos reales”, la que va dejando al descubierto los rasgos autoritarios de dichos regímenes. Como veremos en este último caso, los eventos en Polonia (1979-1981) con la represión del Movimiento Solidaridad tendrán gran importancia para los socialistas chilenos.

Lo primero, pues, es constatar el contexto en el que tiene lugar el exilio de la izquierda chilena y, muy en particular, el momento histórico que se vive en Europa. Como señala Flisfisch, “si el exilio de la izquierda chilena hubiese tenido lugar, por ejemplo, en 1968 —como fue, en su momento, el caso del exilio de la izquierda brasileña— tal vez otra habría sido la historia”<sup>260</sup>.

Junto con el momento histórico, es importante considerar el desplazamiento geográfico. Los dirigentes de la izquierda socialista chilena se establecieron en distintos puntos de Europa, del Norte y el Sur, del Este y el Oeste. Entre los países nórdicos, Suecia recibió el mayor número de exiliados chilenos y, aunque pueda parecer trivial, justamente la solidaridad de los socialistas europeos para con los exiliados chilenos fue el primer paso en el proceso de descubrimiento y valorización del socialismo europeo<sup>261</sup>.

En Europa del Este, y más específicamente en Berlín oriental, se instaló la dirección del Partido Socialista, encabezada por Altamirano. Junto a él estuvieron, en distintos momentos, Ricardo Núñez, Erich Schnake, Carmen Ansaldi y Alejandro Jiliberto, entre otros. Todos ellos asumirían una visión crecientemente crítica respecto de las tendencias autoritarias en los sistemas comunistas del Este y serían algunos de los principales impulsores del proceso de renovación de la izquierda chilena.

También es interesante destacar la presencia de dirigentes socialistas de nivel intermedio, especialmente sindicales, en Polonia. Ellos vivirían de cerca el proceso protagonizado por Solidaridad y lo asumirían como propio. Algunos de ellos serían incluso expulsados de Polonia, pasando a radicarse en Suecia.

En Europa Occidental algunos, como el propio Altamirano tras el quiebre socialista de 1979, se radican en París. En dicha ciudad permanecen también algunos socialistas que provienen del MIR, como Carlos Ominami y Gonzalo D. Martner. Ellos contribuyen a crear la Asociación para el Estudio de la Realidad Chilena (Aser-Chile) y participan activamente en el proceso de

<sup>260</sup> Ángel Flisfisch (entrevista personal, 28 de noviembre de 1986). Ver también, en el mismo sentido anterior, una entrevista a Flisfisch en *Revista Cozas* (3 de mayo de 1984), 17.

<sup>261</sup> Sobre la cuestión del exilio chileno, ver Alan Angell y Susan Carstairs, “The Exile Question in Chilean Politics”, en *Third World Quarterly* (1, enero de 1987).

renovación de la izquierda y en la creación de la Convergencia Socialista. Otros, como Jorge Arrate, Luis Jerez y Waldo Fortín, se radican en Holanda y forman el Instituto para el Nuevo Chile, el que aparecería como uno de los principales focos del proceso de renovación de la izquierda chilena.

En Europa meridional hay también importante presencia socialista. Tras el quiebre de 1979, Erich Schnake y Alejandro Jiliberto se radican en España y se unen a Darío Pavez, quien ya se encontraba en dicho país. Los tres crearán estrechos vínculos de colaboración con el PSOE, junto con establecer lazos permanentes entre este último y el socialismo chileno. Pero, sin duda que el núcleo más importante —por ser el primero en formarse y en “engancharse” con el socialismo europeo— es el que se forma en Roma. Este grupo, formado por Jorge Arrate, Homero Julio, Raúl Ampuero, José Antonio Vieragallo, Julio Silva Solar y José Miguel Insulza, entre otros, creará estrechos lazos con el PCI y se nutrirá principalmente del pensamiento de Antonio Gramsci. Este grupo, en colaboración con exiliados demócratacristianos, funda una revista (*Chile-América*), que servirá como el primer y principal punto de encuentro y debate en el proceso de renovación de la izquierda. En dicho proceso destacan con toda claridad los aportes teóricos de Gramsci y el papel del PCI, en pleno período del eurocomunismo.

Veamos cómo se percibe, de parte de los propios exiliados y de distintos personeros del socialismo chileno, este proceso.

“Roma —señala Jorge Arrate— es lo que más me marca; es el gran impacto entre nosotros, tal como antes lo fuera la Revolución Cubana y, más tarde, el gobierno de Allende y la Unidad Popular”. “En esos años —añade el dirigente socialista— puede decirse que cambié mi visión política”. Agrega que, junto con los aspectos característicos del comunismo italiano, le llamó la atención la crítica dirigida a los “socialismos reales”. “Empecé a leer a Gramsci en Roma y terminé en Berlín”, señala Arrate, aludiendo al hecho de pasar desde la lectura de un “anti-Lenin”, como considera que es Gramsci, a “un país leninizado”, como considera que es Alemania Oriental<sup>262</sup>.

En una línea similar, José Antonio Vieragallo señala que “la influencia decisiva es el PCI”<sup>263</sup>. Dicho dirigente, escribiendo en la revista *Chile-América*, de la que es editor, realiza un análisis gramsciano de la crisis chilena, dando lugar a una prolongada polémica. Caracteriza la crisis anterior a 1973 como una crisis “orgánica”, la que habría culminado con el triunfo del fascismo<sup>264</sup>. En un artículo posterior llama a superar dicha crisis con miras a la construcción de un nuevo “bloque histórico” que sea capaz de realizar, en el conjunto de la sociedad chilena, una nueva “hegemonía”<sup>265</sup>.

<sup>262</sup> Jorge Arrate (entrevista personal, 29 de septiembre de 1987).

<sup>263</sup> José Antonio Vieragallo (entrevista personal, 12 de diciembre de 1986).

<sup>264</sup> José Antonio Vieragallo, “Chile: Crisis en Perspectiva”, en *Chile-América* (10-11, septiembre-octubre, 1975).

<sup>265</sup> José Antonio Vieragallo, “Proyecto Democrático para Chile” en *Chile-América* (25-26-27), noviembre, diciembre de 1976-enero de 1977), 59.



Algunos años después (septiembre de 1982), en un congreso realizado en Chantilly, organizado por el Instituto para el Nuevo Chile y la Aser-Chile, para analizar el tema de la renovación de la izquierda, Tomás Moulián dirá lo siguiente: "Sin el eurocomunismo o, más en general, sin el aporte del 'marxismo italiano', nuestra reflexión quizás hubiese seguido otros caminos"<sup>266</sup>. En una línea muy similar, referido al mismo tema —el de la renovación—, Alejandro Rojas indica que "la más significativa influencia de la Europa occidental en la crisis de la izquierda chilena ha sido la del marxismo italiano"<sup>267</sup>.

Podríamos mencionar otras múltiples referencias, entre los socialistas chilenos, sobre el impacto de Gramsci, el PCI y el eurocomunismo en el proceso de renovación de la izquierda chilena. Pero, más que el caso de Italia en particular, lo que interesa destacar es que, desde distintos países y experiencias vividas por la izquierda chilena en el exilio, se va descubriendo la verdadera naturaleza del socialismo europeo, en el que resalta su carácter democrático.

Entre otros efectos, dicho descubrimiento va paulatinamente rompiendo con el prejuicio tradicional de la izquierda chilena en relación al socialismo europeo. Ya en el llamado Congreso de Argel (1978), haciendo referencia al desarrollo histórico del Partido Socialista, Altamirano alude a la existencia de "un enfoque provinciano y esquemático de la realidad internacional, lo que nos llevó —entre otras cosas— a subestimar cualquier tipo de relación con los partidos socialistas y socialdemócratas europeos"<sup>268</sup>. Dos años más tarde, tras la ruptura socialista, en el llamado 24 Congreso, celebrado en París —de allí en adelante el sector de Altamirano del PSCH sería reconocido como el PS-24 Congreso—, en un documento titulado Ocho Tesis sobre una Estrategia Socialista para Chile, Altamirano llama a "reforzar nuestros vínculos con los partidos socialistas y socialdemócratas europeos". Se lamenta asimismo de que en el pasado "haya existido una escasa comprensión acerca de los orígenes, objetivos, y rol de estos partidos", pese a que ellos demostraron "una genuina simpatía por la experiencia revolucionaria chilena y, en particular, por Salvador Allende"<sup>269</sup>. Algunos años después, Altamirano señalará que el socialismo europeo había influido "mucho" en su propia evolución: "empecé a preguntarme si efectivamente los socialdemócratas eran grandes traidores a la causa del socialismo o simples oportunistas que habían abdicado de la utopía socialista en aras de administrar el capitalismo. Concluí que esas ideas no se ajustaban a la realidad"<sup>270</sup>.

Erich Schnake, miembro del Comité Central del PS, exiliado en Berlín y

<sup>266</sup> Tomás Moulián, "Sobre la Teoría de la Renovación: Notas Introductorias", en Encuentro de Chantilly, septiembre de 1982, publicado en *Chile-América* (82-83, 1982), 17.

<sup>267</sup> Alejandro Rojas, *The Problem of Democracy and Socialism in the Chilean Political Process from the 1880s to the 1980s* (Toronto, Canadá, Tesis de Doctorado, York University, 1984), 464.

<sup>268</sup> Carlos Altamirano, "El Pensamiento Socialista Chileno", op. cit., 47.

<sup>269</sup> Carlos Altamirano, citado en Pollack y Rosenkranz, op. cit., 197.

<sup>270</sup> En Politzer, op. cit., 160.

luego en España, señala que “en el pasado, para nosotros, el socialismo europeo era el gran administrador del capitalismo”. Añade que esa visión ha cambiado, sin que ello signifique la adopción, por parte de los socialistas chilenos, del modelo socialdemócrata europeo. En todo caso, más que uno o varios casos en particular, lo que sí existe es una “influencia global de la sociedad europea que apunta en la dirección de la democracia, especialmente en el período de la posguerra”. El contraste en materia de progreso entre Europa Occidental y Europa del Este, añade Schnake, es aún más evidente: “uno se queda con aquélla, su participación, y su alternancia en el poder”. En este contexto, concluye el dirigente socialista, no sólo desaparece la connotación peyorativa que tenía para los socialistas chilenos el socialismo europeo, sino que se adquiere una valoración positiva del mismo, como opuesta a la visión negativa que sí se adopta en relación a los “socialismos reales”<sup>271</sup>.

Por su parte, y en relación al socialismo de Europa Occidental en su conjunto —más allá de su especial valoración por la experiencia italiana en particular—, Arrate señala que si bien es cierto “no hay una influencia político-ideológica de la socialdemocracia” en cuanto modelo característico del socialismo europeo, lo que sí existe entre los socialistas chilenos es “una visión más equilibrada” de dicha experiencia. Ésta no sólo pierde el carácter peyorativo que tenía para los socialistas, sino que se valoriza su gran sentido de solidaridad, su pluralidad interna, su carácter progresista y, sobre todo, los estrechos márgenes en que se desenvuelve, en el contexto de una economía capitalista transnacionalizada y una realidad de bloques político-militares. Finalmente, en el socialismo europeo, concluye Arrate, Enrico Berlinguer, Olaf Palme y Willy Brandt son los dirigentes “que más admiro”. Como características comunes a los tres señala su “pragmatismo y eficacia, sin perder la utopía; su dimensión ética de la política y sus grandes valores humanos”<sup>272</sup>.

Todos estos testimonios de algunos de los más altos dirigentes socialistas en el exilio dan cuenta de un fenómeno de verdadero descubrimiento del socialismo de Europa Occidental, en el que destaca su carácter claramente democrático y sus sólidas raíces en la clase obrera. Sin llegar a constituir un modelo para seguir, influye significativamente en el proceso de renovación de la izquierda chilena en la dirección de una línea de reafirmación democrática.

Según Ricardo Núñez, exiliado en Berlín y luego en España, secretario general del PSCH entre 1986 y 1989, de lo que se trata es de tomar dicha experiencia y hacerla compatible con la realidad chilena y sus propias especificidades: “tenemos que ser capaces de crear un socialismo con lo mejor que ha logrado el socialismo europeo y lo mejor que es posible lograr del

---

<sup>271</sup> Erich Schnake (entrevista personal, 10 de noviembre de 1987).

<sup>272</sup> Jorge Arrate (entrevista personal, 29 de septiembre de 1987).

socialismo anhelado en la realidad de Chile<sup>273</sup>. En el caso de Núñez, como en el de los demás dirigentes que hemos mencionado —a los que podríamos añadir otros tantos—, pesa muy fuertemente la experiencia vivida en (y la crisis de) los “socialismos reales”. Todos, casi sin excepción, asumirán una visión crítica de las tendencias autoritarias que advierten en el seno de los regímenes de Europa del Este. Muchos de ellos tuvieron la experiencia personal de haber vivido dicha realidad, y algunos asumirán una posición de denuncia desde la propia perspectiva comunista (Rojas, Ottone y Razeto). Sin desconocer los importantes avances en el campo económico-social, denunciarán los rasgos autoritarios de dichos regímenes, en una dirección de reafirmación democrática.

Así como Roma, el PCI, Gramsci y el eurocomunismo, fueron la clave para el descubrimiento y mejor comprensión del socialismo de Europa Occidental en su conjunto, Polonia, Walesa, y el Movimiento Solidaridad sirvieron para adquirir una conciencia más cabal acerca de los vacíos y rasgos autoritarios del comunismo de Europa del Este. “Algo pasa en el socialismo europeo oriental —diría, algunos años más tarde, Ricardo Lagos, miembro de la Comisión Política del PSCH— si después de 25 años se produce el fenómeno Walesa. Algo, que indica que no se marcha bien”<sup>274</sup>.

Walesa y el Movimiento Solidaridad crearon, en la izquierda de Occidente, expectativas similares a las creadas por Dubcek en 1968 y por Allende en 1970. Todas esas experiencias procuraron, de alguna manera, hacer compatibles socialismo y democracia. La represión del Movimiento Solidaridad, por parte del gobierno polaco, y la posterior imposición de la Ley Marcial, sumaron una frustración adicional a las ya acumuladas hasta ese momento por parte de la izquierda de Occidente.

El tono de crítica y denuncia de parte de la izquierda chilena renovada no se hizo esperar. Así, por ejemplo, frente a la imposición de la Ley Marcial en Polonia, el núcleo de chilenos exiliados en México emite una declaración en la que condena “al régimen minoritario de verticalidad autoritaria, que pretende gobernar en nombre del socialismo”. Manifiesta su “solidaridad y apoyo al pueblo polaco y a sus organizaciones representativas, en una hora en que sufren aguda persecución”<sup>275</sup>. Entre otros, firman dicha declaración Armando Arancibia, Álvaro Briones y Marcelo Schilling, todos los cuales pasarán a formar parte del Comité Central del PSCH algunos años después.

Una condena similar fue emitida por el grupo de exiliados en Europa. Estos últimos, reunidos en Rotterdam en diciembre de 1981 —coincidiendo con la imposición de la Ley Marcial en Polonia—, expresaban, ante “la declaración del estado de guerra interna en Polonia y de las violaciones masivas y sistemáticas de derechos humanos que tienen allí lugar, nuestra

<sup>273</sup> Ricardo Núñez, entrevista en revista *Cosas* (12 de junio de 1986), 78.

<sup>274</sup> Ricardo Lagos, entrevista en revista *Qué Pasa* (27 de marzo al 2 de abril, 1986).

<sup>275</sup> “Declaración de Solidaridad” con Polonia del grupo de chilenos exiliados en México, en *Convergencia* (5-6, noviembre 1981-enero 1982) 29. En México reside un importante núcleo de la renovación socialista el que se expresa, entre otros, en la revista “Convergencia”.

absoluta e incondicional solidaridad con los trabajadores y el pueblo de ese país. Precisamente nosotros como chilenos, por haber vivido la interrupción de un proceso democrático, comprendemos en toda su magnitud la tragedia que hoy aflige a la mayoría del pueblo polaco, expresada en el Movimiento Solidaridad”<sup>276</sup>. Firman dicha declaración, entre otros, Jorge Arrate, Luis Jerez, José Antonio Vieragallo, Carlos Ominami, Waldo y Carlos Fortín, y Aníbal Palma.

Sería interminable la referencia al sinnúmero de declaraciones y artículos que escribió la izquierda chilena sobre la crisis polaca. Desde distintas esferas del exilio (no sólo europeo como hemos visto) y del “interior”, va surgiendo una conciencia más cabal acerca de las serias limitaciones existentes al interior de los “socialismos reales”, muchas de las cuales emergen con singular fuerza y elocuencia a propósito de los acontecimientos en Polonia.

En el caso del PS-Altamirano, la crisis polaca lo toca muy de cerca. Numerosos dirigentes de nivel intermedio del partido —algunos de ellos dirigentes sindicales— se encontraban exiliados en Polonia y asumieron como propia la demanda del Movimiento Solidaridad por una mayor democratización. Ellos participaron activamente en dicho movimiento e incluso, en algunos casos, debieron hacer abandono del país siendo recibidos por Suecia<sup>277</sup>.

Antes del movimiento polaco y previo a la división del partido en 1979, el sector de Altamirano, hasta ese entonces en la dirección del Secretariado Exterior, había ya tenido una experiencia negativa de su estadía en Berlín Oriental. Numerosas entrevistas con diversos dirigentes socialistas dan cuenta del siguiente tipo de situaciones: adoctrinamiento en las Escuelas de Cuadros según los cánones del marxismo-leninismo; presencia militarista de contingentes como los Elenos, cuyo núcleo central permanece en Berlín; vigilancia policial de los organismos de seguridad alemanes; exigencias de ciertas lealtades internacionales, como quedaría demostrado por la reacción del PS-Almeyda frente a acontecimientos como los de Polonia y Afganistán, entre otras situaciones. Todo ello hizo temer a dichos dirigentes socialistas que, de continuar en Berlín, la autonomía política e ideológica del partido se vería seriamente limitada. De alguna manera, los ingentes recursos provenientes de los alemanes del Este demandaban, en los hechos y más allá del argumento de la solidaridad internacional, costos políticos e ideológicos que dichos dirigentes no estaban dispuestos a asumir<sup>278</sup>. El propio Altamirano dirá más tarde, sobre su estadía en Alemania del Este: “Me chocaba enor-

<sup>276</sup> “Declaración sobre Polonia”, de diciembre de 1981, de los chilenos exiliados en Europa, en *Chile-América* (76-77, enero-febrero-marzo, 1982), 7.

<sup>277</sup> Antecedentes proporcionados por Luis Alvarado, subsecretario-general del PSCH a partir de 1989 (entrevista personal del 11 de diciembre de 1986). Según Alvarado, de 15 dirigentes socialistas en Polonia, 14 estaban con el PS-Altamirano y sólo 1 con el PS-Almeyda.

<sup>278</sup> Sobre el tipo de formación política e ideológica recibida por los socialistas chilenos en Berlín Oriental, se hizo conocida una frase que Erich Schnake solía repetir a Clodomiro Almeyda: “Clodomiro: cuando siembras papas, cosechas papas; si formas comunistas vas a terminar teniendo militantes comunistas y no socialistas” (entrevista personal con Schnake, el 10 de noviembre de 1987).

memente la ausencia de libertad. Era una sociedad coercitiva, en la que las decisiones se tomaban arriba y se ordenaban hacia abajo, limitando enormemente la libertad”<sup>279</sup>.

Todas estas situaciones pesaron de manera importante en el quiebre del partido en abril de 1979. Los acontecimientos en Polonia, un año después, no vinieron sino a confirmar las serias limitaciones de los regímenes de Europa del Este. Tras dichos acontecimientos, el fenómeno de renovación de la izquierda chilena se haría cada vez más agudo, culminando por esos años, tal como lo hemos anticipado, en la creación de la Convergencia Socialista. El nombre de este grupo hace referencia a los distintos orígenes de sus integrantes (socialistas, comunistas, miristas, radicales, partidos de “origen cristiano” —MAPU e Izquierda Cristiana—, intelectuales de izquierda sin militancia partidaria, entre los principales), que tenían en común, entre otros elementos, este rechazo a las tendencias autoritarias, estatistas, centralistas y burocráticas que van descubriendo en el mundo de los “socialismos reales”. Resumiendo esta actitud las Actas Finales del encuentro de Chantilly, de septiembre de 1982, hablan derechamente de un “rechazo del paradigma del ‘socialismo real’” y añaden lo siguiente: “las experiencias socialistas del llamado ‘socialismo real’ no han creado los mecanismos de gestión democrática del poder capaces de resolver los conflictos que surgen en una sociedad moderna. Por consiguiente ellas no constituyen un modelo inspirador para el socialismo chileno”<sup>280</sup>.

De este modo, junto al descubrimiento y valorización del socialismo de Europa Occidental, en el que resaltan sus hondas raíces democráticas y su presencia en la clase obrera, una parte importante de la izquierda chilena en el exilio, identificada con este proceso de renovación, adopta una visión crítica del Comunismo del Este, en el que resaltan sus tendencias autoritarias y burocráticas y su falta de libertad y democracia.

De esta manera, el socialismo europeo en su conjunto, tanto del Este como de Occidente, el primero en un sentido negativo y el segundo en un sentido positivo, se va constituyendo en la principal influencia externa del Partido Socialista, en la dirección de un proceso de reafirmación democrática.

### *Sentido y Alcance de la Renovación Socialista*

Interesa en esta sección referirse a algunos de los contenidos principales de este proceso de renovación. Como consecuencia natural e inevitable del proceso recién descrito, en el que destacan el impacto de la dictadura militar chilena y la influencia del socialismo europeo, surge la necesidad de un replanteamiento radical en torno a ciertos tópicos que adquieren una especial significación. Más específicamente, cuatro son los aspectos que nos interesa destacar en esta sección: 1) la autocrítica radical asumida en torno a la

<sup>279</sup> Ver Politzer, op. cit., 150. Según Altamirano, tras su experiencia en Alemania del Este, “renuncié a los integristas religiosos”.

<sup>280</sup> “Actas del Encuentro” celebrado en Chantilly, op. cit., 2 y 3.

experiencia de la Unidad Popular, junto a una suerte de relectura de la historia de Chile y una labor de verdadero "rescate" de los elementos democráticos que estuvieron presentes en la evolución del socialismo chileno; 2) la nueva concepción de la política que surge de este proceso de renovación y la cuestión de las formas o estilos de hacer política; 3) las posturas asumidas en torno a ciertos viejos y nuevos temas del socialismo contemporáneo (leninismo, socialdemocracia, marxismo y revolución), y 4) la necesidad de plantear hacia adelante una nueva síntesis entre socialismo y democracia como cuestión central en este proceso de renovación.

Lo primero consistió en asumir una postura de autocrítica frente a la experiencia de la Unidad Popular. Como señala Gonzalo D. Martner—miembro del Comité Central del PSCH—, dos explicaciones distintas surgen, desde el interior de la izquierda chilena, en relación al fracaso de dicha experiencia: desde un lado hay quienes ponen el acento en la carencia de una estrategia definida en términos de "asalto del poder capaz de resolver el conflicto existente en términos que necesariamente habrían de ser militares". De otro lado, y esta sería la perspectiva asumida por parte de la izquierda renovada, hay quienes apuntan a la "incapacidad de alcanzar una hegemonía en la sociedad y una mayoría política para el proceso de cambios"<sup>281</sup>.

Un ejemplo típico del primer tipo de análisis es el documento de marzo de 1974, de la Dirección Interior, al que ya nos hemos referido. En una línea muy similar podríamos mencionar el caso del propio Carlos Altamirano, al menos hasta el Congreso de Argel (1978), época en que sostuvo la tesis de que la derrota de la Unidad Popular habría provenido de no haberse ésta preparado militarmente para hacer frente a un conflicto que era "inevitable" y que en algún punto pasaba por una resolución de tipo militar. Tal es el tipo de análisis que emerge del libro *Dialéctica de una Derrota*, escrito por Altamirano en 1976 (ver capítulo anterior).

Pese a que Altamirano modificará sustancialmente su análisis de los primeros años, esta tesis seguiría presente en las explicaciones de la izquierda más radicalizada, como sería, tras la división de 1979, el caso del PS-Almeyda. El mismo Clodomiro Almeyda, junto con definir al PSCH como un partido de tipo "obrero" y de carácter "marxista-leninista", basado en los principios del "centralismo democrático", señala que la Unidad Popular no debió excluir "el pertrechar a la democracia y al pueblo de los medios necesarios para defender en todos los planos, incluso el militar, el poder que se ha logrado parcial o totalmente conquistar"<sup>282</sup>. Esta posición también sería adoptada, especialmente a partir de 1980, por el Partido Comunista.

Pero, este tipo de análisis, vinculado a las insuficiencias en el plano de lo militar, no dejaba satisfechos a quienes desde el interior de la izquierda chilena venían planteándose en términos de insuficiencias en el plano de las

<sup>281</sup> Gonzalo D. Martner, "La Unidad de la Izquierda: una Perspectiva", en *Convergencia* (11, abril-junio de 1987).

<sup>282</sup> Clodomiro Almeyda, "Una Perspectiva para el PS", en *Chile-América* (50-51, enero-febrero de 1979), 55.

definiciones democráticas, en el seno de los propios partidos de la Unidad Popular. Este sector exigía una mayor radicalidad en el proceso de autocrítica, que apuntara en la dirección señalada. Así, por ejemplo, José Antonio Vieragallo señalaba hacia 1979 que “la UP no ha asumido la magnitud de la derrota sufrida. Sus análisis críticos y autocríticos no han tocado el centro del problema. No basta denunciar —nuevamente— o reconocer errores de izquierda y de derecha en el proceso de la UP. Hay que preguntarse por la política misma que las fuerzas de izquierda impulsaron en 1970”<sup>283</sup>.

Esta tarea de revisión que apuntara al centro del problema, el que a su vez tenía que ver con las propias insuficiencias al interior de la Unidad Popular, era el desafío planteado por este sector de la izquierda chilena. En una línea similar, Garretón propone plantearse desde las preguntas más básicas y elementales en relación a dicho proceso: “¿De qué socialismo se trataba? ¿Era tan distinto en nuestras mentes y en nuestras prácticas al socialismo histórico real? Y si lo era, ¿por qué la indignación generalizada de la izquierda frente a los discursos de Allende en que hablaba de un segundo camino al socialismo, en democracia y sin dictadura del proletariado?”<sup>284</sup>.

Este era el tenor de las preguntas planteadas.

La radicalidad de esta exigencia en la dirección de una autocrítica implicaba que, más que concentrarse en los factores exógenos al proceso mismo, había que poner el acento en los factores endógenos. En este sentido, anota Moulián, más que hablar de derrota, lo que supone “una situación de la cual se es víctima y no responsable”, cabe hablar derechamente de fracaso, en el cual “existieron errores discernibles y claras responsabilidades políticas”<sup>285</sup>.

En esta línea puede decirse que la mayoría de las autocríticas sobre el período de la Unidad Popular, surgidas desde el interior de esta izquierda renovada, apuntan en una doble dirección: por un lado, se advierte una contradicción entre el proyecto allendista —referido a un “segundo modelo” hacia el socialismo, construido en “democracia, pluralismo, y libertad”— y los partidos de la Unidad Popular, en los que prevaleció la idea de unas leyes generales de la revolución, en el tránsito del capitalismo al socialismo, según los cánones del marxismo-leninismo. Por otro lado, se advierte una incapacidad de la Vía Chilena al Socialismo para constituirse en hegemónica y mayoritaria en la sociedad chilena —y en la propia izquierda—. Estas serían, en lo esencial, las explicaciones del fracaso de la Unidad Popular.

En el primer caso, anota Arrate, habría una tensión entre el proyecto (allendista) y el actor (la Unidad Popular). En dicho contexto la Vía Allendista aparecía como una verdadera herejía frente a la ortodoxia prevaleciente en los partidos de izquierda<sup>286</sup>. Moulián, por su parte, habla de una verdadera

<sup>283</sup> José Antonio Vieragallo, “Renovar la Izquierda”, en *Chile-América* (50-51, enero-febrero de 1979), 61.

<sup>284</sup> Manuel Antonio Garretón, “¿En qué consistió la Renovación Socialista?”, op. cit., 23.

<sup>285</sup> Tomás Moulián, “La Crisis de la Izquierda”, en *Revista Mexicana de Sociología* (XLIV, 2, abril-junio de 1982), 657.

<sup>286</sup> Jorge Arrate, en “La Fuerza Democrática de la Idea Socialista”, op. cit., 59; y “Rescate y Renovación: la Tarea de los Socialistas”, en Ceval, op. cit. 230.

“dualidad estratégica” al interior de la izquierda, sin que ninguna de las dos estrategias en pugna haya logrado constituirse en hegemónica. Ello se habría visto agravado por la existencia de una inadecuada dirección política, lo que habría contribuido a mantener el conflicto sin resolución<sup>287</sup>. Finalmente, Jaime Gazmuri, miembro del Comité Central del PSCH, en una línea similar, señala inscribirse en la corriente que sostiene “que en la raíz de las insuficiencias históricas de la Unidad Popular se encuentra la contradicción entre la originalidad y riqueza de su práctica política y la hegemonía que alcanzó en la mayoría de sus partidos una teoría —el marxismo-leninismo como forma específica e histórica del marxismo— que era incapaz de dar cuenta y de iluminar esa práctica”<sup>288</sup>.

La segunda explicación, como hemos indicado, se refiere a la incapacidad para construir una nueva hegemonía y obtener el respaldo de una mayoría que hiciera viable el proyecto socialista desde el interior del régimen democrático. La ausencia de esto último habría contribuido al desenlace final. Si realmente se aspiraba —como era evidente al menos en el marco del proyecto allendista— a producir los cambios contenidos en el programa de la Unidad Popular a través de las instituciones de la democracia representativa, era un requisito indispensable contar con una mayoría que respaldara las transformaciones propuestas. De esta manera, señala Silva Solar, si la opción era por una Vía Institucional, ello requería “naturalmente de una mayoría institucional o en otros términos de un frente político y social muy amplio basado en el consenso (ya que no hay cómo imponerlo por la fuerza). La UP tuvo muy escasa conciencia de la necesidad de esta mayoría institucional”<sup>289</sup>. En una línea similar, el grupo de la Convergencia Socialista señala que la crisis que desembocó en la dictadura militar “encontró sus causas fundamentales en la incapacidad de la UP para movilizar a la gran mayoría en torno a un proceso de profundización democrática con sello socialista”<sup>290</sup>.

Estas serían pues, desde la perspectiva de este sector de la izquierda chilena, las causas del fracaso de la experiencia de la Unidad Popular. De esta manera, las insuficiencias del proceso tendrían que ver no tanto con el elemento militar —el que pone el acento en la derrota externa—, como con las contradicciones e insuficiencias de la propia izquierda. Junto con lo anterior, la ausencia de un claro respaldo mayoritario habría contribuido a sellar la suerte del proceso.

Ambas explicaciones, estrechamente relacionadas, apuntan a las insuficiencias del propio instrumento político que se creó para llevar adelante las tareas propias del proceso de transformación: la Unidad Popular. Ello lleva

---

<sup>287</sup> Tomás Moulián, “Democracia y Socialismo en Chile”, op. cit., 25 y sgtes. Alain Touraine, por su parte, señala que más que “Unidad Popular” lo que existió fue una verdadera “Dualidad Popular” (Alain Touraine, *Vida y Muerte del Chile Popular*, México, Siglo XXI Editores, 1974, 176).

<sup>288</sup> Jaime Gazmuri, “Una Nueva Síntesis del Socialismo Chileno”, op. cit., 269.

<sup>289</sup> Julio Silva Solar, “Reflexiones Críticas sobre las Contradicciones Internas de la Vía Chilena”, en *Chile-América* (37-38, noviembre-diciembre de 1977). Para conformar una mayoría como ésa, señala Silva Solar, se hacía necesario un entendimiento con la democracia cristiana y las clases medias.

<sup>290</sup> “Convergencia Socialista; Fundamentos de una Propuesta”, op. cit., 81.



a algunos dirigentes socialistas a descartar hacia adelante la posibilidad de una reconstitución de la Unidad Popular, especialmente en la línea de este nuevo socialismo democrático con clara vocación de mayoría. Así, por ejemplo, Angel Flisfisch señala que “sería un grave error aspirar a una nueva Unidad Popular (...). Recrear la UP sería recrear un gobierno de minoría, lo cual sería un descalabro”<sup>291</sup>. Más tajante aún es la opinión del secretario general del Partido Socialista (1986-1989), Ricardo Núñez: “la Unidad Popular está muerta pero no suficientemente enterrada. Hay que enterrarla, ya que no es capaz hoy de dar respuestas a las actuales demandas del país”<sup>292</sup>.

De esta postura autocrítica, especialmente referida a la experiencia de la Unidad Popular, surge, tal como lo hemos indicado en la primera parte de este capítulo, una relectura de la historia reciente de Chile, en el centro de la cual está la revalorización de la democracia política. Si había algo específico y característico de esa historia más reciente eran justamente unas instituciones —y más que eso, una cultura— democráticas, forjadas no a pesar del pueblo y sus luchas sino a partir de ellas.

Es por ello que, junto con esta relectura histórica, en la que destaca el valor de la democracia, el proceso de renovación de los últimos años da cuenta de un importante elemento de “rescate” de los elementos democráticos presentes en la evolución del socialismo chileno —como lo señala el documento constitutivo de la Convergencia Socialista. La formación de este grupo supone, según señala el mismo documento, “rescatar” los elementos constitutivos de la identidad histórica del socialismo chileno, lo que debe ser acompañado de un riguroso esfuerzo de “renovación” en el seno de la izquierda<sup>293</sup>. Entre esos elementos de continuidad histórica destacan los aportes de Eugenio González y Salvador Allende<sup>294</sup>. Ambos son vistos, justamente, como precursores de este proceso de renovación socialista. Pese a que, como hemos señalado en el capítulo anterior, el aporte de éstos permaneció en una posición más bien marginal y en todo caso minoritaria al interior del PSCH, en una perspectiva histórica se les señala como precursores del proceso de renovación socialista.

Un segundo aspecto que nos interesa resaltar en esta sección es el que se refiere a la reflexión sobre la concepción misma de la política que se postula como auténtica o verdadera; es decir, la discusión en torno a la cuestión de las formas de hacer política y su relación con el proceso de renovación. Esto último se relaciona ya no tanto con la crisis de la izquierda como con la crisis de la política y, muy en especial, con una cierta política de tipo socialista. En este sentido puede decirse que el proceso de renovación apunta

<sup>291</sup> Ángel Flisfisch, entrevista en revista *Cosas* (3 de mayo de 1984), 17.

<sup>292</sup> Ricardo Núñez, entrevista en revista *Apsi* (126, septiembre-octubre de 1983), 4.

<sup>293</sup> “Convergencia Socialista: Fundamentos de una Propuesta”, op. cit., 75.

<sup>294</sup> Ver, sobre este punto, José Antonio Vieragallo, “Perfil y Espacio de la Convergencia Socialista”, en *Chile-América* (78-79, abril-mayo-junio de 1982), dossier, 8; Jorge Arrate, “La Fuerza Democrática de la Idea Socialista”, op. cit., 257, y “Proposiciones al Encuentro para la Integración del Socialismo Chileno”, op. cit., 3.

no sólo a una refundación del socialismo sino a una verdadera refundación de la política.

Tal vez el elemento más significativo de este proceso, y el punto de partida del mismo, sea el abandono de una cierta concepción dogmática, referida a ciertas "certezas" que se postulan como verdades absolutas. El desmoronamiento de dichas verdades en la política chilena de los últimos 20 años y, en general, en el mundo entero, frente a lo que podríamos denominar la crisis de los modelos establecidos, conduce a un replanteamiento radical respecto de dicha cuestión. Así, por ejemplo, José Antonio Vieragallo señala a su vuelta del exilio: "me muevo mucho más en el campo de las hipótesis que de las certezas o afirmaciones dogmáticas"<sup>295</sup>. Jorge Arrate, por su parte, también a su vuelta del exilio y en una línea muy similar a la anterior, señala que regresa a Chile "con menos certezas que las que creía tener hace catorce años"<sup>296</sup>. Ambas afirmaciones son representativas del fenómeno que señalamos.

Surge, pues, la necesidad de una forma de hacer política más tentativa, en la que el socialismo aparece más como proceso que como fin último o verdad revelada. En la base de dicho planteamiento y de la experiencia del conjunto de esta izquierda renovada está el desmoronamiento de aquellos modelos que algún día representaron un camino preestablecido, obediente a ciertas y supuestas leyes históricas de algún modo contenidas en los cánones tradicionales del marxismo-leninismo. El mundo de los "socialismos reales" habría sido la concreción histórica de este modelo. Sin embargo, como señala el dirigente socialista Carlos Ominami, "más de medio siglo de historia real han hecho perder al socialismo su capacidad de evocar el paraíso en la tierra. Al perder su virginidad el socialismo ha dejado de ser algo evidente. No nos cabe sino vivir el *socialismo como problema*. Este es el sentido profundo del proceso de *renovación socialista*" (los destacados son de Ominami)<sup>297</sup>.

Por su parte, Eugenio Tironi, uno de los principales intelectuales en el proceso de renovación socialista, constata que uno de los problemas que aquejan a la izquierda es la ausencia de un punto de partida. El recurso a los clásicos ya estaría agotado y los modelos tenidos en vista por la izquierda hasta ahora ya no serían tales. En estas condiciones surge la necesidad, por parte de la izquierda, de asumir sus propias carencias frente a una realidad como la señalada: "sentimos cada vez más el frío —y otros la vergüenza— de la desnudez. Carecemos de ese cuerpo teórico y de esas convicciones inmovibles, protectoras, fundantes"<sup>298</sup>, señala Tironi.

<sup>295</sup> José Antonio Vieragallo, entrevista en el diario "La Segunda" (17 de julio de 1986).

<sup>296</sup> Jorge Arrate, discurso pronunciado ante un grupo de amigos, a su vuelta del exilio, aparecido en revista *Apsi* (12 al 18 de octubre de 1987), 23.

<sup>297</sup> Carlos Ominami, "Socialismo y Proyecto Nacional", en *Convergencia* (10, diciembre de 1986), 22.

<sup>298</sup> Eugenio Tironi, "Inventario de la Crisis de la Izquierda", en revista *Análisis* (30, enero de 1981). Tironi advierte una significativa influencia del neoliberalismo en el proceso de renovación socialista. Señala que ambos se ubican "en un mismo campo de interlocución": añade que "el neoliberalismo es parte de una corriente cultural más amplia que se plantea con prioridad el problema de la libertad

Este elemento de alejamiento de las formas dogmáticas y de búsqueda de una nueva forma de hacer política, desde la propia perspectiva socialista, se constituye en un punto central al interior de este proceso de renovación de la izquierda chilena. Más explícita aún, y más radical, es la opinión de José Joaquín Brunner —miembro del Comité Central del PSCH y uno de los principales intelectuales en el proceso de renovación— al caracterizar a la izquierda renovada como “no-tradicional”, “posrevolucionaria”, y “posutópica”. “Se es socialista —señala Brunner— pero no de una manera dramática. El socialismo como *pathos* revolucionario y como imaginación utópica debe ceder ante las exigencias relativamente opacas de la democracia, con su carga de incertidumbre, su juego de inestabilidades, sus cambiantes climas políticos y de opinión”<sup>299</sup>.

En una línea similar, de claro corte bernsteiniano, para Hernán Vodanovic —miembro de la Comisión Política del PSCH— de lo que se trata es de dejar atrás la “hojarasca ideologizante” de la utopía y reconocer las restricciones que la realidad impone al accionar político. Ello implica desechar las soluciones mágicas generalmente asociadas a líderes carismáticos y anteponer el realismo al doctrinarismo; el sentido de la responsabilidad y la realidad a la utopía socialista —ya que esta última puede conducir a la “marginalidad” y la “esterilidad política”<sup>300</sup>.

En las expresiones anteriores encontramos, pues, algunos de los rasgos constitutivos de lo que pudiéramos llamar el verdadero sentido y alcance de la renovación socialista: asumir la democracia como propia, junto con la crítica a toda forma de autoritarismo, incluida la de los “socialismos reales”, al interior de una nueva concepción de la política: una política que por ser democrática es más tentativa, que rechaza toda forma dogmática o verdad revelada y que postula el socialismo como proceso más que como finalidad, como hipótesis más que como certeza, como problema más que como dogma.

Frente a un replanteamiento tan radical como el señalado, la reacción del PS-Almeyda no se hizo esperar. Ya en un artículo escrito en 1981, el propio secretario general de dicho partido, Clodomiro Almeyda, se refería al proceso de renovación en los siguientes términos: “en algunos partidos se advierten tendencias de derecha que se manifiestan en una crítica negativa; de obsolescencia del marxismo y de conceptos como el de la lucha de clases y el carácter de clase del Estado, en una visión negativa del pasado del movimiento popular y en una subestimación del papel de la clase obrera bajo argumentaciones cuantitativas”. Añade que la Convergencia Socialista altera “el contenido esencialmente clasista y revolucionario de nuestro proyecto socialista”<sup>301</sup>.

---

ante el agotamiento de las formas estatales que conocemos. En esta corriente se ubican también los esfuerzos actuales de renovación socialista tanto dentro como fuera de los socialismos y neoliberalismos reales” (en *La Torre de Babel*. Ediciones SUR, Santiago, 1984; p. 51).

<sup>299</sup> José Joaquín Brunner, “Cultura y Política en la Lucha por la Democracia”, en Jorge Arrate y otros, “Siete Ensayos sobre Democracia y Socialismo”, op. cit., 44.

<sup>300</sup> Hernán Vodanovic, *Un Socialismo Renovado para Chile* (Santiago, Editorial Andante, 1988), 24.

<sup>301</sup> Clodomiro Almeyda, en *Chile-América* (78-79, abril-mayo-junio de 1982), 93.

Tres años más tarde, cuando ya el proceso de renovación está más decantado, Almeyda señala que entre sus exponentes “se ha producido un proceso de involución ideológica, una influencia de la llamada ‘cultura política del reflujo’ (...) una regresión ideológica, una especie de pérdida de fe en la utopía socialista”. En lo que concierne a su propio partido, Almeyda declara derechamente: “nosotros somos leninistas”<sup>302</sup>.

Las citas anteriores muestran, una vez más, el abismo ideológico que va separando al socialismo renovado del socialismo más ortodoxo, representado en este caso por el PS-Almeyda.

Un tercer aspecto que quisiéramos plantear en esta sección podría resumirse tal vez en la siguiente pregunta: ¿significa el proceso de renovación socialista el abandono del marxismo y del leninismo como marcos teóricos, el rechazo de la revolución y la adopción de un modelo socialdemócrata? A ello nos referiremos ahora.

Partamos por lo que tal vez resulte más obvio a la luz de lo expuesto por los propios actores involucrados en este proceso: la renovación socialista pareciera dar cuenta de un alejamiento definitivo del leninismo, lo que no implica necesariamente la adopción de un modelo socialdemócrata.

En lo que se refiere al leninismo, no hay dos opiniones distintas al interior de esta izquierda renovada. Por un lado, hay un claro rechazo de la fórmula marxismo-leninismo, acuñada primero por Stalin y adoptada luego por la izquierda de tendencia más ortodoxa en las más diversas latitudes. Tal fue el caso, entre otros, del propio Partido Socialista de Chile en los años anteriores al golpe militar y lo ha sido en el caso del PS-Almeyda en la última década y media. Dicha fórmula tendría un componente fuertemente dogmático y, por lo tanto, de corte netamente autoritario.

Pero el rechazo también va dirigido al leninismo mismo, en cuanto “corpus ya establecido de conocimiento, cuya infalible interpretación corresponde al partido”. Esta concepción dogmática, según Moulián, “no puede escapar a una determinación autoritario-institucional de la verdad”<sup>303</sup>. De esta manera, habría en el leninismo un componente intrínsecamente autoritario, el que se vería reforzado, según el propio Moulián, por sus rasgos “jacobinos”, “vanguardistas”, e “iluministas”<sup>304</sup>.

Tanto en la fórmula del marxismo-leninismo como en la del leninismo propiamente tal habría, pues, un componente necesariamente dogmático y autoritario, que entraría en pugna con una auténtica concepción socialista democrática. Así, Vodanovic señala que en la concepción leninista la democracia es considerada meramente como una “fase” de un proceso que ha de culminar en la revolución. En una auténtica concepción socialista democrática, en cambio, “la democracia no es una fase transitoria, sino un estado de cosas que aspiramos sea permanente”<sup>305</sup>.

---

<sup>302</sup> Clodomiro Almeyda, entrevista en “El Mercurio” (13 de mayo de 1984).

<sup>303</sup> Tomás Moulián, “Democracia y Socialismo en Chile”, op. cit., 185 y 215.

<sup>304</sup> Junto con la cita anterior, ver Tomás Moulián, “La Crisis de la Izquierda”, op. cit., 662.

<sup>305</sup> Vodanovic, op. cit., 55 y 58. En relación a uno de los núcleos constitutivos del leninismo Ricardo

El rechazo del leninismo, sin embargo, no ha llevado necesariamente a la izquierda renovada a la adopción de un modelo socialdemócrata —aunque sobre esto habría que hacer algunas precisiones. En primer lugar, lo que hemos llamado el descubrimiento del socialismo democrático europeo y la valoración positiva de algunos de sus elementos más característicos (sus hondas raíces democráticas, su asentamiento en la clase obrera, su pluralismo, su solidaridad internacional) hace que, ante los ojos de esta nueva izquierda, el paradigma socialdemócrata europeo pierda toda connotación peyorativa. Si bien es cierto que no se lo adopta como modelo, se le deja de mirar en la forma más bien despectiva que se asumió tradicionalmente y, muy por el contrario, se asume respecto de él una valoración positiva.

En segundo lugar es evidente que, desde un punto de vista emocional y afectivo, en el contexto del exilio europeo de los principales dirigentes de la izquierda chilena y en el marco más general de la solidaridad internacional, los socialistas chilenos adoptaron una marcada actitud de simpatía hacia los partidos socialdemócratas o socialistas democráticos europeos. Esta actitud se vio fuertemente reforzada a partir del giro de la Internacional Socialista, de 1976, que significó asumir una decidida actitud de solidaridad y respaldo hacia los procesos revolucionarios en América Central y de democratización en América Latina en general.

Sin embargo, nada de lo anterior, como ya hemos anticipado, significó por parte de los socialistas chilenos la adopción del modelo socialdemócrata. El énfasis a este respecto está puesto en las enormes diferencias que separan a América Latina de Europa, no tanto en el plano de las ideas, de la cultura de las elites o de los sistemas políticos —en los cuales, como hemos visto, al menos en el caso chileno pueden encontrarse importantes similitudes—, sino en el de la estructura socioeconómica. Refuerza esta idea el marcado celo de los socialistas chilenos por su vocación nacional y latinoamericanista.

Así, por ejemplo, tres de los máximos dirigentes socialistas, todos los cuales han ocupado el cargo de secretario general del PSCH en algún momento, consultados sobre la posible socialdemocratización del socialismo chileno, enfatizan las diferencias que separan a Europa de Chile y la especificidad del socialismo chileno. Carlos Briones, secretario general del PSCH en el período 1984-1986, niega que la renovación de la izquierda chilena signifique un viraje hacia la socialdemocracia europea, y añade: “desde nuestro origen hemos sido distintos a la socialdemocracia y a los comunistas. Somos socialistas revolucionarios, una creación original del pueblo chileno, como decía Allende”<sup>306</sup>. Carlos Altamirano, por su parte, ante una pregunta similar, señala no creer “en el trasplante artificial y mecánico del modelo ‘socialdemócrata’, como de ningún otro modelo, a la realidad chilena y

---

Núñez es enfático en declarar que, “nosotros nos hemos alejado, y yo creo que definitivamente, de la dictadura del proletariado que el Partido Socialista en los últimos veinte años había incorporado como parte de su esencia” —en entrevista en revista *Cosas*, 12 de junio de 1986.

<sup>306</sup> Carlos Briones, entrevista en revista *Apsi* (130, noviembre de 1983), 16.

continental. La 'socialdemocracia' corresponde a una realidad esencialmente europea<sup>307</sup>. Finalmente, Jorge Arrate señala compartir con la socialdemocracia la idea de perfeccionar la democracia liberal, aunque "la propuesta nuestra es distinta: Chile es un país del Tercer Mundo, es un país latinoamericano, es un país que tiene una enorme tradición socialista, muy precisa y muy clara; y esa tradición plantea transformaciones, cambios radicales"<sup>308</sup>.

De tal manera, pues, esta valoración positiva del socialismo democrático europeo no conduce necesariamente a la adopción del paradigma socialdemócrata, característico de la realidad del viejo continente.

¿Significa, acaso, el rechazo del modelo socialdemócrata la mantención de una postura revolucionaria? La respuesta a esta pregunta pareciera ser menos concluyente que las anteriores, relativas al leninismo y la socialdemocracia. Las distintas posturas asumidas en relación a este punto van marcando, también, las diferencias existentes al interior de la izquierda renovada. Por un lado se desarrollan algunas ideas sobre lo que podríamos denominar las "tensiones" existentes entre revolución y democracia; pero, por otro lado, especialmente entre los sectores socialistas "históricos", destaca una clara vocación revolucionaria, presente en el socialismo chileno desde sus inicios. Sin embargo, como veremos, se trata de un concepto de revolución claramente distinto del modelo clásico (leninista o bolchevique), basado en la modalidad del asalto al poder del Estado. En su lugar, se intentan diversas definiciones. Finalmente, hay quienes, al interior del proceso de renovación, postulan derechamente un socialismo "posrevolucionario", o abiertamente reformista.

Por un lado, no cabe ninguna duda de que hacia la década de 1990, y en un contexto autoritario o posautoritario, la temática de la democracia desplaza, en Chile y en América Latina en general, a la temática de la revolución. Esto pareciera ser así, hoy por hoy, incluso en el caso centroamericano. Las particulares exigencias de los diversos procesos de democratización hacen de la revolución un tema del pasado o, a lo más, de un futuro lejano y remoto. La revolución definitivamente no está a la orden del día<sup>309</sup>. Lo primero, pues, es afirmar que, previamente incluso a la discusión sobre democracia y revolución, está la necesidad de considerar el desplazamiento desde ésta a aquélla, al menos en el plano del debate intelectual al interior de la izquierda. Pero no sólo eso. Comienzan a advertirse ciertas tensiones, de difícil resolución teórica y práctica entre democracia y revolución.

Tal vez un primer punto de consenso al interior de la izquierda renovada sea lo que Garretón llama "la crítica a la noción clásica de revolución como toma del poder y ruptura", según la concepción marxista-leninista<sup>310</sup>. Sobre

---

<sup>307</sup> Carlos Altamirano, entrevista en revista *Chile-América* (54-55, junio-julio de 1979), 136.

<sup>308</sup> Jorge Arrate, entrevista en revista *Apsi* (10 al 23 de febrero de 1986), 20.

<sup>309</sup> Esta es la opinión de Norbert Lechner, en el muy sugestivo título de su artículo, "De la Revolución a la Democracia. El Debate Intelectual en América del Sur" (op. cit.); en el mismo sentido, ver Robert Barros, "The Left and Democracy; Recent Debates in Latin America", en *Telos* (68, verano de 1986), 52.

<sup>310</sup> Manuel Antonio Garretón, "¿En qué consistió la Renovación Socialista?", op. cit., 27.

esta acepción de revolución no hay, en verdad, dos opiniones distintas al interior de la izquierda renovada. Todos se manifiestan contrarios a ella. El punto es, sin embargo, que para algunos de sus exponentes no basta con descartar ese paradigma revolucionario. Se hace necesario contrastar las exigencias del orden democrático con cualquiera noción revolucionaria. Así, por ejemplo, para José Joaquín Brunner “la democracia no es la revolución. No permite, en un acto ni en dos, resolver las cuestiones del poder para siempre y fijar irreversiblemente el curso de la historia de acuerdo con sus leyes más profundas. Todo lo contrario: la democracia es el arreglo incierto de intereses, es el avance por negociaciones, es el marco de unos consensos cambiantes, es un sistema sujeto a incertidumbre que, por eso mismo, no tolera las conquistas irreversibles, las verdades oficiales, las leyes inmutables de la historia. La democracia, en cambio, hace posibles las reformas. Incluso las mayores, las más profundas, las más vastas. No las asegura, sólo las vuelve alcanzables para el juego de las mayorías, por el acuerdo y el conflicto, por la persuasión eficaz”. En este contexto, concluye Brunner, no cabe sino hablar de un socialismo “posrevolucionario”<sup>311</sup>.

En una línea similar, Vodanovic hace ver la incompatibilidad entre las nociones de democracia y revolución. Por un lado, señala el dirigente socialista, en un país como Chile la revolución es inviable, pues lo que existe no es “un estado en descomposición absoluta” —lo que históricamente ha conducido a una situación revolucionaria— sino “condiciones para una transición a la democracia”. Pero, más allá de su inviabilidad, añade Vodanovic, desde una perspectiva socialista democrática, la revolución es indeseable; ello, por cuanto “favorecer la revolución significa olvidarse de la democracia, postergarla indefinidamente”. A la revolución, concluye el autor, “no le sigue la democracia sino la dictadura”. Quien quiere la democracia, por la fuerza misma de las cosas, tiene que rechazar la revolución. Descartada esta última, señala Vodanovic, sólo cabe “ser reformista”<sup>312</sup>.

No bastaría pues, según esta concepción, con el rechazo de la revolución como método de conquista del poder (estatal), a través de la modalidad del asalto. Esta visión, de rechazo a la noción clásica (o bolchevique) de revolución, está claramente descartada por todos los sectores renovados. Lo que Brunner y Vodanovic, entre otros, advierten, es que la dinámica propia de la democracia se aviene más con el método de la reforma que con el de la revolución. De lo que se trata, desde este particular punto de vista, es de determinar el grado de profundidad o radicalidad de dichas reformas. Este sería el punto a discutir, incluso desde la propia perspectiva socialista.

Aunque no habla derechamente de reforma, una opinión semejante a la de Brunner y Vodanovic encontramos en Lechner. Según éste, cuando el descontento con el orden establecido “no conlleva un consenso sobre el orden

<sup>311</sup> José Joaquín Brunner, “Cultura y Política en la Lucha por la Democracia”, en Jorge Arrate y otros, “Siete Ensayos Sobre Democracia y Socialismo en Chile”, op. cit., 41.

<sup>312</sup> Ver Vodanovic, op. cit., 52, 53 y 54.

futuro, la teoría marxiana de la revolución es inadecuada<sup>313</sup>. Este pareciera ser el caso de la izquierda en América Latina. Esta carencia teleológica en la tarea de construcción de un nuevo orden social hace más conveniente hablar de “rupturas pactadas” que de revolución. A su vez, señala Lechner, la idea de pacto va necesariamente unida a la idea de legitimidad formal de la toma de decisiones, lo que remite derechamente a la democracia formal en cuanto “método indispensable en la transformación deliberada, colectiva y pública de nuestras sociedades”.

Sin embargo, esta idea de desechar la viabilidad o vigencia de la revolución, por cualesquiera razones, es sólo una de las concepciones al interior de la izquierda renovada. Otra noción, ligada a los sectores más “históricos” del partido, reivindica para el socialismo su carácter revolucionario aunque, como veremos, en una perspectiva claramente distinta de la noción clásica que hemos señalado. Puede señalarse la hipótesis de que, detrás de esta concepción, más que un elemento ideológico está la fuerza de una cultura socialista como la chilena, marcada desde sus orígenes por la idea de revolución.

Así, por ejemplo, Ricardo Núñez rescata una concepción de revolución, pero entendida como proceso y no como acto. Se trata, señala el dirigente socialista, de una revolución entendida “como un proceso en continuo desarrollo, en que las capas más desposeídas tienen que ir siendo capaces de ganar al conjunto de la sociedad: ser, por lo tanto, mayoría efectiva y real para ir logrando las transformaciones más profundas<sup>314</sup>”. Jorge Arrate, por su parte, indica que “el socialismo es revolucionario por los fines que persigue y estos fines no son otros que la transformación de la vida social. Esta es la utopía de los socialistas<sup>315</sup>”. Finalmente, podemos remitirnos a un documento del Partido Socialista de junio de 1985, que señala que “el socialismo es revolucionario porque requiere de un cambio fundamental en la hegemonía social y ello se hará posible sólo cuando las clases subordinadas por el capitalismo tengan la oportunidad histórica de construir un régimen democrático y solidario capaz de expresar la diversidad de intereses de la nación entera<sup>316</sup>”.

De lo anterior resultan evidentes dos cosas: en primer lugar, que sobre esta materia no existe un parecer unánime al interior de la izquierda renovada. Mientras Brunner enfatiza el carácter posutópico y posrevolucionario del socialismo, Vodanovic se define claramente como reformista y Lechner propone sustituir la idea de revolución por la de “rupturas pactadas”, otros, generalmente ligados a los sectores históricos del socialismo chileno, como Arrate y Núñez, enfatizan el carácter revolucionario del socialismo chileno, reivindicando su componente utópico. Pero, en segundo lugar, es evidente

<sup>313</sup> Norbert Lechner, “¿Revolución o Ruptura Pactada?”, op. cit., 288.

<sup>314</sup> Ricardo Núñez, entrevista en revista *Apsi* (126, septiembre-octubre de 1983).

<sup>315</sup> Jorge Arrate, entrevista en revista *Apsi* (10 al 23 de febrero de 1986), 20.

<sup>316</sup> Partido Socialista de Chile, “Proposiciones al Encuentro para la integración del Socialismo Chileno” (Mimeo, junio de 1985), 2.



que esta noción de revolución es radicalmente distinta del modelo clásico que hemos definido. Más allá de toda distinción o precisión, sin embargo, estimamos que la afirmación del carácter revolucionario del PSCH se justifica no tanto por razones ideológicas como por una marcada cultura socialista que da cuenta, al menos en el caso chileno, de una temprana vocación en el sentido señalado.

Finalmente, sobre el tema del marxismo diremos que el surgimiento de la izquierda renovada en el Chile de los últimos años no puede sino entenderse en el contexto más general de la crisis del marxismo a nivel mundial; una crisis que incluso lleva a hablar, al menos en el contexto de la izquierda europea, de un “posmarxismo”<sup>317</sup>. Esta crisis, según Moulián, consiste principalmente en el estallido de la ortodoxia, el que se produce especialmente a partir de los movimientos sociales de 1968 en Europa, y del fenómeno mismo, hacia la mitad de la década del setenta, del eurocomunismo. Estos procesos vendrían a cuestionar la existencia de una ortodoxia según la codificación soviética del marxismo<sup>318</sup>. En una línea muy similar, Eugenio Tironi considera que esta crisis del marxismo consiste en la “pulverización de un marxismo entendido como doctrina y/o ciencia única, con ‘auténticos’ y ‘falsificadores’, ‘consecuentes’ y ‘revisionistas’”<sup>319</sup>. De esta manera, la crisis del marxismo diría relación no tanto con su obsolescencia como con la idea de que no existe un marxismo único.

En el contexto del socialismo chileno este tema cobra la mayor importancia y da cuenta de un cambio radical, especialmente si consideramos la historia reciente del Partido Socialista. En efecto, de alguna manera el PSCH había caído en la lógica de un marxismo único, según la versión del marxismo-leninismo. Esta había sido la definición ideológica adoptada por dicho partido desde 1965 en adelante. Pero, como señala Raúl Ampuero, varias veces secretario general del partido, “desde su fundación el PS había rechazado esta tendencia” (el marxismo-leninismo). “Nunca antes —añade el dirigente socialista— el partido se había adscrito a tal escuela, apreciada siempre como una corriente de pensamiento estrechamente ligada a las concepciones soviéticas y a las deformaciones burocráticas y autoritarias promovidas por Stalin”. Según esa concepción, señala Ampuero, “el marxismo deja de ser una teoría científica para transformarse en una doctrina de Estado”<sup>320</sup>.

Existe a este respecto, un parecer unánime al interior de esta izquierda renovada: la crisis del marxismo da cuenta, al menos, de un rechazo categórico a una concepción dogmática, basada en la idea de que existe un marxismo único, cuya interpretación oficial corresponde a una determinada estructura de poder —sea el partido, el Estado, u otro. Esta dogmatización

<sup>317</sup> Sobre esto se puede ver, Ludolfo Paramio, “Tras el Diluvio: un Ensayo en Posmarxismo”, en *Leviatán* (29/30, otoño/invierno de 1987).

<sup>318</sup> Tomás Moulián, “Sobre la Teoría de la Renovación. Notas Introductorias”, op. cit., 17.

<sup>319</sup> Eugenio Tironi, *La Torre de Babel; Ensayos de Crítica y Renovación Política* (Santiago, Ediciones Sur, 1984), 31.

<sup>320</sup> Raúl Ampuero, “El Socialismo, Entre Ayer y Mañana” (Mimeo, noviembre de 1985), 5.

del marxismo, según un documento del Partido Socialista, deviene necesariamente en “doctrina totalitaria”<sup>321</sup>.

Pero, entonces, ¿a qué marxismo se adhiere por parte de esta izquierda renovada, si es que se adhiere a marxismo alguno? Respecto de este punto la complejidad del tema aumenta. Por un lado, pareciera existir conciencia acerca de las insuficiencias del propio marxismo, más allá del problema del dogmatismo. Pero, por otro, esta izquierda renovada pareciera resistirse a tirar el marxismo por la borda. Una vez más, razones de cultura política más que de tipo ideológico parecieran ser la justificación.

Así por ejemplo, en el primer caso, para Alejandro Rojas existe en el marxismo un marcado economicismo y un reduccionismo de clase que le impiden atender adecuadamente a cuestiones como aquéllas relativas a las formas políticas —y muy en especial a la democracia política—, así como a otros fenómenos más contemporáneos, como el problema de la ecología y de las armas nucleares. De esta manera, señala Rojas, en términos bastante concluyentes, “a un siglo de su muerte, el legado teórico de Marx requiere ser transcendido, producto de sus insuficiencias (sin que sea necesario excluir muchos de sus elementos)”<sup>322</sup>.

También Moulián afirma que existen problemas con el marxismo mismo, más allá de la codificación dogmática soviética. Por un lado está la estrechez del marxismo para entender la enorme complejidad del Estado moderno y de la estructura social que le es propia. Por otro, el dogmatismo a que hemos hecho referencia no provendría sólo de una cierta lectura o interpretación desde fuera del marxismo, sino propia del marxismo: “en la teoría misma hay un núcleo dogmático. La dictadura como régimen político es una derivación lógica de esa teoría más que su distorsión”<sup>323</sup>. Ello sería así, según Moulián, a partir de la teoría de la Ciencia y de la teoría del Partido que hay en el marxismo. Ambas transforman a este último en “saber absoluto: única ciencia del desarrollo histórico”. Así, el marxismo como saber absoluto y el partido como administrador de ese saber, contendrían un elemento claramente antidemocrático que haría imposible el pluralismo político.

Sin embargo, pese a existir conciencia acerca de las insuficiencias del marxismo, y junto con desechar sus rasgos y/o interpretaciones más dogmáticos, pareciera prevalecer la idea de no tirarlo por la borda, sin perjuicio de definir aquellos elementos que lo hacen más aceptable. Es que, como señala el propio Brunner, “el marxismo es un ingrediente de la cultura socialista”<sup>324</sup>. Al igual que lo que ocurre con el tema de la revolución, este elemento cultural pareciera prevalecer; lo que nos dice algo acerca de los límites que la cultura política establece respecto de los procesos de desarrollo ideológico.

<sup>321</sup> Partido Socialista, “Proposiciones al Encuentro de Integración del Socialismo Chileno”, op. cit., 1.

<sup>322</sup> Alejandro Rojas, op. cit., 516.

<sup>323</sup> Tomás Moulián, “Sobre la Teoría de la Renovación. Notas Introductorias”, op. cit., 17.

<sup>324</sup> José Joaquín Brunner, “Una Propuesta Socialista”, en revista *Análisis* (53, enero de 1983).

Se trata en todo caso, según un documento de la Convergencia Socialista de 1980, de “la adopción de un marxismo crítico, en permanente búsqueda y creación, abierto al aporte de otras vertientes teóricas y culturales, contrario a toda manipulación dogmática y a todo congelamiento de su esencial contenido revolucionario”<sup>325</sup>. Esta es la concepción, según un documento del Partido Socialista de 1985, más acorde con la definición original de marxismo contenida en la Declaración de Principios de 1933. Según ella el Partido Socialista reconoce al marxismo “como un método de interpretación de la realidad, el cual debe ser permanentemente enriquecido por el avance científico y el devenir social”. Se trata, pues, añade el documento de 1985, de la adopción de un marxismo creativo y no dogmático, que sirva de guía para la acción y que acoge a las nuevas prácticas y aportes de una realidad siempre cambiante.

Finalmente, un documento que alude a ciertos consensos logrados al interior de esta izquierda renovada en torno al tema del marxismo, son las Actas Finales del segundo encuentro de Chantilly, de septiembre de 1983<sup>326</sup>. Junto con reiterar que el marxismo forma parte de la cultura política de amplios sectores sociales de Chile y señalar que un marxismo no ortodoxo, sin complejos y renovado incidirá positivamente en el futuro democrático, dicho documento plantea tres consensos importantes: 1) no es necesario romper con el marxismo para avanzar hacia un proyecto socialista y democrático, sin perjuicio de reconocer sus debilidades, errores, e insuficiencias; 2) se hace necesario, en todo caso, desacralizar el marxismo y romper con su codificación, y 3) si en verdad el marxismo tiene pretensiones científicas, debe entonces abrirse al análisis de nuevas realidades, admitiendo nuevas evidencias que puedan refutar planteamientos originarios. En todo caso, el documento de consenso aclara que “no es necesario ser marxista para ser socialista, situación que lleva a postular una concepción pluralista del socialismo”.

Estimamos que estas opiniones y documentos son suficientemente elocuentes en el sentido de que lo que se postula no es un marxismo dogmático, sino abierto, crítico y creativo. Ello, sin perjuicio de reconocer las insuficiencias, debilidades y errores propios del marxismo. Pero, más que razones ideológicas, lo que pareciera justificar esta adscripción a un cierto tipo de marxismo es la propia cultura socialista chilena, la que da cuenta desde sus orígenes de un importante componente marxista y revolucionario. En todo caso, queda en evidencia que el marxismo no es un componente esencial de este nuevo socialismo democrático pues, como lo indica el último de los documentos señalados, “no es necesario ser marxista para ser socialista”.

Hechos los planteamientos anteriores sobre la autocrítica en torno a la Unidad Popular, el “rescate” de aquellos elementos democráticos existentes en la evolución del socialismo chileno, la discusión sobre las formas de hacer

<sup>325</sup> “Convergencia Socialista; Fundamentos de una Propuesta”, op. cit., 74.

<sup>326</sup> Dicho documento puede encontrarse en la revista *Apsi* (149, 31 de julio al 13 de agosto de 1984).

política y las definiciones en torno a ciertos tópicos asociados al socialismo contemporáneo (leninismo, socialdemocracia, marxismo y revolución), sentimos que aún falta una breve reflexión para ayudar a esclarecer el verdadero sentido y alcance del proceso de renovación socialista, en torno a la siguiente pregunta: ¿hacia dónde apunta dicho proceso; en qué dirección se mueve? Lo anterior teniendo en cuenta que, por tratarse de un proceso aún en marcha, las afirmaciones deben ser más bien tentativas, evitando caer en conclusiones que no se avienen con la rica dinámica de dicho proceso.

Una primera lectura del proceso de renovación nos puede llevar a descubrir en él la búsqueda de un modelo alternativo al socialdemócrata de Europa Occidental y al comunista de Europa del Este. La tesis que parecería imponerse en el seno de esta izquierda renovada, similar a las tesis de Giorgio Amendola, representante del ala derechista del Partido Comunista Italiano en la década de 1970, es la de una “tercera vía”, distinta de las dos anteriores.

Así, por ejemplo, Julio Silva Solar señala que hasta ahora la izquierda en el mundo ha vivido dos fases muy marcadas: la fase socialdemócrata, que predomina ampliamente hasta la Primera Guerra Mundial, y la fase comunista, que se inicia con la Revolución Bolchevique. Sin embargo, añade Silva Solar, la crisis del “socialismo real”, el que ha dejado de ser un referente válido, hace que se haya producido “un vacío en materia de proyecto socialista”. Esto es, precisamente, lo que abre la posibilidad de una “nueva fase” o “tercera fase” la que, sin invalidar a las anteriores, aspire a superar sus limitaciones en un nuevo esfuerzo de síntesis<sup>327</sup>.

De una manera similar, Ernesto Ottone plantea que la creación de una nueva hegemonía político-cultural a la vez democrática y socialista hace necesario evitar dos caminos que no se compadecen con dicha aspiración: el camino socialdemócrata, que en nombre del realismo y sin perjuicio de su clara vocación democrática renuncia a la superación del capitalismo, y el camino dogmático, que considera al “socialismo históricamente realizado (...) como en ‘esencia’ el único posible”, señalando a la democracia y al socialismo como dos “fases diferentes”. Sin desconocer su dificultad teórica y práctica, Ottone plantea que esa nueva hegemonía sólo será posible “elaborando una propuesta a la vez democrática, pluralista, revolucionaria y socialista”<sup>328</sup>.

En esta primera lectura, estaríamos frente a la búsqueda de una “tercera vía” distinta de la socialdemócrata y la comunista, apuntando en la dirección de una nueva síntesis entre socialismo y democracia.

Sin embargo, lo que es nuevo en este proceso no pareciera ser la búsqueda de una alternativa distinta a la socialdemócrata y la comunista; de hecho, el Partido Socialista de Chile desde sus orígenes se planteó como alternativa a los dos modelos señalados. Lo nuevo a nuestro juicio, es la reflexión en

<sup>327</sup> Julio Silva Solar, “¿Hacia una Nueva Fase del Socialismo?”, op. cit., 97.

<sup>328</sup> Ernesto Ottone, “Democratización y Nueva Hegemonía en Chile”, en Jorge Arrate y otros, “Siete Ensayos sobre Democracia y Socialismo en Chile”, op. cit., 149.

torno a la relación entre socialismo y democracia, definido el primero por Jorge Arrate como “el orden social de la justa diferencia” y la segunda como la “organización política para el ejercicio de la libertad”<sup>329</sup>.

Esta nueva síntesis tendría como núcleo central la superación de la ambigüedad en torno a la democracia política que el PSCH desarrolló desde sus orígenes, y la afirmación del valor central, desde la propia perspectiva socialista, de la democracia política y sus instituciones.

Producto de este replanteamiento radical, característico del proceso de renovación, socialismo y democracia son vistos como inseparables. Se descarta, pues, la tesis de las dos “fases”: la fase de las tareas democráticas (revolución democrática-burguesa) seguida de la fase de las tareas socialistas (revolución socialista). Pero no para postular, como ocurriera desde los años cincuenta en adelante, que ambas tareas habrían de realizarse simultáneamente en la revolución socialista, sino para afirmar que el socialismo sólo tiene posibilidades de un auténtico desarrollo al interior de un régimen democrático de gobierno. La discusión, pues, no gira en torno al tipo de revolución (democrático-burguesa o socialista) sino al tipo de régimen político (democracia o dictadura).

De este modo, la democracia en cuanto régimen político aparece como una opción propiamente socialista; o, de un modo más general, como el “espacio y límite” de la acción política —siguiendo la definición de Arrate. La opción del socialismo, pues, es una opción por la democracia, en cuanto régimen político. Pero, como también hemos visto, no todo socialismo es democrático. La experiencia de los “socialismos reales” demostraría la existencia de socialismos autoritarios. Frente a ese modelo y a la propia experiencia traumática de la dictadura militar chilena, surge una reacción contra toda forma de autoritarismo, de derecha o izquierda. La opción por la democracia se justifica pues, desde la propia perspectiva socialista, en el sentido de que “fuera de la democracia política los hombres concretos carecen de garantías efectivas ante la maquinaria del poder. El pueblo queda supeditado a un poder que no genera ni controla. Igual ocurre con los derechos humanos”<sup>330</sup>.

Este es el sentido profundo del proceso de renovación socialista.

Pero, entonces, ¿de qué socialismo se trata? La tesis que pareciera imponerse a este respecto es la de la “profundización” democrática. Si no hay tal cosa como una fase democrática seguida de una fase socialista y si la democracia es el régimen político que se postula como permanente, lo que cabe, desde la propia perspectiva socialista, es luchar por ampliar, extender, profundizar dicha democracia; fortalecerla en sus elementos reales sin descuidar sus aspectos formales, en una perspectiva más global de democratización.

<sup>329</sup> Jorge Arrate, “Catorce Años Es, para un Ser Humano, un Tiempo Relativamente Largo”: discurso a su vuelta del exilio, en revista *Apsi* (12 al 18 de octubre de 1987), 23.

<sup>330</sup> Julio Silva Solar, “¿Hacia una nueva fase del socialismo?”, op. cit., 104.

El socialismo, en esta perspectiva, es visto como proceso, sin que ello signifique necesariamente descuidar la utopía o renunciar a la introducción de cambios radicales; todo ello, sin embargo, dentro de los límites de la democracia “formal”. Esta tesis, la del socialismo como profundización democrática, pareciera prevalecer al interior de la izquierda renovada<sup>331</sup>.

Todo lo anterior conduce a una conclusión práctica de enorme trascendencia relacionada, a su vez, con la autocrítica asumida respecto de la experiencia de la Unidad Popular. Si el propio proyecto socialista ha de desarrollarse dentro de los límites de la democracia política, si lo que se desea es la profundización de la democracia y no su sustitución, no queda sino aspirar a tener tras de sí a una sólida mayoría política y social. Esta carencia, tal como hemos dicho anteriormente, habría estado en el centro del fracaso de la Unidad Popular.

Si bien es cierto que, en una perspectiva más global, la izquierda renovada aspira a identificarse con los intereses de la nación —y no de un grupo o clase en particular— las tareas socialistas propiamente tales, en la línea de profundización democrática señalada, requieren de un apoyo mayoritario. El compromiso radical con la democracia, señala Garretón, “consiste en que sólo se pueden hacer ciertas cosas en política si se cuenta con mayorías para ello y esas mayorías están definidas por ciertas reglas preestablecidas y que en ningún caso pueden afectar los derechos básicos de los miembros de la sociedad”<sup>332</sup>.

Aspirar a representar al conjunto de la nación, contando con una mayoría que permita llevar a cabo las tareas de transformación socialista requiere, en el terreno político concreto, de la conformación de un gran “bloque histórico por los cambios”; un bloque por los cambios “capaz de concertar una mayoría suficiente para democratizar el país e impulsar las transformaciones estructurales en lo económico y social, que son requisito ineludible de la democracia”<sup>333</sup>. Esta es vista como “la tarea central del partido”, en una perspectiva más global de democratización.

De lo que se trata, en definitiva, es de construir una nueva hegemonía en la sociedad, en una perspectiva nacional, teniendo tras de sí a una sólida mayoría política y social y desde el interior de un “bloque histórico por los cambios”. Esta vocación nacional y mayoritaria, en este significativo sector de la izquierda chilena, rompe con el esquema clásico de revolución basado en la toma del poder por asalto y postula, en cambio, un socialismo en términos de profundización democrática, lo que requiere entre otras cosas de “un enorme esfuerzo hegemónico”<sup>334</sup>.

<sup>331</sup> Ver, sobre esta tesis, “Llamamiento de Milán por la Convergencia Socialista”, en *Chile-América* (80-81, julio-septiembre de 1982) 77; Bloque Socialista, “Manifiesto de los Socialistas Chilenos”, en *Chile-América* (88-89, julio-octubre de 1983); José Joaquín Brunner, entrevista en revista *Análisis* (22 de abril de 1980), entre otros.

<sup>332</sup> Manuel Antonio Garretón, “¿En qué consistió la Renovación Socialista?”, op. cit., 30.

<sup>333</sup> “Informe Político del Comité Central al Pleno Nacional del PSCH”, op. cit., 1.

<sup>334</sup> Ernesto Ottone, “Notas sobre Pluralismo y Democracia”, en *Encuentro de Chantilly I*, op. cit., 28.

Una lectura superficial de lo anterior nos debería llevar a la conclusión de que lo que caracteriza al proceso de renovación socialista es un giro teórico desde una perspectiva leninista a una gramsciana: un giro que significa, entre otras cosas, abandonar la estrategia del ataque frontal en el Estado (el momento de la dominación) para concentrarse en la sociedad civil y sus instituciones (el momento de la hegemonía).

Sin embargo, lo anterior resulta insuficiente a partir de la nueva problemática planteada por el caso chileno y la crisis de los “socialismos reales”. En efecto, la evolución reciente del socialismo chileno va mucho más allá del paso desde una perspectiva leninista a una gramsciana. Ninguna de las dos perspectivas nos ayuda a entender la problemática central al interior de este proceso, la que está dada por la cuestión de la democracia —largamente ignorada por Gramsci. En este sentido, la discusión central al interior de esta izquierda renovada, como lo hemos dicho y reiterado, no gira en torno al problema del tipo de revolución (el paso de la Guerra de Maniobras a la Guerra de Posiciones, diríamos) sino del tipo de régimen político (democracia o dictadura). Es este último el dilema a resolver, y es en la adhesión a las instituciones de la democracia representativa en una perspectiva más amplia de democratización, donde reside lo más característico del proceso de renovación del socialismo chileno.

### *El Desarrollo Orgánico*

Hemos dejado para el final aquello con lo que bien pudimos haber comenzado este capítulo, considerando, no obstante, que el proceso de renovación socialista aún no se encuentra totalmente definido en términos de su desarrollo orgánico. En todo caso, aunque esto último aún permanezca como una pregunta abierta —que se va clarificando en el contexto de la transición a la democracia actualmente en marcha— es en el nivel teórico donde reside la riqueza mayor del proceso de renovación y es por ello que nos hemos querido concentrar en ese aspecto.

Básicamente, en lo que se refiere al desarrollo orgánico de la izquierda renovada podemos distinguir, a partir de 1973, tres etapas bastante delimitadas. La primera de ellas, a la que ya nos hemos referido y que se extiende de 1973 a 1979, está marcada por la pugna que se va incubando al interior del Partido Socialista y que culmina con el quiebre de abril de 1979. Como hemos señalado en la primera parte de este capítulo, dicha disputa, no muy perceptible en un comienzo, termina por revelar la existencia de dos concepciones antagónicas: por un lado, una lectura leninista del quiebre democrático, que enfatiza las carencias al nivel de la “vanguardia” y que se proyecta hacia el futuro en la lógica del marxismo-leninismo y, por otro, una lectura que hemos llamado de “reafirmación democrática”, que enfatiza la insuficiente valoración de la democracia política en la etapa anterior al golpe militar de 1973 y que se proyecta hacia adelante en la dirección de un nuevo socialismo democrático, de rechazo explícito al leninismo.

La primera tendencia tiene su raíz en el documento de marzo de 1974 de

la Dirección Interior del PSCH; se desarrolla y consolida en tres plenos clandestinos (1976, 1977 y 1979), el último de los cuales termina por remover a Altamirano de la secretaría general del partido; y concluye en la formación del PS-Almeyda tras el quiebre de 1979. La segunda, en cambio, tiene su raíz en el rechazo del documento de marzo, se aglutina en torno al Secretariado Exterior del PSCH, al menos hasta marzo de 1979, y culmina con la formación del PS-Altamirano, tras el mencionado quiebre.

No obstante, Altamirano abandona el liderazgo del partido a partir de 1980, tras el así llamado 24 Congreso y comienza una segunda etapa que se extiende de 1979 a 1983 y que se caracteriza por el proceso conocido como de Convergencia Socialista. Este es el período de mayor debate intelectual en el que se van definiendo los principales lineamientos teóricos de la renovación socialista, los que hemos procurado recoger en este capítulo.

Dicha convergencia abarca a distintas fuerzas políticas y sociales, y puede entenderse al menos en un doble sentido: por un lado está la convergencia, básicamente entre sectores socialistas “históricos” y sectores de “origen cristiano” (MAPU e Izquierda Cristiana), junto a un importante grupo de intelectuales sin filiación partidaria; y, por otro, la convergencia que comienza a darse entre sectores del exilio y del interior. Ambos procesos culminarán en la reorganización del Partido Socialista, a partir de 1983. Dicha fecha marcará el inicio de la tercera etapa de desarrollo en el proceso de renovación socialista.

En breve, la Convergencia Socialista es la forma orgánica que toma el proceso de renovación descrito en las secciones anteriores. En dicho proceso confluyen básicamente los socialistas “altamiranistas” (o 24 Congreso) que emergen del quiebre de abril de 1979 (Carlos Altamirano, Jorge Arrate, Ricardo Núñez, Erich Schnake, Armando Arancibia, Luis Alvarado, Luis Jerez, entre otros) y los socialistas así llamados “de origen cristiano” (desprendidos de la democracia cristiana), los que comprenden el Mapu Obrero y Campesino (MOC) (José Antonio Vieragallo, José Joaquín Brunner, Tomás Moulián, Jaime Gazmuri, Juan Gabriel Valdés, Jaime Estévez, Jorge Molina, Marcelo Contreras, entre otros), el MAPU (Eugenio Tironi, Oscar Guillermo Garretón, Ricardo Brodsky, Javier Martínez, entre otros) y la Izquierda Cristiana (Luis Maira, Sergio Bitar, Roberto Celedón, entre otros). Junto a estos sectores se unieron a la Convergencia Socialista sectores socialistas independientes (siendo los dos más destacados Aniceto Rodríguez y Raúl Ampuero, ex secretarios generales del PSCH), sectores provenientes del MIR (Carlos Ominami y Gonzalo Martner), del PC (Luis Razeto, Alejandro Rojas y Ernesto Ottone), del Partido Radical (Aníbal Palma, Orlando Cantuarias y Víctor Manuel Rebolledo) y un grupo de intelectuales socialistas entre los que destacan Manuel Antonio Garretón y Ángel Flisfisch —ambos, junto a Brunner y Moulián, de la Flacso. Aunque no todas las personas mencionadas participarían en el Partido Socialista que resultaría del proceso de renovación, todos ellos contribuyen, unos más que otros, al proceso de convergencia socialista.



También en dicho proceso se va dando una creciente afinidad o convergencia entre sectores del exilio y del interior.

En el exterior, el punto de partida del proceso de Convergencia Socialista puede encontrarse en las reuniones de Ariccia, Italia, en marzo de 1979 y enero de 1980. Bajo el título de "El Socialismo Chileno: Historia y Perspectivas", dicho seminario tuvo como objetivo la búsqueda de las convergencias que permitiesen volver a reunir a las distintas corrientes de lo que se denominó "el área socialista". Organizado por el ex senador y ex secretario general del PSCH, Raúl Ampuero, por primera vez dicho seminario plantea las ideas de renovación y convergencia como partes de un mismo proceso. De dicho seminario surgió un Comité de Enlace, dirigido por el propio Ampuero, el que se planteó el objetivo de darle una mayor forma orgánica a dicho proceso —lo que, a decir verdad, nunca se cumplió cabalmente<sup>335</sup>.

En agosto de 1980, en su documento "8 Tesis sobre una Estrategia Socialista para Chile", presentado al 24 Congreso del PSCH, Altamirano da su apoyo al proceso de convergencia socialista<sup>336</sup>. Así, el socialismo "histórico" plantea la necesidad de un agrupamiento con las fuerzas "de origen cristiano".

Desde 1981 el proceso adquiere una inusitada fuerza. En febrero-abril de 1981 un grupo de socialistas exiliados en México inicia una publicación trimestral bajo el nombre de *Convergencia*. Esta se presenta como una "revista del socialismo chileno y latinoamericano", y "órgano de expresión del Centro de Estudios Socialistas Eugenio González". Junto a la revista *Chile-América* se transformará en una de las principales tribunas de debate al interior de la izquierda renovada. En julio, un grupo de socialistas pertenecientes a este proceso suscribe el "Llamamiento de Milán por la Convergencia Socialista", nuevamente referido a los procesos de renovación y convergencia<sup>337</sup>. En octubre del mismo año, en Roma, se suscribe una declaración pública por parte de los tres últimos secretarios generales del PSCH (Raúl Ampuero, Aniceto Rodríguez y Carlos Altamirano), manifestando su apoyo al proceso de renovación de la izquierda y de convergencia entre sectores "históricos" y "cristianos"<sup>338</sup>. Finalmente, en el mes de febrero de 1983 se suscribe en Madrid, por parte de diversas expresiones de la izquierda renovada, representados por delegados provenientes de Chile, Estados Uni-

<sup>335</sup> Ver, La Liga por los Derechos y la Liberación de los Pueblos, "Una Propuesta para el Área Socialista Chilena" (Mimeo, 1979/1980), con los contenidos básicos de ambos seminarios. Ver, también, *Chile-América* (60-61, enero-febrero de 1980). Años más tarde, al momento de una evaluación sobre el proceso de renovación socialista, dicho seminario sería considerado como un verdadero "punto de inflexión" (Victor Manuel Rebolledo, editor del libro "La Renovación Socialista: Balance y Perspectivas de un Proceso Vigente", op. cit., 11). Sobre la evolución de la "Convergencia Socialista" ver Andrés Benavente, "Panorama de la Izquierda Chilena, 1973-1984", en *Estudios Públicos* (18, otoño de 1985) 178 y siguientes.

<sup>336</sup> Carlos Altamirano, "8 Tesis Sobre una Estrategia Socialista para Chile", citado en Pollack y Rosenkranz, op. cit., 197.

<sup>337</sup> Dicho documento puede encontrarse en *Chile-América* (80-81, julio-septiembre de 1982).

<sup>338</sup> Este documento puede encontrarse en *Convergencia* (7-8, enero de 1983).

dos, América Central y Europa, el documento "Objetivos Políticos Esenciales de la Convergencia Socialista", en una línea similar a la anterior<sup>339</sup>.

Otro hito importante en el proceso que se da desde el exilio es la realización del Congreso de Chantilly, organizado por el Instituto para el Nuevo Chile, con sede en Holanda, y la Asociación para el Estudio de la Realidad Chilena, con sede en Francia. Dicho congreso tuvo lugar en septiembre de 1982 y luego en septiembre de 1983. Ambos encuentros reunieron a representantes de la renovación socialista tanto de Chile como del exterior.

Paralelamente a este proceso en el exterior se fue dando un proceso similar en el "interior". Ya hacia fines de la década de 1970 se había consolidado un importante núcleo de intelectuales alrededor de la Flaco (Brunner, Flisfisch, Garretón y Moulián) y Sur (Tironi y Martínez), ambas instituciones dedicadas a las ciencias sociales. En junio de 1980 el proceso describió un nuevo impulso con la creación del Secretariado de la Convergencia, que reunió en una sola organización al PS-24 Congreso ("altamiranistas"), el MOC, el MAPU y la Izquierda Cristiana. En agosto del mismo año un grupo de socialistas representantes de la izquierda renovada publica el documento "Convergencia Socialista: Fundamentos de una Propuesta", el que reúne las reflexiones de un seminario realizado en Santiago. A dicho documento nos hemos referido profusamente en las secciones anteriores.

En junio de 1981 la Izquierda Cristiana publica el documento de su Comisión Política "Seis Tesis para la Convergencia Socialista", en que confirma su voluntad de renovación y la necesidad de converger con los sectores del socialismo "histórico". De especial interés para dicho partido resulta la posibilidad de una convergencia entre marxistas y cristianos<sup>340</sup>. En agosto del mismo año un grupo de científicos sociales reunidos en torno al Grupo por la Convergencia Socialista suscribe el documento "Convergencia Socialista: un Horizonte Democrático". Este documento resume muy bien las principales tesis de la renovación, a las que ya hemos hecho mención: la revalorización de la democracia, el impacto de la dictadura, la crítica de los "socialismos reales", la necesidad de un socialismo entendido en términos de "profundización" democrática, y la necesidad de convergencia entre distintas fuerzas sociales y políticas, de diverso origen<sup>341</sup>.

Todo este proceso, desencadenado principalmente a partir del quiebre del Partido Socialista en abril de 1979, tanto desde el exterior como del interior, y desde las más variadas vertientes de la izquierda chilena (históricas, cristianas y racionalistas-laicas) va confluyendo orgánicamente en la Convergencia Socialista. Esta última adquiere los caracteres de un movimiento más que de un partido y le da un inusitado dinamismo al proceso de renovación socialista.

<sup>339</sup> Dicho documento puede encontrarse en *Chile-América* (84-85, enero-febrero-marzo de 1983), 59.

<sup>340</sup> Izquierda Cristiana de Chile, Comisión Política, "Seis Tesis para la Convergencia Socialista" (Mimeo, junio de 1981).

<sup>341</sup> Dicho documento puede encontrarse en *Convergencia* (3-4, agosto-octubre de 1981).

Sin embargo, el proceso se vio interrumpido hacia la mitad de 1983, iniciándose la tercera etapa, caracterizada por la reorganización del Partido Socialista en una perspectiva más autónoma y de mayor consistencia orgánica.

El motivo principal detrás de la interrupción del proceso de convergencia estuvo dado por la suscripción, por parte del socialismo "altamiranista" (PS-24 Congreso), del documento "Manifiesto Democrático" en marzo de 1983, y su posterior ingreso a la Alianza Democrática (AD), formada en agosto del mismo año. Tanto la suscripción del manifiesto como el posterior ingreso a la AD, con fuerte presencia demócratacristiana, socialdemócrata y radical, junto a un pequeño sector de derecha, fue visto por parte de ciertos sectores de la Convergencia Socialista como una alternativa de centro que resultaba inaceptable pues, entre otras cosas, excluía a un importante sector de la izquierda. Esta fue, al menos, la reacción del Mapu y la Izquierda Cristiana, los que no estaban dispuestos a romper con el perfil y la unidad de la izquierda. El fin de la Convergencia Socialista, hacia ese período, coincidió con un quiebre en el propio PS-Almeyda a raíz de que algunos de sus dirigentes también adhirieron a la AD (Carlos Briones, Akim Soto y Julio Stuardo). El PS-Almeyda, por su parte, pasó a integrar el Movimiento Democrático Popular (MDP), formado en septiembre de 1983, junto al Partido Comunista y al MIR.

A fin de constituir una alternativa al MDP, la izquierda renovada, procurando revivir la Convergencia Socialista forma, en septiembre de 1983, el denominado Bloque Socialista (BS). Este último estuvo conformado por los mismos integrantes que en junio de 1980 habían dado lugar al Secretariado de la Convergencia (PS-24 Congreso, Mapu, MOC e IC), más el Grupo por la Convergencia y la Convergencia Socialista Universitaria<sup>342</sup>.

Sin embargo, esta organización muy pronto se disolvió. La razón estuvo nuevamente constituida por la política de alianzas. En efecto, mientras que la mitad de sus miembros (PS-24 Congreso, MOC y Grupo por la Convergencia) estuvieron por permanecer en la AD, la otra mitad (IC, MAPU y Movimiento de Convergencia Universitaria) estuvieron por no hacerlo, considerando que el BS debía constituirse en una alternativa a la AD y el MDP. En definitiva, el BS terminó por disolverse y fue justamente en torno al primer grupo de partidos, partidarios de permanecer en la AD, que en los meses siguientes se reorganizó el Partido Socialista, con organización y dirección propias.

Esta tercera etapa, que comienza con la adhesión, en la primera mitad de 1983 del PS-24 Congreso al Manifiesto Democrático y la AD, marcando el fin de la Convergencia Socialista, se consolida a partir de octubre de 1983 con la elección de una autoridad colegiada, y en mayo de 1984 con la elección

---

<sup>342</sup> El comunicado público emitido por el BS señala que, ante la "crisis" que vive el país, un grupo de partidos representantes de los "principios de la renovación socialista" han decidido la constitución de dicho referente, a fin de convertirse en "actor político nacional" y "eje y referente del movimiento popular"; todo ello, junto con señalar su adhesión a la AD. Ver *Chile-América* (88-89, julio-octubre de 1983), 42.

de autoridades unipersonales. Así, lo que primero había sido el sector “altamiranista”, y luego un sector significativo de la Convergencia Socialista y del Bloque Socialista, pasaba a constituir un verdadero partido socialista autónomo, con organización y dirección propios.

Estos sectores suscriben, el 4 de septiembre de 1983, un acta en la que expresan su intención de constituir un Comité Central de 36 personas, junto a una Comisión Política de 6. Esto último tiene lugar en octubre de 1983, fecha que puede señalarse como constitutiva del nuevo Partido Socialista. Dicho CC resulta de la reunión de los seis principales sectores socialistas reunidos en el antiguo Comité Político de Unidad (CPU), el que procede a disolverse. Ellos son: el PS-24 Congreso (“altamiranistas”), encabezados por Ricardo Núñez, los “ex almeydistas”, encabezados por Akim Soto, los Suizos, encabezados por Ricardo Lagos, los Humanistas, encabezados por Alfredo Molina (y ligados al antiguo dirigente Manuel Mandujano), los Históricos, ligados a Juan Gutiérrez, y una reunión de grupos de menor envergadura (MAS/USOPO/MR) encabezados por Víctor Sergio Mena. Las 6 personas nombradas pasan a conformar la nueva Comisión Política<sup>343</sup>.

En mayo de 1984 se elige la primera autoridad unipersonal del partido, elección que recae en Carlos Briones —en adelante el partido será reconocido como PS-Briones. Junto a Briones, Hernán Vodanovic queda como subsecretario general, junto a una Comisión Política conformada además por Ricardo Lagos, Heraldito Muñoz, Eduardo Trabucco, Akim Soto, Augusto Jiménez, Ricardo Núñez y Alfredo Molina.

No obstante, puede decirse que es sólo en junio de 1985, en la reunión de Punta de Tralca, que el PSCH adquiere una fisonomía más definitiva. Pese a que las tendencias del PS-Histórico (Juan Gutiérrez) y Humanistas (Manuel Mandujano) ya se habían retirado —por disputas de liderazgos— en esa fecha tuvo lugar la integración definitiva de los socialistas del tronco “histórico” con los socialistas de “origen cristiano” y, más que nada, con el núcleo de intelectuales detrás del proceso de renovación. Es así como en dicha reunión se integra orgánicamente al PSCH el MOC, el que se disuelve como partido. Ocho de sus miembros pasan a integrar el Comité Central del partido. Hacia esa misma fecha, un grupo de intelectuales y profesionales, provenientes del MOC y del MAPU, pero también del MIR y de sectores socialistas independientes, identificados todos ellos con lo que se conoció como Grupo por la Convergencia, adhieren al PSCH. Entre ellos, podemos mencionar a Manuel Antonio Garretón, Gonzalo D. Martner, José Joaquín Brunner, Eugenio Tironi, Angel Flisfisch, Carlos Ominami y Javier Martínez;

<sup>343</sup> Esta información y la que sigue me fue confirmada por Luis Alvarado, miembro del Comité Central del PSCH y subsecretario general del mismo a partir de 1989, en entrevista de 16 de noviembre de 1987. Sobre este proceso de reagrupamiento socialista también se puede ver Arturo Navarro, “Los Socialistas”, en revista *Apsi* (6 al 19 de marzo de 1984) 12 y siguientes; Andrés Benavente, “Socialistas Fracción Briones”, en revista *Alternativa* (7 de mayo de 1986) 12 y siguientes; “La Izquierda de Ayer y de Hoy”, reportaje aparecido en revista *Qué Pasa* (756, 3 al 9 de octubre de 1985), 16 y siguientes; y “El Socialismo, ¿Ha Cambiado?”, en revista *Qué Pasa* (20 al 26 de febrero de 1986).

es decir, algunos de los principales intelectuales detrás del proceso de renovación socialista.

Más tarde, en junio de 1986, habrá un nuevo cambio de autoridades colegiadas y unipersonales, con lo que el PSCH adquiere una fisonomía más definitiva. En el Pleno Nacional realizado en dicha fecha, se elige como secretario general del partido a Ricardo Núñez ("altamiranista") —de ahí en adelante el partido será conocido como el PS-Núñez— y como subsecretario general a Jorge Molina (MOC). Junto a ellos dos, y a Carlos Briones, quien integra el Comité Central por derecho propio, el CC queda constituido por otras cuarenta personas. Finalmente, tres puestos en el Comité Central se reservan para Jorge Arrate, Erich Schnake (ambos "altamiranistas") y Jaime Gazmuri (MOC), para ser ocupados a su vuelta del exilio<sup>344</sup>.

De esta manera, el nuevo Partido Socialista queda integrado básicamente en torno a los socialistas del tronco "histórico" (altamiranistas, suizos, ex almeydistas, y algunos humanistas) y de "origen cristiano" (MOC y miembros del MAPU, aunque no así de la IC), junto a un importante grupo de intelectuales de diverso origen.

Así, entre 1983 y 1986 el proceso de renovación socialista adquiere una expresión orgánica de mayor consistencia. El Partido Socialista, dirigido por Carlos Briones y luego por Ricardo Núñez, procura representar las ideas fundamentales expresadas en el proceso de renovación socialista llevado a cabo por un significativo sector de la izquierda chilena.

A partir de 1986, junto con la reorganización de las principales fuerzas en el centro, la derecha y la izquierda, el proceso político chileno experimenta un nuevo curso. Entre 1986 y 1989, el régimen militar enfrenta la necesidad de ganar para sí una nueva legitimidad, todo ello en el marco de la Constitución de 1980. Lejos, sin embargo, de ganar en legitimidad, cae en serias contradicciones, lo que permite a las fuerzas opositoras ir ganando terreno<sup>345</sup>. Finalmente, el triunfo político para esta última es definitivo, tanto en el plebiscito de septiembre de 1988, con el triunfo de la opción NO, como en las elecciones de diciembre de 1989, en las que el abanderado único de la oposición, Patricio Aylwin, es elegido por una mayoría absoluta como nuevo Presidente de Chile. El nuevo escenario de la transición a la democracia, y la dinámica del mercado político, traen aparejados, para el Partido Socialista, nuevos desafíos y transformaciones.

En junio de 1989 tuvieron lugar nuevas elecciones internas en el PSCH, resultando elegido como secretario general del partido Jorge Arrate, con toda certeza, según hemos visto en este capítulo, uno de los principales exponentes del proceso de renovación al interior de la izquierda chilena. En esa oportunidad, aunque careciendo aún de existencia legal<sup>346</sup>, sufragaron la mayor

<sup>344</sup> Los tres retornan del exilio en septiembre de 1987 y pasan a ocupar sus cargos.

<sup>345</sup> Sobre dicho proceso se puede ver Ignacio Walker, "La Dinámica Régimen-Oposición bajo la Dictadura Militar Chilena (1973-1988)", en *Debat* (12, Barcelona, septiembre de 1988).

<sup>346</sup> El Partido Socialista Núñez/Arrate participó en el plebiscito de 1988 y en las elecciones de 1989 a través del "Partido por la Democracia" (PPD), dirigido por Ricardo Lagos, el que sí obtuvo recono-

parte de los 14.800 militantes inscritos en los registros del partido. Junto a Jorge Arrate fue elegido como subsecretario general del partido, Luis Alvarado, ambos representantes de una línea de continuidad con las gestiones de Briones y Núñez.

En las elecciones internas Arrate derrotó a Erich Schnake, a quién suele identificársele con una posición más bien socialdemócrata —dicho, a estas alturas, sin ningún sentido peyorativo—, el que iba acompañado de Akim Soto como candidato a subsecretario general del partido. Finalmente, otro candidato a la subsecretaría general, Heraldito Muñoz, representante de la tendencia encabezada por Ricardo Lagos, obtuvo el tercer lugar —estos dos apoyaban a Jorge Arrate como candidato a secretario general.

El nuevo Comité Central surgido de dichas elecciones, compuesto por cincuenta personas, expresa un relativo equilibrio entre las fuerzas representadas por Jorge Arrate, Erich Schnake y Ricardo Lagos. La demostración más clara, sin embargo, de la ausencia casi total de disputas ideológicas y del gran consenso existente en torno a los contenidos básicos del proceso de renovación socialista —a los que nos hemos referido en este capítulo— es el voto político aprobado por “aclamación”, por parte de los 260 delegados asistentes, en el XXV Congreso del PSCH, celebrado en Costa Azul, en el mismo mes de junio de 1989<sup>347</sup>.

Junto con ratificar la línea de “lucha política democrática de masas” y confirmar la vigencia tanto de la Concepción por la Democracia como del Partido por la Democracia (PPD), el voto aprobado en dicho congreso, presentado de común acuerdo por Arrate, Lagos, Núñez, Schnake y Aniceto Rodríguez, manifiesta su opción por “una democracia plena, pluralista y participativa, donde los derechos de todos sean respetados; donde la libre expresión de ideas y el debate público constituyan el eje de la vida política, junto al libre funcionamiento de los partidos, de las organizaciones populares y de las agrupaciones civiles; donde la voluntad popular se exprese periódicamente dando lugar a una efectiva y pacífica alternancia en el poder; donde la mayoría gobierne y las minorías sean respetadas, ejerzan todos sus derechos, hagan oposición y propongan al pueblo sus alternativas para transformarse a su vez en gobierno”.

Es decir, en el XXV Congreso el PSCH declara su adhesión, desde la propia perspectiva socialista, a las instituciones de la democracia representativa. Lo anterior, en clara oposición a las definiciones adoptadas en los congresos de Linares (1965), Chillán (1967) y La Serena (1971), los que adoptaron una postura de cuestionamiento y rechazo de la llamada democracia “formal” o “burguesa”.

Junto con abogar por un papel activo del Estado en las tareas del desarrollo nacional, por el reforzamiento de la sociedad civil y el establecimiento de

---

cimiento legal. Dicho partido se definió como “instrumental”, para los efectos de servir como vehículo efectivo para la transición a la democracia. En virtud del éxito obtenido, el PSCH lo sigue considerando vigente hacia la etapa de consolidación democrática.

<sup>347</sup> El texto íntegro del voto político puede encontrarse en revista *Cauce* (213, 10 al 16 de julio de 1989).

la verdad y la justicia en los casos de violaciones de derechos humanos ocurridas desde 1973, el XXV Congreso del PSCH señala que “nuestro compromiso con la democracia es inalterable”. Ello conlleva la necesidad de un gran acuerdo que permita a la democracia “existir, profundizarse y ampliarse en beneficio de las mayorías”, y la conformación de “un amplio bloque por los cambios” comprometido con la “profundización” de la democracia.

Junto con definir al PSCH como una fuerza de izquierda, de tradición revolucionaria, que se inspira en el marxismo —aunque en un sentido no dogmático y al interior de una cultura plural y libertaria a la que concurren “otras corrientes de pensamiento social de inspiración cristiana, humanista y racionalista”— se afirma derechamente la necesidad de “desechar el leninismo por considerarlo una construcción dogmática, autoritaria y reduccionista que no se corresponde con la evolución actual del socialismo en el mundo ni con los ideales democráticos del Partido”.

Finalmente, dicho voto político, junto con definir al PSCH como un partido nacional, moderno y popular, con vocación de cambio, inserto activamente en el proceso de renovación del socialismo en Chile y el mundo, llama a la unidad de todos los socialistas chilenos en base a ciertos acuerdos doctrinarios, estratégicos y políticos que habrán de conciliar los elementos de continuidad, asociados a los contenidos históricos del socialismo, con aquéllos asociados al proceso de renovación socialista. El llamado, en este caso, va dirigido principalmente al PS-Almeyda.

Tal vez uno de los aspectos más simbólicos de dicho congreso, sea el representado por la decisión, por 110 votos contra 84 de los delegados asistentes, de pasar a integrar la Internacional Socialista. Ello no sólo marca un giro desde el tradicional “no-alineamiento” característico del PSCH desde su fundación en la década de 1930 —de allí lo reñida de la votación—, sino que confirma lo que hemos señalado en términos de los nuevos vínculos y la recíproca influencia entre el socialismo europeo y el socialismo chileno.

### *Conclusión*

Creemos no exagerar si afirmamos que, por la riqueza y profundidad de sus planteamientos, la radicalidad de la autocrítica asumida, y su proyección política nacional e internacional, el proceso de renovación socialista característico de un significativo sector de la izquierda chilena, bien puede compararse a grandes momentos en la evolución del socialismo contemporáneo, desde la “controversia revisionista”, al cambio de siglo, hasta el eurocomunismo en los años setenta, y de allí en adelante.

El impacto de la dictadura militar instalada en el poder a partir de 1973, llevó a un significativo sector del socialismo chileno —conocido como izquierda renovada— a un profundo replanteamiento en relación al valor de la democracia representativa y sus instituciones. En esta nueva perspectiva, el socialismo es visto en términos de una tarea de profundización de la democracia, reconociendo que esta última constituye el espacio y límite de la acción política.

En todo este proceso, el socialismo europeo aparece como la principal influencia externa, en al menos dos sentidos: el descubrimiento de las hondas raíces democráticas del socialismo de Europa Occidental, y la constatación acerca de los elementos autoritarios presentes en los regímenes comunistas de Europa del Este. La crisis subsiguiente desatada en estos últimos, especialmente a partir de 1989, no ha hecho sino confirmar a la izquierda renovada chilena en la dirección de reafirmación democrática que hemos señalado.

Hacia adelante, sin embargo, surgen algunas interrogantes en torno al futuro del proceso de renovación socialista, de las que conviene hacerse cargo en esta última parte.

La primera de ellas se refiere a su desarrollo orgánico. Ya hemos visto, en la sección anterior, la evolución del proceso de renovación socialista a este respecto. *El nuevo contexto de la transición a la democracia en Chile*, sin embargo, y la nueva dinámica del mercado político, plantean nuevos desafíos para dicho proceso.

La hipótesis que queremos dejar planteada, a este respecto, es la de la posible limitante establecida por los factores de cultura política y de mercado político, en los procesos de desarrollo ideológico; todo ello, en relación al proceso de unidad socialista o de reunificación, actualmente en marcha entre el PS-Arrate y el PS-Almeyda.

En efecto, hemos visto que es un abismo ideológico el que separa al PS-Arrate del PS-Almeyda<sup>348</sup>. Bajo ese parámetro, la unidad socialista —esto es, la reunificación entre ambas fuerzas— no tendría cómo prosperar. Sin embargo, nuestro análisis quedaría trunco si sólo lo remitiéramos a esa variable.

Por un lado, no podemos prescindir de los factores de cultura política, especialmente en el caso chileno en que los partidos políticos constituyen verdaderas culturas o subculturas; ello es especialmente cierto en el caso del Partido Socialista. Ya hemos sugerido, anteriormente, que, pese a existir evidentes tensiones entre una verdadera concepción socialista democrática y los conceptos de marxismo y revolución —ambos desechados en la mayoría de los partidos socialistas democráticos de Europa Occidental—, ambos conceptos, por confundirse con una cultura socialista como la chilena, la que desde sus orígenes está marcada por una definición marxista y revolu-

<sup>348</sup> Sólo a modo de ejemplo y para los efectos de dicho contraste, en la convocatoria al XXIV Congreso del PS-Almeyda, de febrero de 1985 —en momentos en que el PSCH-Briones ya tenía una fisonomía más definida— el secretario general del PSCH, Clodomiro Almeyda, aludía a “la ausencia de un mando único” como uno de los factores en la derrota de la Unidad Popular. Añadía lo siguiente: “la afirmación leninista de que no puede triunfar la revolución sin una vanguardia revolucionaria, sin una homogénea fuerza dirigente que la conduzca unitariamente y que aglutine a las fuerzas sociales que la apoyen, ha demostrado una vez más a la luz de nuestra experiencia su profunda e indesmentida verdad”. Añadía el dirigente socialista que la existencia de “una democracia parlamentaria y electoralista” habría hecho perder el “objetivo central” de la lucha, que estaba dado por la “conquista del poder”. Confirmaba, finalmente, el carácter del partido como “vanguardia dirigente de la revolución chilena” y los principios del “centralismo democrático”. En el mismo documento anterior, la Comisión Política del PS-Almeyda confirmaba la “concepción leninista” del partido en cuanto “fuerza dirigente de la revolución” y “vanguardia”, y la adhesión a “nuestra teoría científica, el marxismo-leninismo” (PSCH-Almeyda, “Convocatoria al 24 Congreso del PSCH”, Mimeo, febrero de 1985).



cionaria, habrían sido incluidos en las definiciones adoptadas por el PS-Arrate, en el XXV Congreso de junio de 1989.

Pues bien, algo similar puede decirse en relación al tema de la “unidad socialista”. Aunque pueda ser un abismo ideológico el que separe al PS-Arrate del PS-Almeyda —como pensamos que es el caso, efectivamente—, también es un hecho que la cultura socialista chilena está marcada, desde sus orígenes, por una vocación unitaria, tanto del socialismo en particular, como de la izquierda en general.

Una segunda limitante en los procesos de desarrollo ideológico pareciera estar constituida por el factor de mercado político (competencia político-electoral). Nuevamente, por abismante que sea la distancia ideológica que separa al PS-Arrate del PS-Almeyda, difícilmente habrá espacio en el mercado político chileno, en un contexto de transición a la democracia y de competencia político-electoral, para dos (o más) partidos socialistas. En este sentido, la dinámica del mercado político induce una simplificación de la oferta política, en este caso, de la oferta socialista.

Creemos que la evidencia empírica respalda la hipótesis planteada. En efecto, más allá de sus diferencias ideológicas, estas consideraciones relativas a los factores de cultura política y de competencia político-electoral parecieran estar detrás del proceso de reunificación entre el PS-Arrate y el PS-Almeyda, formalizado el 29 de diciembre de 1989. La cultura socialista, marcada por una vocación unitaria, y la nueva dinámica de la competencia político-electoral, la que induce una simplificación de la oferta política en un mercado por definición restringido, nos ayudan a explicar dicha reunificación, por sobre las consideraciones de tipo ideológico planteadas anteriormente.

Con un elemento adicional, sin embargo, lo que nos habla nuevamente de la influencia de los factores externos: que dicho proceso de reunificación tiene lugar en un contexto mundial muy singular, el que refuerza y avala el triunfo de las ideas de la renovación socialista, al interior de dicho proceso de reunificación. En efecto, no es casualidad que dicha reunificación tenga lugar a fines de 1989, tras el desmoronamiento de los regímenes comunistas de Europa del Este. La crisis terminal de los “socialismos reales” y de su sustrato ideológico, el marxismo-leninismo, dejan sin argumentos al PS-Almeyda, el que se suma a un proceso de reunificación que da cuenta del triunfo de las tesis del PS-Arrate y del proceso de renovación socialista.

En efecto, las Bases Doctrinarias y Políticas, fundamento del nuevo Partido Socialista de Chile surgido de la reunificación formalizada el 29 de diciembre de 1989, no hace sino recoger prácticamente todas y cada una de las tesis de la izquierda renovada, en casi perfecta consonancia con el voto político aprobado por el PS-Arrate en su XXV Congreso de 1989<sup>349</sup>.

Así, en el primer capítulo de dichas Bases Doctrinarias y Políticas, titulado “Socialismo y Democracia”, el PSCH, junto con reconocer que la democracia asegura “la convivencia armónica entre los diversos componentes de la so-

<sup>349</sup> Las “Bases Doctrinarias y Políticas” del nuevo PSCH reunificado, pueden encontrarse en la revista *Convergencia* (17, enero-marzo de 1990).

ciudad”, y “constituye una creación laboriosa de la humanidad, que encuentra en el socialismo su modo más desarrollado de expresión”, declara “su ineludible voluntad de contribuir al constante perfeccionamiento de la democracia”.

Entre los aspectos más significativos de dichas bases doctrinarias y políticas, podemos mencionar: la incorporación de la Declaración Universal de Derechos Humanos; el rechazo de la violencia como forma de imponer un determinado proyecto político y de toda imposición totalitaria; el valor de la tolerancia y del libre juego de las ideas en la sociedad; la necesidad de contar con una amplia mayoría nacional para realizar las tareas de transformación; la necesidad de luchar al mismo tiempo por la libertad y la igualdad; el carácter revolucionario del partido que se define por la transformación democrática profunda que persigue y no por los medios que se empleen para lograrlos; la necesidad de que se reencuentren en el socialismo chileno las distintas vertientes emancipatorias y revolucionarias del mundo contemporáneo, desde el pensamiento marxista, las mejores tradiciones humanistas y los valores del mensaje cristiano; la necesidad de conformar un gran bloque social y político mayoritario para la extensión y profundización crecientes de la democracia, que abarque al centro progresista y a la izquierda renovada; la necesidad de una estructura democrática en la vida interna del partido; el respeto a las autonomías de las organizaciones sociales; el internacionalismo, humanismo, vocación por la paz, vocación democrática y latinoamericanista del socialismo chileno; el fracaso del estalinismo, de matriz dictatorial y dogmática, según se aprecia en los cambios en los países del llamado “socialismo real”; la necesidad de privilegiar los vínculos internacionales en tres ámbitos: el latinoamericano, europeo-occidental y el campo socialista; el inalterable compromiso con la democracia, procurando los acuerdos para que ésta pueda existir, profundizarse y ampliarse, velando por sus reglas formales y la participación ciudadana; la adhesión a una democracia plena, pluralista y participativa y al Estado de Derecho; la necesidad de conciliar el crecimiento económico con la justicia social y el bienestar colectivo, entre otros aspectos referidos al momento político relativo a la transición a la democracia. Todo lo anterior, apuntando a la constitución de una nueva hegemonía social y político-cultural, en el marco de un gran bloque social y político por los cambios que reúna a las fuerzas del centro progresista y la izquierda renovada.

Tanto en su congreso de junio de 1989, como en la intervención de Jorge Arrate en un Pleno nacional del PS-Almeyda de octubre de 1989, el PS-Arrate mantuvo la postura que la “unidad socialista” debía tener lugar sobre “sólidas bases doctrinarias y políticas”, incluyendo “elementos de nuestra propia perspectiva que consideramos adquisiciones ya logradas y a las que no podríamos renunciar sin poner en duda el significado de lo que hemos hecho hasta ahora”<sup>350</sup>. El triunfo de las ideas de la renovación socialista en el proceso

---

<sup>350</sup> Jorge Arrate, secretario general del PSCH, en el Pleno Nacional del PS-Almeyda, del 14 de octubre de 1989, Mimeo.

de reunificación confirma el interés del PS-Arrate por asentar la unidad socialista sobre sólidas bases doctrinarias y políticas.

Una segunda interrogante, hacia adelante, dice relación con los grados de consistencia (o inconsistencia) entre las definiciones en el plano de las ideas y la práctica política del nuevo PSCH. Hemos dicho que el proceso de renovación socialista está más avanzado en el plano de las definiciones a nivel teórico que en el de su desarrollo orgánico. Más incertidumbre existe, todavía, en relación a su práctica política, en el contexto de la nueva democracia que se inaugura en Chile.

Esta segunda interrogante no surge de la nada. Durante una buena parte de su historia, y así creemos haberlo demostrado en el capítulo anterior, el PSCH dio cuenta de una permanente tensión o contradicción entre su retórica y su práctica. En ese caso, y especialmente en ciertos momentos, la adopción de un discurso radical, con referencias al marxismo-leninismo y la vía armada, entre otras expresiones semejantes, chocaba con la práctica política de un partido que desde sus inicios estuvo inmerso en las instituciones de la democracia representativa. Aun así, no deben minimizarse la importancia de la retórica, los discursos, el lenguaje. Hemos visto cómo la Vía Allendista, en "democracia, pluralismo y libertad", entró en una clara contradicción con las nuevas definiciones adoptadas por el PSCH a fines de la década de 1960 y comienzos de los años setenta, con los resultados que son conocidos.

Si a lo anterior sumamos las nuevas contradicciones que emergen del proceso de reunificación socialista, con la incorporación del bagaje político-ideológico del PS-Almeyda, hay motivo suficiente para plantearnos la interrogante sobre los grados de consistencia (o inconsistencia) entre el discurso y la práctica de un partido, como el socialista, que desde sus orígenes ha sido rico en contradicciones internas.

Sólo con el transcurso del tiempo y el decurso ulterior del actual proceso de reunificación socialista, sabremos responder a esta segunda interrogante.

Finalmente, la tercera interrogante que nos planteamos —entre otras que podríamos señalar— se refiere a los contenidos económico-sociales del proceso de renovación socialista, en el marco de la reunificación actualmente en marcha entre el PS-Arrate y el PS-Almeyda.

No es un misterio que las grandes transformaciones que experimenta el socialismo a nivel mundial están relacionadas con los profundos cambios productivos y tecnológicos, y la creciente internacionalización de la economía y la política, ocurridos en las últimas dos décadas. En el caso chileno, podemos agregar el hecho de que el proceso de renovación —y ahora de reunificación— socialista se da en el contexto de los profundos cambios estructurales que han tenido lugar a nivel económico en la última década y media.

Los planteamientos de la renovación socialista en relación al tipo de régimen político deseado están suficientemente perfilados; ellos adhieren, sin ambigüedad, a las instituciones de la democracia representativa, en una perspectiva más amplia de democratización. La pregunta que surge es, ¿qué definiciones adoptará el proceso de renovación y reunificación socialista en

materia económico-social, en el contexto de los profundos cambios habidos en Chile y el mundo en los últimos años?

Como se puede ver, el proceso de renovación socialista chileno no está concluido. Aunque su contenido principal está dado por la cuestión de la democracia —y en este sentido sí está suficientemente definido— aún están pendientes la forma definitiva que adoptará en relación a su desarrollo orgánico, los grados de consistencia entre las definiciones adoptadas y su práctica política, y los contenidos económico-sociales de la renovación socialista; todo ello, en el marco de la reunificación socialista actualmente en marcha, lo que añade un nuevo elemento de complejidad a las interrogantes planteadas a partir de la incorporación del PS-Almeyda, con su bagaje de matriz leninista.

## CONCLUSIÓN GENERAL

En este libro hemos analizado experiencias socialistas democráticas exitosas y no exitosas, atendiendo tanto al grado de estabilidad de las instituciones democráticas como, sobre todo, al nivel de adhesión a dichas instituciones por parte de cuatro partidos de izquierda, de origen marxista, en sociedades occidentales más y menos desarrolladas.

En la primera parte, analizamos el caso del socialismo europeo. Desde Bernstein y la llamada “controversia revisionista”, a fines del siglo pasado, hasta Berlinguer y el fenómeno del eurocomunismo en la década del setenta —y de allí en adelante— encontramos un creciente y sostenido proceso de valorización de la democracia política y sus instituciones característico del conjunto del socialismo europeo. A lo largo de ese período este último experimentó grandes transformaciones desde un socialismo ortodoxo y revolucionario, hacia un socialismo democrático y reformista, especialmente en el período de posguerra.

En claro contraste con el proceso de socialdemocratización del socialismo europeo, en la segunda parte analizamos el proceso de leninización del socialismo chileno, que culmina en el fracaso de la Vía Allendista: un intento por construir un segundo modelo hacia el socialismo, en democracia, pluralismo y libertad, distinto de aquél basado en la dictadura del proletariado. Finalmente, hemos visto que es sólo a partir de 1973 que emerge, desde un significativo sector de la izquierda chilena —conocido como izquierda renovada—, un socialismo democrático de mayor consistencia. Éste surge a partir del impacto de la dictadura y su característica principal está dada por la revalorización de la democracia política. En dicho proceso el socialismo europeo aparece como la principal influencia externa.

¿Cómo caracterizar ambas experiencias?, ¿qué factores contribuyeron al éxito de una y al fracaso de la otra?, ¿cómo explicar el surgimiento en el Chile de los últimos años de este nuevo socialismo democrático?, ¿qué tipo de comparación admiten el socialismo europeo y el socialismo chileno?, ¿cómo se relacionan estos procesos con los nuevos desarrollos a partir de la

Perestroika y los cambios en Europa del Este? Esas son las preguntas que sirven de base a nuestra reflexión final.

En el caso del socialismo europeo, la evolución desde un socialismo ortodoxo y revolucionario hacia un socialismo democrático y reformista, corresponde a lo que hemos denominado el proceso de socialdemocratización de la izquierda europea. Más allá de toda retórica, hemos visto que el paradigma socialdemócrata es el que ayuda a caracterizar al socialismo europeo en su conjunto, sobre la base de las tres vertientes que hemos considerado: la socialdemócrata, la socialista propiamente tal y la eurocomunista (o poscomunista). Todas ellas, cual más cual menos, son expresión de una concepción socialista que aspira a realizar ciertos cambios o transformaciones dentro de los límites del sistema capitalista y del régimen democrático, al interior de una estructura internacional bipolar —todo ello, sin perjuicio de empujar o ampliar dichos límites desde el interior de estos tres sistemas. Los tres partidos analizados aparecen, en su práctica concreta, como partidos socialistas, democráticos, de reforma. Tales son, a nuestro juicio, los componentes del paradigma socialdemócrata, característico del conjunto del socialismo europeo. La socialdemocracia sigue siendo la ideología predominante al interior de la izquierda y la clase obrera europeas.

¿Qué factores han contribuido a este proceso de socialdemocratización de la izquierda europea?

En primer lugar, tal como hemos anticipado, puede mencionarse la manifiesta contradicción entre las premisas del marxismo y la realidad del desarrollo capitalista europeo. Este fue, casi literalmente, el título del libro que Bernstein escribiera a fines del siglo pasado, para exponer las razones de su “revisionismo”: había que revisar a Marx en aquello que no correspondiera a la realidad.

En efecto, ya desde fines del siglo pasado y comienzos del siglo veinte la izquierda europea comenzó a advertir que las visiones catastrofistas del marxismo, referidas al colapso inminente del capitalismo, eran equivocadas. Las premisas del marxismo eran relativamente simples: producto de sus contradicciones internas y de la aguçización de la lucha de clases, el capitalismo terminaría por desmoronarse. Ello conduciría finalmente al advenimiento de la sociedad socialista.

Dos lecturas surgirían desde el interior de la izquierda, en relación a dicho aserto: la primera, de corte más bien determinista, haría referencia a la inevitabilidad de dicho proceso, según lo establecido por las leyes históricas del socialismo científico de Marx y Engels. Esta es la lectura típica de la socialdemocracia de la época (luego de que las tesis de Edward Bernstein fueran derrotadas al interior de la Segunda Internacional) y está vinculada a los primeros divulgadores del marxismo, como Kautsky en Alemania y Plejanov en Rusia.

La segunda lectura, de tipo más bien voluntarista y antideterminista, rechaza esta concepción mecanicista y naturalista vinculada a una visión simplista del materialismo histórico, y enfatiza en cambio el espacio abierto a la acción revolucionaria. Esta es la lectura, entre otros, de Lenin y Gramsci,

la que recibiera un fuerte impulso a partir de la Revolución Bolchevique (aunque el teórico italiano reconoció que el pensamiento de Marx estaba “contaminado de incrustaciones positivistas y naturalistas”).

Lo cierto es que, desde la perspectiva de cualesquiera de estas dos lecturas (más o menos determinista), las premisas del marxismo no parecían corresponder a la realidad del desarrollo capitalista europeo. Este último, por el contrario, muy en especial en el período de posguerra, mostró un significativo dinamismo, dando lugar a un importante grado de desarrollo económico con cada vez menores antagonismos sociales al interior de una estructura de clases compleja. Como señala Adam Przeworski, en la década de los ochenta “seguimos viviendo bajo el capitalismo”<sup>351</sup>, y ha sido en las condiciones creadas por este último (democráticas afortunadamente, señala el mismo autor) que se ha desenvuelto la socialdemocracia europea.

El aporte de Bernstein, pues, consistió en haber advertido desde muy temprano las contradicciones entre las premisas del marxismo y la realidad del desarrollo capitalista europeo. Aunque sus tesis fueron derrotadas en ese entonces, terminarían por imponerse. Especialmente en el período de posguerra, el conjunto del socialismo europeo terminaría por reconocerse, en su práctica y más allá de toda retórica, en las características ya insinuadas por Bernstein; esto es, la de ser partidos “socialistas, democráticos, de reforma”.

El segundo factor que pareciera haber contribuido a explicar el proceso de socialdemocratización de la izquierda socialista europea es la experiencia de la dictadura y el temor siempre presente de una regresión hacia una fase autoritaria.

En efecto, todos los casos analizados, cual más cual menos, son posautoritarios. El nazismo alemán, el fascismo italiano y el colaboracionismo francés dejaron su huella en la izquierda socialista de dichos países. Pero, más allá de estos casos en particular y salvo contadas excepciones, podemos afirmar que el socialismo europeo en su conjunto es posautoritario. Este es también, en la experiencia más reciente, el caso de los nuevos socialismos surgidos en Europa Meridional (España, Portugal y Grecia) después de años y hasta décadas de autoritarismo. Éstos también, como pareciera desprenderse de los gobiernos de Felipe González, Mario Soares y Andreas Papandreu, corresponden al paradigma socialdemócrata que hemos descrito.

En el conjunto del socialismo europeo la experiencia del autoritarismo

---

<sup>351</sup> Adam Przeworski, *Capitalism and Social Democracy* (Cambridge University Press, Cambridge, 1985).  
1. En este muy interesante libro Przeworski sostiene la tesis que, aunque la socialdemocracia (por definición reformista) no conducirá a las sociedades europeas al socialismo, en las condiciones concretas creadas por el capitalismo democrático ella ha sido la manera prevaleciente de organizarse, y una elección correcta por parte de la clase obrera europea. No se vislumbran, señala el autor, alternativas históricas aceptables a aquella representada por la socialdemocracia o el reformismo socialista —lo que no significa que no tenga sentido seguir aspirando al socialismo. Una cosa es luchar por mejorar el capitalismo, haciéndolo más eficiente y humano, señala Przeworski, y otra cosa distinta es luchar por el socialismo —entendido en términos de una sociedad libre de toda alienación.

condujo a una fuerte revalorización de la democracia política, más allá de toda consideración táctica o puramente defensiva. Aquélla ya no es vista, como a comienzos de siglo, como un mero instrumento en manos de la burguesía (democracia burguesa), o como un conjunto de reglas (democracia formal) que esconden una forma de dominación capitalista. Antes bien, la democracia es vista como una conquista popular que debe ser preservada, ampliada y profundizada.

Es aquí donde cobra gran importancia el trabajo teórico de Jean Jaurès. Si el aporte teórico de Bernstein radicó en no menospreciar la dinámica, complejidad y capacidad de adaptación del capitalismo, el gran aporte de Jaurès fue haber señalado el valor intrínseco de las formas republicanas y democráticas. En ambas perspectivas, la de Bernstein y Jaurès, la crítica al marxismo asumió una doble dimensión: Marx no sólo se había equivocado en sus predicciones acerca del desarrollo del capitalismo en las sociedades más avanzadas; en su trabajo había también una marcada subestimación del valor de las formas políticas en general y de la democracia en particular. Una cierta lectura determinista del marxismo de la época de la Segunda Internacional habría contribuido a hacer la situación aún más crítica.

De esta manera, el socialismo democrático europeo de posguerra no hace sino rescatar los aportes teóricos y la anticipación lúcida tanto de Bernstein como de Jaurès. La consecuencia práctica del trabajo de estos últimos fue la adopción del método de la reforma. Ésta apareció, con mayor propiedad, como el método natural de lucha para la clase obrera europea, orientada básicamente a la acción sindical y parlamentaria. Incluso en el caso de Gramsci, teórico de la revolución y no de la reforma, se descartó un tipo de revolución como la bolchevique. El propio Partido Comunista Italiano, fundado por Gramsci, se encargaría con el tiempo, y en su práctica concreta, de abrazar la vía de la reforma.

Un tercer factor que pudiera contribuir a explicar el proceso de socialdemocratización de la izquierda europea es la dinámica misma de la competencia político-electoral o, en otros términos, las leyes del mercado político<sup>352</sup>.

La decisión de participar al interior del sistema —cuestión largamente debatida al interior de la izquierda europea— implica atenerse a las reglas del juego propias del régimen democrático. A su vez, estas reglas del juego imponen sobre los actores ciertos límites, los que deben ser tenidos en cuenta. Es más. Muchas veces, frente a la experiencia de la dictadura, por ejemplo, este aspecto formal de la democracia adquiere un valor sustantivo.

El funcionamiento de las instituciones de la democracia representativa —y la decisión de participar en ellas— genera una dinámica que, en el caso de los partidos de la izquierda europea, significó reforzar el proceso de socialdemocratización que hemos descrito y su opción reformista.

Así, por ejemplo, el éxito alcanzado por la democracia cristiana alemana (CDU) en los años inmediatamente posteriores a la guerra fue determinante

---

<sup>352</sup> Este punto ha sido desarrollado por el propio Przeworski en el libro que se ha señalado.



en las transformaciones que se produjeron al interior de la socialdemocracia (SPD). Esta última tuvo que adoptar características similares a aquélla, a fin de mantener sus posibilidades en el mercado político. Adoptar las características de un partido del tipo *catch-all* le significó al SPD asumir importantes transformaciones internas. Así, dejó de aparecer como un partido identificado con una ideología (el marxismo) y una clase en particular (el proletariado), a fin de apelar a un electorado más amplio.

Por otro lado, razones también de competencia partidaria le permitieron al SPD adoptar un programa como el de Bad Godesberg. En efecto, la ausencia de un competidor en la izquierda le facilitó la adopción de un programa como éste. El caso del Partido Socialista Francés (PSF), en cambio, es exactamente el inverso. La fuerte presencia de un competidor próximo, como el Partido Comunista Francés (PCF), obligó al PSF durante un largo período a mantener una radicalidad mucho mayor que la que su práctica sugiere; ello, a fin de no perder su credibilidad como partido de la izquierda francesa y de facilitar su alianza con el PCF —necesaria, en conformidad a la dinámica de las instituciones de la Quinta República, para acceder al poder.

Pero, una vez más, el caso del PSF refuerza la tendencia que hemos señalado: aunque la vía de Mitterrand a la socialdemocracia estuvo llena de referencias a la ruptura con el capitalismo, una vez en el poder y ante la franca declinación de su competidor próximo, el PCF, el Partido Socialista Francés ha podido reconocerse, en su práctica concreta, en la corriente principal de la socialdemocracia europea (como queda claramente demostrado especialmente bajo la segunda administración de Mitterrand y el nombramiento de Michel Rocard como Primer Ministro).

Finalmente, el caso del PCI también refuerza lo que hemos dicho. Enterrada en el pasado quedó el alma ultraizquierdista —en las palabras del propio Lenin— que le imprimiera su fundador, Amadeo Bordiga. La decisión de participar al interior del sistema —defendida e impulsada por Togliatti— implicó para el PCI atenerse a las reglas del juego dictadas por la democracia italiana, al interior de un sistema multipartidista, de tipo parlamentario, basado en la representación proporcional. Todo ello le significó al PCI, en definitiva, caer de lleno en el proceso de socialdemocratización característico del conjunto del socialismo europeo.

Junto con acomodarse a la dinámica propia de la competencia político-electoral al interior de una democracia representativa —y aprovechar los espacios que éste le brinda— la izquierda europea también es consciente de los límites impuestos por la propia democracia. A partir de las reglas del juego impuestas por esta última, en numerosas ocasiones y especialmente al acceder al poder, la izquierda debe proponer pausas en sus reformas, o hacer todo tipo de concesiones, o buscar compromisos de diversa índole. Desde un punto de vista socialista, en que el acento está puesto en la idea de cambios o transformaciones sociales, la democracia es, pues, también una cuestión de límites.

Las restricciones también provienen de la estructura de la economía (ca-

pitalista), en el marco de la creciente internacionalización de la economía y la política. Así, por ejemplo, la necesidad de mantener una cierta competitividad internacional, o de velar por ciertos equilibrios macroeconómicos básicos, conducen a la adopción de medidas que pueden incluso aparecer como contradictorias con los propios postulados programáticos e ideológicos. El caso tal vez más nítido y reciente es el del propio gobierno de Mitterrand, luego de un primer año intensivo en reformas estructurales y, especialmente, a partir de la incorporación de Laurent Fabius como jefe de gobierno —para no decir nada de la extraña situación posterior con un primer ministro neogaullista, como Jacques Chirac, bajo lo que se dio en llamar la cohabitación. Tras la reelección de Mitterrand, como hemos visto, se completa el proceso de socialdemocratización del PSF.

Aquí pareciera que estuviésemos ante un rasgo distintivo y común al socialismo europeo en su conjunto: reconocer los límites impuestos tanto por la estructura de la economía (capitalista) como por el tipo de régimen político (democrático), y empujar o ampliar dichos límites desde el interior de ambos sistemas, pareciera ser un elemento típico y más o menos definitivo de lo que conocemos como socialismo democrático en Europa Occidental.

Finalmente, un cuarto elemento es el que se refiere al contexto internacional, al menos en un doble sentido: la existencia de bloques político-militares y la crisis de los “socialismos reales”.

Que el mundo de posguerra ha estado, hasta muy recientemente, básicamente dividido en dos bloques político-militares, es una realidad. De esta manera, junto con los límites impuestos por el tipo de economía (capitalista) y de régimen político (democrático), la existencia de estos bloques y la inserción en ellos de Europa, tanto del Este como de Occidente, añade una tercera limitación para la izquierda europea: la de una estructura internacional de tipo bipolar.

No es que Berlinguer fuese un entusiasta defensor de la OTAN. Por el contrario, mantuvo una posición crítica respecto de esta última. Pero no pudo dejar de reconocer la realidad de la pertenencia de Italia a uno de los dos bloques político-militares existentes. Si el PCI aspiraba a transformarse en un partido de gobierno debía reconocer a la OTAN —y la necesidad de que Italia permaneciera en ella— como una realidad; todo ello, sin perjuicio de propiciar desde su interior los cambios que estimare adecuados. Algo similar puede decirse de Felipe González y el PSOE, los que han debido revisar su programa inicial y apoyar la permanencia de España en la OTAN.

Sumado a lo anterior, la crisis de los llamados “socialismos reales” (comunismo del Este) ha facilitado el proceso de socialdemocratización que hemos descrito. La experiencia de los países comunistas ha reforzado la existencia de una visión que distingue entre socialismos democráticos y no-democráticos (o autoritarios). La crítica de los rasgos autoritarios, burocráticos y centralistas de los regímenes comunistas del Este ha apuntado, en el caso de las distintas vertientes del socialismo de Europa Occidental, en una línea de reafirmación democrática. Fenómenos más recientes como la Perestroika, impulsada por Mijail Gorbachov, y los cambios en Europa del

Este, no hacen sino confirmar esta postura, con resultados aún insospechados. A ello nos referiremos más adelante, a modo de reflexión final.

En el caso del socialismo chileno la realidad es un tanto distinta, aunque se advierten importantes elementos de continuidad en relación al socialismo europeo.

En efecto, así como hemos caracterizado la evolución del socialismo europeo como un proceso de socialdemocratización, en una línea de reafirmación democrática, hemos analizado el proceso vivido por el Partido Socialista de Chile (PSCH), al menos en la etapa anterior a 1973, como un proceso de creciente leninización, en una línea de cuestionamiento de las instituciones de la democracia representativa, calificada peyorativamente de formal y burguesa.

Si ello fue así en la etapa inmediatamente anterior al golpe militar, la primera fase de desarrollo del Partido Socialista tampoco estuvo exenta de una marcada ambigüedad en relación a la democracia política. El elemento populista presente en esa primera etapa hizo que el PSCH desarrollara a lo más una visión puramente instrumental de la democracia. Junto con una práctica política inmersa en las instituciones de la democracia representativa —las que, en todo caso, eran consideradas simplemente como un hecho, como algo dado— y una vida interna democrática, una concepción socialista democrática de mayor consistencia nunca logró consolidarse al interior del socialismo chileno.

El aporte teórico de Eugenio González y su intento por superar la ambigüedad en torno a la democracia; y más tarde la Vía Allendista al socialismo, en democracia, pluralismo y libertad —que en su momento concitara la atención del mundo—, no alcanzaron una posición predominante al interior del socialismo chileno. Mientras las tesis del primero cayeron en el olvido, especialmente a partir de la Revolución Cubana, la intuición original de Allende, de un segundo modelo al socialismo distinto de aquél basado en la dictadura del proletariado, chocó frontalmente con el propio proceso de creciente leninización vivido al interior del PSCH. Tal como lo hemos sugerido, la Vía Allendista no encontró al interior del PSCH y de la izquierda en general, el correlato de un socialismo democrático claramente definido y articulado, contribuyendo al fracaso de aquélla.

Es sólo tras el advenimiento de un régimen autoritario que surge, en un significativo sector de la izquierda chilena, un socialismo democrático de mayor consistencia, el que aspira a constituirse en hegemónico al interior de la izquierda en su conjunto. En dicho proceso, marcado básicamente por el impacto de la dictadura y caracterizado por una revalorización de la democracia política, el socialismo europeo aparece como la principal influencia externa.

Esto último, en un doble sentido: por un lado, el verdadero descubrimiento de las raíces democráticas del socialismo de Europa Occidental y su fuerte presencia en la clase obrera conducen, en el seno de esta izquierda renovada, a una valoración positiva del socialismo democrático característico de Europa Occidental. En un sentido inverso, los rasgos autoritarios y la crisis de los

regímenes comunistas de Europa del Este, conducen al interior de este significativo sector de la izquierda chilena a una visión crítica respecto del modelo de los “socialismos reales”.

En una perspectiva comparativa, podemos distinguir elementos tanto de continuidad como de ruptura en la relación entre el socialismo europeo y el socialismo chileno. Así como históricamente se dio un total divorcio o desencuentro entre el socialismo chileno y el socialismo europeo, en la última década y media se da una gran confluencia, facilitada por la experiencia del exilio de la izquierda chilena en una Europa en proceso de transformación.

En cuanto a los elementos de continuidad entre el socialismo chileno y el socialismo europeo podemos mencionar el impacto del autoritarismo, conducente a una revalorización de la democracia política y sus instituciones, y la crisis de los “socialismos reales”, que da origen a una actitud de verdadera crítica y denuncia de sus rasgos autoritarios.

En efecto, hemos visto que por regla general, y salvo contadas excepciones, el socialismo europeo en su conjunto es posautoritario. Especialmente a partir del impacto del fascismo y el nazismo, el socialismo europeo adquiere una nueva conciencia acerca de la necesidad de defender la democracia frente al peligro siempre presente de una involución o regresión autoritaria. En el caso chileno, el advenimiento de una dictadura militar, la consiguiente violación sistemática de los derechos humanos y el claro retroceso que ello significa para los trabajadores, condujeron, al interior de un significativo sector del socialismo chileno, a un replanteamiento radical en relación al tema de la democracia. Surge, así, una nueva valoración respecto de esta última, la que es vista como inseparable del socialismo o, en las palabras de Jorge Arrate, como “espacio y límite” de la acción política.

En el caso de los “socialismos reales”, el advenimiento de los regímenes comunistas de Europa del Este, tras la Segunda Guerra, en el contexto del conflicto Este-Oeste y la partición de Europa, no hizo sino reafirmar al socialismo de Europa Occidental en su compromiso con la democracia política. Así, según vimos en la primera parte, para el líder socialdemócrata alemán, Kurt Schumacher, socialismo y comunismo eran hermanos... “como Caín y Abel”. Por su parte, para Guy Mollet, líder del socialismo francés, el PCF era un partido “del Este, no de la izquierda”: finalmente, uno de los núcleos centrales del eurocomunismo —al menos en el caso de Berlinguer y el PCI— estuvo constituido por su denuncia de los rasgos autoritarios presentes en los “socialismos reales”. La crisis más reciente de los regímenes comunistas de Europa del Este no ha hecho sino reforzar este rasgo central de compromiso con la democracia política, característico del conjunto de la izquierda socialista de Europa Occidental.

En el caso chileno, según hemos visto, fue la crisis polaca (1979-1981), con su persecución al Movimiento Solidaridad y al líder obrero Lech Walesa, la que gatilló un proceso de crítica e incluso de denuncia, al interior de la izquierda renovada, en relación a los regímenes comunistas europeos. La actitud frente a dicha crisis fue un elemento claramente diferenciador entre el PS-Altamirano y el PS-Almeyda, tras la división socialista de 1979.

Finalmente, al igual que los casos de sus congéneres europeos, la crisis más reciente en Europa del Este no ha hecho sino reafirmar a la izquierda renovada en su compromiso con la democracia política y sus instituciones.

De manera que, sin que lo anterior implique necesariamente para la izquierda renovada chilena la adopción del modelo socialdemócrata, los dos elementos señalados —el impacto del autoritarismo y la crisis de los “socialismos reales”— aparecen como factores de continuidad entre el socialismo chileno y el socialismo europeo, en una línea de reafirmación democrática.

Luego, en lo que se refiere al tercer elemento que hemos señalado para explicar el proceso de socialdemocratización de la izquierda europea —el de la competencia político-electoral o el funcionamiento de las leyes del mercado político— puede decirse que resulta aún prematuro dibujar paralelos con el caso chileno. Ello, por cuanto el surgimiento de este nuevo socialismo democrático, en Chile, tiene lugar en el contexto de una dictadura y comienza recién a consolidarse cuando el país se encamina por un complejo proceso de transición a la democracia. Hablar, pues, de competencia político-electoral o de mercado político, en el contexto de una situación tan precaria como la descrita, resulta aún prematuro.

Dicho lo anterior, sin embargo, dos consideraciones parecieran pertinentes sobre este punto, en relación al socialismo chileno. En primer lugar, no necesariamente el normal funcionamiento de las instituciones de la democracia representativa y la dinámica de la competencia político-electoral garantizan, por sí solos, un proceso de aproximación a la democracia política o, en el caso concreto bajo estudio, la consolidación de un socialismo democrático al interior de la izquierda chilena. Así, por ejemplo, hemos visto en el capítulo cuarto que ciertas características del sistema político chileno en el período anterior a 1973 —un presidencialismo de minoría acompañado de un sistema de partidos polarizado— contribuyeron a la radicalización, y no a la moderación del socialismo chileno.

Hacia el futuro, pues, las posibilidades de consolidar un socialismo democrático al interior de la izquierda chilena dependerán no sólo de un clima de normal funcionamiento del mercado político y de un sistema regulado de competencia por el poder, sino del tipo de instituciones que se generen en su interior.

Una segunda consideración se refiere, según hemos visto en el último capítulo, al reciente proceso de reunificación entre el PS-Arrate (representante de la izquierda renovada) y el PS-Almeyda (representante de la izquierda de matriz leninista). Sobre este punto, hemos sugerido la hipótesis de los factores de mercado político y de cultura política como limitantes de los procesos de desarrollo ideológico.

Sin embargo, si bien es cierto que las leyes del mercado político y la dinámica de la competencia político-electoral nos ayudan a explicar el proceso de reunificación socialista —difícilmente habría lugar en el mercado político chileno para dos partidos socialistas— ello plantea hacia el futuro una seria interrogante acerca de las posibilidades de consolidación de este nuevo socialismo democrático. Aunque las tesis de la renovación socialista terminaron

por imponerse en las bases doctrinarias y políticas del PSCH reunificado, está por verse cómo podrá este último llevar a la práctica dichos postulados, contando en su interior con un componente socialista de matriz leninista. No sabemos, en consecuencia, si este tercer factor que hemos considerado para explicar el proceso de socialdemocratización de la izquierda europea —el de la competencia político-electoral o las leyes del mercado político— actuará (o no) en la dirección de consolidación, al interior de la izquierda chilena, de un auténtico socialismo democrático.

Finalmente, el principal elemento de ruptura (o discontinuidad) entre el socialismo chileno y el socialismo europeo, en torno a la cuestión de las relaciones entre socialismo y democracia, pareciera estar constituido por la muy disímil estructura económico-social en que uno y otro se han desarrollado —lo que, hemos visto, está relacionado con el cuarto elemento que hemos tomado para explicar el proceso de socialdemocratización de la izquierda europea, referido a la gran brecha existente entre las premisas del marxismo y la realidad del desarrollo capitalista europeo.

En efecto, el tipo de desarrollo capitalista que se ha dado en Europa desde fines del siglo pasado, pero especialmente y con inusual dinamismo en el período de posguerra, tiene poco o nada que ver con el tipo de desarrollo capitalista de América Latina en general, y de Chile en particular —para no decir nada de la muy disímil estructura de clases en ambas realidades.

Dos consideraciones parecieran pertinentes, sin embargo, a este respecto. En primer lugar, ha sido una hipótesis implícita a lo largo de todo este trabajo, que los procesos políticos no están necesariamente determinados por factores económicos. En este sentido, hemos visto que la cuestión del tipo de régimen político (dictadura o democracia), en torno a la cual ha girado la discusión a partir de los cuatro casos que hemos estudiado, reviste un interés en sí, más allá de toda consideración económica. Es esta, precisamente, la cuestión planteada por el socialismo democrático, el que pone el énfasis en la centralidad y la importancia de las formas políticas. En dicha discusión, tal como lo hemos señalado y reiterado, los factores políticos aparecen como determinantes. En este sentido, nos atreveríamos a decir que el socialismo chileno no tiene por qué esperar a que se reproduzcan en Chile las condiciones creadas en torno al desarrollo capitalista europeo para que se dé, y pueda consolidarse, un auténtico socialismo democrático.

Pero, en segundo lugar, el surgimiento de este nuevo socialismo democrático en el Chile de los últimos años no se ha dado sólo en el contexto de una dictadura política, sino de las profundas transformaciones económicas que han tenido lugar en la última década y media. Este proceso, de modernización de la economía chilena, no sólo modifica la estructura económica y social en la que nació y se desarrolló la izquierda chilena, sino que crea nuevas condiciones que bien pueden tender a favorecer la consolidación, en el seno de la izquierda chilena, de un socialismo renovado que pretende ser también, por propia definición, moderno.

Nuestra hipótesis a este respecto es que los profundos cambios estructurales operados en la economía chilena en los últimos años —los que inciden en

una modificación sustancial de la estructura industrial tradicional (y de la clase obrera que naciera y se desarrollara bajo su alero) y de una economía con un fuerte componente estatal, de tipo sustitutiva y de crecimiento “hacia adentro”— facilitan el surgimiento en el seno de la izquierda chilena de un socialismo renovado que se presenta a la vez como moderno. La nueva estructura basada en una economía abierta al exterior, en un esquema de mercado, con un sector estatal moderno, un sector de servicios predominante y la consiguiente disminución de la clase obrera industrial tradicional, debiera tender a facilitar dicho proceso.

De manera que la muy disímil estructura económico-social en la que se han desenvuelto el socialismo chileno y el socialismo europeo, en el contexto de un desarrollo capitalista igualmente diverso, no pareciera ser necesariamente un obstáculo para la consolidación, en el seno de la izquierda chilena, de un nuevo socialismo democrático.

Así como el desarrollo del socialismo europeo presenta un estado bastante avanzado, tras un siglo y medio de historia, en la dirección de una creciente valorización de la democracia política, en el caso de este nuevo socialismo democrático surgido en el Chile de los últimos años quedan aún muchas páginas por escribir. Lo cierto es que no se parte de la nada: a los elementos claramente democráticos de su propia historia se suman ahora estos nuevos factores, de fuerte dramatismo por el impacto de la dictadura, pero a la vez auspiciosos en cuanto apuntan, al igual que en el caso de sus congéneres del viejo continente europeo, en la dirección de un claro y definido socialismo democrático.

En definitiva, lo más probable es que en la continuidad del socialismo chileno con sus propias raíces termine por imponerse alguna fórmula socialista entendida como “creación original del pueblo chileno”, según el propio Allende describiera a la Vía Chilena al Socialismo. Precisamente, otro de los puntos de convergencia entre el socialismo europeo y el socialismo chileno es el rechazo a modelos preestablecidos, lo que cobra especial fuerza en el contexto de la crisis del marxismo y de los “socialismos reales”.

No me sería posible terminar estas líneas sin una referencia a los profundos cambios que han tenido lugar recientemente tanto en la URSS como en Europa del Este; es decir, en el mundo del “socialismo real”. Ellos inciden directamente en el tema central de este libro (socialismo y democracia) y se relacionan necesariamente con los procesos de socialdemocratización de la izquierda europea y de renovación de la izquierda chilena que hemos analizado: todos ellos se orientan en la dirección de una revalorización de la democracia política, pluralista y representativa.

En la introducción de este libro señalábamos que uno de los enfoques existentes en torno al tema de las relaciones entre socialismo y democracia era aquél que consideraba que todo socialismo era, por definición, democrático. Hablar, por lo tanto, de “socialismo democrático” sería redundante, pues el socialismo comprendería necesariamente a la democracia. Esta visión, que ha sido la prevaleciente en el mundo de los “socialismos reales”, es la que ha entrado en revisión a partir de los cambios recientes en la URSS y en Europa del Este. En este proceso, la línea divisoria entre el socialismo democrático y el no-democrático (o autoritario) comienza a atenuarse. Este será el tema de nuestra reflexión final.

Comencé la investigación que dio lugar a este libro pocos años después de la invasión soviética a Afganistán (1979) y de la imposición de la Ley Marcial en Polonia (1981). Konstantin Chernenko, uno de los últimos exponentes de la vieja guardia estalinista, había sucedido a Andropov en la URSS, y en Europa del Este aún campeaban los viejos dirigentes de la era estalinista: Todor Shvirkov en Bulgaria, Gustav Husak en Checoslovaquia, Janos Kadar en Hungría, Erick Hönecker en la República Democrática Alemana (RDA), Nicolae Ceausescu en Rumania y, más recientemente, Wojciech Jaruzelski en Polonia, mientras que Yugoslavia procuraba dar una solución definitiva al problema de la sucesión del Mariscal Tito.

Al momento de escribir estas líneas ya no queda nada de lo anterior: los soviéticos se retiraron de Afganistán en febrero de 1989; un católico polaco del Movimiento Solidaridad, de profesión periodista y de nombre Tadeusz



Mazowiecki, asumió como primer ministro de Polonia el 24 de agosto de 1989; Nicolae Ceausescu fue derrocado en Rumania y luego fusilado en la Navidad de 1989; Erick Hönecker fue depuesto en la RDA y luego arrestado; Janos Kadar fue removido del liderazgo partidario en Hungría el 22 de mayo de 1988; Gustav Husak hubo de dimitir como líder del partido el 17 de diciembre de 1987 y como Jefe de Estado de Checoslovaquia el 10 de diciembre de 1989; Todor Shvkvov hubo de renunciar al poder en Bulgaria el 10 de noviembre de 1989; finalmente, tras el fallecimiento de Konstantin Chernenko, Mijail Gorbachov asumió como nuevo líder de la URSS el 11 de marzo de 1985.

¿Qué ha ocurrido en estos países que en tan breve lapso han evolucionado desde formas más o menos atenuadas de estalinismo hacia formas crecientes de democratización?

A decir verdad, los orígenes de este proceso se remontan al menos a la década de 1950, con los primeros signos de descomposición en el campo del "socialismo real". Uno de los hechos más significativos de la década fue la realización del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), celebrado en 1956. En dicho congreso Nikita Kruschov denunció el Culto a la Personalidad y los crímenes cometidos bajo la era de Stalin (fallecido en 1953). Junto con los inicios de la desestalinización en la URSS, en el mismo congreso el líder soviético reconoció la posibilidad de diversas vías nacionales en el proceso revolucionario conducente a la sociedad socialista, incluyendo la opción de un tránsito pacífico. Finalmente Kruschov intentó llevar a cabo un primer proceso de liberalización económica encaminado a incrementar los niveles de consumo del pueblo soviético, aunque con escaso éxito<sup>353</sup>.

Otro signo de descomposición en el mundo del "socialismo real", en la década de 1950, estuvo constituido por la represión de los primeros movimientos democratizadores en Europa del Este. Ellos demostraban, asimismo, que la desestalinización emprendida en la URSS no implicaba para ésta la pérdida de su posición hegemónica en el mundo, en plena época de Guerra Fría. La violenta represión de las protestas obreras en la RDA, en 1953, y del intento democratizador encabezado por Imre Nagy, en Hungría, en 1956, fueron una demostración de este fenómeno. Finalmente, la suerte de Europa del Este y su subordinación al poderío político-militar de la URSS quedó sellada con la construcción del Muro de Berlín, en 1961.

A pesar del clima de distensión propio de la nueva fase de coexistencia pacífica a nivel mundial, la década de 1960 no fue mejor para los intentos de democratización ya insinuados en los años anteriores. En esta nueva etapa, las críticas comenzaron a surgir desde dentro y fuera del mundo comunista. Desde dentro, ya nos hemos referido al famoso Memorándum de Yalta de 1964, escrito por Palmiro Togliatti, en el que denunciaba las inaceptables

---

<sup>353</sup> Según Gorbachov, el intento de Kruschov habrá fracasado por el "método subjetivista" adoptado, basado en la "improvisación" en la gestión económica (Mijail Gorbachov, *Perestroika*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1987), 47.

limitaciones a las libertades democráticas que aún subsistían en la URSS, herencia de la era estalinista. Desde fuera, las denuncias de Alexander Soljenitsin sobre la era estalinista, simbolizadas en el Gulag, remecieron la conciencia moral de Occidente —aunque en muchos casos la izquierda occidental desatendió las denuncias del disidente soviético.

Un año clave, en este sentido, fue 1968: no sólo reforzó las denuncias de Soljenitsin sino que dejó en claro que en la nueva era iniciada por Leonid Breznev, en la URSS, no existía la intención de aflojar los lazos de dependencia de los países comunistas de Europa del Este en relación al predominio soviético. La Doctrina Breznev, referida a la “soberanía limitada” de los países de la órbita comunista, miembros del Pacto de Varsovia, quedó corroborada con el violento aplastamiento, en 1968, de la Primavera de Praga en Checoslovaquia: un intento, encabezado por Alexander Dubcek, por construir un socialismo “con rostro humano”. Nagy en Hungría y Dubcek en Checoslovaquia aparecerían ante la historia como verdaderos precursores del proceso democratizador actualmente en marcha en Europa del Este. Sin embargo, sólo el segundo viviría para presenciarlos (y tomar parte activa en ellos), pues el primero fue fusilado.

De principio a fin la década de 1970 marcó un nuevo retroceso en la historia del socialismo democrático contemporáneo. A comienzos de la década, en Chile, una dictadura militar encabezada por el General Pinochet terminó con la Vía Chilena al Socialismo impulsada por Salvador Allende (ver capítulo cuarto). A fines de la década, una dictadura militar encabezada por el General Jaruzelski, en Polonia, terminó con los intentos democratizadores empujados por el movimiento obrero Solidaridad. Ambos procesos, en su momento, concitaron la atención del mundo.

A mediados de la década de 1970, sin embargo, el movimiento en torno al Eurocomunismo —básicamente referido a nuestro juicio al PCI en Italia, bajo el liderazgo de Enrico Berlinguer— había constituido un nuevo paso en torno a la definición de un socialismo democrático propiamente tal. Dicho movimiento, nacido y desarrollado en el seno del comunismo europeo, dio cuenta de una actitud crítica y de denuncia ante los rasgos autoritarios aún presentes en los regímenes comunistas de la URSS y Europa del Este; ello, junto con afirmar el valor de la democracia política, pluralista y representativa (ver capítulo tercero).

Sin embargo, el trágico desenlace de los acontecimientos en Polonia, con la imposición de la Ley Marcial en 1981, demostraría ser a la postre sólo una interrupción en un proceso de democratización de largo aliento que había adquirido sólidas raíces en Polonia y cuyos efectos se extenderían más allá de sus fronteras. En el caso polaco, dos nombres deben sumarse a los que ya hemos mencionado: el primero, un joven electricista desempleado llamado Lech Walesa, quien logró, junto con los obreros de los astilleros Lenin, en la ciudad de Gdansk, desafiar al régimen comunista de Jaruzelski en 1979; el segundo, un obispo católico de nombre Karol Wojtyla, quien, en la segunda mitad de la década de 1970 pasó a ser el Papa Juan Pablo II, convirtiéndose en el líder de la Iglesia Católica. Ambos, en un país compuesto mayorita-

riamente por católicos, y cada uno a su manera, habrían de contribuir positivamente al proceso de democratización actualmente en marcha en los países comunistas de Europa del Este.

Fue en la década de 1980 cuando la historia que hemos reseñado desembocó finalmente en el proceso de democratización actualmente en marcha, tanto en la URSS como en Europa del Este. En este último caso, el personaje central de nuestra historia —“Hombre de la Década” según la revista *Time*— fue nada menos que el sucesor de Chernenko en la URSS, Mijail Gorbachov. Este último asumió como nuevo líder de la Unión Soviética en marzo de 1985 y, al año siguiente, el 25 de febrero de 1986, en el XXVII Congreso del PCUS, dio a conocer los contenidos básicos de su programa de Perestroika (reestructuración), dando impulso al proceso de democratización que también se extendería a los países de Europa del Este. Dicho concepto, junto al de *glasnost* (transparencia), revolucionarían el mundo comunista, ante el asombro de Occidente.

El proceso iniciado por Imre Nagy (1956) —hoy rehabilitado en Hungría— y Alexander Dubcek (1968) —igualmente rehabilitado en Checoslovaquia—, más tarde impulsado por los acontecimientos en Polonia (1979-1981) y finalmente gatillado por el propio Mijail Gorbachov desde la URSS, alcanzó su momento culminante con las grandes transformaciones en Europa del Este, en 1989. Paradójicamente, dicho año coincidió con la celebración de los 200 años de la Revolución Francesa. Los valores asociados a esta última (“libertad, igualdad y fraternidad”) alcanzaron, en el año del bicentenario, una resonancia mayor en los países de Europa del Este.

El proceso de democratización ha sido desigual en los distintos países, pero con un desenlace final común a casi todos ellos. Tardó diez años en madurar en Polonia (1979-1989), mientras que bastaron sólo diez días en Rumania (17 al 27 de diciembre de 1989). Unos más rápido (Polonia, Hungría, Checoslovaquia y la RDA) y otros más lento (Bulgaria, Rumania y Yugoslavia<sup>354</sup>), el conjunto de los países de Europa del Este transitan desde un tipo de régimen basado en el monopolio del poder político detentado por el partido único hacia una democracia pluralista, de tipo parlamentaria.

¿Qué efectos políticos ha tenido el proceso que hemos descrito, en relación al tema central de este libro (socialismo y democracia)?

En primer lugar, el proceso pareciera dar cuenta de la crisis terminal del “estalinismo” —y de su sustrato ideológico, el “marxismo-leninismo”— y de un cuestionamiento de la matriz leninista (basada en la idea del “partido único” al interior de la llamada “dictadura del proletariado”), así como del desmoronamiento de la concreción histórica de ambos modelos, el “socialismo real”.

Desde el punto de vista de la ciencia política, el proceso anterior también constituye un serio cuestionamiento de ciertas teorías que, hasta ese momento,

<sup>354</sup> En los países balcánicos, junto con los conflictos ideológicos hay que tomar en cuenta las fuertes diferencias étnicas, las que añaden un elemento adicional de complejidad al proceso de democratización actualmente en marcha.

aparecían provistas de alguna validez. Tal es el caso, especialmente, de aquella distinción bastante tajante entre autoritarismo y totalitarismo. Supuestamente, la diferencia principal entre ambos estaría dada por el carácter irreversible de este último; a diferencia de los regímenes totalitarios, generalmente referidos al mundo del “socialismo real”, los regímenes autoritarios serían reversibles —como en los casos de España y Portugal, bajo Franco y Salazar, Filipinas y Corea del Sur, y los países del Cono Sur de América Latina, entre otros casos comúnmente citados.

Los acontecimientos recientes en la URSS y Europa del Este, sin embargo, demuestran que es falso este atributo de irreversibilidad referido a regímenes totalitarios supuestamente diferentes de los meramente autoritarios: sólo cabría hablar, en este sentido, de dictaduras y democracias. No pareciera haber procesos irreversibles en política —ni siquiera los procesos democratizadores actualmente en marcha en la URSS y Europa del Este. Más poderosa pareciera ser, en este sentido, la sentencia de Maquiavelo, según la cual “la política está en un constante proceso de mutación”. En segundo lugar, los acontecimientos recientes en la URSS y en Europa del Este parecieran haber enterrado definitivamente la llamada Doctrina Breznev, referida a la “soberanía limitada” de los países comunistas de la órbita soviética. A diferencia de los eventos de Hungría en 1956, y de Checoslovaquia en 1968, Gorbachov no sólo ha permitido la autodeterminación de los pueblos de Europa del Este —corolario lógico del fin de la Doctrina Breznev— sino que ha impulsado incluso dichos procesos, sin perjuicio de colocar en cada momento una nota de cautela a fin de no afectar la viabilidad misma del proceso de democratización actualmente en marcha tanto en la URSS como en Europa del Este<sup>355</sup>.

Hacia adelante, el tema de la “soberanía limitada” pareciera más bien trasladarse hacia el interior de la URSS. Los brotes autonomistas en las repúblicas bálticas (Lituania, Letonia y Estonia), en Ucrania, Georgia y las repúblicas transcaucásicas (Azerbaiyán y Armenia entre las principales), tal vez constituyan el obstáculo más serio —junto con los problemas económicos y de consolidación de Gorbachov dentro del PCUS— que el líder soviético deba enfrentar en sus intentos por llevar adelante la Perestroika. Por ahora, Gorbachov ha sido categórico en señalar que los límites de la URSS no están en discusión.

Finalmente, desde el punto de vista del tema central de este libro (socialismo y democracia), el proceso descrito da cuenta, básicamente, de una renuncia al monopolio del poder político por parte de los partidos comunistas de la URSS y Europa del Este, y de una creciente evolución en la dirección del establecimiento del pluralismo político.

Tal vez el punto de partida de este proceso más reciente pueda encontrarse en la propia Perestroika y los cambios en la URSS, los que han facilitado las transformaciones ocurridas en Europa del Este. En efecto, según Gorba-

<sup>355</sup> Una demostración adicional de cómo la “Doctrina Breznev” ha sido desechada en este proceso más reciente fue la declaración, suscrita por todos los integrantes del Pacto de Varsovia, en Moscú, el 5 de diciembre de 1989, de condena de la invasión soviética a Checoslovaquia, en 1968.

chov, “la esencia de la Perestroika se encuentra en el hecho de que una socialismo con democracia”<sup>356</sup>. En este sentido, puede decirse que Perestroika no sólo significa reestructuración sino también democratización. “Más socialismo y más democracia” —eso es, según Gorbachov, lo que se pretende con este nuevo programa. En ese contexto, pues, deberían entenderse los cambios recientes en la URSS.

Sin embargo, el proceso actualmente en marcha, y las referencias contenidas en la Perestroika al tema de la relación entre socialismo y democracia, sugieren algunas interrogantes que es necesario dejar planteadas a fin de mostrar la complejidad de dicho proceso.

La primera interrogante se refiere al tipo de “revolución” actualmente en marcha en la URSS. Se trataría, según el propio Gorbachov, de una revolución “desde arriba”: “el esfuerzo de reestructuración —dice el líder soviético— comenzó con el partido y sus líderes. Comenzamos por la punta de la pirámide y bajamos hasta la base”<sup>357</sup>. Lo anterior plantea para el liderazgo comunista soviético el desafío de lograr que el proceso prenda en la base. Gorbachov es enfático en declarar que “el pueblo soviético ha comprendido y aceptado esta política”; pero, ¿qué tipo de evidencia existe al respecto? En síntesis, una de las primeras interrogantes que sugiere el programa de Perestroika en cuanto intento de democratización del sistema político soviético es hasta qué punto un proceso diseñado e implementado “desde arriba” puede llegar a arraigarse en la sociedad.

En segundo lugar, otra interrogante que surge en torno al programa de la Perestroika es hasta qué punto el marco ideológico invocado por el propio Gorbachov para justificar dicho programa (el leninismo, al que el líder soviético no ha renunciado) no se convierte también en un elemento aparentemente contradictorio con el intento declarado de democratizar el sistema político soviético.

Por un lado, ya hemos insinuado en este libro que en la concepción leninista, la democracia no es más que una fase en el proceso de construcción de la sociedad socialista, la que, en definitiva, debe ser superada. Lenin tenía respecto de la democracia una actitud semejante a la de Marx por el capitalismo: la certeza de que constituían un progreso pero, junto con ello, la noción de que, producto de sus contradicciones internas —básicamente contradicciones de clase—, tenderían a ser superadas históricamente en el proceso de construcción del socialismo y hacia la etapa del comunismo (sociedad sin clases). Puede decirse que Lenin y Marx fueron grandes admiradores de la democracia y el capitalismo, respectivamente, aunque para postular que ambos habrían de ser superados históricamente.

Por otro lado Gorbachov sugiere, sin embargo, que Lenin es una “fuente ideológica” de la Perestroika, especialmente en lo que se refiere a la obra del líder bolchevique escrita en los últimos años de su vida. En ella, por lo tanto, deberíamos encontrar la justificación ideológica de la Perestroika.

<sup>356</sup> Mijail Gorbachov, *Perestroika*, op. cit., 37.

<sup>357</sup> *Ibid.*, 61.

Sabemos que el Lenin de “los últimos años” hizo serias advertencias sobre el peligro que representaba para el partido, en cuanto órgano de dirección colectiva, la presencia y las ambiciones personales de Stalin, quien ya se insinuaba como uno de los posibles sucesores del principal artífice de la revolución. También sabemos que el Lenin de los últimos años se mostró extraordinariamente preocupado por el manejo (y crecimiento desmedido) del aparato estatal y que se mostró partidario de formas cooperativas de organización, entre otros aspectos. Pero no es a ello a lo que se refiere Gorbachov, sino al impulso que Lenin le diera al proceso económico a través de la Nueva Política Económica (NEP) lanzada en el X Congreso del PCUS, en 1921. Dicha política incorporó relaciones de mercado, especialmente en ciertas áreas, lo que se tradujo en un nuevo dinamismo de la economía soviética a lo largo de los años veinte.

Pero —y de allí la interrogante planteada— sabemos que para Lenin la NEP tenía un alcance meramente táctico. Superada la etapa crítica de la guerra civil y el Comunismo de Guerra (1918-1921), había que descomprimir las demandas y activar el proceso de producción, para lo cual se incorporaron relaciones de mercado en la economía soviética. Así, precisamente en uno de los escritos de Lenin en los últimos años de su vida, titulado “Sobre la Cooperación” (enero de 1923), el líder bolchevique se refería a la NEP como una “concesión al campesinado”<sup>358</sup>, la que se hacía necesaria ante la situación descrita.

¿Significa lo anterior que la Perestroika tiene sólo un alcance táctico a fin de enfrentar la situación de deterioro económico y de rezago productivo y tecnológico por el que atraviesa la URSS —invocado por Lenin como justificación de dicho programa? Nos atrevemos, desde ya, a sugerir una respuesta negativa a la pregunta anterior y proponer como hipótesis de que la Perestroika tiene al menos un alcance estratégico; es decir —tomando la expresión de Togliatti—, para “todo un período de la historia”. La interrogante, sin embargo, permanece abierta.

Pero, la interrogante más de fondo a nuestro juicio es la que se refiere al programa de la Perestroika y a las relaciones entre socialismo y democracia a partir de la noción misma de democracia desarrollada por Gorbachov. Sabemos que la democratización es uno de los aspectos de la reestructuración actualmente en marcha. Pero, ¿de qué democratización se trata? Ya hemos visto que se trata de un proceso “desde arriba”, lo que plantea una primera interrogante; enseguida, hemos visto que se trata de un proceso al interior del leninismo, lo que plantea una segunda interrogante. Pues bien, esta tercera interrogante surge a partir de la misma manera en que Gorbachov plantea el desafío de la democratización.

Por un lado, el líder soviético señala “queremos más socialismo y, por lo

---

<sup>358</sup> Es interesante constatar que, junto con la referencia a la NEP, Gorbachov también hace referencia al famoso tratado de Brest-Litovsk, celebrado en 1918 entre la URSS y las potencias de la Alianza Cuatripartida (Alemania, Austria-Hungría, Turquía y Bulgaria), el que justamente fue concebido por el líder bolchevique como una “concesión táctica” al enemigo a fin de consolidar la revolución.

tanto, más democracia”<sup>359</sup>. Esta expresión —“y, por lo tanto”— nos acerca a aquella concepción según la cual todo socialismo sería, por definición, democrático. Pero, hemos visto que todo el proceso detrás de los cambios recientes en la URSS y Europa del Este demuestra la falacia de este aserto y el reconocimiento —tácito al menos— de que hay socialismos democráticos y no-democráticos (o autoritarios). Nuestra interrogante y preocupación se ve confirmada por una segunda afirmación del líder soviético, según la cual de lo que se trata es de desarrollar “formas democráticas intrínsecas al socialismo”<sup>360</sup>. Pero, ¿qué significa formas “intrínsecas” al socialismo? Significa al menos una cosa: que el líder soviético reconoce la existencia de formas “extrínsecas” al socialismo. Estas últimas, según es posible deducir, serían las formas de la democracia “formal” o “burguesa”: sufragio universal, elecciones libres y competitivas, pluralismo político, alternancia en el poder, estado de derecho, gobierno de mayoría y respeto por los derechos de las minorías, vigencia de los derechos humanos, entre otras características comúnmente asociadas a la democracia de tipo occidental. Y es aquí donde encuentra su fundamento esta tercera interrogante; ello, por cuanto lo característico de la izquierda socialista de Europa Occidental (ver capítulos uno, dos y tres) es justamente haber adoptado como propias las formas de la democracia política, pluralista y representativa.

¿Si Gorbachov excluye estas formas, las que serían supuestamente “extrínsecas” al socialismo, a qué formas entonces (“intrínsecas” al socialismo) se está refiriendo?

Nos atrevemos a sugerir que la respuesta a esta interrogante, así como a las anteriores, sólo será posible de encontrar en el desarrollo mismo de los acontecimientos; en la práctica concreta del proceso de democratización actualmente en marcha. En este sentido y a la luz de dicho proceso, hay motivo para ser optimistas.

En efecto, una somera mirada al curso de los acontecimientos desde que Gorbachov asumiera el liderazgo de la URSS, en 1985, muestra cómo dicho proceso se acerca al pluralismo político. Así, en marzo de 1989 se celebraron las primeras elecciones semicompetitivas y pluripersonales en todo lo que va corrido desde 1917. En esa oportunidad, se eligieron 2.250 representantes ante el Congreso de los Diputados del Pueblo. Aunque un tercio de ellos (750) estaban reservados al PCUS, 2.185 candidatos postularon a los 1.500 escaños restantes. Todo ello, sin embargo, dentro de los límites de un proceso controlado desde arriba: de esta manera, el 85% de los candidatos eran del PCUS —sin embargo, el 20% de éstos fueron derrotados— y en el 25% de los distritos hubo un solo candidato, generalmente del mismo PCUS. El paso, sin embargo, fue importante, pues permitió la incorporación de disidentes de nota como Andrei Sajarov (posteriormente fallecido) y del dirigente opositor Boris Yeltsin (posteriormente elegido Presidente de la Federación Rusa).

<sup>359</sup> Gorbachov, *Perestroika*, op. cit., 39.

<sup>360</sup> *Ibid.*, 33.

En los meses siguientes el proceso adquirió un nuevo dinamismo. No sólo se sucedieron, uno tras otro, los cambios en Europa del Este —muchos de ellos impulsados por el propio Gorbachov—, sino que en la URSS el panorama se fue aclarando. Tal vez uno de los hechos más dignos de destacar sea el viraje desde el punto de vista de la titularidad del poder político. Así, mientras el 12 de diciembre de 1989 el Congreso de los Diputados del Pueblo desechaba la idea de revisar el papel hegemónico del PCUS —con 1.300 votos a favor, 839 en contra y 56 abstenciones— y el propio Gorbachov se mostraba partidario de dicha medida, en un vuelco inesperado, el 7 de febrero de 1990, el Comité Central del PCUS aprobó el proyecto presentado por Gorbachov que pone fin al monopolio del poder político por parte del PCUS y que instituye el pluralismo político. Esta resolución fue confirmada por el Congreso de los Diputados del Pueblo, por 1.771 votos a favor y 164 en contra, el 13 de marzo de 1990.

De esta manera, aunque los contenidos de la Perestroika —en cuanto proceso de democratización— dan lugar a una serie de interrogantes, algunas de las cuales hemos planteado, la misma dinámica de los hechos y el curso de los acontecimientos van despejando las dudas y clarificando el panorama. Los anuncios más recientes referidos a la adopción de una economía de mercado, no hacen sino confirmar lo anterior.

La demostración más clara, sin embargo, de cómo los hechos van superando las expectativas más optimistas, es lo ocurrido en los países de Europa del Este. En efecto, en el curso de 1989 y comienzos de 1990, la mayoría de los países integrantes del Pacto de Varsovia han aprobado el pluralismo político, junto con desechar el monopolio del poder político por parte del Partido Comunista y avanzar hacia la realización de elecciones competitivas en 1990. Es más: en algunos casos el Partido Comunista ha decidido cambiar de nombre, acercándose crecientemente a las denominaciones adoptadas desde siempre por los partidos socialistas de Europa Occidental. El término "socialdemocracia" empieza a resonar en los países del Este.

Así, en Polonia, el 31 de febrero de 1989 el Partido Obrero Unificado de Polonia (POUP) aprobó el multipartidismo, renunciando a su papel rector en la sociedad. El 4 de junio se celebraron elecciones parlamentarias con un arrollador triunfo para Solidaridad, y en agosto asumió Tadeusz Mazowiecki como nuevo Jefe de Gobierno. Era la primera vez que la oposición pasaba a formar un gobierno en los países comunistas. Finalmente, el 29 de enero de 1990, en su IX Congreso, el POUP resolvió cambiar de nombre y se transformó en el Partido de la Democracia Socialista (PDS). El nuevo partido, de corte netamente occidental, renunció al centralismo democrático, al leninismo y la dictadura del proletariado y se pronunció en favor de la democracia parlamentaria, el multipartidismo, el estado de derecho y la economía de mercado. Todo lo anterior, por 1.228 votos a favor, 32 en contra y 37 abstenciones. Para 1990 se prevén elecciones a nivel comunal para culminar el proceso de democratización iniciado de manera poco auspiciosa en 1979. En lo fundamental, Polonia ha optado por la democracia pluralista y la economía de mercado.



En Hungría, el 12 de febrero de 1989 el Partido Obrero Socialista Húngaro (POSH) aprobó el multipartidismo y renunció a su papel rector en la sociedad. Luego, el 7 de octubre dicho partido se autodisolvió, abandonando el marxismo-leninismo y abrazando la causa del socialismo renovado; en su reemplazo surgió el Partido Socialista de Hungría (PSH). El 18 de octubre se aprobó la democracia parlamentaria, el 19 de octubre se legalizó a la oposición y el 22 de octubre se declaró la República de Hungría. Finalmente, se aprobó la realización de elecciones competitivas para el 25 de marzo de 1990. En estas últimas, el PSH (ex comunistas) llegó sólo en cuarto lugar detrás del Foro Democrático, la Alianza de Demócratas Libres y el Partido de Pequeños Propietarios Independientes, marcando con ello una situación de franca declinación.

En Checoslovaquia, el 29 de noviembre de 1989, luego de varios meses de protesta y represión, el parlamento, por la unanimidad de sus miembros, despojó al Partido Comunista de Checoslovaquia (PCCH) del monopolio del poder político. El 10 de diciembre se formó un nuevo gobierno —por primera vez con sólo una minoría comunista— encabezado por Marian Calfa (quien renunció al PCCH el 18 de enero de 1990); en la misma fecha, Gustav Husak renunció a la Jefatura de Estado. El 28 de diciembre Alexander Dubcek, ya plenamente rehabilitado, asumió como jefe del parlamento checo y, al día siguiente, Vaclav Havel, un escritor disidente, pasó a desempeñarse como nuevo Jefe de Estado. En febrero de 1990 el PCCH perdió, por primera vez en cuarenta años, la mayoría parlamentaria. Finalmente, se acordó la realización de elecciones libres y competitivas para el 8 de junio de 1990.

En la RDA, el 10 de noviembre de 1989, luego de meses de protestas y represión, se abrió el Muro de Berlín, autorizando el paso a la RFA de alemanes del Este. El 13 de noviembre Hans Modrow fue elegido como nuevo Jefe de Gobierno, mientras que Erick Hönecker fue arrestado algunos días después. Ese mismo mes las pantallas de televisión de todo el mundo mostraban las imágenes del desplome del Muro de Berlín y el 9 de diciembre tenía lugar una profunda reestructuración del Partido Socialista Unificado Alemán (SED). El 21 de enero de 1990 Egon Krenz, quien había sucedido a Erick Hönecker en la dirección partidaria y dimitido como Jefe de Estado el 6 de diciembre, fue expulsado del partido. El 24 de febrero el SED optó por cambiarse de nombre, transformándose en el Partido del Socialismo Democrático (PSD) —este último se pronuncia en favor de la democracia pluralista parlamentaria. Finalmente, el 18 de marzo de 1990 se realizan elecciones libres y competitivas con una resonante derrota para los comunistas. El triunfo fue para la conservadora Alianza para Alemania, encabezada por la democracia cristiana, con un 48,15 % de los votos, seguida del Partido Social Demócrata con un 21,84%. Solo en tercer lugar llegó el Partido del Socialismo Democrático (ex comunista), con un 16,33% de los votos.

En Bulgaria, el 13 de diciembre de 1989, luego de haber renunciado al poder un mes antes, el legendario líder estalinista Todor Shivkov fue expulsado de las filas del Partido Comunista de Bulgaria (PCB). El 15 de enero de 1990 la Asamblea Nacional de dicho país eliminó el monopolio del poder

político que había detentado el PCB por décadas. El 3 de febrero, luego de una purga al interior del partido que significó el alejamiento de los máximos exponentes de la vieja guardia estalinista, el parlamento búlgaro eligió como primer ministro al reformista moderado Andrei Lukanov. En Bulgaria, pese a que el PCB se mantiene en el poder, ha renunciado al estalinismo y optado por el multipartidismo. Finalmente, se acordó la realización de elecciones libres y competitivas para mayo de 1990.

En Rumania, cuando todo hacía presumir que sería la excepción al proceso que hemos descrito, el 22 de diciembre de 1989 Nicolae Ceausescu fue derrocado y posteriormente fusilado. Cuatro días después, en un proceso que costó la vida a unas 65.000 personas, asumía como nuevo jefe de gobierno Ion Iliescu, quien anunció el fin del régimen comunista. El 29 de diciembre, el Frente de Salvación Nacional (FSN) —que asumiera el control del poder a la caída de Ceausescu— anunció el paso al multipartidismo, la separación de poderes, la empresa privada, la libertad de prensa y la realización de elecciones libres para abril/mayo de 1990. En estas últimas, Ion Iliescu fue confirmado como conductor del proceso de democratización.

Finalmente, en Yugoslavia, el 22 de enero de 1990 la Liga de los Comunistas de Yugoslavia —que reúne a los partidos comunistas de las seis repúblicas que componen dicho país— en su XIV Congreso, renunció al monopolio del poder político, anunciando una ley que establece el multipartidismo. Un día después, sin embargo, los eslovenos —que abogan por la independencia de los partidos comunistas de las seis repúblicas y dos provincias que componen Yugoslavia— se retiraron del congreso partidario, con lo que prácticamente se puso fin a la Liga. En el caso yugoslavo, mientras los eslovenos y los croatas han optado por el multipartidismo, los serbios todavía se mantienen reticentes a seguir el mismo camino. Estos últimos, junto con los albaneses, aún permanecen como una excepción al proceso que hemos descrito, el que apunta en la dirección de una democracia pluralista.

Por tratarse de un proceso en marcha, no es posible sacar conclusiones definitivas en relación a los cambios recientes en la URSS y Europa del Este. Ambos procesos, sin embargo, no son fácilmente equiparables. El intento de democratización en la URSS tiene lugar en un país que carece de una tradición democrática y que jamás ha conocido el pluralismo político. Tal vez con la excepción de la efímera instalación de la Duma (parlamento), en 1905, y el igualmente efímero gobierno provisional de Kerensky, entre febrero y octubre de 1917, la URSS no ha conocido el funcionamiento de una democracia pluralista. Lo que es claro, hoy por hoy, es que aparentemente el PCUS ha optado por la renuncia al monopolio del poder político y que se estudia una reforma que abra paso a algún tipo de pluralismo político.

En este sentido, el caso de Europa del Este es distinto. No es una mera coincidencia que el proceso de democratización en los países del Este tenga lugar junto con los primeros signos de reunificación del viejo continente. Europa, a diferencia de la URSS, sí tiene una tradición democrática y republicana —en algunos países más que en otros— y no es descabellado pensar

que en los países de Europa del Este termine por imponerse algún tipo de democracia pluralista, de corte occidental. La interrogante hacia el futuro es si la izquierda de Europa del Este adoptará el modelo de sus congéneres de Occidente: la socialdemocracia. Hemos sugerido la hipótesis, a lo largo de este libro —especialmente en la primera parte—, de que la ideología socialdemócrata es la predominante al interior de la izquierda y la clase obrera europeas. El desarrollo de los acontecimientos nos enseñará hasta qué punto es este también el caso de la izquierda en Europa del Este.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADAMSON, WALTER L. *Hegemony and Revolution*. Berkeley, University of California Press, 1980.
- ALEGRÍA, FERNANDO *et. al.* *Eugenio González: Maestro del Socialismo Chileno* (Centro de Estudios del Movimiento Obrero Salvador Allende, México 1981).
- ALMEYDA, CLODOMIRO. "Una Perspectiva para el PS", en *Chile-América* (50-51, enero-febrero de 1979).
- ALTAMIRANO, CARLOS. *Dialéctica de una Derrota*. México, Siglo XXI Editores, 1976.
- . *Mensaje a los Socialistas en el Interior de Chile*. Santiago, Mimeo, junio, 1977.
- . *El Pensamiento Socialista Chileno*. Ciudad de México, Departamento de Difusión y Propaganda, Partido Socialista de Chile, 1978.
- ALLENDE, SALVADOR. *Nuestro Camino al Socialismo: La Vía Chilena*. Buenos Aires, Ediciones Papiro, 1971.
- ALLUM, P.A. "Italy", en Stanley Henig (ed.), *Political Parties in the European Community*. Londres, George Allen and Unwin, 1979.
- AMBLER, JOHN S. (compilador). *The French Socialist Experiment*. Filadelfia, Institute for the Study of Human Issues, 1985.
- AMENDOLA, GIORGIO. "The Lessons of a Decade", en *The Italian Communists* (4, junio-julio, 1972).
- . "The Italian Road to Socialism", en *New Left Review* (106, noviembre-diciembre, 1977).
- AMPUERO, RAÚL. *El Carácter de la Revolución Chilena*. Mimeo, Santiago, sin fecha.
- . *La Izquierda en Punto Muerto*. Santiago, Editorial Orbe, 1969.
- . *El Socialismo, Entre Ayer y Mañana*. Roma, Mimeo, noviembre, 1985.
- AMYOT, GRANT. *The Italian Communist Party; The Crisis of the Popular Front Strategy*. Nueva York, St. Martin's Press, 1981.
- ANDERSON, PERRY. *Las Antinomias de Antonio Gramsci*. Barcelona, Editorial Fontamara, 1978.
- ANGELL, ALAN y CARSTAIRS, SUSAN. "The Exchange Question in Chilean Politics", en *Third World Quarterly* (9, 1, enero, 1987).
- ANTONIAN, ARMEN e IRWIN WALL. "The French Communists under Francois Mitterrand", en *Political Studies* (xxxiii, 2, junio de 1985).
- ARANCIBIA, ARMANDO. "Democracia y Socialismo", en *Convergencia* (5-6, noviembre de 1981-enero de 1982).
- ARAUCO, Revista (Santiago, Chile).
- ARICÓ, JOSÉ. "El Marxismo en América Latina; Ideas Para Abordar de Otro Modo una Vieja Cuestión", en *Opciones* (7, septiembre-diciembre, 1985).
- ARRATE, JORGE. *El Socialismo Chileno: Rescate y Renovación*. Rotterdam, Ediciones del Instituto Para el Nuevo Chile, 1983.
- . *La Fuerza Democrática de la Idea Socialista*. Santiago, Las Ediciones del Ornitorrinco, 1985.
- . *et. al.* *Siete Ensayos Sobre Democracia y Socialismo en Chile*. Santiago, Vector, 1986.
- ARRIAGADA, GENARO. *De la Vía Chilena a la Vía Insurreccional*. Santiago, Editorial del Pacífico, 1974.
- BARNES, SAMUEL H. *Representation in Italy: Institutionalized Tradition and Electoral Choice*. Chicago, The University of Chicago Press, 1977.

- BARROS, ROBERT. "The Left and Democracy. Recent Debates in Latin America", en *Telos* (68, enero de 1986).
- BATES, THOMAS. "Antonio Gramsci and the Bolshevikization of the PCI", en *Journal of Contemporary History* (II, 2 y 3, julio de 1976).
- \_\_\_\_\_. "Gramsci and the Theory of Hegemony", en *Journal of the History of Ideas* (xxxvi, 2, abril-junio de 1975).
- BELL, DAVID S. (compilador). *Contemporary French Political Parties*. Nueva York, St. Martin's Press, 1982.
- \_\_\_\_\_. y Criddle, Byron. *The French Socialist Party: Resurgence and Victory*. Oxford, Clarendon Press, 1984.
- BENAVENTE, ANDRÉS. "Panorama de la Izquierda Chilena, 1973-1984", en *Estudios Públicos* (18, otoño, 1985).
- BERLINGUER, ENRICO. "Reflections After Events in Chile", en *The Italian Communists* (5-6, septiembre-diciembre de 1973).
- BERNSTEIN, EDWARD. *Evolutionary Socialism: a Criticism and Affirmation*. Nueva York, B.W. Huebsch, 1909.
- BIEHL, JOHN et. al. "Chile, France and Italy: a Discussion", en *Government and Opposition* (7, 3, 1972).
- BITAR, SERGIO. *Transición, Socialismo y Democracia: La Experiencia Chilena* (Siglo Veintiuno Editores, México, 1979).
- BLACKMER, DONALD L.M. y TARROW, SIDNEY. *Communism in Italy and France*. Nueva Jersey, Princeton University Press, 1975.
- BLOQUE SOCIALISTA. "Manifiesto de los Socialistas Chilenos", en *Chile-América* (88-89, julio-octubre de 1983).
- BOGGS, CARL. *The Two Revolutions: Antonio Gramsci and the Dilemmas of Western Marxism*. Boston, South End Press, 1984.
- BRANDT, WILLY. *People and Politics: The Years 1960-1975*. Boston, Little, Brown, and Company, 1976.
- \_\_\_\_\_. "El Nuevo Proyecto del SPD", en *Leviatán* (36, verano de 1989).
- BRAUNTHAL, GERARD. *The West German Social Democrats, 1969-1982: Profile of a Party in Power* (Westview Press, Colorado, 1983).
- BREITMAN, RICHARD. *German Socialism and Weimar Republic*. Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1981.
- BRIONES, ÁLVARO y ORTIZ, EDUARDO. "Una Visión de la Evolución del Pensamiento Socialista en Chile", en *Opciones* (7, septiembre-diciembre de 1985).
- BRUNNER, JOSÉ JOAQUÍN. "Una Propuesta Socialista", en *Análisis* (53, enero de 1983).
- BROWN, BERNARD. *Socialism of a Different Kind: Reshaping the Left in France*. Connecticut, Greenwood Press, 1982.
- CAMMETT, JOHN H. *Antonio Gramsci and the Origins of Italian Communism*. California, Stanford University Press, 1967.
- CASANUEVA, FERNANDO y FERNÁNDEZ, MANUEL. *El Partido Socialista y la Lucha de Clases en Chile*. Santiago, Editorial Quimantú, 1973.
- CASIAGLI, MARIO. "Sistemas Electorales y Consolidación de la Democracia: Las Experiencias Italiana y Alemana", en *Contribuciones* (3, julio-septiembre de 1984).
- CERNY, PHILIP G. "Politics and Policies of Left Parties", en Philip G. Cerny y Martin A. Schain (compiladores), *Socialism, the State and Public Policy in France*. Londres, Frances Pinter (Publishers), 1985.
- CEVAL (Centro de Estudios Valentín Letelier) (compilador). *La Renovación Socialista: Balance y Perspectivas de un Proceso Vigente*. Santiago, Ediciones Valentín Letelier, 1987.
- CHALMERS, DOUGLAS. *The Social Democratic Party of Germany: From Working Class Movement to Modern Political Party*. New Haven, Yale University Press, 1964.
- CHARLÍN, CARLOS. *Del Avión Rojo a la República Socialista*. Santiago, Editorial Quimantú, 1972.
- CHIARAMONTE, GERARDO et. al. "Twenty Years After Stalin", en *The Italian Communists* (2-3, marzo-junio de 1973).
- CHILDS, DAVID. *From Schumacher to Brandt: The Story of German Socialism, 1945-1965*. Londres, Bergamon Press, 1966.
- CHILE-AMÉRICA, Revista. (Roma, Italia).
- CLARK, MARTIN. *Antonio Gramsci and the Revolution that Failed*. New Haven, Yale University Press, 1977.
- CODDING Jr., GEORGE y SAFRAN, WILLIAM. *Ideology and Politics: the Socialist Party of France*. Colorado, Westview Press, 1979.

- COLLETTI, LUCIO. "Antonio Gramsci and the Italian Revolution", en *New Left Review* (65, enero de 1971).
- \_\_\_\_\_. *From Rousseau to Lenin: Studies in Ideology and Society*. Nueva York, Monthly Review Press, 1972.
- CONVERGENCIA, Revista. (Ciudad de México, México).
- CONVERGENCIA SOCIALISTA. "Convergencia Socialista: Fundamentos de una Propuesta", en *Chile-América* (66-67, octubre-diciembre de 1980).
- \_\_\_\_\_. (Grupo). "Convergencia Socialista: un Horizonte Democrático", en *Convergencia* (3-4, agosto-octubre de 1981).
- \_\_\_\_\_. "Llamamiento de Milán por la Convergencia Socialista", en *Chile-América* (80-81, julio-septiembre de 1982).
- CROSLAND, ANTHONY. *Social Democracy in Europe*. Fabian Tract 438. Fabian Society, Londres, 1975.
- CRUZ COKE, RICARDO. *Historia Electoral de Chile*. Santiago, Editorial Jurídica de Chile, 1984.
- DAHRENDORF, RALF. *Society and Democracy in Germany*. Connecticut, Greenwood Press Publishers, 1967.
- DAVIDSON, ALASTAIR. "Gramsci and Lenin, 1917-1922", en *The Socialist Register* (Londres, The Merlin Press, 1974).
- DI PALMA, GIUSEPPE. "Italy: is There a Legacy and is it Fascist?", en John H. Herz (compilador), *From Dictatorship to Democracy: Coping with the Legacies of Authoritarianism and Totalitarianism* (Connecticut, Greenwood Press, 1982).
- DORING, HERBERT y SMITH, GORDON (compiladores). *Party Government and Political Culture in Western Germany*. Londres, The Mac Millan Press Ltd., 1982.
- DRAKE, PAUL. "The Chilean Socialist Party and Coalition Politics, 1932-1946", en *Hispanic American Historic Review* (53, 4, noviembre de 1973).
- \_\_\_\_\_. *Socialism and Populism in Chile, 1932-1952*. Urbana, University of Illinois Press, 1978.
- DYSON, K.H.F. "Left Wing Political Extremism and the Problem of Tolerance in Western Germany", en *Government and Opposition* (10, 3, enero de 1975).
- ECHENIQUE, ANTONIA. *El Proceso de Desarrollo y Culminación del Estado Oligárquico en Chile, 1891-1932*. México, Tesis de Maestría, FLACSO, 1981.
- EDINGER, LEWIS J. *Kurt Schumacher: a Study in Personality and Political Behavior*. California, Stanford University Press, 1965.
- FALETTO, ENZO. "Algunas Características de la Estructura Social del Partido Socialista y el Partido Comunista, 1958-1973". Santiago, FLACSO, Documento de Trabajo 97, 1980.
- \_\_\_\_\_. "Sobre Populismo y Socialismo", en *Opciones* (7, septiembre-diciembre de 1985).
- \_\_\_\_\_. Ruiz, Enrique y Zemelman, Hugo. *Génesis Histórica del Proceso Político Chileno*. Santiago, Editorial Quimantú, 1971.
- FIORI, GIUSEPPE. *Antonio Gramsci; Life of a Revolutionary*. Londres, NLB, 1970.
- FREARS, JOHN R. *Political Parties and Elections in the French Fifth Republic*. Nueva York, St. Martin's Press, 1977.
- \_\_\_\_\_. "Legitimacy, Democracy and Consensus", en *West European Politics* (1, 3, octubre de 1978).
- \_\_\_\_\_. "The 1988 French Presidential Election", en *Government and Opposition* (23, 3, enero de 1988).
- FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS (editor). *Caminos de la Democracia en América Latina*. Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1985.
- \_\_\_\_\_. *La Izquierda y Europa* (Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 1987).
- FURCI, CARMELO. *The Chilean Communist Party and the Road to Socialism*. Londres, Zed Books Ltd., 1984.
- \_\_\_\_\_. "The Crisis of the Chilean Socialist Party (PSCH) in 1979". Londres, Working Paper 11. University of London, Institute of Latin American Studies, 1984.
- GARCÉS, JOAN. *Allende y la Experiencia Chilena*. Barcelona, Ariel, 1976.
- GARRAUD, PHILIPPE. "Discours, Pratique et Idéologie Dans L'évolution du Parti Socialiste", en *Revue Française de Science Politique* (28, 2, April 1978).
- GARRETÓN, MANUEL ANTONIO. *El Proceso Político Chileno*. Santiago, FLACSO, 1983.
- \_\_\_\_\_. "Partido y Sociedad en un Proyecto Socialista", en *Opciones* (7, septiembre-diciembre de 1985).
- \_\_\_\_\_. *Las Ideas de la Renovación Socialista*. Santiago, FLACSO, Material de Discusión 93, marzo de 1987.
- GAY, PETER. *The Dilemma of Democratic Socialism: Edward Bernstein's Challenge to Marx*. Nueva York, Columbia University Press, 1952.

- GONZALEZ, EUGENIO. *El Socialismo, Unico Fundamento de la Democracia*. Actas del Senado. Sesión del 14 de mayo de 1957.
- GONZÁLEZ CAMUS, IGNACIO. *El Día en que Murió Allende*. CESOC. Santiago, 1988.
- GORBACHOV, MIJAIL. *Perestroika*. Emecé Editores, Buenos Aires, 1987.
- GRAMSCI, ANTONIO. *Selections From Political Writings, 1910-1920*. Nueva York, International Publishers, 1977.
- \_\_\_\_\_. *Selections From Political Writings, 1921-1926*. Nueva York, International Publishers, 1978.
- GRUPPI, L. (compilador). *El Compromiso Histórico: Gramsci, Togliatti y Berlinguer*. Barcelona, Grijalbo, 1977.
- HELM, JUTTA A. "Parties, Stability, and Growth: West German Politics in Transition" en *Comparative Politics* (16, 4, julio de 1984).
- HIDALGO, PABLO. "Notas Sobre la Raíz Populista del Partido Socialista", en *Crítica* (16, noviembre-diciembre de 1984).
- \_\_\_\_\_. *Pasado y Presente de los Partidos de Izquierda. Un Ensayo Interpretativo*. Santiago, CED. Materiales para Discusión, 109, 1985.
- HISCOCKS, RICHARD. *Democracy in West Germany*. Londres, Oxford University Press, 1957.
- HOARE, QUINTIN y SMITH, GEOFFREY N. *Selections From the Prison Notebooks of Antonio Gramsci*. Nueva York, International Publishers, 1971.
- HOCHWALD, MIRIAM. *Imagery in Politics: a Study of the Ideology of the Chilean Socialist Party*. Michigan, Tesis de Doctorado, University Microfilms International, 1981.
- HUNT, RICHARD. *German Social Democracy: 1918-1933*. New Haven, Yale University Press, 1964.
- IZQUIERDA CRISTIANA DE CHILE (Comisión Política). *Seis Tesis Para la Convergencia Socialista*. Santiago, Mimeo, junio de 1981.
- JAMES, PETER. "Democracy-West German Style" en *Government and Opposition* (15, 2, primavera de 1980).
- JAURÉS, JEAN. *Studies in Socialism*. Londres, Independent Labour Party, 1908.
- JOBET, JULIO CÉSAR. *El Partido Socialista de Chile*. Santiago, Ediciones Prensa Latinoamericana, 1971.
- \_\_\_\_\_. y Alejandro Chelén R. *Pensamiento Teórico y Político del Partido Socialista de Chile* (Editorial Quimantú, Santiago, 1972).
- JOLL, JAMES. *Intellectuals in Politics: Three Biographical Essays*. Weidenfeld and Nicolson, 1960.
- \_\_\_\_\_. *The Second International: 1889-1914*. Londres y Boston, Routledge and Kegan, 1974.
- KAUTSKY, KARL. *The Class Struggle: Comments on the Erfurt Programme*. Chicago, Charles H. Kerr and Co., 1910.
- KIRCHHEIMER, OTTO. "The Transformation of the Western European Party Systems", en Joseph La Palombara y Myron Weiner (compiladores). *Political Parties and Political Development*. New Jersey, Princeton University Press, 1966.
- KOELBE, THOMAS A. "Trade Unionists, Party Activists, and Politicians", en *Comparative Politics* (19, 3, abril de 1987).
- KOLAKOWSKI, LESZEK. "El Desafío Social-demócrata", en *Estudios Públicos* (25, verano de 1987).
- LAGOS, RICARDO. *Democracia Para Chile: Proposiciones de un Socialista* (Editorial Pehuén, Santiago, 1985).
- LANGE, PETER. "Crisis and Consent, Change and Compromise: Dilemmas of Italian Communism in the 1970s", en *West European Politics* (2, 3, octubre de 1979).
- \_\_\_\_\_. y Vannicelli, Maurizio (compiladores). *The Communist Parties of Italy, France and Spain*. Cambridge, George Allen and Unwin, 1981.
- LE SAUX, MAGGY. "Aspectos Psicológicos de la Militancia de Izquierda en Chile Desde 1973", en *Proposiciones* (12, 6, octubre-diciembre de 1986).
- LECHNER, NORBERT. "De la Revolución a la Democracia. El Debate Intelectual en América Latina", en *Opciones* (6, mayo-agosto de 1985).
- LEPSIUS, M. RAINER. "From Fragmented Party Democracy to Government by Emergency Decree and National Socialist Takeover: Germany", en Juan Linz y Alfred Stepan (compiladores). *The Breakdown of Democratic Regimes: Europe*. Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1978.
- LEVY, DAVID A. L. y HOWARD MACHIN. "How Fabius Lost: the French Elections of 1986", en *Government and Opposition* (21, 3, verano de 1986).
- LEVY, LOUIS. *Anthologie de Jean Jaurès*. Londres, Editions Penguin, 1947.
- \_\_\_\_\_. *Jean Jaurès: Anthologie*. Francia, Calmann-Lévy, 1983.
- LIEBER, NANCY. "Ideology and Tactics of the French Socialist Party", en *Government and Opposition* (12, 4, otoño de 1977).
- MACRAE, DUNCAN. *Parliament, Parties, and Society in France: 1946-1958*. Nueva York, St. Martin's Press, 1967.

- MAC SHANE, DENIS. *Francois Mitterrand: a Political Odyssey*. Nueva York, Universe Books, 1982.
- MACHIN, HOWARD. "Two Views of the Mitterrand Presidency", en *Government and Opposition* (23, 2, primavera de 1988).
- MACHIN, H. y WRIGHT, VINCENT. "The French Left Under the Fifth Republic: The Search For Identity in Unity", en *Comparative Politics* (10, 1, octubre de 1977).
- MACRIDIS, ROY. "Oppositions in France: an Interpretation", en *Government and Opposition* (7, 2, primavera de 1972).
- MANCERON, CLAUDE y PINGAUD, BERNARD. *Francois Mitterrand; L'Homme, les Idées, le Programme*. París, Flammarion, 1981.
- MANDEL, ERNEST. *From Stalinism to Eurocommunism: the Bitter Fruits of 'Socialism in one Country'*. Londres, NLB, 1978.
- MANENT, PIERRE y HOWARD MACHIN. "Two Views of the Mitterrand Presidency (1981-1988)", en *Government and Opposition* (23, 2, primavera de 1988).
- MARTNER, GONZALO D. "La Unidad de la Izquierda: una Perspectiva", en *Convergencia* (11, abril-junio de 1987).
- MC HALE, VINCENT y SHABER, SANDRA. "From Aggressive to Defensive Gaullism: The Electoral Dynamics of a 'Catch-all' Party", en *Comparative Politics* (8, 2, enero de 1976).
- MC INNES, NEIL. *"The Communist Parties of Western Europe"*. Londres, Oxford University Press, 1975.
- MERRINGTON, JOHN. "Theory and Practice in Gramsci's Marxism", en *New Left Review* (editor), *Western Marxism: a Reader*. Londres, 1977.
- MICHELS, ROBERT. *Political Parties: a Sociological Study of the Oligarchical Tendencies of Modern Democracy*. Nueva York, The Free Press, 1962.
- MIDDLEMAS, KEITH. *Power and the Party: Changing Faces of Communism in Western Europe* (André Deutsch, 1980).
- MISSIROLI, ANTONIO. "SPD: Radiografía de un Partido", en *Leviatán* (34, invierno de 1988).
- MITTERRAND, FRANCOIS. *La Rose au Poing*. París, Flammarion, 1973.
- . *Ici et Maintenant*. París, Fayard, 1980.
- MORGAN, ROGER. "Social Democracy in Europe: a Comparative Examination", en *Government and Opposition* (17, 1982).
- . "'La Cohabitation' or 'La Cohabitation'? The Fifth Republic Enters a New Phase", en *Government and Opposition* (21, 3, verano de 1986).
- MOULIÁN, TOMÁS. "Dictadura, Democracia y Socialismo", en *Chile-América* (64-65, junio-septiembre de 1980).
- . "Crítica a la Crítica Marxista de las Democracias Burguesas", en Desco (editor), *América Latina 80: Democracia y Movimiento Popular*. Lima, Desco, 1981.
- . "La Crisis de la Izquierda" en *Revista Mexicana de Sociología* (xliv, 2, abril-junio de 1982).
- . "Desarrollo Político y Estado de Compromiso en Chile", en *Estudios CIEPLAN* (8, 1982).
- . "Sobre la Teoría de la Renovación: Notas Introdutorias", en *Chile-América* (82-83, 1982).
- . *Democracia y Socialismo en Chile*. Santiago, FLACSO, 1983.
- MUÑOZ, HERALDO. "La Política Internacional del Partido Socialista y las Relaciones Exteriores de Chile", en *Temas Socialistas* (1, Vector, 1984).
- NETTLE, PETER. "The German Social Democratic Party (1890-1914) as a Political Model", en *Past and Present* (30, abril de 1965).
- NOHLER, DIETER. "Los Sistemas Electorales Entre la Ciencia y la Ficción", en *Opciones* (4, septiembre-diciembre de 1984).
- NOLAND, AARON. *The Founding of the French Socialist Party (1893-1905)*, Cambridge, Harvard University Press, 1956.
- NUGENT, NEILL y LOWE, DAVID. *The Left in France*. Nueva York, St. Martin's Press, 1982.
- OMINAMI, CARLOS. "Socialismo y Proyecto Nacional" en *Convergencia* (10, diciembre de 1986).
- PARAMIO, LUDOLFO. "Tras el Diluvio: un Ensayo de Posmarxismo", en *Leviatán* (29/30, otoño/invierno de 1987).
- PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE (Comité Central). Sin título, conocido como *Documento de marzo*. Santiago, Mimeo, marzo de 1974.
- (Sector Almeyda). *Convocatoria al 24 Congreso del Partido Socialista de Chile*. Santiago, Mimeo, febrero de 1985.
- (Sector Briones). *Proposiciones al Encuentro Para la Integración del Socialismo Chileno*. Santiago, Mimeo, junio de 1985.
- . *Informe Político del Comité Central al Pleno Nacional del PSCH*. Santiago, Mimeo, mayo de 1986.



- \_\_\_\_\_. "Bases Doctrinarias y Políticas", en *Convergencia* (17, enero-marzo de 1990).
- PATERSON, WILLIAM E. y THOMAS, ALASTAIR H. *Social Democratic Parties in Western Europe*. Londres, Croom Helm, 1977.
- PELLICANI, LUCIANO. *Gramsci: an Alternative Communism?* California, Hoover Institution Press, 1981.
- PICCONE, PAUL. "Gramsci's Marxism: Beyond Lenin and Togliatti", en *Theory and Society* (3, 4, invierno de 1976).
- PICKLES, DOROTHY. *The Fifth French Republic*. Connecticut, Greenwood Press, 1960.
- PINTO, RODRIGO. "La República Socialista de Chile", en *Apsi* (163, 164 y 165, octubre-diciembre de 1985).
- PECCHIOLO, UGO. "Policy and Organization in the PCI", en *The Italian Communists* (5-6, septiembre-diciembre de 1973).
- PELINKA, ANTON. *Social Democratic Parties in Europe* (Praeger, Nueva York, 1983).
- POLITZER, PATRICIA. *Altamirano* (Ediciones B, Grupo Z, Buenos Aires, 1989).
- POLLACK, BENNY. "The Chilean Socialist Party: Prolegomena to its Ideology and Organization", en *Journal of Latin American Studies* (10, 1, 1980).
- \_\_\_\_\_. y Rosenkranz, Hernán. *Revolutionary Social Democracy: The Chilean Socialist Party*. Londres, Frances Pinter (Publishers), 1986.
- PORTANTIERO, JUAN CARLOS. "Los Usos de Gramsci", en *Cuadernos de Pasado y de Presente* (54, México, Siglo XXI Editores, 1977).
- PRIDHAM, GEOFFREY. *The Nature of the Italian Party System: a Regional Case Study*. Londres, Croom Helm, 1981.
- PRZEWORSKI, ADAM. *Capitalism and Social Democracy* (Cambridge, Cambridge University Press, 1985).
- PUCCIO, OSVALDO. *Un Cuarto de Siglo con Allende* (Editorial Emisión, Santiago, 1985).
- ROBERTS, GEOFFREY. "The State of the Party; the Christian Democrats in the German Federal Republic" en *Government and Opposition* (14, 1, invierno de 1979).
- \_\_\_\_\_. *West German Politics*. Nueva York, Taplinger Publishing Company, 1972.
- ROJAS, ALEJANDRO. *The Problem of Democracy and Socialism in the Chilean Political Process From the 1880s to the 1980s*. Toronto, Tesis de Doctorado, York University, 1984.
- SALVADORI, MASSIMO. *Karl Kautsky and the Socialist Revolution, 1880-1938*. Londres, NLB, 1979.
- SASSONO, DONALD. *The Strategy of the Italian Communist Party: From the Resistance to Historic Compromise*. Nueva York, St. Martin's Press, 1981.
- SCHARPF, FRITZ. "The Puzzle of the West German Consensus", en *Government and Opposition* (16, 3, verano de 1981).
- SCHELLENGER, KENT. "The German Social Democratic Party After World War II: the Conservatism of Power", en *Western Political Quarterly* (19, junio de 1966).
- SCHILLING, MARCELO. "Hacia Una Crítica de la Interpretación Histórica de la Izquierda Chilena", en *Temas Socialistas* (2, Vector, Santiago, 1985).
- SCHORSKE, CARL E. *German Social Democracy (1905-1917): The Development of the Great Schism*. Cambridge, Harvard University Press, 1955.
- SIGMUND, PAUL. *The Overthrow of Allende and the Politics of Chile, 1964-1973*. Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1977.
- SILVA SOLAR, JULIO. "Reflexiones Críticas sobre las Contradicciones Internas de la Vía Chilena", en *Chile-América* (37-38, noviembre-diciembre de 1977).
- \_\_\_\_\_. "¿Hacia Una Nueva Fase del Socialismo?", en *Opciones* (7, septiembre-diciembre de 1985).
- \_\_\_\_\_. "Convergencia de Cristianos y Marxistas", en *Iglesia, Teología, Política* (Santiago, Ediciones Chile y América, 1984).
- SINGER, DANIEL. *Is Socialism Doomed? The Meaning of Mitterrand*. Oxford University Press, Nueva York, 1988.
- SMITH, GORDON. *Democracy in Western Germany: Parties and Politics in the Federal Republic*. Nueva York, Holmes and Meier Publishers, 1982.
- \_\_\_\_\_. "The Changing West German Party System: Consequences of the 1987 Election", en *Government and Opposition* (22, 2, primavera de 1987).
- SONTHEIMER, KURT. "Intellectuals and Politics in Western Germany", en *West European Politics* (1, 1, febrero de 1978).
- SPECIAL ISSUE. "Special Issue on the West German Election of 1969", en *Comparative Politics* (2, 4, julio de 1970).
- STEERSON, GARY P. *Karl Kautsky (1854-1938); Marxism in the Classical Years*. Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1978.
- STEVENSON, JOHN R. *The Chilean Popular Front*. Connecticut, Greenwood Press, 1942.

- PROPOSICIONES. Revista. (Santiago, Chile).
- TARROW, SIDNEY. "Economic Development and the Transformation of the Italian Party System", en *Comparative Politics* (1,2, enero de 1969).
- . "Political Dualism and Italian Communism", en *The American Political Science Review* (Lxi, 1, marzo de 1967).
- THOMAS, JACK R. *Marmaduke Grove: a Political Biography*. Ohio, Tesis de Doctorado. The Ohio University, 1962.
- . "The Socialist Republic of Chile", en *Journal of International Studies* (6, 1964).
- . "Marmaduke Grove and the Chilean Election of 1932", en *The Historian* (xxix, 1, noviembre de 1966).
- TIRONI, EUGENIO. "Inventario de la Crisis de la Izquierda", en *Análisis* (30, enero de 1981).
- . "La Refundación Teórica del Socialismo y la Temática Neoliberal", en *Proposiciones* (2, 7, octubre de 1982).
- . *La Torre de Babel: Ensayos de Crítica y Renovación Socialista*. Santiago, Ediciones Sur, 1984.
- TOGLIATTI, PALMIRO. *On Gramsci and Other Writings*. Editado por Donald Sassoon. Londres, Lawrence and Wishart, 1979.
- TOURAINÉ, ALAIN. *Vida y Muerte del Chile Popular* (Siglo Veintiuno Editores, México, 1974).
- TRABUCCO, EDUARDO. "La Convergencia: un Proceso de Unión de Fuerzas", en *Temas Socialistas* (Santiago, Vector, 1983).
- VALENZUELA, ARTURO. *The Breakdown of Democratic Regimes: Chile*. Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1978.
- . y Valenzuela, J. Samuel. "Partidos de Oposición Bajo el Régimen Autoritario Chileno", en *Revista Mexicana de Sociología* (xliv, 2, abril-junio de 1982).
- VARAS, AUGUSTO. *La Reestructuración Socialista de la Democracia en Chile*. Santiago, FLACSO, Documento de Trabajo 181, junio de 1983.
- VIERAGALLO, JOSÉ ANTONIO. "Chile: Crisis en Perspectiva", en *Chile-América* (10-11, septiembre-octubre de 1975).
- . "Proyecto Democrático para Chile", en *Chile-América* (25-26-27, noviembre/diciembre de 1976-enero de 1977).
- . "Renovar la Izquierda", en *Chile-América* (50-51, enero-febrero de 1979).
- . "Perfil y Espacio de la Convergencia Socialista", en *Chile-América* (78-79, abril-junio de 1982).
- VODANOVIC, HERNÁN. *Un Socialismo Renovado para Chile* (Editorial Andante, Santiago, 1988).
- WAISS, OSCAR. *Nacionalismo y Socialismo en América Latina*. Buenos Aires, Editorial Iguazú, 1961.
- . *Chile Vivo: Memorias de un Socialista (1928-1970)*. Madrid, Centro de Estudios Salvador Allende, 1985.
- WALKER, IGNACIO. "La Dinámica Régimen-oposición bajo la Dictadura Militar Chilena (1973-1988)", en *Debat* (12, septiembre de 1988).
- WHITE, STEPHEN. "Gramsci and the Italian Communist Party", en *Government and Opposition* (7, 2, 1972).
- WILSON, FRANK L. *French Political Parties Under the Fifth Republic*. Nueva York, Praeger, 1982.
- WILLIAMS, STUART (compilador). *Socialism in France: From Jaurès to Mitterrand*. Londres, Frances Pinter (Publishers), 1983.
- WITKER, ALEJANDRO. *Historia Documental del Partido Socialista de Chile: 1933-1983*. México, Universidad Autónoma de Guerrero, 1983.
- WRIGHT, VINCENT. "Presidentialism and the Parties in the French Fifth Republic", en *Government and Opposition* (10, 1, invierno de 1975).
- YOPO, BORIS. *El Partido Socialista Chileno y Estados Unidos: 1933-1946*. Santiago, FLACSO, Documento de Trabajo 224, 1984.
- ZIEBURA, GILBERT. *Léon Blum et le Parti Socialiste, 1872-1934*. París, Librairie Armand Colin, 1967.